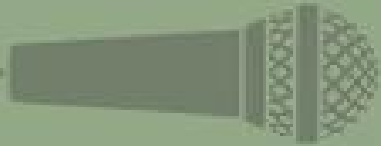


TRINCHERAS



EN



MI



VOZ



"Déjame vivir en tus ojos una vez más"

BERTA B.M.

TRINCHERAS EN MI VOZ

BERTA B. M.

Para mi hermano. Por enseñarme a levantarme siempre.



¡Accede a la playlist de la novela escaneando el código!

PRÓLOGO

11.07.2013

Hallado muerto un componente de K.A.M.

Marco Cirillo, cantante y guitarrista principal del grupo K.A.M. (Krigare Av Musik) ha sido hallado muerto esta mañana en su casa de Estocolmo según han confirmado los oficiales forenses de la capital sueca.

25.07.2013

Marco Cirillo, ¿suicidio o equivocación?

“La causa de la muerte ha sido una sobredosis, descartando así el suicidio”, aseguran en un comunicado las autoridades sanitarias. Sacando a la luz las malas costumbres y hábitos adquiridos por el cantante desde que alcanzó la fama.

01.08.2013

K.A.M. se disuelve.

Hoy a las 18.00 p.m. el grupo al completo ha formalizado su disolución con un comunicado a la prensa muy emotivo, donde han querido homenajear al difunto vocalista.

12.10.2014

De vuelta a los escenarios.

Valkiria, segunda voz y compositora del ahora disuelto grupo de pop K.A.M. ha vuelto a los escenarios en solitario con su nuevo sencillo “Encadenada”, un nuevo disco que, con su potente voz, la hará resurgir de sus cenizas para tocar de nuevo la fama que una vez consiguió.

13.09.2016

Valkiria, ¿tras los pasos del difunto Marco?

Hoy ha vuelto a ser vista la cantante y compositora, con claros síntomas de haber consumido estupefacientes y alcohol. Valkiria ha sido detenida con anterioridad por alterar el orden público, posesión de drogas y conducción temeraria. Aunque no se demostró que las drogas encontradas en su habitación de hotel realmente pertenecieran a la cantante, ha tenido que pagar una alta fianza por los cargos de alteración del orden público y conducción. ¿Está siguiendo esta artista los pasos de su compañero fallecido? ¿Es siempre la fama tan cruel para todos los cantantes que la consiguen a una edad tan temprana?

CAPÍTULO 1

El rugido del motor de aquel precioso Porsche 718 Cayman al pisar el acelerador aumentaba su ansiedad. Sus ojos anegados de lágrimas unidos a la gran tormenta que caía esa noche, no

hacían otra cosa que impedir que Valkiria pudiera ver algo a través del cristal. En la garganta tenía un nudo que le impedía hablar, lo único que conseguía era emitir sonidos guturales y vacíos. Sus manos apretadas al volante manejaban el coche a toda velocidad por las calles de Estocolmo. Eran pasadas las tres de la madrugada.

No sería la primera vez que la parase las autoridades por conducción temeraria; sin embargo, esa vez, si la cogían, no se libraría de ir a prisión unos días. Aunque el alcohol y el efecto de la heroína se habían disipado, sabía que daría positivo en cualquier control. El corazón le iba a mil y los pulmones le quemaban, pues no sentía que el aire le bajara más allá de la garganta. Tenía la boca seca y un único pensamiento en la mente: Marco.

Hacía ya tres años que Marco Cirillo les había dejado. Las drogas lo consumieron y se llevaron su vida, rompiendo el grupo de pop-rock con el que habían alcanzado la fama. Los recuerdos que aquellos días aciagos la envolvieron, transformando la tristeza en ira. Una ira que le recorría desde la cabeza hasta los pies, obligándola a pisar más a fondo el acelerador.

El motor volvía a rugir, aumentando la velocidad. Pero, en ese momento, tras el cristal por el que caía a raudales el agua de lluvia, a lo lejos, una figura achaparrada se interponía con lentitud en su trayectoria.

Los ojos de Valkiria se abrieron de par en par; y, ya fuera por suerte o por sus propios reflejos, reaccionó pisando el freno. El ruido que el Porsche hacía al frenar, unido al desgaste de los neumáticos al derrapar, bloquearon la mente del individuo que, vestido con un viejo abrigo raído y empujando un carro de supermercado lleno de trastos encontrados en la basura, se quedó mirando, en silencio y con los ojos como platos, el coche que paraba a sólo un metro de él.

Valkiria se golpeó la cabeza contra el volante, quedando semiinconsciente durante unos minutos. Un hilo de sangre caliente brotaba de su ceja derecha, despertándola del sopor en el que se encontraba. Durante unos segundos había olvidado dónde estaba, cómo había llegado hasta allí y qué había pasado.

Levantó la cabeza con pesadez, delante de ella ya no había nadie. Le costaba respirar ahora más que antes, las manos y las piernas le temblaban; había estado a punto de matar a una persona. ¿En qué clase de monstruo se había convertido?, se preguntaba una y otra vez a sí misma desde hacía ya un año. Buscó con la mano su bolso en el asiento del copiloto y sacó de dentro lo que necesitaba en ese momento: un cigarrillo y su mechero.

Trató de encenderlo, pero las manos le temblaban a horrores. Tras tres intentos pudo conseguir inhalar la primera calada que le supo a gloria. Salió del coche y miró a su alrededor. Era noche cerrada, llovía a mares y en aquella enorme avenida no había nadie. Tal vez había imaginado todo aquello, se dijo con el ceño fruncido.

Miró al cielo, dejando que el agua helada la empapara y le calara hasta los huesos. Llevaba una fina camiseta negra con lentejuelas plateadas en el pecho, una falda de cuero y unas botas de tacón altísimas que no dudó en quitarse en ese momento. Respiró fuerte y tiró la colilla mojada al suelo. Miró el Porsche con los ojos entornados, y el rostro de Marco le llegó hasta su mente. Negó en silencio, odiándose a sí misma.

—¡En esto me he convertido! —gritó al aire mientras el llanto se apoderaba de ella.

Se abrazó a sí misma, y volvió a entrar en el coche. Se sentó y cogió de nuevo el bolso de

diseño negro. En él había algo más fuerte que el tabaco que podía relajarla.

Cogió la jeringuilla y la miró durante un rato. Tragó saliva y las lágrimas volvieron a brotar. Sentía un pellizco en el pecho que le impedía respirar; la boca aún estaba más seca. Se pasó la mano por la ceja abierta, el hilo de sangre seguía cayendo hasta su barbilla. Se lamió los dedos manchados para limpiarlos. Negó con la cabeza, no entendía cómo había caído tan profundo. Las lágrimas volvieron a aflorar de nuevo. Recordó entonces la primera noche que pasó sin Marco, y el vacío que invadía su corazón se intensificó, aumentando la fuerza que el pellizco ejercía sobre su pecho. Trató de respirar fuerte, pero de nada servía, pues a cada inspiración que daba, más ahogada se sentía. Necesitaba calmarse, y sólo lo podía conseguir de una manera, su cuerpo llevaba unas horas pidiéndoselo a gritos. Quitó el protector de la aguja, y se la clavó en el brazo; el pinchazo era lo más doloroso, sobre todo después del estado tan deplorable que estos tenían. Pero lo que venía después, aquella sensación de libertad, de bienestar y de total relajación, era lo que la impulsaba a seguir adelante.

Se quedó unos minutos allí, con la aguja clavada a su antebrazo mirándola sin inyectarse el néctar que la llevaría a la libertad. Tragó saliva de nuevo. Estaba muy cansada. Cansada de la vida vacía que llevaba. Sonrió triste al recordar aquellos días en los que era feliz. Aquellos días en los que cantar tenía sentido. Sentarse frente a su piano a componer era aquello que la llenaba, antes incluso de que K.A.M. se convirtiera en el sueño por el que luchar.

Zarandeo la cabeza para quitarse los pensamientos, aquello ya de nada le servía. No había nada que le devolviera su pasión por la música, y mucho menos le devolviera a Marco. Pero en el momento en que trató de inyectarse, el tono de su teléfono le hizo dar un bote sobre el asiento. Se quitó la jeringuilla del brazo, le puso el protector y comenzó a rebuscar en su bolso el teléfono.

—Joder, ¿quién coño llama a las tres de la madrugada?

Valkiria sacó la cartera, las llaves de su casa, una armónica, un paquete de clínex y por fin, el teléfono. La llamada se reflejaba en la pantalla como contacto desconocido. Frunció el ceño, pero respondió.

—¿Sí? ¿Hola?

—¿Ágata? —los ojos de la mujer se abrieron de par en par. Aquella voz, su tono y cadencia, su tranquilidad, no era posible volver a escucharla.

—No, no puede ser —una risa histérica tomó el control de su cuerpo.

—Ágata, soy yo, mi vida. ¿Qué te estás haciendo?

La risa histérica se transformó en un llanto silencioso.

—¿Dónde estás? ¿Quién eres?

—*Las preguntas correctas no son esas, Ágata. Dime, ¿dónde estás tú? ¿Quién eres tú?*

—¡¡Soy Valkiria!! —gritó desesperada, llevándose una mano a la cara y trató de limpiarse con el dorso el reguero de sangre y lágrimas. Negó nerviosa y miró a su alrededor. Aquello tenía que ser una broma de mal gusto.

—No —la voz sonaba seria y casi enfadada—. *Tú eres Ágata. Valkiria es sólo una ilusión.*

En ese momento, la conexión se apagó y la llamada finalizó. Valkiria miró la pantalla de su teléfono con la boca entreabierta por el susto. Tragó saliva y volvió a mirar a su alrededor, dando con la pequeña armónica que antes había sacado del bolso.

Cerró sus delgados dedos coronados por una preciosa manicura roja alrededor del instrumento. El metal helado hizo que un escalofrío recorriera su columna vertebral. La miró con detenimiento: era una armónica preciosa, pensó con una sonrisa triste.

—¿Por qué coño me dejaste, Marco? Tú lo eras todo para nosotros. Para mí. Le diste sentido a mis letras, y ahora... —Valkiria se quedó en silencio durante unos segundos, repasando todos y cada uno de los momentos de su vida junto a Marco, a K.A.M. y ahora en solitario. La ira le subió desde los pies a la cabeza—. Ahora todo va a cambiar, Marco. Estoy aquí, y no pienso hundirme contigo.

Cerró la mano sobre la armónica y salió del coche. Miró a su alrededor, cerró la puerta del Porsche de una patada abollando la puerta un poco en su extremo. La ira recorría e inflamaba las venas calentando su cuerpo desde dentro.

—¿Me has oído, Marco?! —gritó mirando al cielo con los brazos extendidos—. ¡Yo no pienso hundirme contigo! ¡Soy Ágata y estoy aquí! —y de nuevo las lágrimas y un llanto desconsolado se hicieron dueños de ella.

Ágata se dejó llevar por la tristeza y la ira que la obligaron a salir corriendo sin rumbo. Necesitaba descargar la adrenalina que sentía tras la llamada de teléfono. Corría con los ojos cerrados, se golpeó en el hombro con un poste de la luz en su avance, y luego se tropezó con lo que pensó que parecía una lata o una botella tirada, cayendo de bruces sobre unas escaleras. Levantó la vista, y allí lo vio. Tras esas escaleras, algo le decía que estaba su salvación, su esperanza. Se levantó torpe, subiendo las escaleras y tambaleándose a punto de caer por ellas. Se dirigió al enorme portalón de madera. Lo empujó y logró que cediera lo justo para que pudiera entrar en aquella enorme iglesia.

Una vez dentro, esperó unos segundos hasta acomodarse a la luz. Una larga alfombra roja la guiaba hasta el altar, pasando por el centro de la sala salpicada por bancos de madera a sus dos lados. El aire le seguía faltando, y la sangre caía por su rostro. Sentía que todo su cuerpo le pesaba, pero debía llegar al altar, allí estaba su salvación, esperándola.

Las fuerzas le abandonaron. Se agarró a un banco para no caer, pero de nada sirvió. Perdió el equilibrio en su paso y se golpeó la rodilla con el suelo de piedra. Ante aquello, una imagen que sabía daba lástima y vergüenza a todo aquel que la hubiera conocido, no pudo más que dejarse arrastrar de nuevo por el llanto. Necesitaba ayuda urgente, pero no sabía dónde pedirla.

El recuerdo lejano de una voz femenina le susurraba al oído una lección que había olvidado: *Siempre hay salvación para aquellos que la desean. Aunque no es fácil conseguirla, la fe y la perseverancia ayudan a encontrarla.* Valkiria se aferró a ese recuerdo ahora casi desaparecido, antes de terminar de caer sobre la alfombra.

Sus ojos se cerraban, le dolía el hombro, la cadera y la rodilla sobre la que había caído, pero sobre todo le dolía el alma que casi yacía muerta en su pecho.

Unas manos la asieron por la cintura y la obligaron a ponerse de pie. Valkiria levantó la vista y pudo distinguir unos ojos verdes observándola con tristeza. Su pelo blanco caía sobre sus orejas,

confiriéndole un aspecto más entrañable. Una sotana negra y un alzacuello le indicaban que el que la recogía no era otro que el pastor de aquella iglesia que ella había profanado a altas horas de la madrugada con su llanto y desconsuelo.

Se agarró al pastor como pudo. Los brazos le pesaban, al igual que la cabeza y el resto del cuerpo. No pudo evitar dejarse arrastrar de nuevo por un llanto silencioso.

—Ayúdeme —susurró cansada, al borde de la inconsciencia—. Ayúdeme, padre, porque he pecado y me he perdido.

Y sin poder emitir más sonido, sus ojos se cerraron.

CAPÍTULO 2

Los días pasaban dando paso a las semanas, y éstas a su vez a los meses. Aunque al principio de entrar en aquel centro de rehabilitación, Ágata recibía visitas y llamadas de todos y cada uno de sus amigos y conocidos, así como cartas de muchos seguidores animándola a continuar con el tratamiento, ahora, seis meses después, nadie la visitaba, nadie la llamaba y ninguna carta le llegaba por correo. Inhaló una calada suave del cigarro que tenía entre sus delgados dedos, mientras miraba de nuevo por la ventana.

Un vacío llenaba su pecho al saberse sola en aquel extraño mundo; negó con la cabeza ante la certeza de algo que ya le habían avisado. Miró a su alrededor, una habitación blanca e impoluta para ella sola, una preciosa cama de madera blanca acompañada por una mesita de noche estilo art-decó, unos preciosos lienzos enmarcados sobre el cabecero de la cama y en la pared de enfrente, encima del escritorio; bufó, no eran más que copias baratas de la que había sido una de las mejores artistas europeas. Ágata se acercó al cuadro que estaba encima del escritorio. Era abstracto, pero se podía ver la silueta de una pareja en el centro, abrazada.

Su mirada siguió paseándose por la habitación, se acercó a la mesita de noche y abrió el primer cajón, sacando de él el único objeto que le habían permitido quedarse con ella: la armónica que una vez Marco le regaló.

Se sentó en la cama y paseó sus dedos por ella, sintiendo todos y cada uno de aquellos dulces y hermosos recuerdos vividos junto a Marco. Una lágrima caía por su mejilla ante la nostalgia y la tristeza que aquellos pensamientos evocaban. El timbre del pequeño teléfono que conectaba con la centralita la sacó de su ensoñación.

—¿Sí?

—*Señorita Schmollend, tiene visita.*

Un pellizco nervioso se coló en su estómago, haciendo que olvidase la tristeza, los recuerdos y todo lo malo vivido. Él estaba allí, y venía a verla, como cada semana hacía. Una sensación de calma y sosiego se apoderó de su corazón, dándole fuerzas para seguir unos días más. Se levantó rápida, se puso unos vaqueros y cogió su jersey gris perla de lana; a Ágata no le gustaba que la viera con el pijama del centro, deseaba que la viera siempre perfecta. Entró en el pequeño baño

privado, se lavó la cara y se recogió la melena en una coleta alta. Sonrió ante su reflejo, nerviosa como una quinceañera antes de su primera cita.

Cogió la armónica y la guardó en el bolsillo trasero de su vaquero, se calzó sus Converse azul cielo y salió en busca de aquel hombre que levantaba su corazón y le daba fuerzas para seguir. En el último pasillo, antes de acceder al jardín, donde sabía que él la esperaba, Ágata decidió pararse frente al enorme espejo que allí tenían. Se miró de frente, no era una chica muy alta, pues no superaba el metro sesenta de estatura, pero había mejorado mucho en aquellos seis meses. Su melena rubia brillaba de nuevo suave y bien peinada. Había recuperado algo de peso, y los huesos de las clavículas y las caderas ya casi no se notaban; su piel ahora tenía más color y casi no tenía ojeras. Aunque su mirada, que antes enamoraba por la mezcla extraña de un iris verde y ámbar muy claro, ahora era triste, y los efectos de la heroína aún los sentía en el cuerpo, pues los dolores, calambres y espasmos aún continuaban a pesar del tratamiento. Respiró hondo. Lo estaba consiguiendo, y él la estaba ayudando.

Giró sobre sus talones y se encaminó de nuevo con la cabeza bien alta, orgullosa de todos sus logros. Tal y como él siempre le pedía. Salió por la enorme puerta, bajó las escaleras de piedra que daban al jardín y lo buscó con la mirada.

El enorme jardín era precioso, tenía flores y arbustos y una preciosa fuente con ángeles en el centro, cuya agua al caer siempre relajaba a los pacientes. A Ágata le encantaba sentarse a leer sobre ella, pues el sonido del agua al caer le traía paz a su herido corazón. Mesas de metal blancas y sillas para los visitantes rodeaban la fuente, en una pequeña plaza de adoquines que era bordeada por los parterres que los pacientes del centro de rehabilitación, entre ellos Ágata, se esmeraban en cuidar y adecentar a diario. La chica sonrió orgullosa de su trabajo en aquel jardín.

El rostro de Ágata fue cambiado y apagándose lentamente al no dar con nadie. Se sentó en la fuente y comenzó a morderse la uña del pulgar, extrañada. Torció el gesto. Tal vez Artur estuviera hablando con sus médicos, a veces lo hacía para asegurarse que su tratamiento iba de la manera que debía ir. Se encogió de hombros y sacó su armónica, a la espera de su llegada.

—¿Valkiria? ¿Eres tú? —aquella voz ronca la obligó a levantar la mirada hasta dar con Raymond Lundqvist, su representante artístico. Ágata parpadeó un par de veces extrañada, Ray no había ido a visitarla nunca desde que entrase en el centro, salvo por unas pocas llamadas que le había hecho para ver si podía conseguir sacarla y que diera unos cuantos conciertos en Estocolmo para unas cenas privadas. Cosa que su médico personal había conseguido evitar. Tragó saliva y lo miró de arriba a abajo. Ray era un hombre menudo, demasiado bajo para ser sueco, aunque era un poco más alto que ella, moreno y rechoncho, pero con un gran carisma y habilidad para convencer a todo el mundo de lo que él deseaba, haciendo de él uno de los más rentables representantes de artistas del país.

—¿Ray? ¿Qué haces aquí? —tartamudeó, temerosa de los motivos que podían llevarle allí.

Sin previo aviso, el hombre se acercó a ella con los brazos extendidos y la cogió en un enorme abrazo, regalándole un beso en la frente.

—Estás estupenda y has recuperado peso. Vamos a sentarnos, tengo muy buenas noticias.

El hombre la agarró del brazo y tiró de ella hasta llegar a una de las mesas, retirando una silla para invitarla a sentarse. Ágata se sentó, observándolo desconfiada y en silencio.

—¿Ha pasado algo, Ray? —preguntó cruzando los brazos sobre el pecho y una pierna frente a la otra.

—Cariño, deja que te vuelva a decir que estás preciosa —Raymond tenía una sonrisa enorme que mostraba sus dientes blanqueados y torcidos. Una sonrisa que la mujer sabía que era falsa y que sólo usaba cuando deseaba conseguir algo. Una punzada de miedo se coló en su pecho, pues no se sentía con fuerzas para enfrentarse a él y sabía que, como siempre, terminaría convenciéndola de todo cuanto él deseaba.

—Ray, ¿qué quieres?

—¿Es que no puedo pasar a ver a mi vieja amiga Valkiria? —Ágata torció la cabeza y lo miró exasperada. Suspiró para hacerle saber al visitante que se estaba cansando de tanta falsa adulación. Ray levantó las manos y negó con la cabeza—. Está bien, sé que no he venido a verte hasta ahora, Val...

—Ágata, me llamo Ágata.

—Si, perdona, cariño. Ágata, aunque no he venido —el hombre sacó una preciosa pitillera metálica con una R y una L en mayúsculas labradas, y de ella sacó un cigarrillo para él, ofreciéndole a la mujer otro, que con un ademán de manos rechazó— he seguido tu tratamiento, he estado hablando con tus médicos, y me confirman que, en ocho meses, estarás preparada para volver al mundo. Así que he pensado en ir preparando tu regreso. Podemos vender la exclusiva de tu recuperación, organizar algunos conciertos por Suecia y comenzar a trabajar en un nuevo disco.

Ágata sentía que el corazón se le iba a salir por la boca, a la vez que Ray hablaba y contaba todos los planes y conciertos que podía organizarle, todos los reportajes que podría vender a las grandes revistas, así como que había un par de discográficas que estaban interesadas en grabar con ella un nuevo disco tras su recuperación.

—...¿Me has oído, cariño? —Ágata parpadeó para tratar de centrar de nuevo la atención en Ray que la miraba con curiosidad y emoción en el rostro—. Volverás a ser la que eras, volverás a cantar.

Ágata se mordisqueó la uña, nerviosa. Pues las últimas tres palabras removieron en ella mil sentimientos. Volver a cantar, volver a escribir y sentirse realizada sobre un escenario, delante de un micrófono, sentir de nuevo la adrenalina recorrer su cuerpo durante un concierto vitoreado por gente que disfrutarían otra vez con sus canciones, con la parte de ella que dejaba en aquellas notas y letras.

—Yo... no sé Ray, es demasiado precipitado.

Ray llevó una mano hasta su hombro y le acarició con suavidad.

—Aún hay tiempo, cariño. Tienes tiempo para prepararte. En cuanto salgas de aquí, volverás a brillar. Yo haré que subas de nuevo hasta donde estabas o más alto —el hombre miró su reloj de muñeca y torció el gesto—. Bueno, tengo que marcharme, he quedado con un par de discográficas para ir preparando tu vuelta. Vendré a recogerte en ocho meses y todo volverá a ser como antes.

Y sin despedirse, Raymond dejó a Ágata sentada en aquel jardín mirando el vacío. Tras más de

veinte minutos, en los que la mujer había estado repasando todas y cada una de las palabras de su representante. En su mano derecha aún tenía su vieja armónica, la miró unos minutos antes de volver a su habitación.

Al cruzar el umbral, cerró la puerta y se apoyó en ella sobre su espalda. Miró de nuevo aquella habitación que conocía de memoria.

—Unos meses más y podré volver —susurró. Tragó saliva y un miedo irracional fue naciendo poco a poco, recorriendo todos y cada uno de los poros de su piel. Negó nerviosa con la cabeza. No, no estaba preparada para aquello, no podía volver a ese mundo aún. ¿O sí? Eran los médicos los que decían que en ocho meses podría volver, y si ellos decían que era posible, ¿por qué ella no lo sentía así?

Jugueteó con la armónica entre sus manos, nerviosa, aterrada y excitada por el hecho de que podría volver a recuperar su vida. Todo el esfuerzo que estaba haciendo desde hacía seis meses comenzaba a dar sus frutos, recuperaría su vida pero algo la frenaba, algo le decía que aquello no era real. Que algo no estaba bien dentro de ella.

En ese momento, el pequeño teléfono de la mesita sonó. Lo miró con los ojos abiertos de par en par, su respiración era entrecortada. Le extrañó esa llamada, pues sabía que estaba fuera del horario estipulado.

—¿Sí?

—*Ágata* —aquella voz volvía tras seis meses. Un nudo en su garganta le impedía decir nada. Había deseado y temido esa llamada desde que ingresara en aquel centro—. *Ágata, mi vida*.

—Yo... Esto no es real —balbuceó sin poder contener el llanto y dejándose arrastrar por él.

—*Mi vida, no llores. Tú eres real, no desaparezcas de nuevo.*

La llamada finalizó con aquella frase, dejando oír el pitido entrecortado de la línea que indicaba que ya no había conexión. Un fuerte temblor se hizo con el cuerpo de la mujer, y el leve dolor que sentía a todas horas y en cada una de las articulaciones se intensificó. Aquella voz que la mataba, pero a la vez le daba la vida con su llamada.

Ágata se dejó caer en la cama, tratando de soportar el dolor que ahora le corroía el cuerpo, impidiéndole pensar. Poco a poco, a medida que iba tranquilizándose, el sueño se apoderaba de ella.

CAPÍTULO 3

Era más de media noche del sábado y Ágata aún no había podido conciliar el sueño. Se levantó de la cama y se sentó en el pequeño butacón que tenía cerca del enorme ventanal, observando la oscuridad del patio. Hizo un mohín mientras se mordía una uña, y no pudo evitar pensar cuántos sábados a esa misma hora estaba entrando en alguna discoteca de moda de Estocolmo, seguida por Marco y el resto del grupo. Los fans que se daban cuenta de la presencia del grupo se

volteaban para mirarles y sonreírles, los más osados trataban de burlar la guardia de sus guardaespaldas y acercarse a ellos para hacerse alguna foto o pedirles un autógrafo. Algo que con gusto siempre solían hacer Marco y ella misma.

Sonrió nostálgica al recordar su pelo negro, siempre despeinado, cayendo sobre sus hombros, sus ojos verdes y aquella sonrisa torcida que siempre le daba ese aspecto de galán italiano. Suspiró fuerte. Marco siempre fue un rompecorazones allá por donde pisaba, se dijo. Se mordió el labio al darse cuenta que ya no estaba a su lado, que no volvería a estar nunca más. Sentía un nudo en la garganta apretarle y cortarle la respiración, pero en el momento en que las lágrimas comenzaron a surcar su rostro en busca de su cuello, unos golpes tímidos en la puerta la asustaron, haciendo que diera un botecito en el sillón.

—¿Valkiria? —la voz de Klara, otra de las pacientes del centro susurraba al otro lado del umbral—. Soy yo, ¡Vamos, abre! ¡Quiero enseñarte algo!

Ágata parpadeó y trató de limpiarse el rostro con las mangas del pijama, mientras se acercaba descalza hasta la puerta. La abrió lo suficiente para sacar la cabeza y mirar a la chica delgaducha de apenas dieciocho años que la observaba con aquellos enormes ojos negros y una sonrisa rota por las drogas.

—¿Qué haces aquí? Los vigilantes pueden pillarte. Vete a dormir.

La chica empujó la puerta con más fuerza de lo que Ágata pensaba que pudiera tener en aquel cuerpo esquelético y consumido, haciendo que tropezara y perdiera un poco el equilibrio. Klara entró y cerró tras ella, pero antes de que Ágata le reprendiera, ésta sacó un manojito de llaves del bolsillo de su pijama y se lo enseñó con una sonrisa llena de esperanza.

—¡Mira lo que he birlado! —susurró.

—¿Qué demonios? Has robado las llaves del vigilante, ¿sabes la que te puede caer?

Ágata negó con la cabeza y se llevó una mano a la sien haciendo presión. Aquella muchacha no paraba de hacer travesuras y buscarse problemas con los médicos y vigilantes. Pero, a pesar de todo, era una chica simpática y amable que siempre aguantaba sus malos humos cuando a ella le asaltaban los dolores propios de su recuperación.

—Son las llaves de la capilla —comentó—. Siempre que vamos a rezar, te quedas mirando el piano. Eres cantante, hace mucho que no tocas ni cantas. Y había pensado que, tal vez, quisieras tocarme algo. Hoy es mi cumpleaños.

Klara terminó en un susurrante ruego aquel comentario que inició con energía. Ágata la observó de arriba a abajo, aquella chica llevaba allí mucho más tiempo que ella, y jamás la había visto recibir una sola visita, ni una sola llamada. Verla tan demacrada, y con aquellos ojos llenos de ilusión le ablandaron el corazón.

—Está bien —respondió con una sonrisa tierna en los labios—. Pero sólo una canción y luego devolverás las llaves, ¿de acuerdo?

La chica asintió feliz antes de lanzarse a sus brazos y colmarla de besos. Aunque casi todos los pacientes la reconocían, fueron perdiendo el interés por ella en cuanto dijo que no tocaría ni cantar nada. Todos los pacientes a excepción de Klara, que la seguía a todas partes, hablándole de sus cosas, sonriéndole y soportando sus malos humos desde que Ágata entró en aquel centro.

Con el paso de los meses, y sin que pudiera hacer nada por evitarlo, aquella joven adicta al crack se había convertido en la única amiga que tenía.

Las dos chicas salieron con cuidado de no ser vistas ni oídas, atravesando los pasillos a oscuras, sólo iluminados por la luz que atravesaban los ventanales, procedente de las farolas del patio exterior. Tras unos minutos llenos de risas ahogadas y miradas divertidas por el riesgo que suponía tener que burlar a todos los vigilantes de seguridad que paseaban a esas horas, llegaron frente a la doble puerta de madera de cerezo que daba a la pequeña capilla. Klara abrió la puerta y antes de entrar le sonrió pícaro a Ágata, que le respondió con un guiño.

Ágata entró en silencio, observando la oscuridad que la cubría. El lugar olía a incienso y parafina de las velas que se encendían durante el día. A tientas buscó la fila de bancos que sabía que estaban apenas a un metro o dos de la entrada, pero antes de que pudiera localizarla, Klara encendió su mechero y se acercó hasta el portavelas, encendiendo una vela para iluminar el camino hasta el piano de cola que había al lado del altar.

La cantante la siguió en silencio, con sus ojos avellana fijos en las teclas del piano negro. Su corazón se iba acelerando poco a poco con cada paso. Sería la primera vez que tocara algo después de tantos meses. Tragó saliva al verse delante del instrumento.

—Canta *Vivir en tus ojos*, es mi favorita.

Ágata observó los ojos negros de Klara, llenos de ilusión y esperanza por oír aquella canción. Dejó caer los hombros y se sentó en el pequeño taburete, elevó las manos y las dejó caer en las teclas sin llegar a presionarlas.

Vivir en tus ojos era su canción, se dijo. Suya y de Marco, una de las pocas que el hombre le había compuesto a ella cuando se conocieron. La canción que llevó a K.A.M, al estrellato. Cerró los ojos y ladeó la cabeza, la oscuridad la acunó. Sólo el chisporroteo de la pequeña vela que Klara sostenía entre sus manos se oía, pero poco a poco, en la mente de Ágata, se iba haciendo el silencio. Un olor fresco y conocido la embriagó, transportándola hasta un recuerdo que nunca volvería.

Marco a su lado, tocando el piano con una armonía y una técnica casi perfecta. Sus ojos cerrados y aquella media sonrisa le daban ese toque tan suyo. Su cuerpo se movía lánguido al ritmo de la música que le tocaba. Pudo oír de nuevo aquella voz ronca y suave a la vez, que lamía su corazón.

Abrió los ojos y soltó el aire de sus pulmones. Pero, en el momento en que quiso mover sus dedos y concederle a Klara su regalo de cumpleaños, algo la paralizó. Su boca se secó y su voz murió en su garganta. Sus dedos se agarrotaron, provocándole un dolor inmenso en su corazón. Las lágrimas se agolparon en sus ojos y comenzaron a brotar.

—No puedo —sollozó dejando caer sus manos en su regazo—. Lo siento.

El rostro de Klara se ensombreció, la decepción y la tristeza se hicieron latentes en el brillo de sus ojos.

—Pero, es mi cumpleaños. Por favor —rogó casi en un susurro.

Ágata se secó las lágrimas con el dorso de la mano y volvió a mirar las teclas del piano. No entendía qué le sucedía, pero debía volver a intentarlo; Klara deseaba oírla y ella quería cantar,

volver a tocar. Su respiración se transformó en un jadeo, un temblor comenzó a recorrerle el cuerpo de arriba a abajo. Ágata dejó la mente en blanco y sin pensar comenzó a tocar los primeros acordes. La melodía lenta comenzó a inundar la estancia, transportándola poco a poco hasta otro recuerdo. Tras unos segundos, con los ojos cerrados y el corazón en un puño, Ágata despegó los labios y se dejó el alma en aquellos versos. En aquella letra que fue compuesta para ella. Poco a poco, su cuerpo se fue moviendo en un vaivén lento, y acompañado con las notas que ella misma sacaba de aquel instrumento.

El recuerdo de Ray diciéndole que pronto saldría de allí y volvería a subirse a un escenario le sacó una sonrisa, haciendo que subiera el tono de su voz, asegurando las notas. Se oyó cantar, su timbre era casi perfecto, a pesar de no haber tocado en los últimos meses y de estar tomando tanta medicación, sus dedos aún se movían ágiles por el teclado, su voz sonaba fuerte y elegante. Se sintió orgullosa de ella misma. Pero, a la mitad de la canción, la imagen de Marco tirado en aquel salón, con los ojos inertes mirando el techo la sobrecogió. Haciendo que la melodía parase estrepitosamente y su voz se desgarrase casi en un grito mudo. Sin pensar, Ágata se levantó, tirando el taburete y saliendo a grandes zancadas de la pequeña capilla. Las lágrimas le empañaron la vista, haciendo que se golpeará con el marco de una puerta al salir del pasillo.

Trató de subir las escaleras que daban a la planta donde tenía su dormitorio, pero los temblores y los dolores que la invadieron le impidieron el movimiento, cayendo sobre los primeros peldaños. Se quedó allí tirada, sollozando durante un rato; hasta que las manos huesudas y blancas de Klara la agarraron por los hombros.

—¿Val? —preguntó con apenas un hilo de voz—. ¿Estás bien?

Al mirar aquellos pozos negros llenos de preocupación y miedo, Ágata se terminó de derrumbar. Se abrazó a ella y dejó salir toda su tristeza y frustración.

—Lo siento, no he querido asustarte. No sé qué me ha pasado, Klara.

—Tranquila —siseó mientras la volvía a abrazar—. Volvamos a la capilla para que puedas intentarlo de nuevo.

La idea la paralizó, la boca se le secó de nuevo y las manos se le agarrotaron. No, Ágata sabía que no podía intentarlo, que no podría volver a tocar ni cantar por mucho que lo intentara. Sentía una garra clavarse en su alma, cerrándose a su alrededor y llenarla de un miedo que nunca antes había sentido.

—No puedo tocar, Klara. —respondió rendida a su agonía interior—. He sentido... siento miedo. No quiero volver a acercarme a ese piano, por favor.

—Pero, ¿entonces? ¿No volverás a cantar? ¿No serás Valkiria nunca más?

Aquella pregunta le dio de lleno a Ágata. Si tenía tanto miedo a tocar y cantar delante de una única persona, ¿cómo iba a hacerlo sobre un escenario delante de las cámaras y de cientos de fans? Si el miedo que la había arrollado durante aquella canción la había hecho bloquearse de aquella manera, ¿qué no haría un estadio lleno de espectadores a la espera de oírla?

Ágata sentía con cada una de las preguntas que asomaban a su mente cómo su mundo se venía abajo. Comenzó a mordisquearse la yema del pulgar nerviosa, y a negar con la cabeza tratando de levantarse. Pero, tras unos minutos en los que se concentró en tratar de descifrar lo que sentía, se dio cuenta: algo en su interior acababa de morir esa noche, y ese miedo, esa garra que le

oprimía el alma, se lo confirmaba.

—Valkiria ya no existe, Klara. Murió el día que enterramos a Marco.

Y, sin decir una palabra más, dejó sola a Klara sentada en aquellos escalones, mientras, llorando en silencio, Ágata se dirigió a su dormitorio.

CAPÍTULO 4

El viejo cura la guio hasta llegar a la capilla del centro. Ágata sintió una punzada en el pecho al atravesar el umbral, pero al dirigir la mirada hasta el anciano al que agarraba el brazo y sentir la calidez de su mano sobre la suya se tranquilizó. Una sonrisa se dibujó en su semblante y, lentamente, sintió cómo una fuerza interior la ayudaba a adentrarse de nuevo entre aquellas cuatro paredes. La pareja se sentó en el primer banco de la capilla.

—Gracias padre —susurró Ágata desviando la mirada hacia su regazo. Las manos del cura le dieron un par de palmaditas en el dorso de la suya.

—No tienes que agradecerme nada, hija. Todo lo has hecho tú sola —sentenció con dulzura. Los dedos de Artur se posaron sobre la barbilla de Ágata y la obligó a elevar el rostro y mirarlo a los ojos verdes—. ¿Qué te digo siempre, Ágata?

La chica sonrió antes de responder:

—La cabeza alta, una sonrisa en los labios y el corazón en alto. —Artur sonrió y asintió, pero en cuestión de segundos, la joven pudo ver que su semblante se oscureció—. ¿Sucedó algo padre? —Se apresuró a preguntar.

—No, pequeña —respondió antes de hacer una pausa—. Dime, ¿cómo te encuentras? Los médicos dicen que estás casi recuperada.

Ágata asintió.

—Creen que en unos meses podré salir y volver a hacer mi vida como antes. —Una ráfaga de miedo se coló en el corazón de la mujer cuando aquellas palabras salieron de sus labios.

—No pareces contenta con la noticia. Ágata se encogió de hombros.

—No es eso, padre. Estoy contenta, pero no puedo volver a mi vida. Al menos, no a la que tenía antes.

—Si no quieres volver a la vida que tenías antes, sólo tienes que ser fuerte y seguir con tu tratamiento. Sólo tú puedes evitarlo —respondió con tono comprensivo Artur.

—No lo comprende, padre —Ágata volvió a agachar su rostro a la par que dejaba caer sus hombros. Suspiró—. No es que no quiera volver a mi vida, es que, simplemente, no puedo. Tengo miedo. Muchísimo miedo.

—Es normal que tengas miedo —la mano del cura volvió a obligarla a levantar la cabeza—.

Pequeña, lo que estás haciendo es algo increíble que requiere de una fuerza de voluntad de hierro. Es normal que estés asustada y creas que puedes volver a recaer, pero lo conseguirás. Yo sé que puedes.

Ágata sonrió y con un movimiento rápido se abrazó al cura.

—Gracias por estar conmigo, padre. Por apoyarme y estar conmigo en todo momento.

Los brazos del anciano la rodearon, llenándola de un amor que hacía años que Ágata no recibía. Tras unos segundos, se separó del cura y le regaló la más bella de las sonrisas. Pero el rostro del hombre seguía ensombrecido.

—Tengo que decirte algo, hija mía. Quiero disculparme por no visitarte la semana pasada.

—No se preocupe padre —se apresuró a responder—. Entiendo que tenga cosas que hacer, y que no siempre pueda venir. Pero ya está aquí, y eso es lo que importa.

El padre le dio unas palmaditas en las manos y suspiró antes de mirarla a los ojos.

—No sé muy bien cómo decirte esto, pero, la semana pasada falleció el padre Bergman. —Ágata se apresuró a darle el pésame y abrazó al cura de nuevo—. Gracias, pequeña. Verás, el padre Bergman era pastor en una pequeña aldea que está a unos pocos kilómetros de Långträsk, al norte de Suecia. El obispo me ha pedido que me traslade a vivir allí para hacerme cargo de sus feligreses.

El mundo de Ágata se ensombreció. La cabeza comenzó a darle vueltas y su corazón se paró en aquel instante.

—Pero, eso significa que se marchará —gimoteó a la par que sentía como un frío helado la invadía. Poco a poco, un temblor leve que aumentaba a la vez que lo hacía el frío la invadía desde las manos hasta los pies. Un dolor agudo comenzó a acrecentarse en todas sus articulaciones—. ¿Cuándo se irá?

—En dos días. Lo cierto es que he venido a despedirme.

Ágata se levantó de golpe y se llevó el pulgar hasta los labios, mordisqueando así la uña mientras comenzaba a pasearse nerviosa por la capilla.

—No puede marcharse padre, no puede dejarme sola —le dijo. Las piernas casi no le sostenían y cuanto más se alteraba más grande era el dolor y los temblores que la aguijoneaban. Un sabor amargo, como bilis, se le instaló al final de la boca. Sin pensar, se sentó en el taburete que había frente al piano, y se quedó mirando las teclas.

El padre Artur se arrodilló a su lado, tomando su mano y alejándola de sus labios.

—Pequeña, soy cura y ese es mi deber. Eres fuerte y estás prácticamente recuperada. Podrás seguir adelante sin mí.

Ágata negó con la cabeza asustada.

—No lo entiende, padre. Sólo le tengo a usted, no me queda nadie. Si usted me deja, si se marcha como se marchó Marco, yo... —la mujer suspiró—. No quiero recaer, padre. Se lo suplico, si no puede quedarse, entonces lléveme con usted.

Artur parpadeó y tras unos segundos de confusión, llevó su mano cálida hasta el rostro de la

joven, acunándolo. Ágata cerró los ojos y dejó caer el peso de su cabeza sobre la caricia que estaba recibiendo. Cuánto tiempo hacía que nadie le acariciaba de aquella manera. Como un padre acaricia a una hija, con ternura y cariño, se dijo.

—Pequeña, no puedes salir del centro. Te quedan sólo unos meses de tratamiento, cuando salgas recuperarás tu vida y no me necesitarás.

—Claro que lo necesitaré, lo necesito ahora y lo necesitaré siempre. Por favor, no me deje aquí. Lléveme con usted, hable con el doctor Dawson.

Artur torció el gesto, suspiró y la abrazó.

El despacho del doctor Dawson era pequeño pero elegante. De paredes blancas y suelo de parquet, una enorme mesa de madera de cedro coronada con un enorme cristal biselado, un ordenador de última generación y algunos documentos y estilográficas desperdigados por su superficie. Ágata se mordisqueaba la uña nerviosa esperando que éste terminase de escribir algo en el ordenador.

El doctor Robert Dawson la miró tras los cristales de sus gafas de pasta negra y le sonrió tirante, enlazando las manos.

—Señorita Schmollend, le he llamado porque he recibido una petición un tanto, ¿cómo lo diría? Particular. —Ágata se removió en su asiento y esperó con el ceño fruncido a que el doctor se explicara—. El padre Olsson me ha enviado una carta proponiendo una especie de trato. Solicita que usted termine su tratamiento de desintoxicación bajo su tutela.

—¡Joder! —exclamó con una sonrisa enorme en sus labios. En el pecho se le encendía cálido un rayo de esperanza—. Quiero decir, que es fantástico. ¿Cuándo me iré?

El doctor levantó las manos solicitando que se calmase, y luego se quitó las gafas.

—Las cosas no son tan fáciles señorita Schmollend. Aunque ha mejorado mucho y su sistema neuronal está en perfecto estado, su cuerpo no se ha recuperado del todo, y por lo tanto sin la medicación y un control médico apropiado podría volver a recaer. —Al oír aquellas palabras, Ágata supo que no saldría de allí. La ira comenzó a controlarla.

—Y si no va a dejarme ir con el padre Artur, ¿para qué coño me cuenta todo esto? —preguntó, agarrando con fuerza los reposabrazos de la silla en la que se encontraba. El corazón se le aceleró y su respiración pasó a ser un jadeo furioso.

—Cálmese, Ágata. En ningún momento le he dicho que no haya aceptado la propuesta del padre Olsson. —La mujer parpadeó algo abrumada. El doctor chasqueó la lengua y le tendió un portafolios que sacó de uno de sus cajones—. Esto es una solicitud de alta médica voluntaria, pero tiene un par de cláusulas algo especiales. En principio, su tratamiento bajo vigilancia tenía previsto finalizar dentro de unos ocho meses, en el caso de aceptar la baja voluntaria deberemos alargarlos a al menos dieciséis meses más, siempre que no haya complicaciones.

—Pero, eso es el doble de tiempo. ¿Por qué? —preguntó mirando a los ojos al doctor.

—Muy sencillo: mientras estés fuera del centro no podrás medicarte, eso significa que harás el

resto de la rehabilitación sin más ayuda médica que algunos antiinflamatorios para tratar de paliar los dolores. Por lo tanto, el dolor, los temblores, cambios de humor y demás síntomas que provoca el síndrome de abstinencia se alargarán en el tiempo y en intensidad. ¿Comprendes lo que te digo?

Ágata había desviado la mirada hasta el portafolios que tenía entre las manos unos segundos mientras escuchaba lo que el doctor Robert le explicaba.

—Sí. Significa que estaré hecha mierda y muy cabreada durante mucho tiempo.

—Ni yo lo hubiera dicho mejor —sonrió—. Bien, una vez comprendido este punto, te explicaré en que consiste el trato al que he llegado con el padre Olsson. —Ágata clavó sus ojos y toda su atención en el doctor Robert, sintiendo un pellizco de nervios en el estómago—. Lo primero que tienes que tener en cuenta es que estarás bajo la tutela del padre Olsson y si tiene la mínima sospecha de que has recaído o sucede cualquier cosa que pueda poner en peligro tu recuperación, serás devuelta directamente a este centro para terminar el tratamiento con nosotros. —Ágata asintió, pues aquello le parecía bastante lógico—. Bien, lo segundo es que tendrás que pasar una vez a la semana por el centro médico de Långträsk para hacerte pruebas antidrogas y así podamos comprobar que sigues limpia. Si la prueba da positivo...

—Me traerán de vuelta aquí —interrumpió terminando la frase—. Pero no daré positivo, doctor. Lo juro.

—Lo sé, Ágata —suspiró con una sonrisa—. He visto mucha gente pasar por este centro y por mis manos, y sólo los que tienen el mismo brillo que tienes tú en los ojos son los que se han recuperado. Sé que lo harás, pero es duro, y mucho más sin la medicación que aquí te damos. ¿Estás segura de que quieres irte?

Ágata leyó la documentación que tenía entre las manos y suspiró. El día a día bajo la medicación ya era bastante duro, no tenerla sería un suplicio, pero, ¿no era un suplicio mayor saber que estaba sola? Sí, saber que estaba sola era peor que los dolores, los temblores, los vómitos y los mareos. Estar sola era la certeza de que nadie la recogería cuando cayera, era saber que aunque su corazón era ocupado por muchas personas, ella no ocupaba ni un pedacito del corazón de nadie. Artur era su apoyo, el hombre que la estaba ayudando, necesitaba estar a su lado, recuperarse con su aliento guiando sus alas.

—Doctor Dawson, aunque ustedes crean que estoy recuperada, yo sé que no es así. Algo falla en mí, en mi cabeza. No puedo quedarme aquí, porque cuando salga estaré sola ante un mundo para el que no estoy preparada. La única persona que me queda es el padre Artur. Sin él, sé que recaeré y no quiero, doctor. No quiero desaparecer de nuevo.

El doctor asintió sereno.

—Muy bien, en ese caso, sólo debes firmar el alta voluntaria. En dos semanas yo mismo la acompañaré hasta el hospital de Långträsk donde el padre Olsson la recogerá.

CAPÍTULO 5

Ágata estaba tirada en el suelo con la cabeza apoyada sobre una almohada, leyendo un libro, una pierna apoyada sobre su talón y la otra sobre ésta en posición relajada. Klara por su parte estaba sobre un butacón leyendo una revista de moda.

—¿Crees que este corte de pelo me quedaría bien? —preguntó la chica a Ágata mientras se bajaba del sillón y se sentaba a su lado mostrando la foto de una modelo.

—Seguramente, eres muy guapa, te hagas lo que te hagas te quedará bien —respondió tomando entre las manos la revista y alternando la mirada entre la foto de la modelo y la cara de su amiga. Klara chasqueó la lengua y le agarró la cabeza con las manos, moviéndola con brusquedad—. ¡Joder, Klara, me haces daño!

—¿Sabes que tienes unas raíces feísimas? ¿Cuánto haces que no vas al peluquero?

—Yo qué sé. —Se encogió de hombros—. Supongo que desde que estoy aquí. De todas formas, mi color de pelo no es feo.

Klara se tiró al suelo a su lado, y empujó a la cantante para hacerse un hueco y apoyar la cabeza sobre la almohada, a su lado.

—Siempre pensé que eras rubia natural.

—Que va, soy morena, pero mi representante pensó que como buena alemana que soy debería ser rubia, que eso vendería más entre el público.

—Si quieres, yo puedo arreglarte el pelo antes de que te marches. —El tono de Klara era casi un susurro. Ágata se incorporó y se quedó mirando sorprendida a su amiga.

—¿Podrías devolverme mi color natural y cortarme el pelo?

—Pero si te vuelves morena nadie va a reconocerte —respondió extrañada la chica.

—Esa es la idea —comentó Ágata con una sonrisa en los labios—. Nadie puede saber que he salido de aquí, Klara. Si la prensa se entera me acosará día y noche. No estoy lista para enfrentarme a eso aún.

Klara sonrió dulce y asintió.

—En ese caso, lo mejor será que le pidamos a las enfermeras que nos traigan todo lo que necesitaremos. Si lo pedimos hoy, seguro que mañana por la tarde lo traerán. Creo que hacen la compra por la mañana.

Ágata sonrió y al ver que su amiga se incorporaba, se puso en pie dispuesta a seguirla para hacer la petición.

A la tarde siguiente, Ágata trató de salir del aseo, pero el cuerpo delgado de Klara y una mirada autoritaria que hasta ese momento no le había visto se lo impidieron.

—¿A dónde crees que vas?

—Pues... —balbuceó—. Voy a pasearme un poco.

—Val, vas a ponerlo todo perdido de tinte, lo mejor es que te sientes en el váter y esperes.

—Pero es que es mucho tiempo lo que tengo que esperar y me aburro —gimoteó Ágata mientras hacía un mohín y se sentaba en el borde de la bañera.

Klara no cedió, y se mantuvo en la puerta los cuarenta minutos que tuvo que esperar hasta que, por fin, para alegría de la cantante, se pudo lavar el pelo y quitar los restos de tinte.

—Genial, ahora sí puedo salir, ¿verdad?

—¡No! —respondió Klara exasperada—. Ahora tengo que cortarte el pelo.

—¡Pero aquí no hay espacio! Mejor fuera, en el dormitorio. Mira. —Ágata salió hasta la habitación, sacó la silla del escritorio y la colocó frente a la ventana, corrió las cortinas y se giró con una sonrisa en los labios y los brazos extendidos—. ¿Ves? Aquí hay mucha luz y mucho espacio.

—Está bien —se rindió Klara, quien, tijeras en mano se acercó hasta su amiga que ya estaba sentada en la silla a la espera de que le cortasen el pelo—. ¿Cómo lo quieres?

—Tú eres la peluquera, haz lo que quieras.

—Val, yo no soy peluquera —respondió avergonzada en apenas un hilo de voz.

—Ya lo sé. Pero confío en ti.

Ágata se giró y cogió las manos de su amiga, regalándole un beso tierno en el dorso. Aquella chica estaba tan necesitada de cariño y confianza como lo estaba ella. Tras abrazarla, Ágata se giró en la silla y dejó que su amiga comenzara a cortar la larga melena. Tras más de media hora, Ágata se levantó y se miró en el espejo del baño. Klara le había cortado el pelo al más puro estilo pixie.

—¡Guau! ¡Klara, está genial! —sonrió mirando cómo su amiga se sonrojaba.

—He copiado el corte de Jennifer Lawrence. Te queda bien.

—¿Bien? —dijo mirándose de nuevo en el espejo—. Chica, me has dejado... ¿por qué no te dedicas a esto? Deberías estudiar estilismo.

Ágata se quitó la toalla que le cubría los hombros, cogió una escoba y un recogedor que había dejado en la entrada del dormitorio y comenzó a limpiar el desaguisado que habían dejado alrededor de la silla.

—La verdad es que me gustaría, pero... —Klara se sentó en el borde de la cama, mirándose las manos—. Para eso hace falta dinero y no lo tengo.

Ágata se rascó la cabeza mirándola con el gesto torcido. El centro en el que se encontraba era privado y muy caro, no comprendía entonces cómo podía costearse rehabilitarse allí. En ese momento, Klara chasqueó la lengua y, como si pudiera leerle el pensamiento, respondió.

—Estoy en aquí porque mi madre movió cielo y tierra hasta conseguir que el gobierno pudiera pagarme la rehabilitación. Este no es el primer centro en el que estoy, ¿sabes? He pasado por dos más, pero, siempre recaía. Mi madre me dijo que esta sería la última cosa que haría por mí, luego

desapareció.

—Klara, eso es... —Ágata sintió una punzada de dolor enorme. La madre de aquella niña la había abandonado a su suerte en ese centro. Sí, era un centro privado, el mejor de Estocolmo, pero, aun así, la había abandonado desentendiéndose de todo cuanto le pasara, ya fuera bueno o malo—. Lo siento.

—No lo sientas. La verdad es que la comprendo. Yo también estaría harta si mi hija no dejara de recaer en el crack una y otra y otra vez, y todo lo que yo hiciera no sirviera de nada. —Klara se encogió de hombros, acto seguido se limpió una lágrima con la manga y aspiró con fuerza.

Ágata suspiró y se quedó meditando unos minutos mientras terminaba de barrer. Aquella niña estaba sola, tan sola como ella misma. La diferencia estaba en que ella era unos años mayor y tenía recursos para pagarse aquel centro y vivir una buena vida. Frunció el ceño ante ese pensamiento, aunque no estaba segura del todo. El mundo de la música era duro, y siempre había estado ligado a las drogas, pero, aun así, la esperanza de recuperación de una persona adinerada como ella, al lado de una sin recursos como lo era Klara era siempre superior. La imagen de Marco se le vino entonces a la mente, sus ojos abiertos mirando al techo, vacíos y sin vida, un escalofrío le recorrió la espalda al imaginar a Karla de aquella manera. No podía tolerarlo, no podía dejar que aquello pasara. Ella tenía al padre Artur, pero Karla no tenía a nadie. Sonrió ante la idea que estaba tomando forma en su cabeza. Se acercó hasta su amiga y se sentó a su lado.

—Escúchame, voy a hacerme cargo de ti, ¿vale? Pero quiero que me prometas que vas a esforzarte por recuperarte. Quiero que me escribas todas las semanas y me cuentes todo. Y cuando salgas de aquí, yo pagaré de tus estudios.

—Estás loca, Val. ¿Por qué ibas a hacer algo así? Apenas me conoces.

—Porque necesitas ayuda, igual que la necesito yo. Y no voy a quedarme de brazos cruzados si sé que puedo hacer algo para darte la vida que las drogas te han robado.

Los ojos negros de Klara la observaban confusos, pero, en el fondo de ellos, se podía ver un atisbo de esperanza.

—Pero... —Ágata posó sus dedos sobre los labios de su amiga y la hizo callar, abrazándola después.

—Confío en ti, Klara. Sé que lo lograrás.

En ese momento, el cuerpo de Klara, diminuto y esquelético, comenzó a mostrar los espasmos propios del llanto. Ágata la acunó y siseó para calmarla, pero sabía que aquel llanto silencioso era la manera que su amiga tenía de darle las gracias. Un sentimiento de tranquilidad y alegría se instaló en el pecho de la cantante.

—¿Por qué eres tan buena conmigo, Val?

Ágata suspiró al oír la tristeza con la que aquella pregunta se disipaba en el aire.

—No me parece justo que tengas que pasar por este calvario sola, Klara. Eres muy joven para sufrir tanto, y no te lo mereces —suspiró.

—Tú también eres joven. —Klara hizo una pausa y se deshizo del abrazo de Ágata—. ¿Qué edad tienes?

—Tengo treinta y uno pero, yo me lo merezco.

Klara la miró a los ojos. Los pozos negros de la joven la observaban tristes y curiosos. Los labios formaban una línea fina y apretada.

—Eso no es verdad, no has hecho nada.

—Ese es el problema —respondió Ágata acunando el rostro de su amiga. Sentía cómo una lágrima caía por su mejilla—. No hice nada cuando debí hacerlo y por eso estoy aquí. Pero, no me va a volver a pasar, Klara, no contigo. Eres mi amiga, y voy a cuidar de ti. No voy a abandonarte.

CAPÍTULO 6

Ágata revisó todo antes de salir de su habitación. En las maletas de diseño llevaba bastante ropa como para pasar más de un año junto al padre Artur. En una empacó varios pares de botas, algunos vaqueros, jerséis de lana que adoraba usar cuando andaba por casa, camisetas, ropa interior, unos pijamas enormes que siempre la hacían parecer un peluche, sus pantuflas favoritas con forma de vaca que ya estaban algo raídas, varios gorros, así como bufandas y guantes. En otra maleta, llevaba unos pocos vestidos, ropa de verano y unos *pumps* negros de *Christian Louboutin*. Sonrió al guardarlos en su funda de terciopelo; aquellos zapatos fueron, junto a una hamburguesa de *McDonald's*, lo primero que compró con la venta del sencillo de K.A.M.

—¿No cree que lleva mucho equipaje? —preguntó el doctor Dawson desde el umbral de la puerta.

Ágata negó con la cabeza acercándose a su armario de nuevo.

—No, llevo lo suficiente para pasar un año sin tener que comprar nada. Así evitaré salir a lugares concurridos.

—Ágata, va a vivir en una aldea donde apenas llega la línea telefónica, ¿de verdad cree que alguien la va a reconocer?

Ágata lo miró con el gesto torcido y con inocencia volvió a encogerse de hombros. Oyó bufar al doctor cuando se sentó en el suelo frente a los cajones de la parte baja de su enorme armario. Llevaba más de dos horas revisando toda su ropa y eligiendo todo lo que debía llevarse con ella. Ya casi había terminado, pero había unas cuantas cosas que necesitaba llevar consigo. Miró por el rabillo del ojo y se dio cuenta que el doctor Dawson se estaba alejando por el pasillo, dejándola de nuevo sola. Sonrió satisfecha, necesitaba intimidad para lo que quería hacer. Suspiró y abrió el cajón, sacó toda la ropa que había y al final del todo había una caja de plata con un precioso símbolo labrado a mano en la tapa.

Ágata pasó las yemas de los dedos por el relieve, las dos alas símbolo de las valquirias coronado por el valknut, en representación de Odín. Marco lo había mandado a hacer especialmente para ella, para celebrar su triunfo con el grupo. Con cuidado, giró el valknut y al escuchar el clic, éste se desprendió dejando el hueco vacío en la tapa.

La cantante tomó la pieza de plata y la encajó en la parte de delante de la caja, en la ranura que hacía de cierre, dio tres vueltas y la tapa se abrió con un leve clic. Dentro, Ágata tenía ocultos todos sus recuerdos, tanto los bellos como los más dolorosos. Tomó aire, pero fue incapaz de mirar dentro las imágenes, cartas y recortes de noticias. Cerró la caja de la misma forma, pero antes de volver a colocar el valknut en la tapa, se levantó y buscó en su joyero una cadena, colgándose al cuello aquel símbolo.

Tras unos minutos de silencio, arrastró hasta la entrada las dos maletas y sus recuerdos. Miró al doctor Dawson, que estaba sentado en el sofá del salón con uno de sus álbumes en las manos.

—¿Qué hace, doctor?

El hombre se levantó a trompicones, sonrojado y carraspeó para tratar de disimular.

—Esto... disculpa, estaba... yo...

Ágata se acercó con una sonrisa traviesa, le quitó el álbum al hombre y revisó las fotos.

—Este es uno de mis primeros *books* —sonrió mientras pasaba las imágenes y se las mostraba al doctor—. Ni siquiera sabía posar, mire. —Señaló una imagen en blanco y negro en la que aparecía desnuda, sólo tapada por una guitarra eléctrica—. Era un desastre y no tiene ni idea del frío que hace en estos estudios.

Ágata siguió pasando fotos, contándole anécdotas y recuerdos de todas y cada una de ellas al doctor.

—Estabas muy bien —tartamudeó el doctor y se metió las manos en los bolsillos.

—Sí, estaba más gorda que ahora. Mi representante odiaba verme comer, pero, ¡quería que me pusiera a dieta! ¡Val no comas chocolate, se irá a tus cartucheras! ¡Val no engullas ese chuletón, mejor cómete la ensalada! —imitó con sorna—. Era idiota.

—Me refería a que se te veía feliz.

Aquella palabra hizo que una punzada de tristeza empañara su mirada. Ágata suspiró y cerró el álbum, colocándolo de nuevo en la repisa junto a los demás.

—Era feliz, doctor. Muy feliz —respondió en apenas un hilo de voz nostálgico. Cerró los ojos y apoyó la frente en la estantería, tratando de reprimir el impulso de llorar. Aquel era un día feliz, en unas cuantas horas volvería junto a Artur y no quería estropearlo. La mano grande y cálida de Robert se posó en su brazo.

—Volverás a ser feliz.

Ágata se giró y lo miró a los ojos. En su rostro había una sonrisa sincera que la reconfortó. Asintió con una sonrisa tensa en los labios.

—Lo intento, doctor.

—¿Lo tienes todo? —sonrió Robert señalando las maletas y acercándose a ellas.

—No —negó algo triste—. ¿Podríamos ir a casa de Marco antes de salir? Quiero recoger algo que dejé allí. Está sólo a una manzana, podemos ir caminado.

Robert asintió y se enfundó en su enorme abrigo. Ágata hizo lo mismo con el suyo. Sin

embargo, ella se colocó un enorme gorro de lana blanco y unas gafas de sol negras enormes.

—¿No crees que exageras? —preguntó ceñudo el hombre. —Tal vez, pero no quiero arriesgarme.

Tras diez minutos de caminata rápida, donde Ágata llevaba a rastras al doctor Dawson, entró en silencio en el ático propiedad del difunto cantante.

Ágata tomó aire, era la primera vez que entraba en aquella casa desde que ella misma descubriera el cuerpo sin vida de su antiguo compañero de grupo. Tragó saliva con dificultad y, sin darse cuenta, enredó sus dedos enguantados en los de Robert.

—Ágata, dígame qué quiere y yo lo traeré. No tiene que entrar.

La respiración de la cantante pasó a ser un jadeo, casi no le llegaba el aire a los pulmones por mucho que lo intentara. Su corazón se aceleró y las manos le temblaban. Un dolor sordo comenzaba a azotarle en la columna, y amenazaba con entumecer las extremidades. Tragó saliva con dificultad. Quería entrar, quería hacerle frente al pasado. Necesitaba algo que Marco guardaba en su dormitorio, sin embargo, sabía que aquella casa era peor que hacerlo a ciegas por un campo de minas. Todo le recordaba a él, a su pasado, a los momentos vividos entre aquellas cuatro paredes, al grupo, a ellos dos solos, y sobre todo, aquel apartamento le recordaba aquellos ojos verdes inertes observando el techo. La angustia se instaló en su pecho y dio dos pasos atrás, saliendo del umbral. Alejarse de aquella puerta abierta la tranquilizó por un momento.

—¡No! —gritó para ella misma—. Debo hacerlo, debo entrar.

Dejó la mente en blanco y se concentró en todo lo que el padre Artur inspiraba en ella. Ágata se soltó del doctor Roberts y se adentró pisando fuerte sobre el parquet. Atravesó el umbral, y luego giró hacia el salón, cerrando los ojos y guiándose por su memoria hasta llegar al dormitorio principal.

Entró y se recargó en la pared. Su respiración era entrecortada, el dolor de la espalda insoportable, y el cuerpo le temblaba con violencia. La boca se le había secado y un pellizco de ansiedad en su estómago le decía que necesitaba algo que hacía tiempo que no anhelaba. Miró desesperada a los lados en busca del néctar que seguramente aún quedaba en el cuarto de Marco. Nadie había vuelto desde que ella lo encontrara muerto en su salón.

Se acercó entonces hasta el vestidor, abrió las puertas de un movimiento rápido y un aroma conocido la envolvió. Aunque estaba mezclado con el polvo y tenía notas rancias por el paso del tiempo, Ágata podía sentir los restos de aquel perfume que siempre desprendía Marco. Se dejó caer de rodillas mientras observaba las camisas, chaquetas y demás prendas que colgaban ordenadas de sus perchas. La desesperación y la ansiedad se transformaron en una profunda tristeza.

La mano del doctor Roberts se posó sobre su hombro:

—¿Ágata?

Las lágrimas afloraron hasta rodar por sus mejillas en un río cristalino y caliente.

—Siempre fue un obseso del orden, ¿sabe? —masculló para luego agarrar una de las camisas que pendían justo encima de ella. La abrazó y se perdió en los vestigios del perfume que emanaba de esta. Cerró los ojos y se perdió en aquel recuerdo. Sonrió y al abrir de nuevo los ojos

la vio. Dejó la camisa a un lado y alargó la mano hasta coger la funda de guitarra de cuero que descansaba en un rincón. En silencio, se levantó y se la cargó a la espalda—. Vamos, doctor. Ahora tengo todo lo que necesito.

La cantante salió cabizbaja de la habitación, agarrando la cinta de la funda de cuero con las dos manos, cerradas con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Aspiró con fuerza y al llegar al salón desvió la mirada de nuevo. Aunque había entrado, atravesado la casa al completo y recuperado aquel recuerdo, aún no se sentía con fuerzas para mirar de nuevo al lugar donde Marco había muerto. Siguió adelante, sintiendo el latido fuerte y rápido de su corazón; un pellizco de terror se coló en su alma provocando en ella unas ganas enormes de golpear las paredes.

La rabia y la frustración se fueron disipando con cada inspiración que daba una vez se vio fuera de aquella casa. El doctor Robert cerró de nuevo el apartamento antes de preguntarle:

—¿Fue en el salón donde lo encontraste? —Ágata asintió mirando el suelo, tratando de concentrarse en su respiración, para relajarse—. ¿Quieres contármelo? —La cantante negó separándose de la pared y dirigiéndose a las escaleras.

—Doctor, está cansado. Lleva mucho conduciendo y es muy tarde, ¿no quiere parar y conduzco yo? —preguntó Ágata por enésima vez con preocupación.

—¿Qué? ¿Estás loca? —sonrió divertido Robert.

—¡Eh! Soy muy buena conductora. Además, me detuvieron porque iba... ya sabe. Y ahora estoy limpia. No he bebido ni me he tomado nada salvo los medicamentos, y ¡no he vuelto a fumar ni un cigarrillo desde que hemos salido de Estocolmo!

—Ágata, la han detenido siete veces y sólo tres estaba bajo los efectos de las drogas, las otras cuatro la multaron por exceso de velocidad —respondió exasperado el doctor.

—Pues no es que vaya usted muy lento, que digamos, doctor —respondió irónica mientras señalaba el velocímetro en la pantalla del salpicadero que marcaba los ciento veinte kilómetros a la hora.

—¡Oh! Venga ya, ¿sabes cuantas veces se me presenta la oportunidad de conducir un *Porsche Cobra* como éste? —dijo guasón regalándole a Ágata una sonrisa torcida.

—Seguramente ninguna, porque es un Porsche Cayman —respondió pronunciando lenta el modelo del coche—. Además, ¿cómo sabe las veces que me han detenido?

Ágata parpadeó y se agarró fuerte al sillón en cuanto el coche giró en una curva. Se sintió mareada, era mucha velocidad y mucho traqueteo el que había dentro del coche, por no contar las horas que llevaba allí dentro.

—En el centro tenemos acceso a vuestros historiales, tanto médicos como penales. —El médico miró cómo Ágata comenzaba a palidecer—. ¿Está bien?

Ágata negó tapándose la boca con una mano. Una arcada le dio el aviso al doctor que paró a un lado de la carretera. La cantante salió rápida y vomitó el almuerzo entre los matorrales que

había al borde de la calzada. Pasó unos minutos allí, bajo el frío invernal del norte de Suecia. En aquel momento, calculó la cantante que debía estar a menos dos grados, por lo que volvió al coche, haciendo un mohín y tapándose con la manta que llevaba a los pies durante todo el trayecto.

—Tranquilícese, sólo queda un par de horas más y llegaremos a Långträsk.

Ágata asintió y, aunque estaba mareada y dolorida, un pellizco de alegría se instaló en su pecho.

Tal y como el doctor Dawson le había prometido, Långträsk apareció ante sus ojos tres horas y media de horas después. Todo estaba nevado, el hospital donde aparcaron era tan pequeño como el pueblo en el que se encontraba. Sin embargo, Ágata no se había fijado mucho, pues era tarde, estaba cansada y sólo deseaba abrazar al padre Artur; todo lo demás, carecía de importancia.

CAPÍTULO 7

Un rayo de luz procedente de la ventana despertó a Ágata. Abrió los ojos y observó a su alrededor. La noche anterior había estado tan cansada por las horas de viaje que apenas prestó atención en los detalles de su nuevo dormitorio. Las paredes eran blancas y estaban desconchadas en la parte más baja, el parquet era de madera clara y aunque era viejo, estaba muy cuidado. La ventana era grande, de madera y estaba pintada en verde aguamarina con unas cortinas blancas con flores bordadas. Desde su posición podía ver un par de árboles que había al otro lado de la calle; sonrió al darse cuenta de que en el alféizar había un par de macetas de barro, aunque no contenían más que mala hierba, le gustaba que de ella colgaran pequeños témpanos de hielo propios de la mañana sueca. Se levantó y esperó unos instantes a que el estómago se calmara. Siempre despertaba con náuseas que desaparecían cuando tomaba la medicación, pero ese sería el primer día que no la tomaría, de manera que sabía que debía ir con cuidado.

Puso los pies en el suelo y descubrió una pequeña alfombra. Era de lana blanca, mullida y muy calentita. Sonrió y buscó su jersey para abrigarse, se colocó sus zapatillas con forma de vaca y salió siguiendo el delicioso aroma a café que llegaba de la cocina.

Observó todo cuando la rodeaba, la casa del padre Artur era pequeña y vieja, pero tenía algo que la reconfortaba. Tal vez fueran los muebles de madera que parecían hechos a mano, tal vez la calidez que le recordaba al hogar que una vez tuvo en Alemania, o tal vez fuera que allí se sentía por primera vez feliz y en paz con ella misma. Giró el picaporte y abrió la puerta azul cielo que daba a la cocina; allí encontró al cura vestido con unos pantalones de pana marrón, una camisa de cuadros escoceses y un jersey beige con coderas de piel. Parpadeó un par de veces antes de que una sonrisa enorme se le dibujara en los labios.

—Buenos días, ¿cómo te encuentras? —Ágata se sentó donde el reverendo le señalaba y se sirvió un poco de leche caliente. Delante de ella había todo un banquete: tortitas, fruta, pan, mantequilla, huevos fritos...—. No sabía qué podrías querer desayunar, así que he preparado un

poco de todo.

La mujer se mordió la uña del pulgar, aunque todo parecía apetecible, se había levantado con el estómago revuelto, y creía que pudiera ingerir gran cosa. Tomó aire y cogió una manzana.

—Con un poco de fruta estaré bien. El doctor Dawson me dijo que los primeros días serían los más duros, no quiero arriesgarme demasiado —se disculpó mirando hacia su regazo, avergonzada. Esperaba que Artur no se ofendiera.

—No te preocupes, come lo que puedas. Nadie mejor que tú te conoce.

Artur se sentó a su lado con una taza de café y un plato con huevos fritos y beicon. Ágata lo miró de nuevo y éste le respondió revolviéndole el pelo con una sonrisa divertida, como si de un padre se tratase.

—Se me hace raro verte con el pelo tan oscuro y corto —comentó el hombre antes de dar un sorbo de su taza.

—Lo cierto es que soy morena, padre.

—No lo sabía, ¿quién te lo ha cortado? —preguntó con las cejas en alto.

—Klara, la chica delgada y paliducha —respondió Ágata dándole un bocado a su manzana y repasando la cocina.

—¿Es la misma chica de la que hablabas con el doctor Dawson anoche? —Ágata asintió antes de tragar con premura.

—Sí, quiero que el doctor Robert me entregue un informe de cómo evoluciona cada vez que vaya a hacerme las pruebas a Långträsk, y cuando salga me haré cargo de darle una educación decente.

—Te honra querer hacer algo por esa pobre niña, pero, ¿no crees que antes debes preocuparte por ti?

La cantante dejó la manzana, limpiándose las manos en su pantalón de pijama rosa y tomando una mano del cura.

—Padre, usted me salvó del infierno. Y yo debo salvarla a ella, no se merece ese sufrimiento.

En ese momento, los ojos verdes de Artur la miraron con adoración, haciendo que Ágata se sintiera orgullosa de ella misma.

Tras desayunar, el padre Artur le enseñó a Ágata la casa, que contaba con tres dormitorios, dos baños, una cocina-comedor, un salón y una alacena. Desde la cocina se accedía a un pequeño pasillo que daba a la iglesia del pueblo, de manera que el cura no tenía que salir a la calle para dar misa. También tenía un pequeño patio trasero que se podía ver desde el comedor y la cocina; en él, un enorme abeto se alzaba en el centro y, justo bajo él, había una mesa de piedra. La casa, al igual que el resto de las de aquella pequeña aldea, era de piedra marrón, con tejados a dos aguas de teja negra que al darle la luz del sol generaba preciosos reflejos verdes como si de la aurora boreal se tratase. Justo al otro lado del patio, lo que antaño era un establo, era ahora una especie de garaje dónde la noche anterior Ágata había guardado el Porsche tapándolo con una enorme tela gruesa para que nadie pudiera verlo. Aunque Artur le había dicho que no le sucedería nada, ella no quería arriesgarse a que se supiera de la existencia del mismo, pues

llamaría demasiado la atención.

—Si quieres puedes instalarte en la planta de arriba. El dormitorio está reformado, aunque es algo más pequeño —le dijo el cura cuando terminó la visita guiada y accedían de nuevo a la cocina desde el patio trasero.

—Creo que será mejor que me quede en la planta baja, padre. Los dolores aumentarán y los espasmos también. Muchos días no podré subir las escaleras. Es mejor que me quede en la que dormí anoche, además, ¡mi cama tiene dosel! ¿Sabe lo que me gustan las camas con dosel? ¡Ah! Y la ventana es color aguamarina.

Ágata sonrió como si fuera una niña con un juguete nuevo. A veces, hasta ella misma se sorprendía de las tonterías que le podían hacer feliz.

—Está bien, ahora, ¿quieres que te enseñe la aldea? —preguntó el cura mientras tiraba con suavidad de su mano hasta la entrada.

Una punzada de miedo se coló en el estómago de Ágata. Era casi mediodía y temía que alguien pudiera reconocerla. Pensó que lo mejor era no salir durante una temporada. Se soltó del agarre de Artur y este la miró extrañado.

—Padre, será mejor que deshaga la maleta. No me siento bien y no quiero dar un espectáculo en medio de la calle. ¿Podríamos esperar un poco hasta que me adapte a no tener la medicación para salir?

El padre asintió algo decepcionado, pero tan rápido como su mirada se apagó, se encendió de nuevo y le regaló a la cantante un beso en la frente.

—En ese caso, me marchó yo. Hay que hacer la compra y tengo que preparar la catequesis, aunque esto sea una aldea hay niños y un rebaño de feligreses que cuidar.

Ágata se quedó mirando cómo Artur salía con unas enormes botas para la nieve y un abrigo negro, así como un enorme gorro de lana en un bonito tono verde botella.

Tras cerrar la puerta, se encaminó lenta hasta su nuevo dormitorio. Suspiró al entrar y, aunque el dolor de las articulaciones aumentaba casi por minutos, trató de ignorarlo manteniéndose ocupada en deshacer la maleta y ordenando el armario. Una vez colocada la ropa, Ágata sacó su joyero de plata y lo colocó en el aparador de madera blanca que había debajo de la ventana.

Sin poder evitarlo, abrió la ventana, disfrutando de cómo el frío de finales de febrero le acariciaba la piel del rostro. Cerró los ojos y dejó que el aire puro del campo la llenase. En ese momento el ruido de unas risas masculinas la sacó de su trance. Sus ojos avellanas conectaron con otros grises oscuros y una sonrisa preciosa que se dibujaba bajo una barba castaña casi rubia. El joven que la miraba llevaba un enorme abrigo marrón de piel, una bufanda gris perla y una gorra *ascot* marengo. Iba acompañado de dos hombres más a los que Ágata no prestó atención, pues no podía desviar la mirada de los ojos que la hipnotizaron.

Aquel hombre se llevó dos dedos hasta la visera de su gorra y le dio un leve golpecito mientras agachaba la cabeza en señal de saludo, haciendo que Ágata se sonrojase. Su respiración se agitó y el miedo a ser descubierta la obligó a cerrar la ventana y correr la cortina, antes de apartarse y dejarse caer con la espalda en la pared. Tras unos instantes, tragó saliva y se acercó a la ventana, apartando la cortina con cuidado y buscándolo de nuevo. No quedaba nadie en la calle y un

extraño sentimiento de vacío sustituyó al miedo. Se llevó una mano hasta los labios y comenzó a morderse la uña del pulgar. En ese momento, su teléfono sonó, sorprendiéndola. Corrió hasta el escritorio que había junto a la puerta y pulsó el botón de llamada con urgencia, sabía quien era y necesitaba oírle hablar.

—¿Ágata? —como las otras veces, la cantante no pudo reaccionar ante aquella voz. El dolor de las articulaciones aumentó hasta hacerla caer de rodillas. El llanto la superó—. *No llores mi guerrera, mi Valkiria*. —Y como si de un suspiro se tratara las palabras se disiparon en el aire al cortarse la llamada una vez más.

CAPÍTULO 8

La primera semana de Ágata en aquella aldea fue, para ella, un suplicio. Los dolores y los temblores la asaltaban a todas horas, obligándola a estar postrada en la cama casi a todas horas. El poco apetito que tenía lo había perdido, y aunque se obligaba a comer para tratar de no perder el poco peso que había recuperado en el centro de desintoxicación, terminaba vomitando la mayoría de las veces. Se sentía frustrada y furiosa la mayor parte del tiempo, aunque sabía que era por los cambios de humor típicos del síndrome de abstinencia.

A ratos sentía que no podría superar aquello, pero la compañía y los cuidados de Artur la ayudaban a soportar un poco más. Aunque no era sólo las atenciones que el viejo cura le proporcionaba lo que la hacía seguir adelante, ya que, para Ágata, la pequeña Klara era otro motivo más que la impulsaba a superar su adicción. Aquella muchacha necesitaba su ayuda y su apoyo, y estaba dispuesta a dárselo.

Las noches no eran mejores que los días, pues desde que había dejado la medicación, el insomnio hacía que se pasara gran parte de la noche en vela. Para matar el tiempo, muchas de las horas las dedicaba a leer, pero le hacía levantarse mucho más cansada de lo que se acostaba, haciendo que los dolores y el mal humor empeorasen. Sólo en las mañanas había unos minutos en los que sentía un poco de alivio, y aunque no entendía la razón, tampoco le dedicaba mucho tiempo a preguntarse el porqué.

A diario, sobre las once de la mañana, justo después de desayunar, Ágata entraba en su dormitorio y abría la ventana, dejando que el frío la refrescara. Sentía escalofríos que recorrían su espina dorsal, y aunque sabía que aquello aumentaba su dolor, no le importaba porque le despejaba la mente embotada por la falta de sueño. El reverendo la había regañado varias veces por quedarse tanto tiempo expuesta al fresco mañanero, diciendo que se resfriaría.

La octava mañana, cuando Ágata abrió la ventana para respirar el aire puro, como a diario, los tres hombres que ella pensaba rondaban su edad, se acercaban paseando. Los tres le saludaban de diferente manera. El más escandaloso era uno joven que siempre paseaba con una maleta o un par de libros en las manos, llevaba dos pares de gafas, unas puestas y las otras colgadas del cuello o, a veces, sobre la cabeza. Era el que más elegante vestía de los tres; Ágata imaginaba que debía ser una especie de contable o alguien que trabajaba en alguna oficina, aunque no estaba muy segura en qué tipo de oficina podría haber en una aldea tan pequeña.

El segundo, un tipo algo más alto que él, demasiado delgado, con las orejas enormes, pecas y una mirada despierta y vivaracha, vestía siempre con lo que a la cantante le parecía un mono de trabajo, pero bajo aquel enorme abrigo azul marino no era fácil adivinarlo. Llevaba siempre un gorro de lana destartado a juego con su bufanda, que cambiaba a diario, cosa que divertía a Ágata. Le gustaba imaginar que, tal vez, su novia le tejía aquellas prendas tan horrendas y él sólo las llevaba para hacerla feliz. Su saludo era tímido y educado, ya que solo alzaba la mano y decía un “hola” muy escueto.

El tercero, el más alto de los tres, Ágata calculó que mediría alrededor de un metro noventa y era el más silencioso de todos, pues no le había dedicado más de una sonrisa dulce. Aunque la miraba con una intensidad que la abrumaba, nunca le hablaba. Sus ojos gris oscuro y aquella sonrisa torcida escondida tras su barba castaña era hipnótica para la cantante. El muchacho siempre vestía con un abrigo marrón y una gorra *ascot* que golpeaba con la yemas de sus dedos cuando la saludaba.

Aunque de los tres era el más bajito y con gafas quien siempre se acercaba a su ventana para regalarle una florecilla y una sonrisa, era el más alto quien la cautivaba con su silencio.

—¡Bella Julieta! ¡Oh, mi dulce Julieta! —Ágata se dejó caer en el alféizar y sacó la cabeza en busca del muchacho que todas las mañanas la saludaba con una sonrisa radiante. Éste se ajustó las gafas y se acercó con paso decidido mientras le sonreía a sus amigos—. Buenos días mi Julieta, ¿ha visto cómo brilla el sol hoy? —preguntó señalando a su alrededor—. No olvide, mi señora, que el sol brilla porque usted abre sus ojos. Unos ojos en los que desearía perderme.

A la vez que hablaba y le sacaba una sonrisa socarrona a la cantante, le acercó una pequeña margarita silvestre. Ágata la cogió, pero avergonzada, desvió la mirada hacia el más alto de los muchachos que le sonreía a unos metros de ella, apoyado sobre el tronco de un árbol, a la espera de que su amigo terminase su actuación.

—Pero, ¿qué ven mis ojos? ¿Mi bella Julieta no corresponde a mi cortejo?

Ágata sonrió de nuevo, llevándose la mano hasta los labios y mordisqueando nerviosa su uña. Sentía la mirada gris de aquel hombre fija en ella, y eso la ponía más nerviosa aún.

En ese momento, el dolor de las articulaciones comenzó a aumentar demasiado rápido, así como el temblor de sus rodillas. Frente al pánico de caer, la mujer se despidió aferrándose a la hoja de la ventana.

—Es una margarita muy bonita, muchas gracias. Que tengan un buen día.

Tras cerrar la ventana, cayó al suelo con un golpe seco.

—Mi Julieta, mañana volveré a pasar por su balcón para volver a disfrutar de su sonrisa —gritaba alejándose.

—¿Pero qué dices, imbécil? Si es una ventana —respondió otro de los chicos.

Entre quejidos de frustración, Ágata trató de ponerse en pie, pero los músculos no le respondían. La respiración comenzó a acelerarse, el corazón le palpitaba tan fuerte que creía que se le saldría del pecho. Entonces sintió que el estómago le daba un vuelco: iba a vomitar y no tenía fuerzas para moverse. Por suerte, en ese momento, Artur atravesó el umbral como una bala y cogió la pequeña papelera metálica que tenía a los pies de la cama. La acercó hasta donde ella

estaba y con cuidado la incorporó hasta sentarla.

La boca seca, y un leve sabor a bilis en el fondo de la garganta le indicaron que no podría aguantar mucho más. Tomó el cubo con las manos a la par que una arcada dolorosa le hacía vomitar todo el desayuno.

Esa misma tarde, el cura avisó al hospital de la caída de Ágata y, para que no tuviera que desplazarse, el doctor Dawson hizo que enviaran a un médico para que le hiciera un chequeo y las pruebas semanales.

El doctor Stellan Praymore, era un muchacho joven, casi de su edad, de porte serio que tanto al padre Artur como a Ágata les pareció un hombre profesional que la examinó con cuidado y mimo.

—No se ha dañado al caer, señorita Schmollend, pero es mejor que guarde reposo. Le dejaré aquí unas vitaminas para evitar la anemia, pues parece que no es capaz de mantener en el estómago mucho tiempo el alimento. Seguramente, los dolores aumentarán en los próximos días, si es que no lo han hecho ya, pero estoy seguro de que irá remitiendo poco a poco. Trate de comer y descansar, y cuando se encuentre con fuerzas, trate de moverse. Camine todo lo que su cuerpo le permita, el ejercicio le vendrá bien.

Ágata asintió, pero justo después de que el doctor le sacara el vial de sangre que necesitaba para las pruebas para comprobar que no había ingerido droga alguna, volvió a vomitar. La mano de Artur le acarició la cabeza y le aguantó la papelería una vez más.

—Gracias, doctor —dijo el reverendo mientras la ayudaba a incorporarse. Luego dirigió su mirada a Ágata—. Acompañaré al doctor a la puerta, ¿crees que estarás bien sola?

La mujer cogió un pañuelo de papel, se limpió las comisuras de la boca y asintió metiéndose entre las mantas. Aunque no se había hecho daño, desde la caída de esa mañana había empeorado considerablemente. No había dejado de vomitar, los temblores no remitían ni un poco y los dolores de las articulaciones le sacaban gemidos y gruñidos con cada movimiento o roce. Al recostar la cabeza en la almohada, se quedó mirando la pequeña margarita que el chico le había entregado. Artur la había puesto en un vaso con agua en la mesita de noche que tenía al lado de la cama. Sonrió al recordar la sonrisa del muchacho y aquellos ojos negros tras los cristales graduados. Pasadas las tres de la madrugada, Ágata se rindió por fin al sueño.

CAPÍTULO 9

Cuatro días más había pasado metida en la cama sin poder levantarse salvo para ir al aseo y darse una ducha. Aunque Ágata no creía que aquella manera de lavarse fuera una ducha. Sentía que se lavaba como se acicalan los gatos, solo que en lugar de usar la lengua, usaba una toalla húmeda.

—Esto es un asco —bufó molesta—. Creía que en seco sólo se lavaban las alfombras.

—Deja de quejarte y termina de una vez —la apremió el padre Artur desde el otro lado de la puerta.

Ágata miró al techo mientras se ponía la ropa interior.

—Ya puede pasar, padre. —Artur entró desviando la mirada y cubriéndola con la parte de arriba del pijama. Ágata dejó que le cerrara los botones, pues aún le temblaban las manos demasiado.

Tras terminar, Artur le pasó un brazo por la cintura y la acompañó sin prisas hasta su cama.

—Creo que puedo andar sola, padre.

—Aún estás débil, han sido unos días muy duros, pequeña.

Ágata se tumbó en la cama y recostó la cabeza contra el cabecero de metal mirando las flores bordadas en la tela del dosel. Artur se sentó a su lado y comenzó a contarle todo lo que había hecho en las pocas horas que habían estado separados aquel día. Tras terminar la misa de aquel domingo, las señoras del pueblo lo habían invitado a tomar un café en el bar para contarle todos los acontecimientos de los últimos días. Aunque a Ágata las salidas nocturnas del maestro de la escuela, las miradas traviesas del panadero y los avances en los vestidos de novia que la hija del cabrero cosía, no le importaba lo más mínimo, escuchaba atenta. Una vez que el cura terminó de hablar Ágata lo miró socarrona.

—Hay algo que no comprendo, padre —dijo antes de darle un sorbo a la taza de té que estaba tomando—. Si a usted no le gustan las habladurías, ¿cómo demonios se acuerda de todos los detalles y pormenores de cada persona?

Artur parpadeó nervioso; Ágata pudo ver como se ponía colorado antes de carraspear y hacer un mohín. Aquello le sacó una sonrisa que escondió al taparse la boca con una mano.

—Ya te he dicho que son las señoras las que me asaltan y me cuentan los chismes. Están aburridas y ya se sabe.

La mujer lo miró con una ceja en alto y una expresión traviesa en la cara.

—Si, pero, cuando a mí no me interesa algo, lo olvido al instante; sin embargo, usted no parece olvidar nada. ¿No cree que, tal vez y solo tal vez, a usted también le guste estar enterado de todo?

El anciano se restregó las manos con nerviosismo, mirando a todas partes menos a los ojos de Ágata, que se reía a carcajadas. Descubrir aquella faceta chismosa del cura la divertía mucho. Haciendo que, tras varios días en los que se sentía caer de nuevo en aquella espiral de oscuridad, atisbase de nuevo una trémula luz que la guiaba hasta la salida. Podía salir de aquello, hacerle frente a todo, porque dentro de lo malo, siempre había momentos buenos.

A la mañana siguiente Ágata se había levantado casi sin temblores y el dolor agudo de los últimos días había pasado a ser un dolor sordo que, aunque le sacaba una mueca según los movimientos que hiciera, le permitían moverse y desplazarse sin necesidad de ayuda. Miró el reloj en la pantalla de su teléfono y se dio cuenta de que había dormido hasta pasar el mediodía. Apoyó los pies en la mullida alfombra de lana que tanto adoraba, levantó la vista hasta la ventana

y sonrió, esa mañana podría volver a asomarse aunque sólo fueran unos segundos. Se levantó lenta y tambaleante. Para mejoría de su humor oyó su estómago rugir de hambre. Estaba segura de que esa mañana no vomitaría el desayuno; aunque sabía que tenía que comer con cuidado.

Con una sonrisa nerviosa por oler el perfume de los árboles y recibir en su rostro el frío del recién llegado abril, rompió la distancia que la separaba del ventanal y corrió la cortina. Sabía que no encontraría al muchacho de ojos negros y frases shakespirianas, pero no le importó. Un pequeño ramillete de flores de lavanda atados con un cordelito colocado con mimo sobre una piedra de río en el alféizar llamó su atención. El corazón se le aceleró y su rostro se sonrosó. Soltó una risita nerviosa y bobalicona al cogerlo y llevárselo hasta la nariz para disfrutar el delicado aroma que emanaba. Pero la piedra no estaba allí por casualidad, sino que había sido usada para evitar que varias notas que le habían dejado fueran arrastradas por el viento invernal. Las tomó entre sus manos y se sentó en la cama para leerlas en silencio.

Un pellizco se coló en su ya de por sí debilitado estómago. Ágata creyó que pronto le vendría una arcada, pero se relajó al darse cuenta que nada tenía que ver con su dolencia. Leyó en silencio las tres notas caligrafiadas en tinta negra con elegancia.

La primera nota parecía más estropeada que las demás, pues llevaba más tiempo a la intemperie, esperando a ser encontrada. Ágata se sintió culpable por no haberse acercado a la ventana antes.

Ver tu sonrisa alegra mis mañanas desde hace días. Anhele el momento de volver a ver tus mejillas sonrojarse mientras tu mirada se cruza con la mía.

Tuyo desde el amanecer.

Ágata no pudo evitar volver a soltar una risita nerviosa y aguda. Abrió la segunda nota y la sacó del sobre que parecía más nuevo.

Los días se oscurecen sin tu sonrisa, sin esos labios que anhele besar. Rezo para que vuelvas a tu ventana y poder ver que iluminas mi vida un día más.

Tuyo desde el amanecer

No tardó en abrir la última nota, que habían dejado esa misma mañana.

Cuando la luna alcanza su cénit sólo puedo pensar en deslizar mis manos por tu piel. Ansío regalarte todos los besos que guardo sólo para ti.

Tuyo desde el amanecer

Aunque estaba sola, la chica sintió cómo las mejillas le ardían. Aquel chico que siempre la

llamaba bella Julieta se estaba declarando con cada una de sus cartas. Aquella tontería le parecía lo más romántico que nadie había hecho por ella en muchos años. La culpa se aferró aún más fuerte en su corazón. Aunque ese chico de gafas y sonrisa pícaro le abría su corazón, ella no sentía nada por él. Al fin y al cabo no lo conocía salvo de verlo unos pocos días pasar por delante de su ventana. Torció el gesto y guardó las notas en su joyero de plata. Estaba feliz y no le apetecía amargarse el día con aquellos pensamientos. Ágata determinó que tendría tiempo de conocerlo más que suficiente, pues estaba más que segura de que volvería a acercarse a la ventana, teniendo así más oportunidades para hablar con él.

Tras almorzar, Artur se marchó, debía dar la catequesis al pequeño centro comunitario, al lado del bar de la aldea. Ágata rio cuando el cura le explicó divertido que más que cerca, el bar era prácticamente el centro comunitario.

Tras andarse toda la casa de arriba a abajo y comprobar que no tenía nada que hacer allí, Ágata atravesó el pasillo que daba a la capilla de la iglesia, recogiendo a su paso la escoba con la intención de ser útil al menos limpiando la capilla.

No había vuelto a pisar aquella pequeña iglesia desde su llegada, pero esa tarde se recreó en todos los detalles. Con la escoba en las manos, pasó por el altar, observando la pequeña virgen que, tallada en madera, la miraba con una sonrisa dulce en los labios. Era una talla sencilla y elegante que parecía tener bastantes años. Las pequeñas vidrieras de las ventanas eran igual de sencillas que el resto de la capilla. Pero hubo algo que le llamó la atención, atrayéndola como el polen atrae a las abejas: un piano de pared a la derecha del presbiterio. Un rayo de luz descompuesto en todos los colores del arcoíris lo iluminaba, otorgándole un halo que se le antojó divino.

Tragó saliva acercándose, dejó la escoba a un lado y se sentó en el taburete. Abrió la tapa y paseó sus dedos por las teclas sin llegar a presionarlas. Pisó los pedales y comprobó que el piano estaba en buen estado. El corazón se le aceleró y el leve temblor de las manos desapareció, haciendo que durante unos segundos no pudiera despegar su mirada incrédula de estas. Cerró los ojos y sintió una calidez rodearla.

—*Toca para mí.*

La voz de Marco, en un recuerdo lejano que ya no volvería, retumbaba en su cabeza. Elevó las manos sobre las teclas unos instantes, dejándolas caer luego en su regazo. Una lágrima trémula rodó por su mejilla hasta su barbilla.

—Buenas tardes. —La voz de una mujer que entró por el portalón principal la sorprendió, haciendo que se levantara de un brinco—. Lo siento, no quise asustarte.

La señora se acercó hasta ella a paso ligero, sonriéndole con dulzura. Era achaparrada y con el pelo castaño, aunque se entreveían algunas canas en la sien. Vestía con una falda marrón de paño grueso, una camisa blanca que sobresalía por el cuello del jersey de lana rosa palo, unos leotardos tupidos y unas botas para la nieve. Entre las manos llevaba el enorme abrigo marrón que se había ido quitando a medida que se acercaba. Ágata desvió la mirada al suelo y trató de secarse las lágrimas.

—Buenas tardes, el padre Artur está en...

—En el centro comunitario, lo sé —interrumpió con una sonrisa dulce. La mujer se acercó

hasta ella y le tendió la mano—. Soy la señora Tystnad, puedes llamarme Ingrid, preciosa. He venido porque me ocupo de limpiar la iglesia todas las semanas, pero veo que hoy te has adelantado tú.

Ágata sintió como se ruborizaba bajo la mirada gris de aquella mujer, una mirada que se le antojaba conocida.

—Si, eh... yo, bueno...

La mujer dejó el abrigo en uno de los bancos de la primera fila y se acercó al piano para coger la escoba.

—Tienes mala cara, jovencita. ¿Por qué no te sientas y descansas un poco? —le preguntó señalando el taburete del piano. Ágata meditó unos instantes antes de responder. No se sentía bien, al menos, no tan bien como antes de sentarse delante del piano. Se miró las manos y se percató de que el temblor reaparecía con mucha más intensidad que antes, así como el dolor en las articulaciones. Su respiración comenzó a acelerarse y el estómago se revolvió—. Dime, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Ágata —respondió tratando de reprimir un gemido de dolor mientras se sentaba.

—Y, ¿has terminado de limpiar todo?

—Yo, eh —balbuceó tímida. Desvió la mirada hacia sus manos, comprobando su estado.

En ese momento, el portalón de la iglesia volvió a abrirse, dando paso a unos ojos que Ágata reconoció al instante. El muchacho más alto de los tres que la saludaban todas las mañanas entró con paso decidido, pero se paró unos segundos al verla allí. La chica pudo ver cómo una sonrisa se dibujó en aquel instante en sus labios, haciendo que su malestar se le olvidara por unos instantes.

—¡Gustaf! ¡Hijo! —exclamó Ingrid acercándose hasta el muchacho una vez que esté se plantó frente a ambas mujeres—. Ésta es Ágata. Éste es mi hijo, Gustaf.

Ágata sintió como se sonrojaba, pero a la vez, se percató de que el temblor de sus manos disminuyó.

—Ya nos conocemos, señora Tystnad.

—¿En serio? Mi hijo no me había dicho nada —poniendo los ojos en blanco y golpeando al hombre en un brazo.

—Ágata —la voz del cura llamó su atención. Había entrado por la misma puerta que ella y la miraba preocupado. Dio un par de zancadas y se puso a su lado, colocándole una mano en el hombro. Ágata lo miró cansada, aunque por unos instantes los temblores y el dolor parecía haber remitido, volvían de nuevo.

—No me siento bien.

—Vamos, vuelve a la cama, necesitas descansar —respondió el reverendo tirando de ella.

—Y dígame, padre, ¿es que acaso Ágata vive con usted? —preguntó Ingrid sin tratar de esconder su curiosidad.

Aquella pregunta alarmó a Ágata. Sabía que era cuestión de tiempo que alguien la hiciera.

Buscó la mirada de Artur, pero éste la asió de una mano para obligarla a levantarse y sonrió.

—Ágata es mi sobrina. Está recuperándose de una enfermedad, y pensé que sería mejor que estuviera aquí conmigo en lugar de sola en Estocolmo.

Ágata abrió los ojos sorprendida por la mentira que el reverendo había dicho sin apenas parpadear y con una naturalidad que le heló la sangre. Sin esperar a que Ingrid o Gustaf reaccionaran, la acompañó hasta su dormitorio y la ayudó a recostarse en la cama.

—Padre —lo llamó antes de que éste volviera a la capilla.

—Ya hablaremos —respondió con un guiño y una sonrisa traviesa.

CAPÍTULO 10

Ágata salió de nuevo a la ventana y a lo lejos divisó al chico moreno que la saludaba con alegría todas las mañanas. Éste se acercó a grandes zancadas dejando atrás a sus dos compañeros.

—Buenos días, mi bella Julieta, ¿o debería decir mi bella Ágata? —la cantante sonrió sintiendo que el calor de sus mejillas aumentaba por momentos—. No os sonrojéis, mi dulce dama, pues hoy vengo a reprocharle su ausencia. ¿Sabéis cuánto hemos sufrido estos días? —preguntó, recitando con teatralidad y pasó los brazos por los hombros de sus dos amigos que, por fin, habían llegado a su altura—. A sus pies nos postramos, mi señora.

En ese momento, trató de obligar a los otros dos a hacer una reverencia, pero, ambos amigos se alejaron. Gustaf le sonrió divertido, mientras que el delgaducho puso los ojos en blanco.

—Por favor, Eric, todas las mañanas con la misma tontería. Aún no comprendo cómo no te ha tirado con una sartén —dijo exasperado el chico de pecas.

—¿Golpearme con una sartén? ¡Mi bella Julieta nunca lo haría! —exclamó señalando al cielo con un dedo e hinchando el pecho.

—Pues cómo no te atice ella, lo haré yo.

Ágata dejó escapar una carcajada, sintiendo como la tensión que tenía esa mañana en las articulaciones desaparecía unos instantes. La mirada gris de Gustaf la escrutaba con la misma intensidad de siempre, anudando un pellizco nervioso en su estómago. La cantante se obligó a centrar su atención en los otros dos muchachos.

—Tranquilos, chicos. Nadie va a golpear a nadie. Además, me gusta escuchar tu retahíla de frases bobas por las mañanas. Me alegran el día.

Una sonrisa enorme se dibujó en el rostro de Eric, que, tras ajustarse las gafas, se acercó al alféizar y carraspeó.

—Mi bella Julieta, deja que nos presentemos como es debido. Mi nombre es Eric, este patán de orejas tan grandes como parabólicas es Igor, y esta jirafa humana es Gustaf —Ágata sonrió y

se sonrojó aún más al tener tan cerca a aquel muchacho, desvió la mirada hacia los dos hombres. Igor se metió las manos en los bolsillos del abrigo y puso la mirada en blanco. Gustaf, por su parte, le regalaba una mirada reprobatoria a Eric torciendo la boca bajo su barba castaña.

—No deberías hablar así de tus amigos. Son dos y tú solo uno. Además, son más grandes que tú —respondió Ágata encogiéndose de hombros.

—Nadie golpea a un tipo con gafas, mi bella Julieta.

—Como sigas hablando así, comprobarás que te equivocas, Eric —amenazó Igor, antes de agarrarlo por la manga de su abrigo y alejarlo de la ventana—. Además, debemos irnos, se nos hace tarde y yo tengo que trabajar.

Igor dijo adiós con un ademán de su mano, mientras, con la otra, tiraba de Eric que intentaba en vano de hacer una pomposa reverencia. Ágata sonrió de nuevo y se quedó mirando cómo se marchaban. En el instante en que Eric se dio media vuelta, un aroma fresco la envolvió. Una florecilla violeta apareció delante de ella. Siguió con la mirada la mano que la sostenía hasta dar con los ojos grises de Gustaf. Este se había acercado hasta ella para entregarle aquella pequeña flor de lavanda. El corazón de la cantante se aceleró al darse cuenta de quién era el verdadero autor de las notas. Se quedó embobada mirando aquellos ojos y repasando el rostro de Gustaf. Bajo su barba podía notarse un mentón afilado y marcado, unos labios gruesos y jugosos, que hacían que unas arrugas encantadoras se le dibujaran en la comisura de la boca al sonreír. Una nariz aguileña pero proporcionada al resto de sus facciones daba la bienvenida a unos ojos grandes, grises como la luna, que descansaban bajo unas cejas elegantes. Fue entonces cuando Ágata se fijó que, bajo aquella gorra *ascot*, Gustaf llevaba la cabeza afeitada. Nunca le habían llamado la atención los hombres calvos, pues Ágata asimilaba la calvicie con hombres mayores carentes de atractivo. Sin embargo, Gustaf emanaba virilidad y atractivo por cada uno de sus poros, haciendo que la chica se sonrojara cohibida.

—¡Eh! —Igor gritaba desde la otra punta de la calle—. ¡Vamos! ¿Es que no hay bastante con un Romeo en la aldea que ahora tiene que aparecer también Cassanova?

Gustaf estaba tan sonrojado como ella. Pero, con un movimiento suave, le colocó la florecilla tras la oreja, y paseó las yemas de sus dedos, sólo unos instantes, por su mentón, haciendo que un escalofrío recorriera la espalda de Ágata.

Gustaf se marchó a paso ligero tras sus amigos. Aquel hombre la había hecho sentir con el leve roce de sus dedos la mujer más hermosa del mundo. Sin embargo, tan rápido como ese sentimiento apareció, se esfumó, siendo sustituido por una sensación de culpa y desprecio hacia ella misma.

El domingo de esa semana, Ágata se sintió con fuerzas suficientes para poder asistir a misa. Aunque se había sentado en la primera final, divisó sin problemas a la señora Tystnad que estaba sentada en la tercera, así como a Gustaf, Igor y Eric al fondo de la capilla, de pie.

Al terminar la eucaristía, Ágata se levantó con intención de dirigirse hacia el interior de la casa, pero los chillidos agudos de Ingrid la retuvieron.

—Ágata, Ágata, tesoro —la mujer llegó a su lado seguida por una chica de no más de veinticinco años—. Quiero presentarte a Adda, es modista. Adda, esta es Ágata, es la sobrina del reverendo.

Las chicas se dieron la mano y se sonrieron mutuamente.

—Encantada, la señora Tystnad me ha dicho que eres nueva en la aldea —Ágata asintió desviando la mirada hacia la punta de sus zapatos.

—Ágata —comenzó Ingrid hinchando el pecho orgullosa—. Le he dicho a Adda que estás aquí sola, que no conoces a nadie y ella se ha ofrecido para enseñarte el lugar. Así podréis conoceros y hablar de cosas de chicas —sonrió para darle una palmadita a cada una en el hombro—. Voy a hablar con el padre, os dejo solas. Sed buenas y haceos amigas.

Ágata se llevó una mano hasta los labios y se mordió la uña del pulgar, mientras, con disimulo buscaba a Gustaf, Igor y Eric con la mirada.

—Si quieres podemos dar un paseo, la señora Tystnad dice que no has salido nunca de la casa del reverendo. Te puedo enseñar la aldea, la casa comunitaria, el parque y el río. También podríamos ir al lago, pero eso está algo más lejos. Bueno está cerca de mi casa, así que si quieres podemos ir también.

Adda era una chica más alta que ella, delgada, con una melena rubia y unos ojos azules cristalinos y vivarachos. Vestía un jersey de cuello chimenea azul *Klein* y unos vaqueros blancos a juego con sus botas para la nieve. A Ágata le pareció una chica muy dulce y simpática, pero no le apetecía dejarse ver aún.

—Creo que no es buena idea —titubeó cruzándose de brazos y volviendo a mirarse los zapatos.

—¿Es por tu enfermedad? ¿Te encuentras mal? Vamos, te acompañaré a tu habitación y te haré compañía. ¿Sabes? Soy costurera y ahora hago muchos encargos en casa, puedo traerme el trabajo aquí y coser mientras charlamos por las tardes.

Ágata comenzó a agobiarse al escuchar a la muchacha planear las tardes. No quería salir y tampoco quería que nadie entrara. Estaba bien como estaba, solos el padre Artur y ella.

—Creo que no. No te lo tomes a mal, pero, no me encuentro muy bien. Tal vez en otra ocasión.

Y sin dar más explicaciones, la cantante desapareció por la puerta que había a la izquierda del presbiterio, entrando así a la cocina.

Aquella noche, tras meterse en la cama con un libro, el padre Artur entró en la habitación y se sentó en silencio a su lado.

—¿Sucedo algo, tío Artur? —preguntó remarcando con retintín las últimas palabras. Desde que conocí a Ingrid, tanto el reverendo como Ágata habían acordado que, a los ojos del pueblo serían familia y que su dolencia se debía a una enfermedad y no a la recuperación por drogadicción. Ágata no necesitó que se lo explicara dos veces, pues cuanto menos supieran de ella, menos riesgo tenía de que la prensa se presentara allí y la atosigara.

—No sucede nada —sonrió—. Pero, hoy al terminar la homilía he visto que hablabas con

Adda, la hija de los cabreros. Parecía que congeniaban muy bien.

—Es una chica agradable, pero no necesito conocer gente, padre... digo, tío. Estoy bien como estoy.

—Ágata —dijo tomando una de las manos de la mujer y sonriéndole a los ojos—. Llevas tres semanas encerrada en esta casa, has mejorado mucho. Puedes caminar, te estás encargando de muchas tareas de la casa y la señora Tystnad dice que soportas muy bien las horas de limpieza en la capilla. Ha llegado el momento de salir de estas cuatro paredes.

La cantante tragó el nudo que se le estaba formando en la garganta a medida que escuchaba las palabras de Artur. Un pellizco de miedo se coló en su estómago.

—No estoy preparada aún para salir.

—Claro que lo estás. Adda es una chica muy agradable y, por lo que cuentan en el pueblo, es inocente y muy dulce. No te pasará nada a su lado. Cuidará de ti.

—Pero... Aún me duele todo, no debería salir hasta no estar recuperada.

Artur suspiró exasperado y la miró con reprobación.

—Ágata, si sales y te relacionas con otras personas, te olvidarás de los dolores, créeme. O, ¿es que cuando viene a saludarte Eric no olvidas los temblores?

Ágata se sonrojó al escuchar el nombre del muchacho, desviando la mirada hacia su regazo.

Artur sabía que Eric pasaba por delante de la ventana y lo había oído dedicarle alguna de aquellas galanterías de libro romántico del Renacimiento. La chica comenzó a mordisquearse indecisa una uña.

—No sé, es que...

—No más excusas Ágata. En algún momento tendrás que enfrentarte al mundo. A tu mundo. Y creo recordar que es mucho más cruel que el que ahora mismo te rodea. —El tono de voz del padre era autoritario y rígido. Ágata levantó la mirada y en aquellos ojos verdes vio una decepción enorme por su comportamiento, pero en un instante, aquella mirada se suavizó—. Hija, disfruta ahora de la tranquilidad y crea a tu alrededor una nueva vida llena de alegría. Entierra el pasado y avanza hacia un nuevo futuro.

CAPÍTULO 11

Aunque a regañadientes, Ágata hizo caso a Artur y dejó que Adda la visitara por las tardes durante la semana siguiente. Descubrió entonces que la muchacha era más dulce, inocente y joven de lo que parecía a primera vista, pues, aunque la cantante calculó que tendría unos veinticinco, Adda tenía veintidós. El único problema que encontró en ella fue su afición por preguntarle acerca de su vida. Ágata no quería comenzar su nueva vida mintiendo más de lo que ya lo estaba haciendo, de manera que, cuando Adda le preguntaba algo, solía responder con una

verdad a medias que, aunque muchas veces generaba más preguntas, terminaba calmando el ansia de conocimiento de su nueva amiga.

El domingo, una vez la misa había concluido, Ágata acompañó a Adda hasta la puerta de la capilla para despedirse de ella.

—Ágata —murmuró la rubia jugueteando con el bajo de su abrigo y miraba la punta de sus zapatos—. Ya no hay nieve, y había pensado que tal vez quieras conocer la aldea y pasar un rato por mi casa.

La cantante miró a su alrededor nerviosa mientras comenzaba a mordisquearse una uña. La chica tenía razón, no había nieve y ella se sentía mucho mejor. Aunque el dolor en las articulaciones no se iba del todo, podía moverse con más soltura y estaba segura de que podía caminar un trecho bastante grande antes de que le diera un ataque de dolor. Pero un miedo se coló en su corazón, no creía estar preparada para que nadie la viera, aún temía que alguien pudiera reconocerla y así arruinar su plan de recuperarse en el anonimato.

—No sé, Adda.

La chica le tomó de las manos y la miró haciendo un puchero.

—Vamos, te enseñaré el centro comunitario, la plaza y luego pasaremos la tarde en mi casa. No tengo muchas amigas y las que tenía se han marchado fuera.

Ágata buscó con la mirada a Artur que hablaba entretenido con algunas de las mujeres de la aldea. Lo más seguro era que le estaban contando los últimos chismes, pensó divertida. Tras eso, sus ojos se cruzaron con Ingrid que le sonrió unos instantes para seguir hablando con Gustaf, que asentía con la mirada al cielo como si estuviera recibiendo una reprimenda.

—Está bien —dijo casi sin pensar—. Pero si me prometes que me prepararás uno de tus chocolates calientes.

Adda sonrió asintiendo con alegría. Ágata había descubierto el día anterior que era una artista preparando chocolate caliente y estaba deseando volver a tomarlo.

Tras abrigarse, Adda la llevó de paseo por el centro comunitario y la plaza, donde le explicó durante el almuerzo que, allí, se celebraban la mayoría de los acontecimientos. El próximo evento sería la fiesta de la primavera, donde prepararían una barbacoa para todos y pondrían música para bailar. Adda era una auténtica entusiasta del baile, pues en el momento en que se lo contaba a Ágata se puso a mover las caderas y le tarareó un par de versos de algunas de sus canciones favoritas.

Tras finalizar la comida, el paseo continuó por el camino que llevaba al lago y a la casa de Adda. Este era de tierra y piedras planas colocadas en desorden, rodeado de un prado silvestre que le daba un toque mágico que enamoró a la cantante.

—¿Cuánto hace que vives en Suecia? —preguntó Adda mirando la lejanía mientras caminaban al paso que Ágata marcaba, lento pero sin pausa.

—¿Cómo sabes que no soy sueca? —Ágata se asustó al oír la pregunta.

—Tu acento no es sueco, aunque lo hablas muy bien. ¿eres italiana?

—Alemana —respondió con una sonrisa en los labios y un recuerdo en la mente—. De

Munich concretamente, pero me crie en Trento.

—¿Trento? —Adda la miró curiosa y levantó las cejas esperando que le respondiera.

—Trento es un pueblo italiano cerca de Verona. A los diecisiete salí de Italia y volví a Alemania, pero a los veintiuno nos trasladamos a Estocolmo.

—Ah... cuando dices nos trasladamos, ¿te refieres a tus padres y tú?

Ágata meditó responderle durante unos segundos. Luego suspiró y trató de redirigir la conversación.

—¿Sabes por qué nos trasladamos aquí? Porque siempre quise ver la aurora boreal —respondió sonriendo triste a Adda. Ésta asintió comprendiendo que no deseaba tocar ese tema.

—¿Y la has visto?

Ágata negó con tristeza. Luego, desvió la mirada hacia el horizonte, el lago se extendía a lo lejos, el camino se curvaba hacia la derecha, y en la valla de éste, descubrió a Eric, Igor y Gustaf que reían y charlaban animados.

—Parece que ahí está tu hermano, Adda —comentó señalando a Igor. La chica sonrió y salió corriendo hacia él, saltándole a la espalda. Éste la miró con reprobación y trató de soltarse de su agarre, a la vez que alejaba el rostro de sus labios que trataban de besarlos sonoramente en las mejillas para así avergonzarlo delante de sus amigos. Ágata sonrió ante la escena que le parecía tierna a la par que ridícula por la edad de ambos: Igor tenía treinta y un años, como ella, según le había contado su amiga.

Miró a los hermanos durante unos instantes, eran diferentes, uno era alto y la otra baja, Igor era pelirrojo mientras que Adda era tan rubia que su pelo casi parecía blanco. El joven tenía el rostro lleno de pecas en contraposición a la chica, que tenía la piel marmórea. Una era divertida y dulce, y el otro parecía algo más seco y brusco, cosa que sorprendió a Ágata cuando Adda le explicó la forma de ser de su hermano, pues siempre pensó que era el más dulce de los tres amigos. Aunque, Ágata había acertado al pensar en que Igor era muy tímido, esta característica se oponía al carácter lanzado de Adda.

Una vez llegó a la altura del grupo, Ágata saludó con timidez a Eric y Gustaf, que la miraban fascinados. Fue el moreno con gafas el primero en hablar.

—Mi bella Julieta, ¿es posible que nos veamos sin que el balcón nos separe? —Eric tomó su mano y le regaló un suave beso en el dorso, para luego, con descaro atraerla hasta él y pasarle un brazo por la cintura. Ágata se sonrojó y desvió la vista hacia el suelo, no sin antes recrearse en la mirada gris de Gustaf.

—Pero mira que eres pesado, Eric —le reprendió Igor—. Uno, —agregó mostrando el índice frente al rostro de su amigo—. Es una ventana y no un puñetero balcón y dos —continuó levantando otro dedo—. Si sale de su casa, no esperarás que se lleve la ventana con ella a todas partes a la espera de que tu aparezcas para que la amargues con tus tonterías de poeta de pacotilla, ¿verdad?

—Pero, ¿cuándo puñetas te volviste un amargado, Igor? —preguntó ofendido Eric dejando caer los hombros pero sin soltar a Ágata de su agarre.

—Chicos, chicos —interrumpió la cantante—. Dejadlo ya.

—¡Sí! Dejad las estupideces y escuchadme —agregó Adda separando a su hermano que trataba de darle un topetazo en la cabeza a Eric, quien a su vez trataba de ocultarse tras Ágata—. Chicos, Ágata no ha visto aún una aurora boreal, así que dejad las tonterías y vamos a organizar un viaje.

Aquella sentencia hizo que todos se quedasen mirando a Adda con la boca abierta y Ágata deseó que la tierra la tragara. Un pellizco de vergüenza se coló en su pecho, generando el estrés del momento que un leve temblor la azotara. El dolor de sus articulaciones comenzó a aumentar.

—Mi bella Julieta, ¿no has visto una aurora boreal?

Ágata negó. Llevaba casi diez años viviendo en Suecia, había viajado por medio mundo en giras y presentaciones de discos, pero jamás había sacado tiempo para ir a ver aquel fenómeno por el que convenció a Marco de trasladarse a aquel país. La tristeza y la culpa por las cosas que no hizo en el pasado la invadió. La mano suave de Adda se posó en su hombro y sus miradas se encontraron.

—En dos semanas es mi cumpleaños y quería pasar un fin de semana fuera, ¿qué te parece si organizamos una visita al mirador de Laponia? Sería un regalo para las dos —dijo con un tono dulce y una sonrisa aún más dulce que hizo que a Ágata se le olvidara la tristeza y la soledad que le causaban los recuerdos que en ese momento se colaron en su cabeza. Asintió con una trémula sonrisa.

—Pues no se hable más —dijo Igor dando una palmada al aire—. ¡Nos vamos a Laponia! Se lo diré a Chrystal.

Ágata sonrió feliz y tras unos minutos de más bromas, se despidió de todos, siguiendo por el camino los pasos de Adda que la guiaban hasta su casa. Una vez estuvieron lo bastante lejos, Adda se agarró a su brazo y le sonrió.

—Creo que le gustas a Eric.

—¿Tú crees? —respondió burlona. Dejó caer la cabeza en el hombro de su nueva amiga—. Es simpático, y me divierte la manera en que discute con tu hermano. Es muy escandaloso. Todo lo opuesto a Gustaf.

—Bueno, es normal que Gustaf sea tan callado, es mudo.

Ágata se paró de golpe y se quedó mirando sorprendida a Adda, esperando que aquello que le había dicho no fuera verdad.

—¿Es mudo? —preguntó al ver que su amiga no decía nada.

—Sí, pero no siempre lo fue. Igor dice que tuvo un accidente a los quince años, muy pocos saben lo que realmente le pasó y los que lo saben, como mi hermano, no lo cuentan porque a Gustaf no le gusta que nadie lo sepa—. Ágata sintió un peso enorme en el pecho al escuchar la historia, no le parecía justo que alguien tan dulce sufriera de aquella manera—. Pero no te entristezcas, Gustaf lo ha asimilado muy bien. Es más, durante la universidad creíamos que no volvería a la aldea porque se marchó a Francia a estudiar arquitectura. Mi hermano me contó que consiguió trabajo en un estudio muy bueno.

—¿Y por qué volvió? —Ágata sentía curiosidad por la vida que habían llevado aquellos ojos grises y, ahora, le parecía que sólo conseguiría aquella información de los labios de Adda.

—Por su padre. El señor Tystnad murió hace diez años, y él se ha encargado del taller desde entonces. Es carpintero y ebanista, ¿sabes? La chica que lo enamoró se llevará al mejor soltero de la aldea. Ebanista, arquitecto y sexi hasta el hastío.

—Parece que te gusta un poquitín, ¿no? —respondió divertida.

—¿Un poquitín? —respondió con una sonrisa ancha y los ojos brillantes—. Ágata, estoy enamorada de Gustaf desde que volvió a la aldea. Sé que es algo mayor que yo, pero no creo que la edad importe. Sólo necesito que se dé cuenta de que estoy aquí, ¿sabes?

—Adda, Gustaf tendrá, ¿cuánto? ¿Diez, tal vez, doce años más que tú? ¿No crees que es mucha diferencia de edad?

La chica negó y sonrió de nuevo. Luego desvió la mirada y señaló a lo lejos.

—Hemos llegado a mi casa. Es esa.

La casa de Adda era una pintoresca granja de piedra, rodeada por un prado y con una verja de madera que encerraba en ella un rebaño enorme de cabras y ovejas lanudas preciosas. Ágata entró mirando fascinada a todos los animales a su alrededor. Por el suelo había gallinas, patos, ocas y pavos que se alejaban de las chicas a medida que estas se acercaban a la puerta. Pero en el momento de entrar, Ágata se dio cuenta que no todas las gallinas habían huido de ellas. Una pequeñaja y famélica gallina moteada y algo ajada, con una cresta diminuta rosada la seguía de cerca.

—Adda, creo que tu gallina también quiere que le prepares un chocolate caliente —dijo Ágata divertida señalando a sus zapatos, donde la gallina se había sentado y cacareaba alegre. Adda bufó y trató de espantarla. Pero el animal sólo daba vueltas alrededor de los pies de Ágata.

—Es la gallina más tonta de todo el gallinero. ¿Quieres quedártela? Parece que te ha cogido cariño —respondió resuelta y con una sonrisa brillante en los labios.

—¿Cómo voy a quedarme una gallina? ¿Estás loca? ¿Dónde la voy a meter? ¿Cómo la voy a alimentar?

—Bah, sólo tienes que prepararle una caja con una toalla vieja, y soltarla por las mañanas para que pasee por el monte —respondió con el gesto torcido mientras volvía a la carga y trataba de espantar a la dichosa gallina—. Es la única gallina que no pone huevos, si no te la llevas te aseguro que mi madre hará sopa con ella. ¿Quieres que te invite cuando la cocinemos?

Aquella reacción tan natural para Adda dejó petrificada a Ágata, quien miró apenada al animal que volvía a acomodarse en sus zapatos. Se agachó para cogerlas. Suspiró. Aunque era fea hasta hartar no le pareció bien dejar que la cocinaran sólo porque no pudiera poner huevos.

—Está bien, me la quedaré —respondió con una sonrisa. La gallina cacareaba como si supiera que le habían salvado la vida—. Creo que tendré que ponerle un nombre. —Continuó mirando a Adda con una sonrisa, luego miró a los ojos a la gallina elevándola por encima de su cabeza—. ¿Qué te parece Frida? ¿Te gusta?

—Frida es bonito.

—Adda. Le estaba preguntando a la gallina —respondió, como si hablar con una gallina famélica fuera lo más normal del mundo. Su amiga se carcajeó y la guio hacia el interior de la casa.

CAPÍTULO 12

—Tío Artur, ¿has visto a Frida? —preguntó Ágata mientras, con los brazos cruzados, miraba por los rincones de la cocina. Levantó la vista y se percató de que el reverendo estaba terminando de desplumar un ave. Los ojos se le abrieron y sintió un pánico horrendo atravesarle la espina dorsal, en sólo tres días le había cogido cariño a aquel bichejo—. Por favor, dime que no es a Frida a quien estás desplumando.

El hombre negó sin dejar de mirar lo que estaba haciendo.

—Ágata, aunque no me guste ese animal del demonio, no voy a cocinarlo. ¿Es que has vuelto a perder al pollo?

—Es una gallina no un pollo —suspiró dejando caer los hombros más relajada. Cuando llegó con el animal, el reverendo puso el grito en el cielo. Sin embargo, su enfado no fue nada comparado a cuando a la mañana siguiente descubrió a la gallina tomando un baño en la pila bautismal. Ágata se carcajeaba ruidosamente observando cómo el anciano corría de manera patética detrás de la gallina por la capilla—. Y no la he perdido, —continuó para agacharse y buscar por bajo la mesa—. Es que le gusta ir de excursión.

—Sí, a la pila bautismal —respondió irónico mientras removía el contenido humeante de una de las ollas—. ¿Has mirado allí?

Ágata afirmó con la cabeza y luego salió al patio trasero. El frío del anochecer le heló los huesos, pero, por fortuna, Frida se encontraba recostada sobre un pequeño muro al fondo del patio. Ágata se acercó hasta ella llamándola por su nombre, pero, en el momento en que quiso atraparla, el animal se zafó y salió corriendo calle arriba. La cantante chasqueó la lengua y saltó con dificultad el murete. Las articulaciones comenzaban a dolerle. Salió trotando, pero cuanto más corría ella, más lo hacía la gallina.

Cuando estuvo a punto de atraparla, el animal dio un salto y aleteó entrando por el umbral abierto de una casa. Ágata puso los ojos en blanco y dejó caer los hombros. Ágata pensó que aquella gallina tonta la metería en un problema con algún vecino, y no tendría más remedio que deshacerse de ella.

Llegó hasta la puerta abierta y miró. La entrada estaba oscura, sólo había una trémula luz que salía de una puerta entreabierta al fondo. Aquello era una especie de local con algunos muebles a medio terminar. Varios tablones y varillas de madera de muchos grosores y tamaños yacían apilados en las paredes y rincones. El suelo estaba lleno de serrín que crujía bajo sus pies. Ágata entendió que estaba en el taller de Gustaf, y esa certeza hizo que su corazón se acelerase.

—Frida —susurró agachada buscando al animal. El pánico comenzaba a corroerla por dentro.

Y, aunque conocía al muchacho, no deseaba estar tan cerca de él.

En ese momento, localizó a la gallina cacareando y picoteando algo junto a la puerta entreabierta. Ágata se agachó un poco más y trató de acercarse a ella en silencio y muy lenta, para no asustarla. Pero no surtió efecto, y el animal al verla saltó de nuevo, colándose por la puerta y armando un jaleo enorme.

Ágata se tapó la boca al escuchar un aleteo, luego un cacareo agudo, seguido de trastos pesados que caían y, por último, un alarido de dolor. Entró entonces en la estancia, buscando con la mirada a la gallina alborotadora.

Aquella sala era amplia y estaba muy bien iluminada. Había una gran mesa de madera con diferentes herramientas. Frente a ella, había otra mesa más pequeña que tenía varios cajones entreabiertos con más herramientas de mano. Serruchos, seguetas y otros cachivaches colgaban en la pared ordenados. Y, a un lado, estaba Gustaf. Este se lamía una mano, mientras, con una furia asesina, buscaba a la intrusa que había tirado un bloque de madera al suelo. Ágata corrió hacia Frida, que se paseaba, ajena a todo el estropicio formado, para agarrarla. Luego desvió la mirada a los ojos grises de Gustaf que se había quedado mirándola petrificado.

—Lo siento —masculló avergonzada—. Se escapó. No la he podido coger y... —Los ojos de Ágata se desviaron hasta la mano de Gustaf. Un hilo de sangre caía empapándole la manga blanca de la camisa—. Te has hecho daño. Vamos, te curaré ese corte.

Ágata miró a su alrededor, buscando algo con lo que parar la hemorragia. Torció el gesto y volvió a mirar a Gustaf.

—¿Es que no tienes un botiquín o algo por aquí? —Gustaf asintió y señaló hacia una pequeña puerta verde botella cerrada—. ¿En el armario? ¿Tras esa puerta? —Éste volvió a asentir.

Ágata soltó a Frida de nuevo en la mesa y miró a Gustaf de nuevo algo preocupada. Luego se dirigió al armario que éste le había indicado y giró el picaporte. Descubrió entonces que no era un armario, sino un pequeño aseo. Entró y, tras abrir la vitrina del espejo, cogió un poco de yodo y unas vendas, algo de algodón y unas tijeras pequeñas de cirujano. Gustaf se apoyó de espaldas sobre la mesa de trabajo. Abrió y estiró las piernas para ponerse a la altura de la muchacha, obligándola a ponerse frente a él, entre sus piernas. Ésta dejó todo en la mesa de trabajo y tomó la mano de Gustaf.

No era una herida muy profunda. Ágata se percató de lo grande de las manos de Gustaf y lo pequeña que eran las suyas. Cogió un poco de yodo en un algodón, le limpió la herida y la sangre que empapaba la camisa blanca. Con disimulo, aprovechó para mirar a Gustaf: vestía unos pantalones de paño marrón oscuro, unas botas y unos tirantes a juego. La camisa blanca tenía desabrochados los primeros botones, de manera que podía verse parte del vello castaño que cubría el pecho del hombre. Ágata tragó saliva con dificultad. No es que le gustasen los hombres con vello, pero Gustaf desprendía una virilidad que le atraía cada vez más. Sintió entonces una fuerte curiosidad por saber cómo sería su cuerpo bajo aquel aspecto de pueblerino sencillo. Ágata se sonrojó, avergonzada por las ideas que se le estaban pasando por la cabeza. Y, más se sonrojó, cuando descubrió que los ojos grises de Gustaf estaban puestos en ella.

Comenzó a vendarle la mano con lentitud. El silencio que los envolvía no era incómodo, pero la cercanía le resultaba, a Ágata, cuanto menos, abrumadora. Necesitaba cortar la tensión que

empezaba a acumularse en sus huesos y le avisaba de que pronto sufriría un ataque.

—¿Siempre eres tan silencioso? —preguntó Ágata. Al terminar la frase se dio cuenta de lo estúpida que sonaba—. Quiero decir que... Adda me contó que... —tartamudeó nerviosa. Desvió los ojos, avergonzada—. Lo siento, soy imbécil. Cuando estoy nerviosa hablo más de la cuenta.

Los dedos de Gustaf se posaron en su barbilla obligándola a levantar la vista hasta cruzarla con su mirada gris. Una sonrisa dulce se dibujó bajo su barba castaña. El hombre se encogió de hombros y cerró los ojos un segundo. Con aquel gesto, Ágata comprendió que le estaba diciendo que se tranquilizara, que no había ningún problema. El calor de aquellos dedos sobre su piel, la tranquilizaba y alteraba al mismo tiempo.

—¿Puedo preguntar qué te pasó? ¿Estabas enfermo? —inquirió con un hilo de voz que se fue apagando a medida que terminaba de hablar.

Gustaf sonrió triste y negó. Luego, elevó el mentón un poco, lentamente. Con la mano vendada guiaba los dedos de la chica hasta una cicatriz que tenía en el cuello. Ágata pasó los dedos por aquella enorme marca y sin darse cuenta se acercó más a él. Sentía el cuerpo de Gustaf rozarse con el suyo. Sin embargo, no le importó la cercanía; estaba absorta en el dolor que le producía ver aquella vieja herida.

—Nunca cicatriza, ¿verdad? —preguntó en un susurro. Aunque Gustaf bajó la cabeza, Ágata seguía perdida en su cuello, acariciándolo con suavidad—. Estas heridas te rompen por dentro. Y, aunque parece que han cerrado, siguen sangrando. Siguen matándote cada día un poco más. El dolor es tan grande y tan profundo, que ya no lo puedes sacar—. Ágata lo miró a los ojos y sonrió apagada.

Gustaf se humedeció los labios y llevó su mano hasta la mejilla sonrosada de la mujer para atrapar una lágrima que caía rebelde. Ágata cerró los ojos, dejando caer el peso de su cabeza sobre la calidez de aquella caricia. Abrió los ojos, sólo para descubrir la ternura con la que estaba siendo observada. Sonrió, y entonces Gustaf levantó las cejas. Ágata comprendió lo que le estaba preguntando.

—Sí. Yo también tengo una herida que sangra. Una cicatriz tan grande cuya marca jamás se borrará. Pero de eso se trata, ¿no? —Ágata suspiró y volvió a sonreír triste—. De aprender a vivir con ellas.

La mano de Gustaf se abrió, pasando por la nuca de Ágata. Con suavidad, la cantante sintió cómo la guiaba hasta sus labios. Se perdió en la mirada gris que Gustaf no separaba de la suya. Se lamió los labios y acomodó su rostro. Su respiración se aceleró y, rindiéndose a lo que aquel hombre provocaba en ella, cerró los ojos. Esperando recibirlo en sus labios.

En ese momento, el ruido de un objeto pesado al caer, seguido por un aleteo y un cacareo agudo, los asustó. Ágata salió del trance en que había entrado. Miró asustada a Gustaf y se separó de él nerviosa, llevándose una mano hasta los labios para mordisquearse una uña. Una punzada de culpa, mezclada con tintes de desprecio por ella misma, se instaló en su pecho. Se reprendió por dejarse llevar de aquella manera. Se dijo que no debía suceder de nuevo.

Sintió de nuevo la mano grande y cálida de Gustaf sobre su costado, obligándola a mirarlo. Pero entonces, la culpa se transformó en pánico. En un miedo visceral que le gritaba que debía

salir de allí y correr lejos de él. Se apartó con brusquedad, provocando que Gustaf la mirase con confusión. Rápidamente, Ágata agarró a Frida, que picoteaba el serrín, y salió corriendo por la misma puerta por la que había entrado.

El pánico, que no la soltaba, tiraba con fuerza de su alma haciéndola jirones. Sentía las lágrimas recorrer su rostro, las piernas le temblaban y el dolor aumentaba a gran velocidad. Fue al entrar en su dormitorio cuando Ágata cayó al suelo, derrotada. Tras unos minutos en los que el cuerpo se le quedó rígido, intentó levantarse y meterse en la cama. Necesitaba descansar, sin embargo, el sonido de su teléfono llamó su atención.

—*No me olvides.*

La llamada se cortó tan rápido como siempre. Aquellas palabras eran una súplica. Un quejido desgarrador que sacaba una culpa enterrada en su interior por mucho tiempo.

CAPÍTULO 13

Unos golpes en la ventana del cuarto despertaron a Ágata, quien apenas había podido conciliar el sueño en las últimas noches. Llevaba más de una semana encerrada en su casa preocupada por todo lo sucedido en el taller de Gustaf. Aquella preocupación aumentó los temblores y dolores. Esto hizo que Ágata disminuyera el tiempo de sus paseos con Adda. Y, cuando lo hacía, siempre trataba de evitar los lugares más cercanos a Gustaf. Los golpes se intensificaron, imperativos. La chica miró el reloj en la pantalla de su teléfono. Apenas eran las cinco de la mañana.

—¡Vamos, Ágata! Levántate, tenemos cinco horas hasta Kiruna.

La voz alegre y despierta de Adda hicieron que la cantante se levantara. Se abrigó con una rebeca de lana gruesa y salió hasta el patio trasero para abrir la puerta a su amiga.

—¿Aún estás así? —le preguntó Adda repasándola de arriba a abajo con la mirada.

—Cuando me dijiste que vendrías temprano no creía que sería a mitad de la noche. Adda, aún no ha amanecido.

La chica entró y tiró de ella hasta llevarla a su cuarto.

—Vamos, vístete de una vez. Igor y Chrystal están en el coche esperándonos. Eric irá en la ranchera de Gustaf.

Una punzada nerviosa se coló en el estómago de Ágata. Había estado tan preocupada por lo sucedido en el taller de Gustaf que había olvidado que él también iba a aquella excursión.

—Adda, creo que será mejor que yo me quede aquí. No me siento bien y tampoco he preparado nada para llevarme. Sólo os molestaría, soy una compañía muy aburrida.

—El padre Artur ya me avisó que intentarías escaparte. Pero no lo vas a conseguir. ¿Puedes caminar, digamos, treinta o cuarenta metros? —Ágata asintió—. ¿Puedes quedarte sentadita en un tronco de un árbol durante unas cuatro o cinco horas? —Ágata volvió a asentir—. ¿Puedes?

—Sí, ya —la interrumpió levantando las manos y resoplando—. Lo he pillado, no hay excusas. Voy al baño a ver si me despierto.

—Bien, yo abriré tu armario y te haré la maleta. ¿Puedo cotillear un poco tu ropa?

—Sírrete tú misma —respondió mientras salía del dormitorio y se dirigía al aseo.

En el baño, Ágata se puso unos vaqueros que tenía colgados de la puerta, una camiseta de cuello de cisne negra y, encima de esta, se puso un jersey beige de lana. Se miró en el espejo detenidamente. Aunque tenía unas ojeras enormes, había recuperado algo de peso y su rostro no se le veía tan anguloso. Sonrió orgullosa de sus logros. Trató de alisarse el cabello sin éxito, de forma que optó por usar un gorro a juego con su jersey. Se maquilló ligeramente, se guardó su armónica en el bolsillo trasero del pantalón y salió de la casa.

En el coche ya estaba Igor al volante, su novia de copiloto, y Adda, quien ya había guardado la maleta de Ágata, la esperaba en la parte trasera.

—Bien, chicas. Ya se pueden quedar dormidas porque no quiero oírlas quejarse en todo el camino, ¿entendido? —dijo divertido Igor.

—Cállate y conduce —le espetó Chrystal tras golpearle en el hombro. Luego se giró en el asiento y le tendió la mano a Ágata sonriéndole amable—. Soy Chrystal. Adda me ha hablado de ti. Dice que Eric está loquito por tus huesos, ¿eso es verdad?

—¡Chrys! ¡Eres una chismosa! —exclamó Adda.

—¿Y quién no es un chismoso en este pueblo? Ágata se tendrá que acostumbrar, como todos.

El camino hasta el parque Nacional de Kiruna, en la Laponia sueca, se le pasó volando. Adda y Chrystal se la pasaron haciendo bromas, cantando y contando anécdotas divertidas. Aunque la mayoría, como se dio cuenta Ágata, eran recuerdos que dejaban en evidencia al pobre Igor.

Cuando llegaron, sobre las once de la mañana, Ágata se quedó anonadada. Aún quedaban resquicios de nieve. Sin embargo, todo comenzaba a estar verde y frondoso. Una pequeña cabaña de madera estaba construida frente a un lago que se perdía a la vista. Las montañas a su alrededor estaban nevadas en sus picos y los árboles que bordeaban el lago le daban a aquel lugar un aspecto místico.

Durante unos minutos Ágata se quedó prendada de las vistas, en silencio. Una de sus manos se cerró en torno al valknut que colgaba de su cuello. Aquel lugar le recordaba a leyendas vikingas, con dioses nórdicos y guerreros que luchaban feroces en batallas lejanas. En aquel momento, todos los dolores y los temblores desaparecieron.

Un cuerpo algo más grande que ella la abrazó desde atrás, sorprendiéndola. Unos labios se acercaron a su oído y su aliento cálido le hizo cosquillas en su cuello.

—¿Te gusta lo que ves, bella Julieta? —Eric le regaló un beso en la mejilla, haciendo que se sonrojara y se encogiera en aquel abrazo.

—¡Eh, Romeo! —le gritó Igor—. ¿Por qué no vas abriendo la cabaña y encendiendo la chimenea? Gustaf, ayúdame a sacar las maletas. Chrys, ¿pero qué demonios has traído aquí? —preguntó al abrir el maletero y ver la cantidad de bártulos que había allí.

—Pues, ¿qué voy a traer? Mantas, ropa, sábanas... ya sabes, lo básico —respondió la chica

encogiéndose de hombros.

—Vamos, te enseñaré todo —le susurró Eric tirando de ella con suavidad con una mano. Con la otra rebuscaba en su bolsillo las llaves de la cabaña.

—¿Es tuya? —preguntó la chica evitando el deseo de buscar con la mirada a Gustaf, que andaba cerca de ellos.

—Es de un amigo. Nos la ha prestado este finde. Es genial, ¿verdad?

Chrystal y Adda entraron tras ellos, observando junto a Ágata lo pequeña y cutre que era la casita por dentro.

—Pues menuda porquería —soltó Chrystal mientras, con los brazos en jarra, se paseaba por el salón, el cual hacía de cocina, comedor y dormitorio.

—¿Cómo vamos a dormir? —preguntó Adda—. No hay dormitorios, la cabaña es sólo esto que estamos viendo.

Eric se rascó la cabeza y se movió por la casa. Había dos sofás de tres plazas en el centro, una cama de matrimonio en una esquina, una chimenea y una cama plegable en dudoso estado de conservación. Por último, había una mesa cuadrada y baja en el centro con varios ceniceros hasta los bordes de colillas. Parecían llevar allí más tiempo que las montañas. Ágata se movió por la cocina. Era pequeña y tenía una barra de madera que hacía de separador, con dos taburetes tan viejos y ajados que le dio miedo tocarlos por si se fueran a desmoronar.

—Bien, eh... parece que esto es lo que hay —balbuceó Eric abriendo la puerta del baño y revisando su interior—. Al menos el baño está separado por una puerta, y no parece estar muy mal.

Las chicas se miraron entre ellas, preocupadas. Adda fue la primera en sonreír y quitarle hierro al asunto. Tras más de tres horas de limpieza, los seis amigos almorzaron al calor de la chimenea. Aunque Ágata trataba de esquivar las miradas de Gustaf, no pudo evitar cruzarse con sus ojos en más de una ocasión.

—Y bien, chicos, ¿qué os apetece hacer? Aún quedan algunas horas hasta que anochezca —dijo Igor mientras, sentado en el suelo, se recostaba en las piernas de su novia.

Eric apareció en ese momento con una botella de vodka en una mano y seis vasos de chupito en la otra.

—¿Qué os parece si jugamos a “*yo nunca he*”? Es muy sencillo, uno dice algo que no haya hecho y los que lo han hecho tienen que beber.

Ágata sintió cómo un nudo le cerraba la garganta, las manos le comenzaron a sudar y temblar. No sabía cómo podría zafarse de aquella situación sin despertar sospechas sobre su estado.

—Pero, ¿no podemos jugar a otra cosa? —preguntó Adda, y luego miró a su amiga—. Ágata está enferma y no puede jugar. No sería justo dejarla mirando.

Eric parpadeó y desvió sus ojos negros hacia el rostro de Ágata, que se sonrojaba avergonzada. Dejó la botella y los vasitos en la mesa y se dirigió a la cocina. Volvió unos instantes después.

—En ese caso, Ágata, para ti hay zumo de pomelo. No emborracha, pero está igual de

asqueroso que el vodka.

Ágata soltó una carcajada ante la ocurrencia de Eric, que borró la tensión y el nudo de su garganta. Se dijo que aquello prometía ser una experiencia interesante. Ya que sería la primera vez que asistiera a una fiesta donde no terminase bebiéndose hasta el agua de los floreros.

El juego comenzó tranquilo, pero a medida que las copas iban y venían, así como el asqueroso zumo de pomelo —que le sacaba un gesto poco favorecedor, según le había informado Igor en más de una ocasión—, el tono del juego se intensificó.

—Vale, vale, vale... —Eric arrastraba las palabras. Las gafas se le resbalaron hasta la punta de su nariz—. Me toca, yo nunca he follado en un lugar público.

Y dicho eso, nadie a excepción de Ágata bebió. Aunque no le había tomado importancia, fue cuando las miradas curiosas y sorprendidas de todos se posaron en ella, que se sonrojó.

—Creo que no entendí el juego —mintió tratando de salir del apuro en el que ella sola se había metido.

—Venga ya. No nos la vas a colar. Cuéntanos. ¿Cuándo, dónde y con quién? —Chrystal era ahora la que preguntaba.

—Eh... —Ágata sentía que el rostro le ardía. Paseó la mirada por todos parándose por último en Gustaf, que la miraba entre serio y curioso. Se sorprendió al descubrir lo bien que toleraba el alcohol—. Tenía dieciocho años. En los baños de una discoteca. En un concierto en Munich, estaba con mi novio.

Tras la confesión, el juego continuó hasta que la botella se terminó. Algunos se entristecieron, otros se alegraron y Ágata se sintió aliviada al saber que no tendría que continuar bebiendo el zumo de pomelo por más tiempo.

—Ha sido divertido, pero ahora estaría bien un poco de música. ¿Sería mucho pedir que hubiera un reproductor de música por aquí? —preguntó Chrystal recostándose en el sillón. Miraba a Eric con una ceja en alto, y ese gesto lo obligó a buscar un radio. Igor, por su parte, se acercó a avivar el fuego de la chimenea y Adda salió fuera de la cabaña, diciendo que iba a buscar algo al coche.

Ágata se recostó un poco en el sofá, cerrando los ojos. Estaba cansada, pero su corazón latía alegre. Hacía muchos años que no disfrutaba como ese día. Entonces, un cuerpo grande se sentó a su lado, haciendo que el sofá crujiera bajo el peso. El olor a madera y campo la envolvió, haciendo que el corazón y la respiración se le acelerasen. Abrió los ojos y buscó a su lado la mirada gris de Gustaf. Éste le sonrió y llevó una mano hasta las suyas que tenía relajadas en su regazo. Pero antes de que pudiera rozarla, Adda entró por la puerta como un huracán con una enorme funda de cuero marrón en las manos. La dejó sobre la mesa y sacó de ella una vieja guitarra acústica.

—¡Ágata! ¿Por qué no nos tocas algo? —preguntó sonriente tendiéndole la guitarra inocentemente.

Una oleada de recuerdos tristes y dolorosos azotó el alma de la cantante. El corazón se le paró y su respiración se ahogó. Las palabras murieron en su garganta y las lágrimas se agolparon en sus ojos casi al instante. Se levantó furiosa y le arrebató con brusquedad la guitarra.

—¿Por qué la has traído? ¿Quién te ha dado permiso para tocar mis cosas? —gritó fuera de sí.

—Ágata yo... —trató de responder en un hilo de voz.

—No vuelvas a tocar esta guitarra, ¿me has oído? ¡Nunca!

Y, sin esperar a que la chica respondiera, Ágata salió de allí sola con su sufrimiento anclado a la guitarra y a sus recuerdos.

CAPÍTULO 14

Gustaf se quedó boquiabierto ante la reacción de Ágata. Desde que la conoció la había considerado una mujer tímida y tierna, incapaz de tener un arranque violento. Sin embargo, aquella escena desmontaba todas las ideas que se había hecho en la cabeza sobre Ágata. Tras oír el portazo, Adda comenzó a llorar a moco tendido.

Chrystal se acercó para tratar de consolarla.

—Yo no quería que se enfadara, Chrys —gimoteó y escondió la cabeza en el pecho de su cuñada—. Cuando entré y vi la guitarra yo no pensé...

—Vamos, vamos —respondió la chica acariciándole la cabeza. Gustaf se llevó los dedos hasta el puente de la nariz e hizo presión, estaba completamente bloqueado.

—Adda, ¿es que siempre tienes que estar metiendo las narices donde no te llaman? —Igor la reprendió enfadado—. Esto te pasa por no preguntar. ¿Es que no sabes que no se deben tocar las cosas ajenas?

—¡Basta Igor! Déjala, no lo ha hecho con mala intención.

Eric se acercó en silencio hasta Gustaf y lo agarró por el codo. Sus ojos negros, tras aquellos cristales, mostraban la misma confusión y sorpresa que él.

—Vamos, Gustaf, salgamos a buscar a Ágata. Está anocheciendo y se podría perder.

Gustaf asintió. Sola, sin abrigo, en medio de la noche tan fría y con la extraña enfermedad que padecía, a Ágata podría pasarle cualquier cosa. Gustaf torció el gesto preguntándose cuál sería aquella extraña dolencia.

Los dos hombres salieron de la casa, dejando a Igor y Chrystal consolando a Adda. Aunque la chica lo había mirado con tristeza y casi le había rogado con la mirada que se quedara con ella, Gustaf no estaba por la labor.

—Toma —Eric le entregó una linterna sin dejar de mirar al horizonte. Aunque aún quedaba algo de luz, no tardaría en cerrarse la noche—. Yo la buscaré por allí —agregó señalando la parte derecha del lago—. Tú prueba por el otro lado.

Gustaf asintió. Caminó alejándose de la cabaña y los coches y se adentró entre la arboleda. Encendió la linterna y avanzó, prestando atención a los sonidos de su alrededor.

Los minutos pasaban y el corazón de Gustaf se aceleraba. No encontraba a Ágata. De vez en

cuando miraba hacia el lago, buscando la linterna de Eric, quien no parecía tener mucha más suerte que él. Tras avanzar un poco más, el rasgueo de una guitarra lo hizo pararse en seco. Aguzó el oído. No estaba imaginando nada. Ágata estaba cerca. Siguió el sonido de los acordes, que se oían más fuertes y claros a medida que se acercaba. Cuando sintió que estaba a una distancia prudente, apagó la linterna y se la metió en el bolsillo del abrigo, siguiendo su camino lento y en silencio.

No tuvo que avanzar mucho hasta dar con la figura a contraluz de Ágata. Estaba de espaldas a él, de cara al lago. Sentada sobre una piedra con la guitarra entre las manos. Los acordes eran lentos y suaves, llenos de tristeza y melancolía. Gustaf se paró y apoyó la espalda contra un árbol, prestando atención a cada nota, a cada movimiento de la mujer que tenía delante, deseando que no dejara de tocar. Mil sentimientos contradictorios se enfrentaban en su pecho desde que ella apareció, hacía más de una semana, en su taller. Se preguntaba cómo era posible que en sólo un instante todo hubiera cambiado para él.

Desde que descubriera sus ojos avellana no había dejado de pensar en ellos y en las diferentes maneras en las que ansiaba beber de sus labios rosados. Fantaseaba con clavar sus uñas en las caderas mientras la cabalgaba de rodillas en su cama, morderle el cuello mientras la poseía contra una pared o en la mesa de dibujo de su casa, poco le importaba el lugar.

Sin embargo, todos esos deseos que lo llevaron a escribirle aquellas notas con el único fin de meterse entre sus piernas, se habían relegado a un segundo plano cuando le dijo que estaba tan rota por dentro como lo estaba él.

La mirada que Ágata le había dedicado, llena de tristeza y culpa, cuando sus palabras certeras le atravesaron el corazón, habían cambiado algo en Gustaf. Desde ese momento, sólo ansiaba acunarla entre sus brazos y cerrar la herida de la que le había hablado. Deseaba que ella se convirtiera en la llave que cerrara la de él. Sonrió. Sospechaba que se estaba enamorando de aquella muchacha delgaducha de pelo corto y despeinado. Gustaf torció la boca. Una punzada de celos y dolor lo atravesó cuando la vio bajo las atenciones de Eric, confirmando sus sospechas: estaba enamorado.

El sonido de la guitarra cesó y Gustaf pudo ver como los espasmos que preceden al llanto se apoderaban de Ágata. Se acercó para sentarse a su lado. Las lágrimas recorrían su rostro. La chica aspiró y trató de limpiarse. Cuánto deseaba hablarle, susurrarle al oído que él la cuidaría. Pero aquello era imposible. Una punzada de frustración le azotó la columna.

—¿Me has oído tocar? —susurró Ágata. Dejó la guitarra a un lado y sacó un pequeño objeto metálico del bolsillo trasero de su pantalón. Gustaf asintió antes de fijarse en que era una armónica con varios símbolos vikingos—. De todos los instrumentos que he tenido en mis manos, el único al que soy capaz de sacarle una melodía sin que me dé un ataque de pánico es a esta guitarra vieja. —La chica hizo una pausa y se mojó los labios—. Era de... de alguien muy importante para mí. Supongo que esta es mi herida que nunca cicatrizará.

Los ojos de Ágata se cruzaron con los suyos y, sin poder evitarlo, Gustaf llevó una mano hasta su rostro, acariciándole con el pulgar su labio inferior. Saber que los labios de Ágata suspiraban por otro hombre le arañaba el corazón. Frunció el ceño molesto, sin embargo, se relajó al ver cómo la chica disfrutaba de su caricia. El carpintero trató de besarla de nuevo, pero Ágata se deshizo de su agarre.

—¿Cómo está Adda? —preguntó levantándose de la roca. Gustaf suspiró y se encogió de hombros. La había dejado llorando en la cabaña junto a su hermano. Sabía que no estaba bien, pero tampoco le importaba demasiado. Esperó que con aquel gesto, Ágata no se diera cuenta de su último pensamiento—. Ella no tiene la culpa de mis fantasmas. No debí haberle gritado.

El carpintero la siguió y le acarició un brazo con su mano grande, tratando de tranquilizarla. La chica dibujó una sonrisa dulce. El corazón de Gustaf se aceleró porque aquella sonrisa era sólo para él. Dio un paso hacia Ágata y enredó sus dedos con los de ella. Sólo un beso, se dijo Gustaf, sólo deseaba darle un beso y consolarla. Consolarse a sí mismo. Sentía el cuerpo de Ágata muy cerca, llevó su mano libre hasta la cintura de la muchacha y la acercó a él.

—Gustaf —gimió la chica. Pero el hombre seguía acercándose con la mirada puesta en ella y en aquellos labios jugosos que deseaba.

—¡Ágata! ¡Ágata! ¿Dónde narices te has metido? —Los gritos de Eric comenzaron a resonar cerca. La chica se deshizo del abrazo y Gustaf maldijo a su amigo en silencio.

—¡Estoy aquí! —respondió Ágata. La sonrisa que le había dedicado a Gustaf hacía unos instantes, era ahora para Eric. Gustaf se metió las manos en los bolsillos.

Eric apretó el paso y se acercó hasta Ágata para ponerle por encima de los hombros una manta de cuadros escoceses.

—Estás helada. Vamos o te resfriarás. —Eric la abrazó con una mano, apretándola contra su cuerpo y, con la otra, cogió la guitarra que estaba apoyada en la roca. Gustaf apretó la mandíbula, haciendo chirriar los dientes—. Qué suerte que Gustaf te ha encontrado, llevamos mucho rato buscándote, ¿sabes?—. Y dicho esto, Eric le guiñó un ojo a su amigo, que respondió con una sonrisa tensa mientras los seguía dos pasos por detrás.

—¿Adda está muy enfadada?

—No, sólo asustada. La verdad es que ninguno te hemos imaginado enfadada —rio Eric.

—Me disculparé con ella. No lo ha hecho con mala intención —respondió avergonzada andando entre los matorrales y las piedras.

Tras avanzar unos pocos metros. Eric se paró, obligándola a ella y a Gustaf a mirar al cielo.

—Mira, bella Julieta. Tu primera aurora boreal. —le susurró al oído y señaló el firmamento que serpenteaba lleno de color.

Gustaf se colocó al lado de la pareja y se deleitó con el rostro sorprendido de Ágata. Aunque estaban casi a oscuras, podía ver en sus ojos avellana ese brillo especial propio de cuando algo enamora. La boca que sólo unos segundos antes estaba a punto de besar estaba entreabierta, dibujando una media sonrisa de fascinación. En ese momento, Eric le tendió la guitarra a Gustaf que la cogió molesto. Su amigo estaba soltando el instrumento para cerrar su abrazo sobre la chica. El carpintero desvió la mirada hacia abajo sólo para observar cómo su amigo le acariciaba con mimo el dorso de la mano a Ágata, haciendo que su alma se descompusiera en jirones. Cuando no lo pudo soportar más, miró a la cara de su amigo, pero en los ojos que se ocultaban tras aquellas gafas sólo había lujuria y deseo. Aquello fue demasiado para Gustaf, que bufó molesto antes de mirar de nuevo el efímero fantasma verde, sobre sus cabezas.

Pensó enfadado que Eric no estaba enamorado de Ágata, y que sólo quería llevársela a la

cama. Pero entonces, una bofetada de realidad lo derrumbó. Él también lo había deseado. Y saberlo le hizo sentir avergonzado, sin embargo, recapacitó. Ya no era así, ahora estaba enamorado, y esa certeza le devolvió la tranquilidad.

Ágata bajó la mirada del cielo y la cruzó con la suya, sonriéndole.

—Es preciosa —susurró antes de continuar su camino.

CAPÍTULO 15

La enfermera sacó la jeringuilla del brazo de Ágata y le colocó un algodón y un poco de esparadrapo para que no sangrara. Ágata desvió la mirada avergonzada. La enfermera la miraba siempre con asco y desprecio. La cantante suponía que era el mismo asco y desprecio que ella sentía por sí misma y que, lo más seguro, inspiraría en Gustaf y el resto de personas que conocía si se enterasen de su situación. Al fin y al cabo, aunque había sido una estrella de la música, seguía siendo sólo una drogadicta.

Ágata olvidó a la enfermera al recordar que, tras el inconveniente de la guitarra en la cabaña de Kiruna, todo se había arreglado. Adda la había perdonado por aquel arranque y también se disculpó por tocar sus cosas. Recordó la mirada triste de Adda cuando le contó que la persona a quien perteneció la guitarra ya no estaba con ella y por eso no la tocaba. Sonrió triste al pensar que Adda era demasiado buena y paciente. No creía merecerse tener una amiga así.

—Señorita Schomllend, el doctor Praymore le espera en su despacho.

Ágata se levantó del asiento y atravesó los pasillos del hospital del brazo de Artur hasta llegar al pequeño despacho. Stellan Praymore estaba sentado tras su mesa con una carpetilla roja delante de él. La cantante la miró con disimulo y descubrió el nombre de Klara en él. Un pellizco nervioso se coló en su estómago. Aunque todas las semanas recibía el informe del estado de su amiga, y siempre era favorable, no podía evitar que el pánico la asaltara.

—¿Qué dicen esta vez, doctor? —preguntó preocupada, sentándose.

—La paciente Klara Lindberg sigue mejorando —respondió el muchacho sonriendo. Entrelazó los dedos—. Los resultados de sus análisis muestran una buena recuperación, tanto física como mental. Los psicólogos que la evalúan dicen que su depresión ha mejorado bastante. Incluso ha subido de peso. Medio kilo desde la semana pasada. Y su apetito va mejorando poco a poco.

Ágata sonrió feliz, aunque en las cartas que recibía de su amiga, pudo intuir su mejoría, escucharlo de los labios del médico la tranquilizaba mucho más. Tras esperar a los resultados de sus propios análisis de sangre, donde le indicaron que todo estaba en orden, Ágata y el reverendo salieron del hospital.

—Hay que hacer la compra, ¿quieres acompañarme?

Ágata torció el gesto.

—¿Puedo esperarte en el taller de costura de Adda? Me gustaría pasar a verla, por favor.

Artur asintió y, tras callejear con la vieja ranchera que el obispado le había proporcionado, la dejó frente al escaparate. Ágata entró quitándose el gorro de lana y mirando embobada los vestidos de novia. Reconoció uno de ellos al instante, porque Adda lo había estado bordando el corset en su casa. Se acercó y lo acarició con cuidado, su amiga había cosido una a una las preciosas piedras que formaban las florecillas que decoraban el escote en forma de corazón.

—¿Quiere ayuda? —la voz de una dependienta la obligó a girarse, pero, en cuanto lo hizo, ésta se llevó las manos a la boca sorprendida—. ¡Tú eres...! ¡Tú eres...! ¡Ay dios!

La mujer comenzó a abanicarse con una mano y a hiperventilar. Ágata se dio cuenta que la había reconocido. Tomó aire.

—Creo que me está confundiendo. Todo el mundo me lo pregunta ¿sabes? Me confunden con esa cantante, Valkiria. Pero no soy ella, lo siento—. Ágata hablaba tratando de parecer serena y espontánea, pero sentía como por dentro los nervios la carcomían—. Además, creo que está interna en algún centro fuera de Suecia.

El rostro de la dependienta fue cambiando del asombro a la decepción y al desprecio absoluto al oír la última afirmación.

—Es verdad, disculpa, pero es que, te pareces tanto. Aunque ahora que te miro bien, tú eres mucho más bonita, y no eres una borracha y drogadicta. ¿En qué puedo ayudarte?

Aquellas dos palabras las pronunció con un desaire que hirió el corazón de Ágata. Ésta estaba segura de que era lo que todos sus fans debían pensar de ella: que solo era una borracha drogadicta.

Tras pedir hablar con Adda, la dependienta la guio hasta el taller. Adda estaba frente a un maniquí con un vestido a medio terminar. Estaba concentrada, de manera que Ágata se sentó, a la espera de que terminase de coser. Cuando Adda se giró, sus ojos se iluminaron.

—Ágata, ¿qué haces aquí?

—Tenía revisión médica y he pasado a verte —respondió con una sonrisa, luego se acercó al vestido—. Es precioso.

—Lo he diseñado yo. Aunque mi favorito es este, ven.

Adda la asió del brazo y la llevó por los pasillos llenos de vestidos de muchos colores. Ágata volvía a ser una niña que corretea con su amiga por el parque, rodeada de felicidad y alegría. Adda siempre la hacía sentir de esa manera, y ese sentimiento la empujaba a recuperarse. Porque esa alegría era la que quería transmitirle a Kalra cuando volviera a verla.

Tras un rato, Adda sacó un vestido que venía envuelto en una funda azul oscura. Salió con él corriendo divertida mientras Ágata la seguía.

—Espera aquí —le dijo nerviosa, entrando en uno de los cubículos.

Adda apareció unos minutos después con un precioso traje verde botella. Era entallado hasta la cadera y con la falda de vuelo corta a la altura de las rodillas. Un escote en forma de corazón y unos tirantes dobles que caían por los brazos le daban un toque más moderno.

—Estás genial. Es un vestido precioso.

—¿Crees que a Gustaf le gustaré si me ve con él? —preguntó sonriente.

Ágata sintió una punzada en el pecho, pero hizo un esfuerzo por ignorarla. Su amiga estaba perdidamente enamorada del carpintero desde hacía años Y, no solo eso, Adda era una chica dulce y linda, la mujer perfecta para alguien como Gustaf. De manera que se forzó a sonreír.

—Con o sin vestido, sería un tonto si no le gustases.

Adda le sonrió antes de entrar en el probador para volver a cambiarse. Desde dentro preguntó en voz alta:

—¿Sabes el vestido que llevarás para la fiesta de primavera? —Ágata parpadeó un par de veces y frunció el ceño.

—Aún falta casi un mes —bufó. Adda salió del probador.

—¿Y qué? Tienes que pensarlo mucho, el pueblo está lleno de curiosos y chismosos. Te criticarán tanto si te pones guapa como si no. ¿Quieres que te enseñe los vestidos que tenemos?

—¿No tienes que trabajar? —preguntó Ágata para evitar el camino que estaba tomando aquella dirección.

Adda se encogió de hombros e hizo un ademán de mano.

—Bah, la dueña no está, y el vestido de novia que tengo que entregar está casi terminado. Vamos, —Adda la volvió a guiar por los pasillos del almacén—. ¡Lily! —gritó al aire—. ¡Lily! Mi amiga se quiere probar unos vestidos, ¡mueve el culo y haz tu trabajo!

La dependienta salió de entre los vestidos que estaban colgados en la parte derecha del pasillo, asustando a las dos chicas.

—Yo no hago mi trabajo, Adda. Yo hago magia —respondió con chulería. Tras decir aquello, Lily agarró a Ágata por los hombros y la giró, escrutándola de arriba a abajo—. ¿Tienes alguna preferencia en cuanto a tu vestido? ¿Algún tipo de tela, corte, estilo...?

Ágata torció el gesto. El tema del vestuario siempre lo decidían sus estilistas. Parpadeó varias veces y miró los vestidos a su alrededor, luego el que Adda aún sostenía en sus manos. Recordó la mirada que la enfermera del hospital le hizo a sus cicatrices. Asintió.

—Sólo quiero que tenga las mangas largas —respondió segura. Adda la miró extrañada—. No quiero resfriarme, seguramente estaremos toda la noche a la intemperie. Y así no tendré que ponerme un abrigo.

Lily asintió acariciándose el mentón pensativa. Tras casi tres horas, y más de veinte pruebas de vestido. Ágata salió de la tienda con la promesa de que el vestido que había elegido estaría listo para la fiesta de primavera.

CAPÍTULO 16

Ágata se sentó frente al piano, mirando las teclas con nostalgia. Llevaba limpiando casi toda la mañana junto a la señora Tystnad, y, aunque se sentía bien, el dolor de las articulaciones aumentaba.

—¿Por qué no tocas algo? —La voz de Ingrid la sacó de su ensoñación. Se giró sobre el eje del taburete en el que estaba y negó—. A veces debemos enfrentarnos a los miedos. Sólo así podremos ser felices.

Ágata se levantó y se acercó a ella con una sonrisa. Ingrid le recordaba a su madre. Con cuidado, le quitó la escoba a la mujer y la dejó apoyada en la pared.

—¿Por qué no damos un paseo, señora Tystnad? Estoy cansada de estar encerrada. Necesito un poco de aire.

Ágata salió aferrada al brazo de la mujer. Habían pasado las diez de la mañana, por lo que el pueblo estaba en pleno apogeo. Las tiendas abiertas atendiendo a la clientela habitual, la casa comunitaria albergaba ya a los ancianos que se paraban para tomar su café, leer el periódico local o echar una partida hnefatafl. Ágata miró de soslayo cuando pasaron frente a la carpintería. Se desilusionó porque no había nadie. Con el corazón vacío continuó su paseo hasta la plaza central.

—Vamos, sentémonos a tomar un dulcecito.

Ingrid tiró de ella hasta la panadería del señor Elías. La mujer le contó que, al igual que ella, el panadero quedó viudo hacía muchos años. Y que había criado a su hija sola. Ahora, ella estaba casada y residía en Gotemburgo, pasando a visitarlo los veranos y las navidades.

—Es un buen hombre, muy trabajador y un gran padre.

—Le tiene mucha estima, ¿no? —preguntó con una sonrisa traviesa Ágata al percatarse de cómo la señora se sonrojaba al hablar.

—Te he dicho muchas veces que me llames Ingrid. No soy tan vieja. Y sí. Elías es un buen hombre y, bueno, me da lástima que esté tan solo. La vida no es justa.

En aquel momento, el panadero salió dos tazas humeantes y un dulcecito que hizo salivar a Ágata.

—Buenos días, señoritas —sonrió, aunque Ágata se percató de que el hombre sólo tenía ojos para Ingrid—. Para la sobrina del reverendo un café con leche, y, para mi clienta favorita, un té gyokuro con leche recién ordeñada acompañado de una charlota francesa de fresas y crema bavaroise a la vainilla.

El hombre dejó en la mesa una porción de tarta hecha con bizcochitos relleno de crema y coronado con fresas y frutos rojos frescos.

—Vaya, vaya, Elías, hoy te has superado —Ingrid mirando el postre que le había dejado sobre la mesa.

—Todo es poco para usted, señora Tystnad. El té es importado de Japón, lo traje hace muy poco. Y éste es un dulce francés hecho sólo pensando en usted. Espero que lo disfrute.

Ágata miró a la pareja y se mordió, ansiosa, la uña del pulgar.

—¡Por supuesto! Siempre disfruto con tus dulces, Elías. Muchas gracias —respondió melosa

Ingrid, Ésta se sonrojó ante la mirada del panadero, quien se escondía nervioso tras la bandeja. Ágata se rio divertida al pensar en lo empalagoso que se había vuelto el ambiente.

—Por cierto, señora Tystnad, le he dejado en su casa el pan para hoy. Le he preparado una *baguette* de estilo francés, y le he puesto también unos panes de leche para el desayuno. Si los acompaña con leche de cabra fresca disfrutará como nunca.

Tras el comentario, Ágata podía jurar que acabaría pegada al asiento. Aunque le gustaba la galantería, la escena empezaba a ser empalagosa. Pero, después de que Ingrid agradeciera todo y el panadero se negara a cobrarles, este desapareció en el interior de su tienda, no sin antes dedicarle una mirada furtiva a la mujer.

—¿Se puede saber qué ha sido eso? —dijo Ágata exagerando una mueca de sorpresa.

—No sé a qué te refieres —respondió Ingrid mientras removía su té y se hacía la desentendida. Ágata levantó una ceja.

—Puede seguir haciéndose la tonta, Ingrid. Pero no cuela. Aquí huele demasiado dulce, así que no trate de esconder la miel.

—Pero, ¿qué tonterías dices? Lo único dulce es este delicioso pastelito —respondió clavando el pequeño tenedor en la charlota antes de llevársela a la boca.

—Claro, un pastelito que ha preparado especialmente para usted y que le ha regalado junto a ese té tan raro —respondió Ágata irónica recostándose en su silla. Aunque sabía que no estaba bien hablarle así a una señora de su edad, no pudo evitarlo. Le resultaba una situación muy divertida—. Ingrid, no soy tonta.

—¿Crees de verdad que le gusto a Elías? —susurró acercándose a Ágata.

—Me está vacilando, ¿verdad? —respondió Ágata incrédula. Pero, al ver la inocencia en los ojos de la mujer preocupada, no tuvo más opción que asentir.

—¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! ¿Y ahora qué hago? —exclamó Ingrid abanicándose con una mano. Estaba roja hasta el punto de que Ágata dudó si aquello eran nervios o el principio de un soponcio. Al ver que Ingrid no se calmaba, tomó una de sus manos y le sonrió.

—¿Pues qué va a hacer? Lo que se hace en estos casos.

—Soy una señora mayor, estaría mal visto. Además, ¿qué pensaría mi hijo? —Ágata puso los ojos en blanco y bufó—. No, no, no y no. No quiero ser la comidilla de la aldea. Lo mejor es ignorar todo esto, hacer como que no sucede nada.

—A veces, debemos enfrentarnos a los miedos. Sólo así podremos ser felices —sentenció mordaz Ágata.

—Muy listilla eres tú para ser tan joven —respondió Ingrid señalándole con el tenedor y una ceja en alto.

—No soy tan joven. Bueno, más que usted sí —se burló.

—Pero, ¿será esto posible? —Ágata se carcajeó, sacándole una sonrisa a la mujer.

—Si en algún momento acepta que le gusta Elías, quiero que sepa que haré lo que sea para ayudarla. Hablaré con su hijo para que no se enfade.

—No necesitas hablar con él, ponte un buen escote y lo convencerás hasta de que el sol es verde.

—¡Ingrid! —exclamó Ágata, sonrojada. Desvió la mirada.

—¿Qué pasa? Es mi hijo y sé que está mal que lo diga, pero le pierde lo que le cuelga entre las piernas. Y te puedo asegurar que no es poca cosa —Ágata se tapó la cara con las manos, sintiendo cómo el calor de las mejillas le quemaba las palmas.

—Esto no puede ser cierto.

—Claro que sí. Es igualito a mi difunto marido y...

—¡Basta! —Ágata agarró la mano de Ingrid y la miró con los ojos abiertos y el rostro ardiendo de vergüenza.

—Tú querías hablar de hombres. —Ingrid se encogió de hombros mientras se metía en la boca otro trozo de pastel.

—Yo quería hablar del rollo empalagoso que se trae usted con el panadero, ¿no de lo que tiene su hijo entre las piernas!

—Pues tú te lo pierdes.

Ágata bufó y sus ojos se encontraron con los de Gustaf a lo lejos. Éste le sonrió acercándose con Eric. Al llegar donde estaban, el carpintero besó a su madre y se sentó a su lado.

—Buenos días, bella Julieta, ¿cómo está hoy mi dama?

—¿Y a éste gandul qué mosca le ha picado? —preguntó Ingrid a su hijo señalando a a Eric.

—Deja de hacer el ganso, Eric, y siéntate de una vez—. Ágata señaló la silla de su lado y éste obedeció.

—La verdad, es que iba a darte el encuentro —comenzó a decir el chico —. Quería preguntarte si tienes con quien ir a la fiesta de primavera.

—¿Desde cuándo a la fiesta de primavera hay que llevar pareja? —volvió a preguntar Ingrid a su hijo en voz más baja.

—No sabía que había que ir con pareja —respondió confusa la cantante. En ese momento, desvió la mirada y se sorprendió al ver cómo Gustaf e Ingrid hablaban en lengua de signos. El rostro de Ingrid estaba serio, mientras que Gustaf parecía molesto y ponía los ojos en blanco ante las últimas señas que le hacía su madre. Ágata intuyó que Ingrid estaba regañando a su hijo como si fuera un niño que hubiera hecho algo malo.

—¿Ocurre algo? —preguntó a Ingrid algo preocupada.

—No, tranquila. Son cosas entre una madre y su hijo idiota.

—Ágata —al girarse, la cantante se percató de los ojos negros de Eric que la miraban suplicante. Aquello la enterneció—. Sé que soy un poco payaso a veces, pero... Esto se me da de pena —bufó restregándose las manos en el pantalón. Luego miró a su amigo unos segundos, tras eso, volvió a clavar sus ojos en Ágata—. Oye, Me gustas mucho. Y me gustaría ser tu acompañante en la fiesta de primavera. Sé que no será la cita más romántica del mundo, pero me

haría mucha ilusión pasar la fiesta contigo.

En ese momento, la mano de Ingrid le dio un guantazo a su hijo en la cabeza.

—¡Idiota! —exclamó. Luego bufó y siguió hablándole por señas. Aquello incomodaba a Ágata. La situación le parecía rocambolesca y ridícula. Se llevó una mano al arco de la nariz e hizo presión unos segundos.

—¿Ágata? —insistió el muchacho sonrojado por la vergüenza.

—Eric, este no es el momento, ¿no ves que están discutiendo? —dijo casi en un susurro.

—Tranquila, pequeña. No estamos discutiendo —dijo, de soslayo, miró a su hijo molesta—. ¿Y bien? ¿Vas a ir con este gandul a la fiesta de primavera?

Ágata se quedó en blanco. Estaba avergonzada y confusa por lo extraño de la situación. Se encogió de hombros sin saber qué responder.

—No sé. Es decir, pensaba que iríamos todos juntos —Eric agachó la cabeza y Ágata se sintió culpable—. Pero, si tanta ilusión te hace, iré contigo.

Eric sonrió feliz antes de levantarse y regalarle un beso a Ágata en la frente. Esto hizo que la chica se encogiera y sonrojándose aún más.

—Genial, mañana por la noche pasaré a buscarte.

Y sin más, Eric se marchó dejándola con Ingrid y Gustaf. La cantante desvió la mirada y sintió cómo Gustaf la escrutaba con seriedad. Aquel hombre tenía la capacidad de desarmarla, incluso, desde la distancia. Tras unos segundos, éste se levantó, dio un beso a su madre y se tocó la visera de su gorra como siempre hacía al saludar a Ágata. Sin embargo, esta vez, no hubo sonrisa. Sólo un saludo frío y distante que rompió el corazón de Ágata.

—Tal vez me estoy metiendo donde no me llaman, niña, pero, ¿qué tiene el pánfilo de Eric que no tenga mi hijo?

Ágata se mordisqueó una uña mientras miraba cómo Gustaf se alejaba a paso lento. Lo que Eric tenía y Gustaf no, era su indiferencia, pensó Ágata. Porque al lado de Gustaf se sentía hermosa, y con Eric no; porque la mirada de Gustaf la atraía como atrae la miel a las moscas, la armaba y la desarmaba con sus silencios, con sus caricias y sus suspiros, porque ansiaba enredarse en sus labios desde que, en la ventana de su habitación, él le entregó aquella flor de lavanda. Pero cuanto más lo deseaba, más grande era la oscuridad y el desprecio que se enredaba en su alma.

—No es lo que Gustaf tenga o deje de tener —suspiró.

—¿Y qué es entonces? —preguntó la mujer mirándola a los ojos.

—No me merezco a alguien como su hijo, Ingrid. Porque a las personas como Gustaf, siempre les fallo. Y él no se lo merece.

Las manos cálidas de Ingrid se enredaron en las suyas.

—Te equivocas, niña.

Y sin querer seguir con la conversación, Ágata se levantó y se marchó. Dejando a la mujer

terminar su desayuno.

CAPÍTULO 17

—Voy a por algo para beber —le susurró Eric al oído arrastrando las palabras. Tras eso, le regaló un beso dulce en la mejilla—. Estás preciosa, mi bella Julieta.

Ágata sonrió y dejó que se marchara. Buscó al resto del grupo: Chrystal e Igor bailaban abrazados en un beso que parecía eterno, escandalizando a medio pueblo, aquello le robó otra sonrisa. Adda, que removía su bebida aburrida apoyada contra una pared, se dedicaba a mirar al gentío. Gustaf hacía lo mismo que la jovencita, pero en vez de observar el vacío, sus ojos grises estaban clavados en Ágata. Ésta se mordió una uña. El carpintero no dejaba de observarla y le empezaba a resultar incómodo.

—Bien —se susurró a sí misma—. Es hora de terminar con esto de una vez.

Ágata fue directa hacia Gustaf, que comenzó a esbozar una sonrisa tímida. Cuando apenas faltaba medio metro para llegar a su altura, alguien la empujó, haciendo que cayera en sus brazos. El olor a madera de Gustaf la envolvió e hizo que Ágata cerrase los ojos y se perdiera en el calor de aquellos brazos. Pero, en cuanto sintió su aliento en su cuello, se deshizo de su agarre.

—Perdona, me han empujado —sonrió abrumada. Tomó aire y señaló a Adda, que seguía con la vista perdida—. ¿Has visto qué guapa está? ¿Por qué no la sacas a bailar? —Gustaf la miró con el ceño fruncido, luego, negó y la cogió de la mano. Estaba claro que Gustaf quería bailar con ella. Ágata cogió aire y soltó su mano—. Gustaf, no seas crío. Adda está sola, baila con ella. —las últimas palabras le quebraron la voz.

Por suerte, el brazo de Eric se ciñó a su cintura, sacándola de aquella situación en la que se había metido.

—¡Bella Julieta! —exclamó antes de beberse de un solo trago toda la copa que llevaba, tras eso tiró el vaso de plástico a una papelería cercana, y cogió a Ágata por la cintura con sus dos manos, acercándola a él—. Te he extrañado. Dime, ¿de qué habláis?

Ágata forzó una sonrisa y miró a Gustaf de reojo. Su mentón estaba tenso y sus manos se cerraron en dos puños apretados.

—Eric, le decía a Gustaf que Adda está muy guapa, ¿no crees? —Eric la buscó con la mirada y sonrió a la vez que afirmaba—. ¿No crees que alguien debería sacarla a bailar?

—¿Quieres que yo la saque a bailar? —preguntó confusos.

—No, idiota —sonrió traviesa—. Me refería a Gustaf. Tú tienes que bailar conmigo, ¿recuerdas?

Ágata se acercó coqueta a Eric, le pasó los brazos por el cuello y le sonrió. El chico tenía las mejillas sonrosadas y los ojos entreabiertos. Una sonrisa torcida, propia de la embriaguez, se dibujaba en sus labios. Tras eso, Ágata volvió a mirar a Gustaf, fingiendo inocencia.

—¡Vamos, Gustaf! ¡Sácala a bailar! —Eric arrastraba las palabras. Luego miró a Ágata de nuevo—. Bella dama, ¿me concede este baile?

Ésta asintió y se dejó guiar hasta el centro de la pista mientras, de reojo, percibía cómo Gustaf con el mentón apretado por la rabia.

Eric tiró de su mano con suavidad hasta envolverla en un abrazo. Sus párpados casi cerrados tras aquellas gafas y su forma de moverse eran la antesala del sueño que sigue a una borrachera. La cantante posó la cabeza en su hombro, observando con disimulo cómo Adda disfrutaba en los brazos cálidos de Gustaf. Una punzada de celos se coló en su estómago.

—Sé que te lo he dicho muchas veces, pero —la voz rasposa de Eric la sacó de sus pensamientos—, estás muy guapa. Ese vestido te sienta genial.

Ágata sonrió y, sin responder, volvió a dejarse caer sobre su hombro. La música sonaba lenta a su alrededor, las parejas danzaban distraídas. Durante la siguiente hora y media, alternaba los bailes con charlas que Eric se encargaba de amenizar. Le contaba chistes y anécdotas divertidas de sus años de universidad. Ágata descubrió que el muchacho era profesor y daba clases nocturnas en el instituto de Långträsk, leía poesía y literatura clásica y adoraba su trabajo.

A las dos de la madrugada, Eric volvió a sacar a bailar a Ágata el último baile de la noche. En el hilo musical sonaba *Listen to your heart* de Roxette. Las manos cálidas de Eric se sostenían, a duras penas, en las caderas de Ágata que se apoyaba en su pecho, sintiendo su respirar lento. Su aliento a vodka le golpeaba en la cara, obligándola a desviar su rostro. Los ojos avellana de Ágata buscaban constantemente los de Gustaf. Ágata sentía que aquella necesidad de observarlo se había convertido en un juego masoquista del que no podía salir. Era incapaz de apartar su mirada de él, aún cuando sentía que el corazón se le rompía al verlo cerca de Adda. En ese momento, Eric trastabilló.

—Creo que no me siento muy bien —balbuceó llevándose una mano al estómago.

—Has bebido demasiado.

—Te-te acompañaré a casa —dijo agarrando de la mano a Ágata. Ésta le regaló una sonrisa dulce y, sin pensar, se pasó el brazo de Eric por los hombros.

—Será mejor que yo te acompañe a la tuya —respondió la cantante.

Eric asintió pero, tras dar un par de pasos, negó con la cabeza y giró con brusquedad.

—¡Es por allí, bella Julieta! —exclamó señalando el campanario del ayuntamiento. Ágata puso los ojos en blanco y lo siguió pero, en cuanto pasaron por delante de Gustaf, Eric se paró—. ¡Eh! Gustaf, nos vamos a casa ya —una sonrisa embriagada y cansada se dibujó en el semblante de Eric. Dejó caer todo su peso sobre la cantante—. Ágata me va a acompañar, ¿verdad que es guapa? —Luego, la miró embelesado—. He bailado con la chica más guapa, y ahora me acompaña a casa, ¡soy un tipo con mucha suerte!

Ágata sintió cómo un calor le subía desde los hombros hasta las mejillas. Abrumada, tiró fuerte del muchacho, obligándolo a caminar y desaparecer calle abajo. Tras más de veinte minutos de dar vueltas por las mismas calles, Eric dio con el portal de su casa.

—Es aquí —dijo sacando con torpeza las llaves de su casa. Ágata se las quitó y abrió la puerta.

—¿Dónde está tu cuarto?

Ágata dejó al muchacho sobre su cama, lo descalzó, le quitó las gafas y lo tapó con una manta. Pero antes de salir, éste la llamó:

—¡Ágata! Eres un ángel caído del cielo —susurró antes de caer dormido. La cantante sonrió y le apartó un mechón mientras lo observaba roncar.

El dolor de las articulaciones aumentaba con cada paso. Pero, no era el dolor habitual, sino el cansancio acumulado de una noche de diversión que, aunque a ratos no disfrutaba, en otros momentos la hizo sentir viva de nuevo. Ágata se restregó las manos al recordar, entonces, la mirada que Gustaf le dedicó cuando se marchó con Eric. Ágata pensó que, tal vez Gustaf, se haría una idea equivocada sobre ella y Eric.

Se encogió de hombros, aunque le dolía, sabía que alejarse de Gustaf era lo mejor. Pasó por delante de la carpintería y, sin poder reprimirse, miró de soslayo la puerta. Estaba abierta de par en par y de su interior se percibían unos fuertes golpes. Ágata se paró. Gustaf parecía estar trabajando. Sin embargo, el sonido que se oía desde la calle le hizo pensar que, el carpintero, estaba enfadado y golpeaba algo solo para desahogarse. Se llevó el pulgar hasta sus labios y se mordisqueó la yema, dudaba si entrar o no.

Tras unos minutos de indecisión, Ágata se rindió y entró. Los golpes no cesaban y, cuánto más cerca estaba del taller, más claro tenía que aquello era un error. Se plantó frente a la puerta abierta y, en silencio, se observó a Gustaf. Tallaba, o eso le parecía a Ágata, un bloque de madera. Llevaba la camisa blanca desabotonada hasta la mitad del pecho, mostrando el suave vello que cubría sus pectorales, los tirantes, del mismo color gris perla que su pantalón, le caían a los lados de sus caderas. Bajo la luz blanca, la cabeza afeitada le brillaba sudorosa. Pese a tener las mangas de la blusa recogidas por encima de los codos, el sudor hacía que se le pegara al cuerpo. Cuando Gustaf se giró para coger otra herramienta, su mirada gris se cruzó con la de Ágata. Ésta se sonrojó, sintiendo cómo mente y corazón se contradecían a gritos. El primero le pedía que corriera lejos, que se marchara de allí, pero el segundo le gritaba que se quedara, que se abrazara al alma de aquel hombre por el que suspiraba cuando estaba sola.

—Hola —susurró desviando la mirada hacia el tocón de madera a medio trabajar. Gustaf la miró extrañado e hizo un gesto con su cabeza. Ágata supo que le preguntaba por Eric—. Está en su casa, durmiendo la borrachera.

La cantante se giró, dándole la espalda al carpintero y se centró en la forma que estaba tomando el trozo de madera, acariciándolo. Gustaf dejó las herramientas sobre la mesa a su lado y se acercó a ella por detrás. Tras unos segundos de silencio, suspiró.

—Gustaf, tenemos que hablar. Yo... —Ágata se giró, encontrándose con el cuerpo grande de él demasiado cerca. Dio un paso atrás, abrumada, y se golpeó con la mesa de trabajo. Su respiración se aceleró. Estaba muy nerviosa—. Está muy claro lo que pasa entre nosotros. Yo te gusto —Gustaf asintió mientras se humedecía los labios y levantaba las cejas, preguntando en silencio—. Y tú me gustas.

En ese momento, una sonrisa enorme se dibujó en los labios del carpintero, que llevó una

mano hasta el rostro de Ágata. Acarició su labio inferior con la yema de su pulgar. La cantante cerró los ojos al contacto. La calidez de aquella caricia, mezclada con el olor a madera y sudor que Gustaf desprendía, amenazaba con volverla loca. Un cosquilleo le atravesó la columna, alojándose en su bajo vientre. Suspiró.

—Por favor —suplicó susurrante—. No hagas esto más difícil de lo que ya es. —Sintió el calor del aliento del hombre sobre sus labios. Ágata tenía miedo de abrir sus ojos porque sentía que, si los abría, haría algo de lo que no deseaba arrepentirse—. Yo no soy buena persona, Gustaf. Aléjate de mí, por favor—. Las manos del carpintero se paseaban por sus brazos, subiendo hasta sus hombros. Los dedos de aquel hombre acariciaban la piel de su cuello, haciendo que mil escalofríos la asaltaran—. Yo sólo te defraudaría.

Un gruñido, acompañado de un suave empujón, la asustó e hizo que retrocediera otro paso. Ágata quedó atrapada entre el cuerpo de Gustaf y la mesa de trabajo. Sentía el calor que emanaba de aquel hombre envolverla.

—Te mereces a alguien mejor que yo —musitó antes de abrir los ojos y perderse en los grises de Gustaf. Éste la miraba con deseo. Gustaf negó y tomó una de sus manos, colocándola abierta sobre su corazón. Ágata tragó saliva. La tensión que se estaba formando entre los dos era demasiado fuerte para ignorarla. La cantante sentía el palpitir del corazón de Gustaf en su mano, así como el calor de su piel y el vello suave de su pecho. No podía decir cuándo sucedió pero, sintió entonces, que la otra mano de Gustaf se ceñía a su cintura y la acercaba a él. Ágata cerró los ojos. Deseaba que él la consolara y le hiciera el amor allí mismo. Pero sentía que aquello no debía pasar.

—Te mereces a alguien mejor —repitió en un gemido lastímero—. Adda es una buena chica. Está enamorada de ti y puede quererte como te mereces, Gustaf.

Gustaf gruñó molesto. Sus manos grandes se ciñeron a sus brazos, obligándola a mirarlo. Frunció el ceño observándola enfadado. Negó y la zarandeó atrayéndola hacia él. En silencio, sus labios se movieron pronunciando con claridad la palabra “tú”.

—Yo estoy rota, Gustaf. —El carpintero se encogió de hombros y, sin darle tiempo a reaccionar, rompió la distancia que los separaba. Sus labios cálidos se fundieron con los suyos. Ágata se rindió al beso, dejando que la invadiera con su lengua. Sentía cómo las manos de Gustaf bajaban hasta su cintura ciñéndose a ella.

—No saldrá bien —susurró en sus labios cuando Gustaf se separó de ella pero, tal y como terminó de pronunciar la última palabra, éste volvió a besarla con más pasión. El carpintero bebía de sus labios de la misma manera que ella bebía de los suyos. Sus lenguas jugaban y se reconocían en una danza deliciosa. Ágata sentía cómo la tensión aumentaba y cómo la llama del deseo empezaba a quemarles. Sentía la erección de Gustaf crecer en su pantalón. No podía separarse del cuerpo de aquel hombre. Aquel beso desesperado dio paso a una pasión desmedida; las manos de Gustaf bajaron hasta sus glúteos y la elevó sin apenas esfuerzo. Ágata enredó sus piernas a la cintura de él y se agarró a sus hombros para no caer. No podía dejar de besarlo. Ágata lo necesitaba tanto como necesitaba respirar. Gustaf se movía por el taller con ella encima, hasta que, tras unos minutos, la dejó caer sobre una cama enorme.

Ágata miró a su alrededor. Gustaf la había llevado por el interior de la casa, anexa al taller, hasta su dormitorio. Aunque le pareció bonito, lo único a lo que la cantante prestó atención fue a

la chimenea de piedra que iluminaba la estancia con una luz suave. Gustaf se estaba quitando la camisa botón a botón sin dejar de mirarla a los ojos. Ágata se levantó para ayudarlo. Pasó sus manos por su pecho y bajó por su vientre, que, aunque no estaba musculado, estaba firme. El vello castaño que cubría el pecho de Gustaf bajaba en una fina línea por el centro de su vientre hasta morir más abajo de su ombligo. Aquello enloqueció a Ágata, que, olvidándose de su timidez, le sonrió traviesa mientras le quitaba el pantalón.

Gustaf se terminó de desvestir y se puso un condón que sacó de su mesita. Sentó a Ágata en la cama, quitándole con esmero las botas de cowboy que ella llevaba. Luego, subió las manos suavemente, y con una lentitud exasperante, que excitaba a Ágata, le quitó las medias de liga que llevaba, y las braguitas. Ágata cerró los ojos y gimió al sentir las manos de Gustaf subirle desde las caderas hasta el abdomen, levantando su largo vestido. El hombre comenzó a quitarle los botones del vestido, dejándolo abierto como si fuese una bata. Pero, en el momento en que quiso quitarle el vestido, Ágata abrió los ojos asustada y lo frenó.

—No, por favor, no me lo quites—. Era muy difícil no ver el miedo que se reflejaba en los ojos avellana de la mujer. Aún no estaba lista para mostrar el pasado que se había quedado marcado en sus brazos. Gustaf asintió y no insistió.

El carpintero la besaba y la mordía, haciendo que Ágata sintiera un cosquilleo en su interior. Sin poder controlarse por más tiempo, la cantante enredó sus piernas a las caderas de Gustaf lo guio hasta su interior. Aunque al principio sintió una presión desagradable, seguida por un dolor que la paralizó, tras unas cuantas embestidas suaves y tiernas, el placer comenzó a envolverla.

—Hacía mucho que yo no... —se avergonzó. Pero Gustaf le selló los labios con un beso tierno.

La pareja se fundió el uno en el otro, entre jadeos y caricias. El éxtasis los encontró a ambos. Cuando Ágata gimió en un susurro su nombre, Gustaf cayó sobre su pecho con un gruñido.

CAPÍTULO 18

Ágata paseó las yemas de los dedos por el rostro dormido de Gustaf. Sus mejillas estaban sonrosadas y sus labios hinchados por los besos. Sonrió y se dejó caer sobre el pecho desnudo del carpintero, su respiración acompasada con el latido de su corazón la relajó. El vello castaño de su pecho le hacía cosquillas en la mejilla. Sin poder resistirse, lo acarició de nuevo.

En ese momento, el zumbido de su teléfono la sacó de su ensoñación. Miró extrañada a la mesita de noche, preguntándose cuándo lo había dejado allí. La pantalla se iluminó. Ágata se incorporó y lo cogió, abriendo los ojos al comprobar el número. Tragó saliva con dificultad y se levantó de la cama. Dudó, los segundos se le hicieron eternos. Se giró y miró a Gustaf, estaba profundamente dormido. Un sentimiento de culpa la fue invadiendo a medida que el teléfono vibraba en sus manos. Volvió a mirar la pantalla. Aceptó la llamada y se llevó el auricular al oído.

—No me hagas esto —imploró. Sentía como una lágrima recorría su rostro.

Silencio. Un suspiro.

La llamada se cortó, dejando el corazón de Ágata devastado. Miró a su alrededor, estaba perdida y con una sensación extraña en el pecho. Se acercó a la ventana para observar que aún era noche cerrada. Miró la pantalla encendida de su teléfono para comprobar que apenas eran las cinco de la madrugada. La culpa que sentía empezó a transformarse en otro sentimiento mucho más oscuro y doloroso.

Las manos grandes de Gustaf recorrieron su cintura. Estaba a su espalda. Se concentró en el calor que emitía aquel cuerpo. Entre sus brazos se sentía protegida y valiente. Pero aquella sensación de bienestar no hacía desaparecer el desprecio que sentía hacia ella misma. Se giró y miró aquellos ojos adormilados. Gustaf le sonrió, pero ella no respondió a su sonrisa. Simplemente tomó aire y se deshizo de su agarre para comenzar a abotonarse el vestido. Sentía la mirada escrutadora y curiosa de Gustaf.

—Tengo que marcharme, es tarde y... —Ágata soltó un suspiro—. Esto ha sido una estupidez. Olvidemos esta noche, por favor.

Gustaf tomó sus manos y la frenó. La muchacha sintió el escalofrío que, en ocasiones, precedía al dolor. Se zafó del agarre y, sin mirarlo a la cara, se terminó de vestir, tomó su abrigo y salió de la casa de éste, dejándolo sólo.

Artur le pasó la mano por la espalda tratando de tranquilizarla. Ágata llevaba dos horas agarrada a la taza del váter temblando y sudando.

—¿Estás mejor? —preguntó el reverendo preocupado. Ágata negó con la cabeza mientras se apoyaba contra la pared y trataba de recuperar el aliento—. ¿Quieres que llame al doctor?

—No —jadeó—. Necesito descansar, eso es todo.

Ágata trató de ponerse en pie pero, en cuanto se apoyó sobre sus manos, un fuerte dolor le contrajo los músculos. Cayó de bruces y se golpeó la cabeza contra la taza del váter.

—Ágata, por favor, deja que llame al doctor —insistió Artur tratando de ayudarla a levantarse.

La cantante volvió a negar con la cabeza y, haciendo su mayor esfuerzo, salió tambaleante hasta su dormitorio.

—Estoy bien —suspiró y se dejó caer en la cama—. Sólo necesito descansar, ya te lo he dicho.

—Estás hecha un desastre, ¿qué demonios te ha pasado? Estabas tan bien ayer —se lamentó el hombre mientras le ayudaba a meterse entre las mantas.

La cantante suspiró tratando de incorporarse, luego miró dubitativa a Artur. Chasqueó la lengua y dio un par de palmaditas al colchón, invitándolo a sentarse con ella.

—Padre Artur —comenzó humedeciéndose los labios, aunque de nada servía porque sentía la boca seca—. Anoche hice algo de lo que no me siento orgullosa, pero tampoco me arrepiento. La verdad es que una parte de mí deseaba hacerlo.

El reverendo la miraba con seriedad, a la espera de su confesión. Ágata se perdió en sus ojos

verdes, tratando de encontrar ahí duda, miedo o decepción; pero no encontró nada de eso.

—¿Qué ha pasado, hija?

—Esto me da mucha vergüenza —dijo y Artur le cogió de las manos para darle ánimos—. Está bien —Ágata tomó aire—. Allá va: anoche me acosté con Gustaf.

Tras la confesión, la cantante cerró los ojos y dejó de respirar, esperando alguna clase de reprimenda. Sin embargo, el reverendo se quedó en silencio. Tras unos segundos, Ágata lo miró incrédula.

—¿No va a decirme nada? ¿No me va a soltar un rollo de esos de que voy a ir al infierno o algo parecido?

—Hija, estamos en el siglo veintiuno. No estoy de acuerdo con este tipo de cosas, pero no soy un carcamal retrógrado hasta el punto de creer que una mujer debe llegar virgen al matrimonio.

—¿En serio? —preguntó con una ceja en alto, olvidándose en aquel momento de todos los dolores y temblores.

—Sí. Gustaf parece un buen muchacho. No apruebo vuestro impulso, pero no creo que hayas elegido mal. Os irá bien —sentenció Artur dándole una palmadita en la mano.

—Ese es el problema, padre. No sé si puedo estar con él —murmuró bajando la mirada hasta su regazo. Los dedos del reverendo atraparon su barbilla y la obligaron a mirarlo de nuevo.

—No sabes si puedes estar con él, o no sabes si mereces estar con él.

Ágata se humedeció de nuevo los labios, tenía la boca realmente seca. Se deshizo del agarre del hombre y tomó el vaso con agua que tenía en la mesita, dio un largo sorbo y luego siguió hablando.

—Sea como sea, padre. Ha sido un error.

—¿Quieres estar con él? —preguntó el hombre. Ágata asintió—. ¿Él quiere estar contigo?

—Creo que sí.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema?

Ágata chasqueó la lengua. Sabía que Artur tenía razón. No había ningún motivo para rendirse y no comenzar una relación junto al carpintero. Sin embargo, algo le quemaba el alma cuando deseaba estar a su lado. La culpa volvió a golpearla, dándole la respuesta.

—No quiero hacerle daño.

—¿Por qué ibas a hacérselo? —preguntó Artur con una ceja en alto. Ágata se encogió de hombros avergonzada, luego abrió los brazos y se señaló a sí misma.

—Míreme. Soy una drogadicta, padre. Una muñeca rota que ha perdido todo lo que era. ¿Cómo me atrevería a quererlo? Es más, ¿cómo podría quererme? —sollozó dejándose acunar por el llanto.

Artur la abrazó. El calor del cuerpo de aquel anciano la calmaba, desde el primer momento en que él la encontrara en aquella iglesia, se había sentido protegida bajo cariño. Tras calmarse, el reverendo la miró a los ojos.

—Sí, Ágata. Eres una drogadicta, pero también eres una superviviente. Una mujer fuerte que está luchando por superar sus debilidades día y noche. Y lo estás haciendo sin medicación, por tus propios medios y sin ayuda.

—No estoy sola. Usted me está ayudando —sonrió.

—Pequeña, yo solo te indico la dirección. El camino lo haces tú sola. Y debes estar muy orgullosa de todo lo que has conseguido.

—Y estoy orgullosa —respondió atropelladamente—, pero...

—Te mereces ser feliz, pequeña. No pienses nunca que, por equivocarte y tomar malas decisiones, ya no mereces el amor de otra persona.

—Ni siquiera lo conozco. No estoy preparada para decirle la verdad a nadie. Aún es pronto.

Artur se levantó de la cama y le revolvió el pelo con una sonrisa.

—En ese caso, no le digas nada. Conócelo y deja que te conozca poco a poco. Repara el corazón de la muñeca rota. Y luego, cuando creas que ha llegado el momento, cuéntale la verdad.

—¿Cree que lo entenderá?

Artur torció la boca unos segundos mientras se encogía de hombros.

—Si te quiere, lo entenderá y no le importará, porque habrá descubierto la mujer en la que te has convertido. En la que te estás convirtiendo.

Ágata le sonrió antes de asentir.

—Gracias, padre.

—Descansa.

Gustaf miró a los lados en la calle, y luego se llevó al rostro el precioso pañuelo que Ágata había llevado en la noche. Su perfume a jazmín aún estaba impregnado en él. Suspiró. Se había pasado todo el día pensando si pasar a verla o no. Las palabras que le dijo antes de desaparecer y dejarlo solo le atravesaron el corazón. Ella deseaba olvidar aquella noche y él no estaba dispuesto a hacerlo.

Llamó a la puerta y, tras unos minutos, el padre Artur salió al umbral. El anciano llevaba una camisa de rayas celestes remangada y por fuera de los pantalones. Tenía también algunas manchas en el pantalón, estaba despeinado y mostraba signos de estar agotado.

Sin poder evitarlo, Gustaf frunció el ceño. Gesto que el pastor pareció interpretar como una pregunta.

—Eh... Ágata está descansando. No se encuentra bien.

Al oír aquellas palabras, el corazón de Gustaf se aceleró. Necesitaba verla. Le entregó el pañuelo al anciano y señaló el interior de la casa a la vez que levantaba las cejas, solicitando permiso. Artur lo miró con el ceño fruncido.

—No creo que sea buena idea, Gustaf. Está enferma.

Gustaf negó con la cabeza. Esa era razón más que suficiente para entrar y verla. De manera que, sin esperar más, entró en la casa, casi obligando al reverendo a apartarse. Al pasar por el umbral, miró a los lados, en busca de alguna señal que le dijera dónde estaba. La señal llegó, un fuerte golpe sonó al fondo del pasillo.

—Gustaf, por favor.

El carpintero lo ignoró y salió a grandes zancadas en busca del origen del ruido seguido de Artur. Al abrir la puerta, la imagen que encontró lo petrificó. Ágata estaba tirada en el suelo de su dormitorio sólo con una fina camiseta de tirantes y unos pantalones cortos. Estaba nívea como la nieve, el sudor le perlaba la piel de los brazos, el rostro y las piernas, las cuales le temblaban. Un golpe en la espalda del reverendo lo trajo de vuelta.

—¿Qué hace aquí? —preguntó asustada Ágata. Su mirada iba de un hombre a otro.

—Lo siento, pequeña. Ahora se irá.

Ágata trató de levantarse pero trastabilló y volvió a caer. Aquello fue suficiente para hacer que el cerebro de Gustaf reaccionara. Se acercó a ella para cogerla entre sus brazos. Aunque Ágata trató de revolversse, estaba tan débil que terminó por rendirse. El carpintero sintió como la piel de Ágata le ardía por la fiebre. La dejó con cuidado en su cama, ésta lo miró seria y se tapó con la manta no sin antes soltar un quejido de dolor.

—Márchate —gimoteó—. Vete, por favor.

Gustaf negó y le pasó una mano por la frente. Se sentó en la orilla de la cama, observando la expresión de dolor que se dibujaba en el rostro cansado de la mujer.

Verla así era peor que cualquier dolor que a él pudieran causarle. Tragó saliva y buscó en su abrigo un pequeño bloc de notas y un lápiz. Escribió en la primera hoja en blanco que encontró y se la tendió al reverendo. Éste asintió y haciendo caso a lo que él había escrito salió de la habitación dejándolos solos. Tras eso, se quitó el abrigo y lo dejó sobre la silla del escritorio, se remangó la camisa a la altura de los codos y volvió a sentarse al lado de la mujer, quien lo miraba enfadada.

—¿Qué haces aquí? Por favor —suplicó—, vete. No quiero que me veas así.

Gustaf frunció el ceño y se inclinó sobre ella para regalarle un beso en los labios. Aunque la mujer trató de apartarlo, estaba tan débil que apenas alcanzaba a golpearlo en el pecho. Sin remedio, Ágata se rindió a su beso.

—Por favor —gimoteó en sus labios de nuevo.

Gustaf se separó de ella y buscó lo que había ido a llevarle dentro del bolsillo trasero de su pantalón. Se lo tendió sin ceremonias.

—¿Qué es esto? —preguntó mientras levantaba la mano y cogía el sobre que le tendía—. ¿Puedes abrirlo? Me tiemblan las manos.

Gustaf asintió y del sobre sacó una pequeña carta que le entregó a Ágata. Ésta trató de incorporarse en la cama antes de leerla.

Gustaf memorizó lo que había escrito para ella en aquel pedazo de papel. Una punzada de frustración mezclada con ira se alojó en su pecho al saber que nunca podría susurrarle una sola palabra al oído. Sin embargo, trató de deshacerse de aquel sentimiento.

Ágata, lo que anoche sucedió no se puede deshacer. Tenerte en mis brazos, besarte y hacerte el amor es algo que no puedo ni deseo olvidar. Quiero estar contigo, conocerte y enamorarme de ti hasta que me duela tu ausencia. Aunque creo que eso ya ha pasado, porque desde que anoche te marchaste, me duele el alma.

Me dijiste que estás rota; yo también lo estoy. Y algo me dice que sólo tú puedes arreglar mi corazón. Por favor, deja que sea yo quien repare el tuyo.

No olvidemos lo que ha pasado. No quiero hacerlo, no me pidas que lo haga. Dame una oportunidad de demostrarte que eres lo que necesito, que eres lo que merezco.

Tuyo desde el amanecer.

Los ojos de Ágata se fueron empañando poco a poco. El corazón de Gustaf le martilleaba el pecho. Se había abierto en canal por aquella mujer que en silencio releía aquellas palabras. Los minutos pasaban lentos y salvo unas lágrimas, Ágata no mostraba reacción alguna. Sin poder esperar más, tomó sus manos y la miró a los ojos avellana que lo enloquecían. Levantó las cejas esperando que entendiera que necesitaba saber su respuesta.

Ágata suspiró cerrando los ojos. Un zumbido se coló en la cabeza de Gustaf, acallando todos los ruidos a su alrededor. La espera lo estaba matando. La chica lo miró, y una sonrisa tímida se dibujó en sus labios. El corazón del carpintero explotó de alegría, su alma se iluminó. Sin poder evitarlo, acunó el rostro de Ágata entre sus manos y la besó.

La besó como si el mundo no importara. La besó apasionado, dulce, temeroso, enamorado. Un beso anhelado, un beso deseado y por encima de todo un beso enamorado. Cuánto deseaba poder gritarle al mundo lo feliz que aquella sonrisa le hacía.

CAPÍTULO 19

Tras casi una semana desde la visita de Gustaf, Ágata había empeorado. Los temblores y los dolores ya no le permitían andar por sí sola, así que dependía a diario de la ayuda de Artur. El hecho de que Gustaf entrase en su dormitorio no le ayudaba mucho. Se ponía muy nerviosa y eso hacía que los músculos se le agarrotaran aún más. Lo único que hacía que todo fuera más llevadero era el hecho de que su estómago estaba bien, por lo que podía comer sin problemas.

—Si quieres, puedo administrarte un relajante muscular. Eso calmaría tus dolores —Ágata negó con la cabeza mientras se terminaba de poner la camiseta. El doctor Praymore guardó el vial de sangre en una pequeña neverita que traía con él. Después abrió la puerta y dejó que Artur y Gustaf entrasen en la habitación.

—¿Puede hacer algo por ella, doctor? —preguntó preocupado el cura. Gustaf, por su parte, tomó las manos de Ágata y depositó un beso tierno en su sien.

—Debería pensar en tomar algún calmante.

—Estoy bien —interrumpió molesta, luego giró el rostro y le sonrió a Gustaf—. No necesito medicación.

—Pero... —trató de replicar el reverendo.

—La mayoría de los pacientes como Ágata, tras un periodo de rehabilitación tan largo suelen negarse a que se les administre calmantes por miedo a...

—Deje los informes en la mesa y márchese ya, doctor —interrumpió Ágata más cortante de lo que pretendía. Gustaf la miró con el ceño fruncido, reprochándole su comportamiento. Pero, al mirar a Artur, atisbó una leve sonrisa de alivio. El doctor Stellan podía hablar más de la cuenta delante de Gustaf y eso la ponía nerviosa—. Lo siento —se disculpó tratando de parecer

arrepentida—, supongo que tendrá pacientes que atender y no quiero robarle más tiempo.

—No se preocupe, me hago cargo de los cambios de humor propios de...

—¿Son estos los informes médicos? —preguntó Artur en un grito agudo abordando al doctor para quitarle la carpetilla roja que éste estaba sacando.

—Sí, estos son. La paciente parece avanzar con rapidez, pronto recibirá el alta —sonrió el doctor mientras se terminaba de colocar la chaqueta acercándose a la puerta—. Por si le interesa, no está de más que sepa que, algunos centros de rehabilitación recomiendan sesiones en balnearios, spa y masajes relajantes para paliar los dolores musculares.

Artur dejó la carpetilla con los informes sobre el escritorio y acompañó al doctor, dejando a la pareja sola en la habitación.

Ágata miró a Gustaf que le sonreía con un brillo de esperanza en los ojos. La cantante levantó una ceja y negó con la cabeza.

—No, Gustaf. No pienso moverme de aquí, así que olvídalo.

El carpintero cambió su expresión por una más pícara para acercarse a ella travieso. Sus labios rozaron su cuello desde la base hasta el lóbulo de la oreja, capturando ésta y jugueteando con ella. Ágata suspiró, agarrándose a la camisa de él y atrayéndolo más. Sentía sus dientes mordisquearle el mentón hasta llegar a su barbilla, su barba le hacía cosquillas y las manos grandes de Gustaf le acariciaban las piernas doloridas.

—¿Sabes que vivo con un cura? —susurró a sus labios antes de que Gustaf volviera a besarla de nuevo.

Señorita Smochllend, Klara ha mejorado mucho, pero aún no se ha recuperado del todo. Sería necesario que siguiera ingresada al menos cuatro meses más. Lamentablemente, el gobierno se niega a pagar el resto del tratamiento de la paciente, porque el sustento que Klara había conseguido sólo cubría un año de ayuda en este centro.

Desde un punto de vista profesional he tratado de convencer a la junta médica para que prorrogue la ayuda destinada a la paciente, pero ha sido imposible. Me temo que estoy en la obligación de darle un alta que será efectivo en dos semanas.

Siento decirle que Klara tendrá que abandonar nuestro centro de rehabilitación a menos que alguien se haga cargo de los costes de su tratamiento.

Atentamente, Robert Dawson.

Ágata volvió a leer por enésima vez la carta que el doctor Stellan le había dejado dentro del expediente médico semanal de Klara. Se llevó una mano a la sien e hizo presión cerrando los ojos durante unos segundos. Llevaba tres días en aquel balneario al que Gustaf la había llevado a rastras, y, a pesar de todos sus cuidados, los masajes, las piscinas termales y las horas que

dedicaba a relajarse en los brazos de aquel hombre, los dolores persistían. Sentía cómo la tensión muscular no desaparecía por muchos ejercicios de relajación que hiciera. Lo peor de todo era que, desde que leyó por primera vez aquella carta, una sensación muy extraña se había alojado en su interior y se negaba a abandonarla. Necesitaba descansar y olvidarse de todos los problemas, pero no estaba segura de cómo hacerlo. Todas las ideas que se le ocurrían sólo conseguirían poner en peligro su situación con Artur en la aldea. Guardó el expediente de Klara en el interior de su maleta para que Gustaf no la encontrara y suspiró.

Se acercó hasta el ventanal del dormitorio del hotel, desde allí podía ver las montañas suecas, un gran fiordo se imponía frente a ella. Aquel balneario era un lugar de ensueño, alojado estratégicamente en la cima de un acantilado, con unas vistas maravillosas para conseguir que los huéspedes se relajaran. Pero Ágata sabía que sólo había una cosa que pudiera calmarla. Sentía el peso del mundo sobre ella. Demasiados problemas, se dijo haciendo una lista mental de todo lo que le quitaba el sueño: en primer lugar, estaba Klara, quien no estaba recuperada y no podía seguir en aquel centro si alguien no pagaba la friolera de doscientos sesenta y cinco mil coronas suecas que costaba su tratamiento. Por otro lado, tenía el problema de Adda, aunque había acordado con Gustaf que no hablarían a nadie de su relación hasta asegurarse que todo les iba bien, se sentía fatal por mentirle a su amiga. La propia relación con Gustaf también la agobiaba, aunque estaba feliz a su lado, una parte de su corazón no sentía que mereciera esa felicidad. Y para colmo de males, los dolores no terminaban de remitir, haciendo que se planteara si la rehabilitación estaba yendo cómo debía o tal vez sólo estaba perdiendo el tiempo dañándose a sí misma. Suspiró.

Las manos de Gustaf sobre sus hombros desde atrás la sacaron de aquellas ideas perturbadoras. Dejó caer la cabeza sobre su pecho y se concentró en el aroma que aquel hombre desprendía. Los labios de Gustaf comenzaron a hacer un camino de besos, desde su hombro derecho hasta el lóbulo de su oreja, mientras, una de sus manos bajaba y se colaba dentro de su albornoz blanco, en busca de su sexo. Ágata gimió al sentir cómo sus dedos traviesos retiraban la tela de su bikini y buscaban excitarla. Sonrió traviesa antes de girarse y encararse al sueco.

—¿Qué te parece si vamos a desayunar?

Por respuesta, Gustaf torció la boca en un gesto que le sacó una sonrisa a Ágata. Tiró de una de sus manos hasta el pequeño sofá que había en la habitación y se sentó a horcajadas sobre él, mirándolo con picardía. Lo besó dulce, atrapando sus labios con los suyos. Las manos del hombre se posaron en sus glúteos y la atrajo hasta él, haciendo que sintiera la erección que escondía. Ágata sonrió con picardía y se separó de él, alargando una mano hasta un cuenco con fruta que había en la mesita auxiliar, a su lado.

Tomó una uva roja entre sus dedos y la mordió con sensualidad, sabedora de lo que provocaba en él. Luego, con una lentitud abrumadora, le acercó el resto de la jugosa fruta hasta sus labios, esperando que Gustaf se sometiera ante su petición. Él aceptó la uva, que devoró ávido mirándola con deseo. Tras eso, lamió la yema de los dedos de Ágata con lujuria. Su respiración se fue transformando en un jadeo a la vez que las manos de Gustaf recorrían su cintura. Suspiró.

Un beso.

Una caricia.

Un gemido ahogado por otro beso más ardiente.

Sin tiempo para reaccionar, Gustaf la obligó a levantarse y le quitó el albornoz, dejándola con las braguitas del bikini y la camiseta de lycra de mangas largas que Ágata usaba para ocultar sus cicatrices. Suspiró de nuevo cuando las manos del carpintero le arrebataron la parte inferior de su traje de baño. Sus labios le regalaban un camino de besos desde el ombligo hasta su monte de venus. La cantante miró al techo y gimió al sentir la lengua de aquel hombre sobre su clítoris.

—¿Nunca tienes suficiente? —preguntó entre jadeos cuando Gustaf la colocó sobre él de nuevo en aquel sofá. Él negó con una sonrisa traviesa y la mirada gris cargada de deseo. Ágata sintió sus grandes manos acunando sus pechos bajo la lycra de su camiseta mientras le mordía el cuello. La cantante se deshacía en sus brazos sin tregua. Aquel hombre sabía excitarla con sólo rozarla y, en cuanto éste se puso un condón, Ágata se dejó caer sobre su miembro, soltando un gemido largo y gutural. Fue Gustaf quien marcó el ritmo de aquella danza húmeda y sensual. Un baile lento y suave al principio, que poco a poco, se fue transformando en otro más salvaje y animal.

Ágata lo mordía y le arañaba la espalda con cada embestida. Gustaf, por su parte, torturaba con dulzura sus pezones haciendo que ella enloqueciera y aumentara la velocidad la fuerza de sus movimientos.

Gustaf le mordió el labio inferior ahogando un gruñido. Ágata sentía que el orgasmo estaba a punto de alcanzarla, de manera que dejó que Gustaf guiara sus caderas, embistiéndola tres veces más antes de que el placer los sometiera a amos. Ágata, al sentir el orgasmo, gimió y se dejó caer lánguida sobre el hombro de Gustaf. Él, por su parte, apoyó la cabeza en el sofá exponiendo a la luz la cicatriz de su cuello.

La cantante le regaló un camino de besos desde un extremo al otro de la vieja marca. Aquella era la herida que ella debía cerrar, mientras que la suya, Gustaf, aún no la conocía.

Sintió entonces el peso de la culpa sobre ella. Se obligó a recomponerse y olvidar ese sentimiento, ya que, si el carpintero se enteraba, a sólo una semana de comenzar su relación, Ágata estaba segura de que se asustaría y la abandonaría. La cantante se decía que no estaba preparada para afrontar algo así.

Tras una ducha y un desayuno rápido compuesto por fruta, café y un par de tostadas, la pareja salió de la habitación, encaminándose hacia la piscina climatizada del hotel.

Fue en la noche, cuando Gustaf se daba el último baño y se preparaba para cenar, que Ágata se quedó sola en la habitación. Se paseó por la estancia sin dejar de mirar de reojo el teléfono que había dejado sobre la mesita de noche. Sentía un extraño pesar en su pecho, las preocupaciones podían con ella desde hacía días, sus dolores no se terminaban de ir, y la culpa la carcomía por dentro.

Dudaba.

Se mordisqueó la yema del pulgar mientras se acercaba lenta hasta la mesita de noche. Oía a Gustaf moverse por el baño, sabía que tardaría un rato porque se estaba afeitando la cabeza, y solía tardar bastante. Suspiró y se sentó en la orilla de la cama con el teléfono entre las manos.

Se debatía con ella misma, sabiendo que aquello era peligroso. Si alguien se daba cuenta de lo que estaba a punto de hacer, todo se iría al traste. Miró de reojo hacia el aseo y asintió. Debía hacerlo, no podía más con aquella presión, con aquellos dolores y aquel estrés que la carcomía.

Necesitaba relajarse, ponerle punto y final a al menos uno de sus problemas, y sólo una persona podría ayudarla. Aunque sabía que no debía llamarlo, Ágata no veía otra salida. Desbloqueó la pantalla de su teléfono, y abrió la agenda de contactos. Hacía mucho que no lo llamaba, justo desde la noche en que Artur la sacó de la espiral de dolor en la que vivía. Negó nerviosa. Duda. Terror. Un acceso de dolor le atravesó la columna. Su respiración se agitó hasta transformarse en un jadeo. Sentía como poco a poco los temblores de las manos se hacían más fuerte. Lo necesitaba. Sabía que aquella era la única salida. Localizó su número y pulsó llamar.

Un tono.

Un jadeo.

—¿Valkiria? ¿La gran Valkiria? —Ágata suspiró.

—Sí, soy yo.

—¡Joder! —sonrió sorprendido aquel hombre al otro lado de la línea—. *¿Dónde te has metido? Hace casi un año que no me llamas, pensé que habías cambiado de camello.*

—Necesito que hagas algo por mí.

CAPÍTULO 20

Ágata se mordisqueaba la uña distraída mientras Adda le hablaba sobre el nuevo vestido en el que estaba trabajando. El teléfono estaba sobre la mesa con la pantalla hacia abajo, a la espera de que Coco la llamara. Hacía una semana que había hablado con él desde la habitación del spa y los nervios le carcomían por dentro. A eso, Ágata sumaba que debía lidiar con la manera en que Adda le hacía ojitos a Gustaf. Aunque los dolores habían remitido un poco, seguía sintiendo cómo el pecho le oprimía, arrancando jirones de su corazón.

—Ágata, ¿estás bien? —La mano suave de Adda le agarró la muñeca y le apartó las uñas de la boca—. Como sigas mordéndote las uñas terminarás por comerte el codo.

Aquel comentario le sacó una sonrisa a la cantante.

—Vamos a comprar regaliz y a dar un paseo por el río.

Durante el paseo por el río, encontraron a Igor y Chrystal muy acaramelados en un banco del camino. Adda sonrió mostrando todos sus dientes y, uniendo las yemas de los dedos delante de su pecho, miró a Ágata. Ésta abrió los ojos entendiendo lo que su amiga pretendía.

—Adda, ¡no! ¡Ni se te ocurra! —la amenazó, pero sabía que ya era tarde. Su amiga soltó una carcajada traviesa y salió corriendo en pos de su hermano. La cantante resopló.

Adda se lanzó sobre la pareja, cayendo en el regazo de ambos, asustándolos.

—¡Sorpresa, tortolitos!

Ágata se carcajeó al oír el grito ridículo que soltó Igor.

—¿Pero, tú eres tonta o qué?! —gritó su hermano para después empujarla y tirarla sobre el césped. Adda reía a carcajadas.

—No te enfades, hermanito. No es para tanto, ¿verdad Chrys?

Ágata se acercó y se sentó al lado de Chrystal que bufó divertida.

Una vez que Igor se recompuso del susto y se quedó tranquilo tras regañar a Adda, que seguía sentada en el suelo mirando al cielo, exasperada, Eric y Gustaf aparecieron por el extremo del camino.

—Buenas tardes, mi bella Julieta —saludó Eric mientras se apretujaba a su lado y la miraba con una sonrisa. Aunque ya le había dicho que no deseaba salir con él, y no le gustaba más que como amigo, el muchacho seguía tratándola con dulzura y galantería.

Gustaf se dejó caer en el árbol que había al lado del banco de madera con los brazos cruzados en el pecho.

—Y, ¿os habéis confabulado todos para venir aquí? —preguntó Igor mirando a todos con el ceño fruncido.

—Vamos, Igor, no seas gruñón —susurró Chrystal dándole una palmadita en la rodilla.

—Eso, luego te la llevas al establo como todas las noches y arreglado —soltó Adda con fingida inocencia. Igor bufó sonrojado.

—Vamos, chicos —Eric se levantó y se puso frente a todos—. ¿A quién le apetece ir a una fiesta la próxima semana?

Adda levantó la mano como si aún siguiera en la escuela y sonrió a Ágata. Ésta le devolvió la sonrisa y miró de reojo a Gustaf, quien le guiñó un ojo.

—Un momento, un momento —Igor se levantó y pidió calma con las manos mirando a Eric—. ¿Fiesta? ¿Tú nos invitas a una fiesta? ¿Dónde está la trampa?

—¿Trampa? No hay ninguna trampa —sonrió Eric y se colocó bien las gafas.

—Pues a mí me parece que sí que la hay —añadió Chrystal mirándolo desconfiada—. Eric, no nos engañas.

El muchacho suspiró mirando al cielo.

—Está bien, necesito monitores para la fiesta de fin de curso. Los profesores no quieren quedarse a controlar a los alumnos porque está fuera de su jornada laboral y ya está todo organizado, de manera que no se puede cancelar.

—¿Ves? —gritó Igor con una sonrisa orgullosa—. Sabía que había trampa. No cuentes conmigo.

—Vamos, chicos. Iréis gratis, sólo tendréis que vigilar que nadie meta alcohol en la fiesta y que no pase nada raro —gimoteó el muchacho. Ágata torció el gesto, aunque sería un riesgo muy alto meterse en aquella fiesta, Eric le daba lástima. Además de eso, el plan le venía perfecto para ver a Coco sin levantar sospechas.

—Yo iré —dijo la cantante con una sonrisa tímida—. Cuenta conmigo.

—Si Ágata se apunta, yo también —sonrió Adda hinchando el pecho.

—Yo también. —Se apuntó Chrys mirando a Igor—. No me mires así. Alguien tiene que controlar a estas dos golfas, ¿no crees?

Eric sonrió y se abrazó a Igor haciendo un mohín.

—Vamos, Igor. Tu hermana y tu novia van a ir. Gustaf también vendrá. Sólo quedas tú y estaremos todos.

Igor bufó agachando los hombros.

—Está bien. Pero recuerda que me debes un favor.

—Claro —respondió resuelto Eric.

—¡Y de los grandes! —agregó Igor.

Aquella noche, mientras Ágata cenaba con Artur y le contaba lo que Eric tenía preparado para sus alumnos, su teléfono sonó. Esto hizo que diera un bote en la silla. Miró la pantalla asustada.

—¿No vas a cogerlo? —le preguntó Artur.

—Sí, sí. Disculpa.

La cantante se retiró hasta su dormitorio. Respondió nada más atravesar el umbral.

—¿Lo tienes? —susurró.

—Claro, preciosa. *¿Es que acaso dudas de Coco?*

—No —suspiró—. Nunca me has fallado.

—*Así me gusta, nena. No te preocupes por nada, mañana todo estará zanjado, lo prometo. ¿Dónde estás?*

—En Långträsk, al norte del país. ¿Puedes venir?

—*Nena, por ti iría al Valhalla y volvería las veces que me lo pidieras. ¿Cuándo podré dártelo?*

Ágata tragó saliva y se acercó a la ventana, retiró la cortina y buscó en la lejanía. La noche revoloteaba sobre la calle oscura, sólo habitada por la luz de una farola al final de la misma.

—El próximo viernes. Te llamaré para decirte el lugar.

—*Perfecto.*

Ágata suspiró tras colgar la llamada. Tomó a Frida, que se paseaba por el escritorio de su dormitorio, y salió con ella entre sus brazos de vuelta a la cocina. Pero al salir, se dio de bruces con Artur.

—¡Padre! Ten cuidado, que nos vamos a caer. —El reverendo carraspeó y trató de recomponerse. Ágata lo miró con el ceño fruncido, sospechosa por la reacción —. Padre Artur,

¿te encuentras bien?

—Eh... sí, sí, esto... —balbuceó mirando a su alrededor—. No me siento bien, creo que me iré a dormir. ¿Tú? ¿Tú estás bien?

Ágata asintió. Tras eso, el reverendo se giró para subir las escaleras, pero antes de subir el primer peldaño se giró de nuevo, mirando con tristeza a los ojos de Ágata.

—Hija, ¿estás segura de que no tienes nada que contarme?

—Estoy bien. Lo prometo.

Artur asintió y la dejó sola en el silencio de la noche. Ágata tragó saliva e ignoró el extraño comportamiento del cura. Fue con Frida hasta la cocina para terminar de recoger los cacharros.

CAPÍTULO 21

Ágata terminó de ponerse el jersey. En pocos minutos llegaría Adda y el resto del grupo para recogerla y asistir a la fiesta de graduación de los alumnos de Eric. Los nervios le arañaban por dentro porque, el local que el instituto había alquilado para la fiesta, estaría lleno de jóvenes que, seguramente, la reconocerían. Sabía que tendría suerte si sólo ponían los éxitos de K.A.M. y nadie recordaba nada de la cantante drogadicta que había desaparecido hacía casi un año.

—Pero no tendré esa suerte, Frida —suspiró mirando a la gallina recostada sobre su almohada.

Se plantó delante del espejo y se miró atenta. Había seguido cogiendo peso, de manera que ya casi tenía el mismo cuerpo que antes de la muerte de Marco. Llevaba unos vaqueros pitillo negros con roturas en las rodillas, un jersey de punto con cuello de cisne negro y manga larga. Se había maquillado más de lo habitual con la intención de despistar a todo el que pudiera reconocerla. Pero sabía que, si en aquella fiesta había algún fan incondicional —de esos que estaban obsesionados con la banda— de nada serviría sus esfuerzos. Suspiró y miró al suelo. Delante de ella había dejado unas *Converse* negras y sus *Christian Loboutin*, también negros. Descartó los últimos casi sin pensar, aquellos zapatos eran sus favoritos, pero nadie en aquel pequeño pueblo llevaría unos iguales y usarlos llamaría la atención.

Una hora y media más tarde, todos estaban en la puerta de la sala. Eric repasaba una serie de documentación que el dueño del local le había entregado. Gustaf paseaba con Igor por el centro del local, haciéndose con el lugar, las salidas, los aseos y todos los lugares donde, según Eric, se podía pasar un buen rato en pareja. Adda y Chrystal charlaban en un lado de la barra. Por su parte, Ágata miraba el vacío pensando cómo podría salir de allí y dar con Coco antes de que nadie reparara en su ausencia.

—Bien chicos. —Eric llamó la atención de todos con un par de palmadas—. Esto va a empezar de un momento a otro. ¿Qué os parece si hacemos parejas y nos repartimos el local?

Ágata torció el gesto, le tocó con quien le tocó sabía tendría problemas para escabullirse. Se llevó una mano a los labios y comenzó a mordisquearse la yema del pulgar.

—¿Y qué parejas propones? —preguntó Igor que miró con picardía a su chica.

—Bien, Igor, tú vas con Adda; Chrystal irá conmigo y Gustaf con Ágata —respondió distraído. Volvió a mirar la carpetilla que llevaba entre las manos.

—¿¡Me has puesto con mi hermana!?

—Yo no quiero ir con Igor —respondió molesta Adda. Tras eso, ambos se cruzaron de brazos y miraron en otras direcciones sacando una sonrisa a todos los presentes.

—Chrys es mi chica, lo lógico es que yo esté con ella —sentenció Igor pasándole una mano por la cintura a la muchacha. Ésta respondió con una sonrisa y un beso tierno.

—Ágata, psss —susurró Adda en su oído—. ¿Podrías ir tú con Eric? Quiero pasar un rato con Gustaf. Los dos solos.

La cantante miró a los ojos a su amiga, que se mordía el labio inferior con timidez y se ruborizaba hasta más no poder. Torció la boca y miró a Gustaf que se reía mientras Eric se mofaba de Igor y su actitud cariñosa hacia su chica. Sin darle muchas vueltas accedió. Aunque la idea de que Adda se quedara a solas con Gustaf no le agradaba, porque sabía que la chica deseaba lanzarse a los brazos del carpintero, sabía que era mucho más fácil zafarse de Eric. Ágata forzó una sonrisa.

—¡Eric! Cambiemos de pareja. Deja que yo vaya contigo —dijo algo tenso. Dicho esto, sintió como Gustaf la miraba desilusionado. Lo ignoró. Aquella noche necesitaba concentrarse en su plan.

—Claro, como quieras —sonrió y luego le guiñó un ojo.

Ágata soltó aire, rendida. La mano pequeña de Adda se agarró su codo mostrando así su agradecimiento.

A las nueve de la noche el local comenzó a animarse. Los alumnos iban llegando por parejas o en grupos pequeños. Algunos le sonreían a su profesor. Otros, se paraban para hacerse fotos y darle las gracias por organizar aquel primer baile de graduación. Muchos de ellos no terminaron el curso cuando les correspondía y agradecían aquel gesto de Eric.

Ágata se disculpó y salió a la calle con su teléfono en la mano. La hora de llamar a Coco había llegado. Al salir, miró a los lados y entró en un callejón estrecho que había entre el local y un viejo taller mecánico. Pulsó llamar.

—¿Valkiria? ¿Dónde estás?

—Estoy en el local de celebraciones *Aurora Boreal*.

—*Bien, he tenido un problemilla y llegaré tarde, ¿nos vemos en la puerta?* —preguntó Coco serio.

—¿Me estás vacilando? Nos vemos... eh... —Ágata salió del callejón y miró a los lados. Estaba en un polígono industrial que no conocía. Vislumbró a lo lejos la luz del cartel de una gasolinera—. Al fondo de la calle hay una gasolinera, nos vemos en los baños.

—*Perfecto, nena. Te llamaré cuando esté allí. Como siempre, ¿vale?*

—Bien —suspiró—. Coco.

—¿Sí, Val?

—Necesito esto, por favor, no me falles.

—Lo sé.

Ágata colgó el teléfono y se quedó mirando la pantalla unos segundos. Sentía un pellizco nervioso en el estómago, mezclado con la culpa y el deseo de serenarse. Aquella noche todo acabaría y ella podría descansar tranquila de una vez. Se quedó pensando en aquel oscuro callejón durante unos minutos más pero, en el momento en que fue a girarse, unas manos grandes la agarraron de la cintura, estampándola contra la pared de ladrillos. El pánico se hizo con el control de su cuerpo dejándola más rígida de lo que acostumbraba a estar, cerró los ojos y ahogó un grito. Su corazón se aceleró y su respiración se paró. Los segundos comenzaron a pasar y al sentir que no sucedía nada, abrió los ojos, encontrándose con la sonrisa pícaro de Gustaf.

—Eres gilipollas —espetó tratando de zafarse. Pero éste no la soltó y en cuanto Ágata se removió, Gustaf acercó sus labios hasta los de ella, robándole un beso apasionado mientras bajaba una mano de su cintura hasta la parte trasera de su vaquero—. Me has asustado —susurró a sus labios. Por respuesta el carpintero le mordisqueó el cuello y metió la mano por dentro de su pantalón.

—Gustaf —gimió—. Vamos. Volvamos dentro. Podrían vernos. —El carpintero accedió a regañadientes pero, antes de salir del callejón, le dio un cachete en el trasero. Ágata dio un saltito y lo miró incrédula—. ¿Me has dado un azote?

Gustaf sonrió con chulería y se llevó un dedo hasta los labios indicándole que guardara silencio.

Ágata entró en el local que estaba más lleno. Sonrió al encontrar a Eric rodeado de alumnos que reían y disfrutaban con él recordando anécdotas de las clases.

La noche se animaba por momentos. La música sonaba alta y Ágata pudo reconocer tres éxitos de K.A.M. Durante las tres canciones, no pudo evitar rememorar recuerdos que le asaltaban a la mente, todos alegres.

Sobre las doce de la noche, comenzó a sonar *Bara dörrar russar in de Håkan Hellström*. Ágata sonrió ante la ironía de la letra de aquella canción al compararla con su vida. *A veces, una mentira es lo más fino que se tiene*, canturreó. Sintió entonces cómo su teléfono comenzó a vibrar en el bolsillo trasero de su vaquero. Miró la pantalla, aunque estaba segura de que era Coco quien llamaba. Tragó saliva y se acercó a Eric que bailaba agarrado a una alumna.

—Eric, necesito salir un momento —le dijo al oído tratando de hacerse oír pero, al fijar sus ojos avellana en los negros de Eric, se dio cuenta de que el profesor que debía vigilar a los alumnos, había olvidado su misión y solo disfrutaba como uno más.

—¿Necesitas que te acompañe? —preguntó aún sin separarse de la chica que tenía entre sus brazos, quien taladraba con la mirada a Ágata. Ésta negó y se dio media vuelta dejándolos solos. De camino a la puerta, Adda la paró.

—¿Dónde vas? —le preguntó. Ágata parpadeó y sintió cómo su teléfono volvía a vibrar en su mano. Miró la puerta de salida con aprehensión mientras Adda le hablaba. Ágata la miró con el ceño fruncido sin prestarle atención. La necesidad urgente de salir de allí era urgente y la música

estaba tan alta que no entendía una sola palabra de la chica—. ¿Crees que debería hacerlo?

Las manos de Adda sobre sus hombros y su mirada preocupada la sacaron del hilo de sus pensamientos, devolviéndola a la realidad. Sin saber qué responder, Ágata se encogió de hombros y dijo lo primero que se le ocurrió.

—Haz lo que te dicte tu corazón. Nunca te equivocarás si sigues sus dictados.

Su amiga le sonrió y asintió, dejándola sola de nuevo. Ágata suspiró y se llevó una mano al arco de la nariz haciendo presión. Por la cabeza solo le rondaba la letra de uno de sus versos favoritos de *Vivir en tus ojos*. La mirada inerte de Marco volvió asaltó sus pensamientos, creando un agujero negro en su pecho y llevándose con él cualquier rastro de alegría que en aquel momento pudiera sentir. Todo terminaría en unos minutos, se dijo.

Ya en la calle, se puso al cuello la pañoleta negra que había cogido al salir de su casa. Aunque no hacía mucho frío, podía tapar parte de su rostro con la prenda. Se metió las manos en los bolsillos y miró para asegurarse de que nadie la seguía. Se pegó a la pared, siempre entre las sombras, sintiéndose de nuevo una delincuente. Se dijo que eso era lo que había sido desde la muerte de Marco. Cogió aire y siguió su camino.

Cuando avanzó lo suficiente sintió un escalofrío extraño. Oía el sonido de un motor de coche que avanzaba lento en su misma dirección y unos pasos seguros detrás de ella. Giró la cabeza y tropezó con una pareja que caminaba detrás de ella. La chica le sonrió pero, en cuanto Ágata quiso seguir su camino, ésta la llamó:

—¡Eh! Disculpa —Ágata frenó en seco, tensa. La pareja se puso a su altura y la mano de la chica la agarró con fuerza por el codo—. No me lo puedo creer, eres Valkiria. Cielo, mira, es la cantante de K.A.M. Te dije que no había muerto, ¿ves? —Ágata parpadeó y se zafó con disimulo de las manos de la muchacha, forzando una sonrisa—. Por favor, ¿puedo hacerme una foto contigo?

La chica sacó el teléfono de su bolso y se lo entregó a su pareja. Éste se alejó unos metros mientras la muchacha la abrazaba y sonreía esperando el clic de la foto.

—¿Qué haces en este pueblo tan triste? —preguntó una vez terminaron de hacerse fotos. Ágata se quedó en blanco mirando a su alrededor unos segundos.

—Yo, bueno, eh... estamos grabando un videoclip. Estaba cansada y he salido a dar un paseo, eso es todo —mintió restregándose el vaquero con las palmas de las manos.

—¿Podrías firmarme un autógrafo? —la joven sacó una agenda roja de su bolso y le tendió un bolígrafo. Ágata asintió mirando de nuevo a su alrededor. Sentía que alguien la seguía y que el ruido del motor del coche no era producto de su imaginación. Le escribió unas palabras y luego firmó.

—Bueno, debo marcharme. Mañana volvemos a Estocolmo —volvió a mentir forzando una sonrisa aún más grande.

—Gracias, sabía que te recuperarías. Todo el mundo decía que las drogas te consumirían como a *Berserker*, pero yo estaba segura de que no. Alguien con tanta pasión como tú no puede dejarse morir de esa manera.

Ágata asintió y esperó hasta que la pareja se alejó lo suficiente. Se quedó meditando aquellas

palabras de aliento. Por raro que le pareciera, Artur tenía razón, había gente que creía en ella y que no la tachaban de drogadicta. Zandeó la cabeza para quitarse aquellos pensamientos que la distraían. Debía concentrarse.

Siguió su camino, siempre por los lados más oscuros de la calle, pero con la misma sensación de ser perseguida. El ruido del motor que avanzaba y paraba la acompañaba. Salió corriendo en cuanto llegó al cruce de la calle y se dirigió a la gasolinera. Viró en la esquina y se dirigió a la parte trasera, donde creía que deberían estar los aseos. Allí lo vio.

Coco estaba apoyado en un viejo *BMW* verde botella, vestía unos *Levi's* lavados a la piedra, una camisa con motivos hawaianos y un abrigo de cuero negro. Sonrió al verla, abriendo los brazos. Ágata se paró y lo miró seria.

—¿Lo tienes?

—Joder, Val. Llevas casi un año sin verme, ¿es que no piensas darme un abrazo? —preguntó el muchacho con el ceño fruncido pero sin perder la sonrisa.

—Coco, lo tienes, ¿sí o no? —Ágata miró a su alrededor. Estaba asustada y deseaba terminar con aquello lo antes posible. El muchacho sacó una bolsa de plástico que contenía lo que parecía ser varios sobres y papeles.

—Sí, aquí tienes. La cuenta está saldada, nena. No nos debemos nada.

Ágata asintió, cogió lo que Coco le ofrecía y lo metió en el bolso con ansiedad. Luego miró al muchacho y suspiró.

—Será mejor que no volvamos a vernos, Bjorn. Nuestro viaje termina aquí —sentenció la cantante con tristeza en su tono de voz. Aquel hombre había sido un buen amigo y le dolía saber que no volvería a verlo más. Éste se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos.

—Nuestros caminos se separan aquí, preciosa. Te voy a extrañar, Val. Pero —Bjorn se separó de ella y le dio un ligero beso en los labios—, si me necesitas, si sucede lo que sea, no dudes en buscarme. Hice una promesa, nena, y siempre estaré cuando me necesites.

—*Skål*, mi guerrero —susurró apartándose de él. Una lágrima rodó por su mejilla.

—*Skål*, mi Valkiria.

Ágata sonrió triste ante aquella muestra de cariño que siempre se habían mostrado. Luego, se quedó mirando cómo Bjorn, al que todos llamaba Coco, desaparecía en aquel destartado *BMW* de su vista para siempre. Aspiró por la nariz y se secó las lágrimas.

La cantante cerró los ojos y elevó el rostro al cielo, dejando que el aire frío le aclarase las ideas. Suspiró de nuevo y se metió las manos en los bolsillos del vaquero. Pero, en el momento en que se giró, los ojos verdes de Artur la atravesaron, dejándola sin respiración y paralizando su corazón.

—¿Ágata? Dime que no, por favor, hija mía, dime que no has tirado por la borda todo tu esfuerzo —le rogó el hombre con lágrimas en los ojos.

CAPÍTULO 22

Artur aparcó la camioneta en la entrada del local de fiestas. Apagó el motor y suspiró. Ágata sacó de su bolso la bolsita de plástico que Bjorn le había entregado sólo unos minutos antes y se la tendió a Artur. Éste sacó los papeles y los apoyó sobre el volante, extendiéndolos. La cantante encendió la lamparita que estaba justo encima del espejo retrovisor para que el anciano pudiera leerlas con facilidad.

—¿Qué significa esto? ¿Quién era ese hombre? —preguntó extrañado clavando sus ojos verdes en los de la cantante.

—Ese hombre que has visto, se llama Bjorn. Fue el primer batería de K.A.M., tocaba con nosotros antes de saltar a la fama. Se metió en temas de drogas. Siempre terminaba en peleas y nos buscaba conflictos con otras bandas cuando dábamos conciertos en locales, así que Ray, cuando nos descubrió, lo expulsó del grupo.

—De eso hace muchos años, ¿qué hacía aquí?

Ágata se humedeció los labios y sacó su armónica, con la que comenzó a jugar, mientras seguía hablando.

—Bjorn era una parte importante de nuestra vida y no podíamos darle de lado. Nos ayudó mucho a Marco y a mí cuando llegamos a Suecia. Así que le pagábamos sus deudas, lo sacábamos de la cárcel... pero de nada servía. Bjorn siempre reincidía una y otra vez.

—¿Es drogadicto?

Ágata sonrió.

—Eso es lo más gracioso. Bjorn nunca se ha metido nada en el cuerpo. Hace negocios, compraventa de drogas, apuestas en peleas, ese tipo de cosas, pero jamás se ha drogado. —Ágata hizo una pausa y siguió jugando con la armónica—. Con el tiempo, Bjorn descubrió que acompañarnos a las fiestas y locales de moda lo ayudaban a hacer negocio. Vendía toda aquella mierda a cantantes, modelos, artistas de la televisión y de la radio, sacando más y mayores beneficios que sólo unas cuantas coronas para sobrevivir sin tener que trabajar. Aunque ya no era el batería de K.A.M. disfrutaba con nosotros como si lo fuera, consiguiendo incluso más dinero que el grupo. Todo parecía estar controlado. Nosotros nos dedicábamos a nuestra música y él a sus negocios, cada uno por su lado pero sin dejar de vernos. Hasta que un día la cosa cambió.

—¿Qué sucedió?

Ágata se mordisqueó el labio inferior y apretó con tanta fuerza la armónica que los nudillos se le pusieron blancos.

—Marco comenzó a drogarse. Viendo que no quería salir de aquello y, para asegurarse de que lo que consumía no era cualquier mierda adulterada, Bjorn se ofreció a ser su camello privado. Heroína de la mejor calidad y sin adulterar, directa a las manos de Marco. Aquello nos jodió la vida.

—¿Qué clase de amigo hace algo así? —preguntó con el ceño fruncido y con una nota de enfado en su voz.

Ágata se encogió de hombros y suspiró. Una lágrima rodó por su mejilla hasta morir en el cuello de su jersey.

—No lo sé, padre. Pero no toda la culpa es de Bjorn. Yo también participé en todo aquello.

La mano vieja y arrugada del reverendo la asió por el cuello, atrayéndola hacia él y arropándola en un abrazo.

—No, pequeña, tú no hiciste nada —le susurró. Aquella sentencia enfadó a la cantante, que se deshizo del abrazo del cura y gritó impulsada por la rabia y el llanto.

—¡Ese es el problema, padre! ¡Que no hice nada! —aspiró con fuerza y miró de nuevo la armónica—. Marco se estaba matando, Bjorn lo estaba ayudando y yo no hice nada. Sólo miraba para otro lado; cerraba los ojos esperando que aquello se solucionara. No moví un solo dedo por sacarlo de ese infierno en el que se había metido. ¿Es que no lo ve? Tengo tanta culpa como Bjorn. No soy mejor que él.

El reverendo desvió los ojos hacia la documentación que tenía y suspiró. Ágata se serenó y continuó hablando:

—Tras la muerte de Marco, me sentía fatal y una noche, lo llamé. Le dije que necesitaba relajarme. Trató de convencerme que aquella no era la solución, que no siguiera los pasos de Marco. Pero le dije que, si no me lo traía él, otro lo haría —Ágata tragó con dificultad—. Así que se convirtió también en mi benefactor.

—Lo que no comprendo —la interrumpió Artur mirándola confundido—, es qué tiene que ver todo lo que me cuentas con esto que estoy viendo. ¿Qué se supone que es todo esto?

—Lo que tiene entre sus manos, padre, es la documentación que confirma que Klara seguirá la recuperación en el centro de rehabilitación privado de Estocolmo. Bjorn me debía un favor, —sonrió—. Ha pagado el tratamiento de Klara de manera anónima y saldado la deuda que tenía conmigo.

—Pero, no lo comprendo, si querías hacerte cargo del tratamiento de Klara, ¿por qué has recurrido a este muchacho? —preguntó sin comprender.

—Por varias razones: una de ellas es que Ray, mi representante, es también mi administrador. Si muevo tanto dinero de mis cuentas, sabrá al instante dónde estoy, y no quiero que lo sepa. Al menos, no de momento. Y la segunda razón es que quiero dar carpetazo a mi pasado. Bjorn formaba parte de una de las partes más oscuras de mi vida, pero también de una de las más felices de ella. No podía olvidarlo así como así.

Ágata buscó la mirada verde de Artur y en sus ojos encontró comprensión y cariño. El hombre volvió a abrazarla con ternura.

—Estoy orgulloso de ti, pequeña. Muy orgulloso —le susurró al oído, haciendo con sus palabras que la alegría iluminara el corazón cansado de Ágata.

—Sé que no es la mejor manera y que debí habértelo contado. Pero necesitaba hacerlo sola. Necesitaba decirle adiós a Bjorn y a esa parte de Marco que deseo olvidar. Siento haberte preocupado.

Ambos se quedaron en silencio unos minutos, pero entonces, el sonido de un golpe en el techo

del coche los asustó. La cara de Eric se apoyó contra el cristal del piloto y una sonrisa embriagada se dibujó en sus labios.

—¡Padre Artur! —exclamó a la vez que abría la puerta y levantaba un botellín de cerveza a medio vaciar—. ¿Ha venido a disfrutar con nosotros?

Ágata bufó divertida.

—Será mejor que me marche con ellos, ¿quieres quedarte y tomar algo, padre? —preguntó guardando las cartas en el bolso así como su armónica.

—No, pequeña, es tarde —se excusó, luego sacó medio cuerpo del coche para agarrar la puerta y cerrarla—. Y tú, Eric, espero que vengas el domingo a misa y te confieses.

—¡Descuide, padre! Me confesaré porque le aseguro que esta noche he pecado de lo lindo —dijo mientras hacía el gesto de brindar con el botellín de cerveza.

Ágata se colocó a su lado y le pasó una mano por la cintura, haciendo que éste dejase caer todo su peso en ella.

—Vamos, volvamos adentro —susurró dulce con una sonrisa. Con la mano libre se despidió de Artur —¿No se supone que tienes que vigilar a tus alumnos?

—Sí, bueno... —Eric arrastraba las palabras tanto como arrastraba los pies—. ¿Quieres que te cuente un secreto? —susurró entre risas.

—Adelante —respondió y lo ayudó a apoyarse en la pared del local, justo al lado de la entrada.

—Me he liado con una de mis alumnas —susurró encogiéndose de hombros, luego se abrazó a Ágata y siseó—. Pero no puedes contarlo. Si la junta escolar se entera, me despedirán.

Ágata frunció el ceño. No creía lo que Eric le estaba contando.

—Eric, estás muy borracho, no sabes lo que dices. Será mejor que entres y descanses —dijo para quitarle el botellín de cerveza—. Y dame esto, ya has bebido suficiente.

Tras aquello, entraron en el local. Estaba vacío y no había música. Igor y Gustaf estaban sentados a un lado de la barra serios, casi enfadados. Ágata se acercó arrastrando a Eric tras de sí. Lo sentó en un taburete y tras asegurarse de que no se caería, miró a Igor y a Gustaf.

—¿Dónde están Chrys y Adda? —preguntó buscando por la sala. Los dos muchachos se miraron serios.

—Se han marchado, te estábamos esperando —dijo Igor.

Ágata levantó una ceja y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué me estoy perdiendo? ¿Ha pasado algo?

La cantante alternó la mirada entre ambos hombres. Igor estaba serio, y Gustaf parecía cansado. Aquello no le daba buena espina.

—Será mejor que nos marchemos a casa. Es tarde —sentenció Igor bajándose de su taburete y ayudando a Eric a bajarse del suyo. Ágata se encogió de hombros y los siguió. Para ella había sido una noche muy agitada y necesitaba descansar. Aunque tenía una sensación extraña, se dijo

que ya buscaría respuestas por la mañana.

CAPÍTULO 23

Ágata abrió los ojos y sonrió al descubrir el rostro dormido de Gustaf. Apoyó la cabeza en su pecho desnudo y paseó la yema de los dedos por el vello castaño de sus pectorales. Suspiró al recordar que esa noche, tras dejar en su casa a Eric, el carpintero se coló por la ventana de su dormitorio sólo unos minutos después de entrar ella. Aunque él había intentado desnudarla, Ágata no se lo había permitido, consiguiendo que la dejara dormir. Sabía bien lo que una noche sin descanso le ocasionaba a sus doloridas articulaciones.

Los latidos del corazón de Gustaf, acompasados con su respirar tranquilo, la relajaron hasta hasta dejarla entrar un estado de duermevela. Debía estar atenta a los sonidos de la casa, porque aunque, Artur no se metería nunca en su recién nacida relación, no quería incomodarlo. En el momento en el que empezaba a quedarse dormida, unos golpes en la puerta de su dormitorio, la hicieron dar un bote en la cama. Gustaf se incorporó a la vez, asustado.

—¿Ágata? ¿Estás despierta? —La voz de Artur sonaba al otro lado del umbral.

—¡No! ¡Digo, sí! —gritó asustada. Se llevó un dedo a los labios para indicarle a Gustaf que se mantuviera en silencio. Por respuesta, este puso los ojos en blanco y se dejó caer sobre la almohada con un suspiro. Ágata se dio cuenta de lo ridículo de su petición—. Quiero decir que, estoy despierta, pero... ¡estoy desnuda! —Mintió. Gustaf parpadeó y le regaló una mirada lobuna mientras la agarraba sugerente por la cintura. Ágata le golpeó en un hombro y se zafó de su agarre, levantándose de la cama—. Ni se te ocurra —le susurró seria.

—¿Qué haces desnuda? —preguntó incrédulo el cura al otro lado de la puerta—. Bueno, da igual, Adda está aquí, ¿le digo que entre y te ayude a vestirte?

—¡No! —soltó en un grito agudo—. Ahora salgo.

Ágata comenzó a buscar la ropa de Gustaf que había dejado tirada por la habitación haciéndola un ovillo entre sus manos. Lo miró asustada.

—¿Qué hacemos? —susurró. Gustaf miró a todos lados sin saber qué hacer.

—Ágata, soy Adda, voy a entrar —avisó desde el otro lado de la puerta.

El pomo de la puerta se giró y, sin pensarlo, Ágata se lanzó contra la puerta, cerrándola.

—¡Escóndete! —susurró a Gustaf mientras empujaba con fuerza. Éste miró a los lados y se encogió de hombros—. Bajo la cama, ¡idiota!

Gustaf la obedeció y se metió bajo la cama con la ropa hecha un ovillo, no sin antes golpearse en la cabeza. Ágata miró al techo exasperada y luego rezó en silencio.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no me dejas entrar? —se quejó Adda. Ágata cogió aire y se alejó de la puerta, haciendo que su amiga tropezara al entrar.

—Buenos días —saludó Ágata con una sonrisa tensa.

—Hola —respondió Adda haciendo un mohín.

—¿Qué haces aquí? Es muy temprano, ¿no tienes que trabajar?

—Sí, hoy tengo una prueba de un vestido —respondió Adda agachando la cabeza—, pero quería hablar contigo antes de irme. Anoche hice el mayor de los ridículos. Soy una estúpida.

Ágata la obligó a sentarse en la orilla de la cama y la acunó entre sus brazos.

—No eres una estúpida. Vamos, cuéntame, ¿qué ha pasado?

Adda aspiró, tratando de evitar el llanto. Pero, en cuanto Ágata la miró, supo que no tardaría mucho en ponerse a llorar. La acunó de nuevo y esperó paciente.

—Pues, anoche, yo... con Gustaf... Me lancé. Seguí los dictados de mi corazón y lo besé.

—¿¡Qué hiciste qué!? —Ágata abrió los ojos y sintió un pellizco en el estómago.

—Besé a Gustaf. Soy una estúpida. —Adda se levantó llevándose con ella una de las almohadas y tapándose el rostro con ella—. No sabes la vergüenza que pasé. Pero, sólo seguí el consejo—lloriqueó mirando a Ágata.

—Está claro que el que te lo dijo se equivocó —respondió entre dientes con un tono burlón. Adda se quitó la almohada de la cara y la miró con una ceja en alto.

—Fue tu consejo.

—¿Yo? —preguntó Ágata señalándose al pecho con un dedo sorprendida.

—Sí. Tú. ¿No te acuerdas? En la pista de baile. No sé a dónde ibas. Te paré y te pregunté qué debía hacer y me dijiste que siguiera los dictados de mi corazón, que así nunca me equivocaría —gimoteó Adda.

Ágata se llevó dos dedos al arco de la nariz, sintiéndose estúpida. Estaba tan preocupada por su encuentro con Bjorn que no había prestado atención a lo que le decía su amiga.

—Menuda amiga estoy hecha —ironizó mirando a los ojos a Adda. Tras ver que la chica la miraba extrañada, Ágata chasqueó la lengua y la invitó a sentarse de nuevo a su lado. Adda obedeció abrazándose a su almohada.

—¿Qué voy a hacer? Estoy enamorada de él, y... —unos pequeños espasmos le indicaron a Ágata que su amiga rompería a llorar—. Me dijo que estaba enamorado de otra chica.

—¿Te dijo? —preguntó burlona, sacándole una sonrisa a su amiga.

—Bueno, me lo escribió en una servilleta de papel.

—¿En una servilleta? Qué cutre —se burló Ágata consiguiendo que Adda sonriera. Pero, tal y como aquella sonrisa se dibujó en sus labios, se esfumó, haciendo que ésta se dejara caer de espaldas sobre la cama.

—¿Por qué se me ocurriría besarlo? —preguntó Adda mirando al techo.

—Tranquila, todos cometemos locuras cuando estamos enamorados. Si yo te contara —se mofó Ágata.

—Pues cuéntame. No creo que sea peor que lo mío —resopló.

—¿Eso crees? Mmm... ¿Por dónde podía empezar?—Ágata se acarició la barbilla pensando—. Mira, a los dieciocho años me largué de mi casa con un chelo y una maleta a medio llenar. Sólo porque me enamoré de un chico. Tres días más tarde me casé con él en una capilla a medio camino de Munich. Después de eso, mal vendí mi violonchelo para regalarle la vieja guitarra que ves allí en nuestro primer aniversario de bodas —dijo señalando la guitarra que aún guardaba en su funda de cuero apoyada contra la pared—. Viví tres años en Alemania mendigando y tocando en bares de mala muerte, siempre siguiendo a Marco y su sueño de vivir como un bohemio; luego nos trasladamos a Estocolmo. Y no creas que la cosa mejoró mucho, compartimos piso con dos tipos que me daban repelús y... Bueno, unos años más tarde mi matrimonio se fue al garete.

—Un momento, ¿puedes dar marcha atrás? —preguntó Adda incrédula y mirándola con los ojos abiertos—. ¿Estás casada?

—Lo estuve, sí. —Ágata se levantó y se acercó al pequeño aparador que tenía bajo la ventana. Se quitó el valknut que colgaba de su cuello y lo encajó en la ranura de su joyero de plata. Cogió aire antes de abrir la tapa y sacar de allí aquel recuerdo, feliz y aterrador a partes iguales. Rebuscó con cuidado hasta dar con una fotografía ajada. Cerró el joyero. Se acercó hasta Adda mirando con nostalgia la imagen, rememorando aquel momento una vez más.

—Mira —dijo teniéndosela antes de tumbarse de nuevo a su lado.

—¿Ésta eres tú? —Ágata sonrió y asintió, desviando de nuevo la vista hacia la imagen—. Qué guapa.

—Este es Marco —respondió señalando al muchacho moreno que la besaba abrazado a ella—. Era el día de mi boda —agregó. Una lágrima cayó por su mejilla.

—No sabía que estabas casada.

—Casi nadie lo sabe. Los únicos asistentes a mi boda fueron el cura que nos casó, una viuda y un mendigo, que hicieron de testigos. Fue la boda más triste del mundo, pero para mí, fue el día más feliz de mi vida. —Ágata sonrió al recordar los besos dulces de Marco, sus manos suaves ciñéndola a su cuerpo en un abrazo cariñoso.

—Cuéntame, ¿cómo lo conociste?

—Lo conocí cuando vivía en Trento. Era dos años mayor que yo y estaba terminado el último curso del conservatorio. Tocaba el piano y yo el chelo. Nos agruparon a los mejores de cada instrumento para dar un recital en Florencia.

—¿Estabas muy enamorada?

—Como una idiota —sonrió Ágata cogiendo la foto y repasando el rostro de Marco con la yema de los dedos—. Aún recuerdo su manera de tocar el piano. Acariciaba las teclas con suavidad, con ternura. Movía el cuerpo al mismo ritmo de la música haciendo que el mundo se parase. A veces, cuando toco el piano, puedo sentir su aliento sobre mis labios, la suavidad de sus manos sobre las mías guiándome. Su voz ronca y dulce cantándome al oído.

—¿Qué le pasó a tu matrimonio?

—Pues... Supongo que nos casamos jóvenes. Enamorados, eso sí, pero jóvenes, al fin y al

cabo. Cometimos la mayor locura de nuestra vida y, con los años, cada uno fue buscando su propio camino. Lo dejábamos y volvíamos, una y otra y otra vez, hasta que yo conocí a Willian y Marco... —Ágata suspiró triste mirando la foto—. Bueno, Marco dejó de ser Marco.

—¿Dónde está ahora? —preguntó curiosa.

—Murió.

—Lo siento —Ágata trató de sonreír, pero un dolor lacerante le apuñaló el corazón al recordar la visión de Marco en aquel salón—. ¿Te arrepientes de alguna de esas locuras?

—Por muy raro que te parezca, no me arrepiento de nada, salvo de haber vendido mi chelo. —Ágata suspiró mirando triste la guitarra que estaba guardada en su funda—. Cuando me deshice de él, no volví a tocarlo nunca más.

—¿Te volviste a enamorar? —preguntó Adda mirando de nuevo la fotografía.

—Es algo difícil de explicar, —respondió con una sonrisa triste—. Muchos hombres me han hecho la cama, incluso, alguna que otra mujer —Ágata se carcajeó sacándole una sonrisa a su amiga—. Pero, hasta ahora, sólo Marco me ha desnudado—. La cantante se levantó de la cama y dejó la foto sobre la cajita de plata—. Pero, que yo no volviera a enamorarme, no significa que tú no lo hagas. Como ves, todos hemos cometido locuras estando enamorados, ahora lo que tienes que hacer es aprender de ellas. Tal vez te cueste, Adda, pero olvidarás a Gustaf y conocerás a otra persona que te desnude el alma.

—¿Crees que tú conocerás a alguien que te desnude de nuevo? —preguntó la chica mientras Ágata la guiaba hasta la puerta del dormitorio.

—No lo sé.

Ambas salieron en silencio del dormitorio en dirección a la entrada de la casa.

—Gracias, Ágata. Eres una buena amiga. Trataré de olvidarlo, al fin y al cabo, se ha enamorado de otra. Contra eso, no puedo hacer nada.

Tras despedirse, Ágata volvió al dormitorio, encontrando a Gustaf con los vaqueros puestos y la camisa a medio abotonar. En sus manos tenía la vieja fotografía que ella había sacado. Ágata se humedeció los labios y lo miró con tristeza, esbozando una sonrisa cansada. Éste le tendió la foto y clavó su mirada gris en los ojos avellana de ella. Los dedos suaves de Gustaf le acariciaron el rostro, haciendo que Ágata cerrara los ojos y se recreara en aquella caricia. Lo miró al cabo de unos instantes atrapando su mano con las suyas y besándolo en la palma.

—Marco fue el primer hombre en mi vida y nadie podrá sustituirlo. Pero, aunque no será fácil, quiero que seas tú quien me desnude de nuevo, Gustaf.

CAPÍTULO 24

¡Hola! ¿Cómo estás?

Siento no haberte escrito estos últimos días, pero me daba mucha vergüenza y no quería preocuparte. Pero ahora que todo ha salido bien, puedo contártelo. La ayuda del gobierno se terminó y se supone que debía marcharme del centro, pero alguien ha donado de forma anónima el dinero de mi tratamiento y ¡podré terminarlo aquí! No sabes lo feliz que estoy. Me estoy esforzando, Val, lo juro. Es la primera vez que siento que lo voy a conseguir.

Sé que lo hago en todas mis cartas pero quería darte de nuevo las gracias por confiar en mí. No voy a defraudarte, lo prometo.

Bien, y ahora vamos a pasar a los cotilleos. ¿Sabes a quién encontraron el otro día dándose el lote en el armario de la enfermería?...

Ágata le dio un sorbo al café mientras leía el resto de la carta que había recibido de Klara. Cerró los ojos al sentir el sol cálido sobre su piel y la brisa mañanera acariciarle las mejillas. Desde que se había despedido de Bjorn y había arreglado el tema del tratamiento de Klara, se sentía más tranquila y feliz con ella misma, aunque lamentaba haber preocupado a Artur.

Unas manos suaves se posaron sobre sus hombros desde atrás, haciendo que, sin pensar, posara sus labios en el dorso de una de ellas y luego apoyara su mejilla. Llevaba dos días sin ver a Gustaf y lo extrañaba.

—Pues sí que estás cariñosa hoy, ¿no? —La voz jocosa de Eric la sacó de sus pensamientos haciendo que diera un salto en su asiento. Tras sentarse éste a su lado, Ágata desvió la mirada hasta su regazo y se tapó el rostro avergonzada—. ¿Quién creías que era?

Ágata no respondió y, tras unos segundos en los que sentía la mirada divertida de Eric sobre ella, tomó aire para recuperar la compostura.

—¿Quieres algo, Eric? —preguntó tratando de parecer serena.

—Sí, otro beso, pero esta vez dame uno de verdad —se mofó acercándose a ella y poniendo morritos. Ágata le golpeó en un hombro y se carcajeó.

—No seas tonto. Vamos, desayuna conmigo.

—Ya he desayunado —respondió Eric acomodándose en su asiento y fijando la vista en el montón de papeles que Ágata tenía en la mesa. La cantante los comenzó a recoger incómoda—. Quería preguntarte algo.

—Lo que sea menos consejos románticos. Te aseguro que soy un desastre en ese aspecto —respondió.

—¿Qué? No. De eso voy servido, bella Julieta. Te quería preguntar si nos ayudarás con el cumpleaños de Gustaf.

Ágata parpadeó y acto seguido le dio un sorbo a su taza de café. Aunque llevaba unas semanas saliendo con el carpintero en secreto, no le había preguntado por su cumpleaños. Torció la boca al percatarse de que apenas sabía gran cosa sobre él.

—¿Cuándo es?

—El catorce de este mes —respondió encogiéndose de hombros. Ágata resopló.

—¡Eso es dentro de una semana! —exclamó casi en un grito de exasperación.

—Tranquila, aún tenemos tiempo. El problema es que Gustaf odia celebrar su cumpleaños y siempre que lo hemos intentado termina desapareciendo de su propia fiesta.

—¿Por qué no le gusta celebrar su cumpleaños? —preguntó curiosa. Eric se encogió de hombros.

—Yo que sé, se estará haciendo mayor —respondió antes de humedecerse los labios. Luego se acercó más a Ágata y miró por encima de su hombro unos segundos—. Escúchame, este año queremos llevarlo a una discoteca y darle la sorpresa allí, pero necesitamos que alguien lo convenza. ¿Podrías hacerlo tú? A nosotros nos verá venir de lejos. Si se lo pides tú seguro que viene.

Ágata asintió, pero luego frunció el ceño.

—Pero, ¿qué se supone que voy a decirle?

Eric se encogió de hombros y se levantó raudo.

—Eso es cosa tuya, yo tengo que irme —dijo guiñándole un ojo para, luego, dejarla sola. Ágata lo siguió con la mirada unos segundos.

Una vez que Eric desapareció calle abajo, los ojos de Ágata se pararon en Ingrid que se acercaba a ella con una sonrisa enorme y una bolsa de esparto llena de fruta y verduras.

—Buenos días, niña —saludó dejándose caer en la silla frente a ella y abanicándose con una mano—. Qué mañanita llevo. Todo el día de arriba a abajo.

En ese momento, Elías se acercó hasta ella con una taza enorme.

—Buenos días, señora Tystnad. Su té.

—Gracias, Elías —respondió desviando la mirada, azorada. El panadero sonrió y tras regalarle un ademán de cabeza a Ágata, dejó a las mujeres solas.

—¿Qué ha sido eso, Ingrid? —preguntó Ágata con una sonrisa traviesa.

—¿El qué?

—Pues, ese gracias tan seco. La última vez que desayunamos aquí fue más simpática con Elías y hoy sólo le ha dado las gracias.

La mujer carraspeó y comenzó a beberse el té cogiendo la taza con las dos manos y desviando la mirada. Ágata esperó paciente.

—Tengo toda la mañana, Ingrid —resopló cruzándose de brazos.

—¿Y qué quieres que le diga? Me ha traído un té y yo le he dado las gracias.

—¿De verdad usted cree que soy idiota? —preguntó con una ceja en alto—. Ingrid, vamos a poner las cartas sobre la mesa, ¿de acuerdo? —Ingrid inclinó la cabeza mirándola con curiosidad—. A usted le gusta Elías, y Elías está loquito por sus huesos, si no, ¿por qué narices iba a aparecer siempre con un té y un dulce sin que usted diga ni media palabra? Siempre le sonrío y le dice cosas bonitas, y usted se sonroja y se pone nerviosa como una niña. No puede esconderlo y él tampoco, así que lo mejor es que tiren los dados y jueguen de una vez.

— ¿Qué cartas ni que dados? ¿Pero de qué juego me hablas?

—Ingrid, es una metáfora —respondió Ágata mirando al cielo—. Lo que estoy diciendo es que salga con él, tomen un café, paseen y hablen de sus cosas. Ambos lo están deseando.

—Está bien —respondió Ingrid suspirando sonoramente—. Supongamos que me gusta Elías...

—Venga, Ingrid, no me vacile. Diga las cosas como son —soltó con chulería.

—Vale. Me gusta Elías —susurró la mujer tapándose la boca y ocultando una sonrisa.

—Eso está mejor —sentenció Ágata sonriendo orgullosa de lo que ella consideraba un avance en sus planes de unir a esa pareja.

—Y, ¿ahora qué? Para empezar, las mujeres no nos declaramos —Ágata resopló dejándose caer en la silla y puso los ojos en blanco—. Y segundo, en el caso de que lo hiciera, ¿qué diría el pueblo entero? Soy una señora mayor, no tengo edad de que me cortejen.

—¿Pero en qué siglo vive usted? —Ágata la miraba con los ojos abiertos sin creerse lo que estaba escuchando—. Ingrid, estamos en el siglo veintiuno. Las mujeres se declaran de la misma manera que lo hacen los hombres, y eso del cortejo, déjelo para las cabras. Ahora se dice ligar.

—¿Ligar?

—Sí, Ingrid, sí. Ligar, y eso es lo que usted va a hacer. Se va a ligar a Elías y yo pienso ayudarla —sonrió Ágata orgullosa. Y, sin darle tiempo de reacción a la mujer, levantó un brazo y llamó a Elías que llegó a su lado veloz.

—¿Sí? ¿Quieren otra cosa? —preguntó el hombre desviando la mirada hacia Ingrid—. ¿El té no está a su gusto, señora Tystnad?

—Oh, claro que está a su gusto —respondió Ágata con una sonrisa traviesa evitando que la mujer respondiera y atrayendo la mirada de Elías—. Verá, Elías. ¿Se acuerda usted de la fiesta benéfica de este sábado? ¿Esa en la que vamos a vender chocolate caliente después de la misa para recaudar fondos para el orfanato?

—Sí, claro que lo recuerdo. Ya está todo listo, el domingo a las nueve cuando llegues empezaremos a prepararlo —respondió el hombre descolocado por el comentario de Ágata.

—Verás, Ingrid, quiero decir, la señora Tystnad se estaba ofreciendo para ayudarnos en la cocina este domingo, le he dicho que sí, espero que no le importe tener a alguien más entre sus fogones.

En ese momento, Ágata se percató de la enorme sonrisa que comenzaba a lucir en los labios del pastelero, y en cómo sus ojos brillaban de alegría.

—Claro, por supuesto. Será un placer teneros a las dos en mi cocina —respondió el hombre mirando a Ingrid.

—Bien, me alegro que no le importe, Elías, porque la verdad es que... yo no podré ayudarle. Este domingo me es imposible, así que tendrán ustedes que apañarse sin mí.

Ágata sintió un fuerte golpe en la espinilla mientras la señora Tystnad. Esta estaba roja por la vergüenza y el engaño. Aquello le sacó una sonrisa a la cantante a la vez que se agachaba para masajearse la pierna.

—Siento mucho que no puedas venir, Ágata.

—¡Oh! No lo sienta, Elías. Además, creo que se lo pasarán mejor sin mí —soltó con fingida inocencia. Tras aquello, el panadero asintió y volvió a sus quehaceres dejando a las dos mujeres solas.

—Pero, ¿por qué has hecho eso? —preguntó incrédula Ingrid con los ojos abiertos y completamente roja. Ágata sonrió mordaz y se encogió de hombros—. ¿Qué dirá mi hijo?

—No creo que Gustaf tenga mucho que decir —sonrió traviesa guiñándole un ojo a Ingrid. Ésta terminó por sonreír. Ágata se levantó de la silla, cogió la bolsa que traía la mujer y le tendió una mano—. Vamos, tenemos que decidir qué va a ponerse este domingo.

Ágata acompañó a Ingrid hasta su casa y ésta la hizo pasar, enseñándole la pequeña casa en la que vivía sola.

—Creía que vivía usted con su hijo —dijo cogiendo una fotografía en la que se podía ver a Gustaf con apenas catorce o quince años al lado de un hombre un poco más alto que él, entre los dos sostenían un enorme pez que mostraban con orgullo.

—No, cuando mi hijo volvió de Francia, arregló el taller de su padre y se hizo ese apartamento. Ya me gustaría tener de nuevo en casa a mi pequeño, pero... —Suspiró—. Lleva tantos años viviendo solo, que siempre terminamos discutiendo, además, no me gustaba que trajera chicas a casa. Cada sábado una diferente.

—¿En serio? —preguntó divertida Ágata.

—Sí, niña, sí. Mi hijo es todo un don Juan. Puede que no tenga el don de la palabra —sonrió divertida—. Pero como ya te he dicho, es hijo de su padre y tiene...

—Déjelo Ingrid, no es necesario que siga hablando. —Se sonrojó Ágata, al percatarse de los pensamientos turbios que la volvían a acosar.

—Bueno, y tú y el pánfilo de Eric, ¿qué? Porque a mis oídos llegaron ciertos rumores.

Ágata sintió un pellizco en el estómago y un nudo formarse en su garganta. Tragó saliva con dificultad.

—¿Qué-qué rumores? —tartamudeó.

—Pues, al parecer, el muchacho terminó como una cuba y tuviste que volver sola a tu casa en mitad de la noche —Ágata dejó caer los hombros y soltó todo el aire que tenía en los pulmones—. Si ya sabía yo que ese gandul sólo te haría pasar vergüenza. Hija, ¿por qué no quieres salir con mi hijo? Es un buen muchacho y te aseguro que lo último que haría en la noche sería dejarte sola.

Ágata sonrió y negó con la cabeza. Se mordisqueó una uña y desvió la mirada hacia la foto que había dejado en la estantería.

En ese momento, el carpintero entró por la puerta del salón sorprendiendo a las dos mujeres. Ingrid se acercó a él con una sonrisa y lo obligó a agacharse para darle un beso, Ágata por su parte, le regaló una sonrisa tímida en cuanto éste le guiñó un ojo travieso.

—Bueno, Ingrid, será mejor que me marche ya —se disculpó Ágata pasando muy cerca de

Gustaf perdiéndose en su mirada gris.

—Pero, ¿no ibas a ayudarme a elegir algo de ropa? —preguntó confusa encogiéndose de hombros.

—Eh... —balbuceó—. Le prometo que me pasaré a ayudarla antes del domingo, ahora se me hace tarde —Ágata miró la pantalla de su teléfono y luego volvió a centrar su mirada en Gustaf, con la esperanza de que entendiera sus segundas intenciones—. He quedado en media hora para dar un paseo por el río y no quiero llegar tarde.

En ese momento, Gustaf le hizo un par de señas a su madre que resopló exasperada.

—¿Tú también vas a marcharte? ¿Es que hoy nadie quiere quedarse a hacerme compañía? —se quejó a la par que se marchaba, dejando sola a la pareja que se sonreía traviesa a sus espaldas.

CAPÍTULO 25

Ágata sonreía apoyada en la encimera de la cocina del centro comunitario observando cómo Ingrid se anudaba el delantal. Ésta se había arreglado mucho esa mañana para pasar el rato con el pastelero. La mujer llevaba una camisa rosa palo y una preciosa falda de paño marrón, a juego con unos zapatos que la cantante sabía que terminarían por destrozarle los pies a la mujer.

La chica miró la pantalla de su teléfono una vez más mientras golpeaba con las uñas la encimera de mármol.

—Ágata, cómo sigas así le vas a hacer un boquete a la encimera, anda, ponte un delantal y ayúdanos.

La cantante sonrió con malicia a Ingrid antes de guiñarle un ojo.

—Elías —ronroneó llamando la atención del pastelero—. ¿Ha visto lo guapa que se ha puesto Ingrid esta mañana?

El hombre se giró y le dedicó una larga mirada a Ingrid, repasando su atuendo, centrándose sin disimulo alguno en el botón desabrochado de su escote que, estratégicamente, Ágata la había obligado a desabotonar.

—Eh... —bufó sorprendido—. Si me lo permite, señora Tystnad, está preciosa.

Tanto Ingrid como Elías desviaron sus miradas, sacándole una sonrisa traviesa a Ágata, que no se quedó callada.

—No comprendo una cosa, Elías. —Comenzó a decir mirando distraída, de nuevo, la pantalla de su celular—. Si hace tantos años que se conocen, ¿por qué no se tutean?

El hombre se sonrojó y miró confuso a Ingrid, que taladraba molesta a Ágata por su impertinencia.

—Querida, ¿podemos hablar un momentito tú y yo?

Ágata le regaló una sonrisa páfida y luego consultó de nuevo la pantalla apagada de su teléfono, sin siquiera molestarse en encenderla para disimular.

—Me gustaría, Ingrid, pero debo marcharme —respondió encogiéndose de hombros y acercándose a la mujer, luego la tomó por los hombros, la giró y la empujó con descaro hacia el panadero—. Lo mejor será que los deje y se pongan manos a la obra, ese chocolate no va a hacerse solo.

—Pero, pero, niña, es que...

—Tengo que marcharme, Ingrid, sé que mi compañía es muy agradable, pero algo me dice que estoy empezando a estorbar. —Continuó guiñando un ojo al pastelero que le sonrió tímido. Tras eso se giró y se encaminó hasta el umbral de la puerta, pero antes de marcharse, volvió a mirar a Ingrid que la observaba boquiabierta—. Por cierto, antes de irme, quiero darles un consejo: devoren siempre el postre primero, la vida es muy corta para tanto formalismo.

Tras decirlo, sonrió traviesa y les guiñó un ojo descarada, se encogió de hombros y salió a paso ligero. Atravesó el pueblo y siguió por el camino que llevaba al embarcadero del lago. Una vez dejó atrás la aldea, el enlosado desapareció para dar paso a un sendero de tierra. Ágata se paró y respiró hondo, recreándose en el aire fresco y el aroma a barro y hierba que la rodeaba. Adoraba aquel perfume veraniego que la envolvía.

Miró a su izquierda, encontrando los campos donde las ovejas, cabras y vacas de varios vecinos pastaban tranquilas, luego dirigió sus ojos avellana al otro lado del camino, observando con detenimiento la arboleda. En su avance, Ágata sacó del bolsillo de su rebeca su armónica y jugueteó con ella mientras caminaba. Sentía un leve cosquilleo en la boca del estómago a medida que se acercaba al viejo embarcadero del lago. Y sin pararse a pensar, se llevó el instrumento a los labios y comenzó a entonar *Help me*, una de sus canciones favoritas de Sony Boy Williamson II. Sonrió al recordar cuánto adoraba el *blues* y el tiempo que hacía que no asistía a un concierto en directo. Fue al cruzarse con uno de los vecinos del pueblo, cuando se dio cuenta de que estaba sacándole una melodía preciosa a aquel viejo instrumento. Sonrió orgullosa al hombre cuando éste asintió en señal de que le gustaba lo que oía.

Al llegar al embarcadero, Ágata guardó la armónica de nuevo en el bolsillo de su rebeca, se alisó la falda del vestido que llevaba e hizo el gesto de recolocarse un mechón de pelo tras la oreja. Se mordisqueó la uña del pulgar a la vez que avanzaba lenta y buscaba a Gustaf entre los pequeños barcos que habían varados a los lados del pequeño muelle. Suspiró al encontrarlo al fondo, sobre un precioso velero monocasco de siete metros de eslora de madera. El carpintero vestía con un pantalón marrón claro, un jersey blanco y bajo él, una camisa verde caqui, todo rematado con una gorra *ascot*. Un escalofrío placentero le recorrió la columna alojándose en su vientre. Tragó saliva con dificultad y se acercó tranquila, disfrutando del espectáculo que suponía ver a aquel sueco moverse con soltura por aquel barco preparándose para zarpar.

Cuando el carpintero se percató de su presencia, Ágata llevaba varios minutos parada frente al velero observándolo con descaro. Éste le sonrió travieso y se acercó, alargando una de sus enormes manos para ayudarla a subir. La cantante la aceptó, y se dejó guiar, pasó bajo la botavara con cuidado y se sentó a babor. Fue cuando Gustaf se acercó al pequeño noray para desatar el cabo y poder salir a navegar, que Igor apareció corriendo y gritando a pleno pulmón.

—¡Gustaf! ¡Gustaf! ¡Espera! —Al llegar el muchacho se agarró a sus rodillas para tratar de

recuperar el aliento—. Tío, necesito tu ayuda.

Cuando Igor levantó la vista, la paseó por el velero y parpadeó sorprendido al darse cuenta de que Ágata estaba sentada allí.

—Hola —saludó sonrojándose.

—¿Ágata? —preguntó extrañado, pero tras eso, zarandeó la cabeza y se dirigió a Gustaf—. Tío, necesito que esta tarde me prestes el velero—. Gustaf negó con la cabeza y comenzó a deshacer el amarre—. Venga, Gustaf, lo necesito.

Ágata se dio cuenta del tono lastimero con el que rogaba a su amigo.

—Gustaf, no seas crío. No estaremos tanto tiempo en el barco, estoy segura de que me marearé en cuanto zarpemos.

Gustaf clavó sus ojos grises en Ágata molesto y frunció el ceño, estaba muy claro que no contemplaba la idea de salir del barco ese día.

—¡Joder, Gustaf! ¡Voy a pedirle matrimonio a Chrystal, no seas imbécil y préstame el puñetero barco!

En ese momento, el rostro de Igor se tiñó de rojo y su voz se quebró por la vergüenza. Ágata esbozó una sonrisa enorme y sin poder evitarlo dio un par de palmaditas ilusionada. Se levantó de un salto y se acercó a Gustaf. El barco era pequeño y, con el vaivén, perdió el equilibrio. Éste la recogió entre sus brazos y le sonrió haciendo que se sonrojara.

—Gustaf, vamos. —Alcanzó a decir, sin hacer el intento de separarse de él—. Préstale el velero, ¿sabes lo romántico que será? —ronroneó haciendo un mohín en sus brazos, pero sin dejar que el carpintero reaccionara, se dirigió a Igor—: Te lo prestará, ¿a qué hora necesitas el barco? Lo mejor será que salgáis al atardecer, y le des el anillo con la puesta de sol. Sí, eso —agregó con torpeza. Sentía un pellizco nervioso en el estómago sólo de pensar en la preciosa imagen que sería aquella pedida de mano.

Igor abrió y cerró la boca un par de veces, abrumado, mientras se rascaba la cabeza.

—Eh... Vale, entonces, ¿sobre las nueve será buena hora?

Ágata asintió.

—Será genial, nosotros atracaremos a las ocho y lo dejaremos listo sólo para que subáis. Ni siquiera estaremos por aquí para que no se espere nada. Será precioso, ya verás.

Ágata levantó la mirada y le sonrió a Gustaf, haciendo que este diera su consentimiento. Tras eso, se despidieron de Igor y el carpintero puso el velero en movimiento.

La pareja disfrutó durante horas por los parajes de aquel lago. Ágata observaba en silencio todo cuando le rodeaba, mirando de soslayo a Gustaf cuando éste se movía por el barco. Las montañas, el silencio y la naturaleza los rodeaba, el olor a tierra, hierba y libertad embriagaba la mente de la cantante, acunando su cansado corazón y borrando las huellas de los dolores de sus articulaciones. Cuando el estómago de ambos les avisó de que era la hora de comer, Gustaf viró la embarcación y la guio hasta otro pequeño embarcadero al otro extremo del inmenso lago, ató el cabo y ayudó a Ágata a salir de la embarcación.

El carpintero enlazó sus dedos a los de ella, tirando con suavidad hasta envolverla en un abrazo. La cantante se perdió en aquel gris oscuro de su mirada, sus labios estaban tan cerca que casi podía sentirlos sobre los suyos, su aliento cálido se mezclaba con el de ella. Sentía el calor de su cuerpo encenderse. Sin pensarlo, se puso de puntillas y rompió la distancia que los separaba, fundiéndolos en un beso tierno.

Tras almorzar en una de las aldeas que daban al lago, pasearon tranquilos por la zona, disfrutando del silencio, de sus caricias furtivas y de los besos robados cuando nadie miraba. La pareja retornó de vuelta al embarcadero de salida, Ágata estaba cansada del paseo y no creía que sus articulaciones pudieran aguantar mucho más aquella jornada, de manera que convenció a Gustaf para volver un par de horas antes de lo acordado con Igor.

—Gustaf —Comenzó a decir Ágata mirando el paisaje que tenía delante. La pareja había extendido una de las mantas que el carpintero tenía en la embarcación entre varios matorrales que daban al lago, de manera que podían ver el vaivén de los veleros, las altas montañas y el sol ponerse sin que nadie pudiera verlos a ellos. Ágata lo miró con una sonrisa tímida—. ¿Te gusta el *blues*?

Éste asintió y se recostó sobre sus codos mirándola tierno. La cantante se removió en su sitio y sacó la armónica de su rebeca, entregándosela.

—Me la regaló Marco hace muchos años. Nos encantaba ir a los conciertos de blues, ¿has oído a Sonny Boy Williamson II alguna vez? Es mi músico favorito.

Gustaf se señaló a sí mismo y asintió con alegría en el rostro. Ágata se percató enseguida de que era también su favorito. Le sonrió dulce y tomó de nuevo la armónica, se colocó al lado del carpintero y se llevó el instrumento a los labios. Sintió un pellizco nervioso en el estómago, que la hizo detenerse unos segundos, pero entonces, la mano grande y cálida de Gustaf sobre su espalda borró aquella sensación de pánico de su cuerpo, haciendo que las notas de *Trust my Baby* los arroparan. Cuando la melodía cesó, los dedos de Gustaf atraparon una lágrima furtiva que rodaba por la mejilla de Ágata. Era la primera vez en muchos meses que Ágata hacía sonar un instrumento delante de otra persona, y aquello la tranquilizó. La cantante desvió el rostro hasta el carpintero y le sonrió tímida.

—Hacía mucho tiempo que no tocaba —susurró—, estoy bloqueada desde... desde hace mucho.

Gustaf asintió levemente y le sonrió. Luego, Ágata sintió como la mano que acunaba su rostro bajaba hasta su cintura. El carpintero se incorporó un poco para asirla y guiarla hasta recostarla bajo su cuerpo. La respiración de la chica se aceleró, sentía el calor que el cuerpo de Gustaf desprendía sobre el de ella, su mano se paseaba por su muslo, buceando bajo su falda a la vez que la besaba.

Ágata bebía de Gustaf ofreciéndole los besos que ella guardaba sólo para él. Le pasó los brazos por el cuello y suspiró en sus labios, deseando más, mucho más. El hombre le sonrió travieso al hacerse con el elástico de sus braguitas. Ágata se humedeció los labios con lentitud al darse cuenta de las intenciones de Gustaf.

Éste la miraba con deseo contenido. Levantó las cejas y se mordió el labio interior; con aquel gesto la chica comprendió que le pedía su consentimiento. Por respuesta Ágata echó la cabeza hacia atrás, exponiendo su cuello y elevó las caderas para que Gustaf pudiera dar rienda suelta a

sus deseos. El carpintero hundió su boca en su cuello, mordiendo, besando y lamiendo cada centímetro de piel hasta llegar a sus labios y fundirse con ella en un beso más apasionado. La pareja se entregó entonces al placer de un amor que comenzaba a crecer entre los dos, mientras las estrellas aparecían una a una en la bóveda celeste que los envolvía.

CAPÍTULO 26

Ágata sentía la mano grande de Gustaf sobre su vientre, así como su respiración pausada en la curva de su cuello. Abrió lentamente los ojos y miró a su alrededor. La luz de aquel catorce de junio entraba por la ventana iluminando todos los rincones del dormitorio del carpintero. Se removió y le acarició el rostro con dulzura. Era el trigésimo sexto cumpleaños de Gustaf y el primero que Ágata pasaría a su lado. Y, para conseguir que aquel hombre cabezota y terco aceptara celebrarlo con sus amigos, Ágata había accedido a pasar aquella noche y todo el día siguiente a su lado. Aunque para ella no fue ningún problema y aceptó encantada la propuesta, un pellizquito de miedo se había instalado en su estómago desde que el día anterior saliera de su casa, porque sentía que todo el pueblo la observaba y en cualquier momento podrían ser descubiertos.

Se levantó de la cama con mucho cuidado de no despertar a Gustaf y comenzó a recoger las prendas de ropa que aquella noche habían dejado olvidadas en el suelo. Todas las prendas menos la camiseta que Ágata llevaba puesta, por miedo a que el carpintero viera las cicatrices de sus brazos. La cantante se llevó al rostro la camisa blanca que él había llevado el día anterior, el olor a madera y campo de Gustaf la envolvió, y, mirándolo de soslayo para comprobar que no se despertaba, se quitó la camiseta que llevaba y se colocó la camisa. Acto seguido, salió del dormitorio.

Con una sonrisa, Ágata sacó a Frida del pequeño leñero que daba a la cocina. Artur se negaba a quedarse con ella, y, aunque a Gustaf tampoco le agradaba aquella gallina destartada, aceptó dejarla dormir encerrada en aquel pequeño habitáculo.

—¿Has dormido bien? —le susurró a la gallina abrazándola contra su pecho. El animal cacareó como respuesta—. Voy a darte el desayuno.

La cantante dejó a la gallina en el suelo de la cocina, tras eso, le dejó un bol con agua y otro con algo de pienso que el animal comenzó a desperdigar por todo el suelo. Ágata sonrió y comenzó a rebuscar entre los preciosos armarios de madera clara de la cocina de Gustaf. Aunque tardó más de lo que esperaba, pudo dar con una cafetera italiana que limpió a fondo, porque parecía que Gustaf hacía mucho tiempo que no preparaba café. Un sentimiento de tranquilidad salpicado por leves gotas de felicidad bañaban su corazón, y al darse cuenta de aquello, algo que la cantante no pudo alcanzar a discernir, la empujó a canturrear.

La melodía de *Beautiful Life* del grupo sueco *Ace of Base* sonaba en su cabeza a todo volumen. Ágata cantaba y contoneaba las caderas moviéndose por la blanca cocina, preparando el desayuno. Al principio su voz le sonó quebradiza y asustada, pero a medida que la cafetera comenzaba a silbar y Frida se paseaba cacareando por sus pies, su tono fue subiendo y

haciéndose más alegre.

En el momento en Ágata colocaba con esmero en una bandeja un plato con el pan recién tostado, la mantequilla y la mermelada, unas manos grandes se enredaron en sus caderas. Unos labios silenciosos atraparon el lóbulo de su oreja para mordisquearlo. La cantante gimió, sintiendo entonces cómo el cuerpo de Gustaf se arrimaba más y la atrapaba entre la encimera y él. Ágata se giró, elevando los brazos y buscando sus labios con ansiedad, fundiéndose en un beso apasionado.

Sus lenguas jugaban y danzaban. La cantante paseaba las yemas de sus dedos por la cabeza afeitada de Gustaf, acariciándolo; mientras las manos del carpintero bajaban hasta los muslos desnudos de ella. La pasión aumentaba, así como el deseo, arrancando gruñidos, mordiscos y gemidos. Sin darle tiempo a reacción alguna, Gustaf la agarró fuerte de los muslos, elevándola durante unos instantes para luego dejarla sobre la enorme mesa de la cocina. Ágata lo rodeó con las piernas cuando éste la recostaba y la mordía en el cuello. La cantante soltó una carcajada al sentir la lengua traviesa de él bajar desde su cuello hasta su escote, así como su barba suave haciéndole cosquillas en la piel. En cuanto los dientes de Gustaf atraparon uno de sus pezones, Ágata dejó caer la cabeza hacia atrás, mordiéndose el labio inferior; pero, fue al abrir los ojos cuando descubrió que Ingrid había entrado en la cocina y los observaba con una mezcla de asombro, vergüenza y curiosidad.

Un nudo se instaló en la garganta de Ágata, impidiéndole emitir sonido alguno. Sus músculos se tensaron y era incapaz de despegar sus ojos avellanas de los de aquella mujer. Sin pensar, cerró su mano en el hombro desnudo de Gustaf, clavándole las uñas, siendo entonces cuando el hombre elevó la cabeza y se percató de la inesperada visita. En un instante, las manos del carpintero la cogió por las caderas, bajandola de la mesa y cerrándole la camisa. La cantante sentía como el corazón latía en su pecho desbocado, su respiración se aceleró y los temblores que desde hacía días habían casi desaparecido, volvieron a hacerse con el control de su cuerpo. Miró a Gustaf roja de vergüenza, pero este no parecía importarle el hecho de que su madre los hubiera pillado con las manos en la masa.

—¿Alguno de los dos va a explicarme qué acabo de ver? —preguntó Ingrid al cabo de unos segundos. Ágata agachó la cabeza avergonzada, era incapaz de mirar a aquella mujer a los ojos. Pero, tras un par de minutos que se le hicieron eternos, sintió una mano de Gustaf posarse en la parte baja de su espalda. Con la otra la tomaba del mentón y la obligaba a mirarlo a los ojos. La cantante tragó saliva, pero, sin poder evitarlo se perdió en aquella mirada tierna. En los labios de Gustaf se dibujaba una sonrisa dulce, y sus gestos eran cariñosos—. ¿Es verdad, Ágata? —preguntó Ingrid—. ¿Estáis juntos?

La cantante tragó saliva y miró a la señora Tystnad a la cara. Aunque aquella mujer estaba tan sonrojada como ella, tenía un brillo de esperanza en la mirada y una expresión ansiosa y alegre. En ese momento, Ágata entendió que Gustaf le había dicho a su madre en lengua de signos que estaban saliendo juntos.

—Sí —susurró.

Ingrid dio una palmada al aire seguido por un saltito.

—¡Qué alegría! ¡Por fin te has ligado a una buena chica! —le soltó alegre a Gustaf mientras se acercaba para abrazar a Ágata—. Sí, Gustaf, sí. Ligar, ¿no sabes que ahora soy una moderna?

Ágata soltó una risita y se fijó en que Gustaf ponía los ojos en blanco ante el nuevo vocabulario adquirido por su madre.

—Siéntese Ingrid, le prepararé un *cappuccino* a usted también.

Gustaf bufó y acto seguido su madre le asestó un golpe en el brazo.

—¿Qué maneras son estas de atender a tu madre? —Gustaf respondió en lengua de signos a Ingrid que suspiró exasperada—. Me da igual que quieras quedarte a solas con ella. Hoy es tu cumpleaños, y he venido a desayunar contigo y mi recién descubierta nuera —sentenció seria—. Además, te recuerdo, querido mío, que hace treinta y seis años yo estaba soportando los dolores de traerte al mundo; ahora te toca a ti soportarme un par de horas en el día de tu cumpleaños.

Ágata sonrió y le dio una palmadita al embelesado Gustaf en el hombro.

—No seas crío y pon la mesa. Vamos a desayunar.

Tras sentarse los tres y después de que Ingrid alabara el delicioso *cappuccino* que Ágata había preparado para desayunar, la pareja le pidió a la mujer que no dijera nada de su relación en el pueblo.

—Pero, ¿por qué no puedo decirlo? No hay nada de malo en que estéis juntos —se quejó mirando con el ceño fruncido a Ágata.

—Ingrid. —Suspiró la cantante—. Hace apenas unas semanas que estamos juntos, casi no nos conocemos.

—Pues, por lo que yo he visto, parece que os conocéis bastante bien —interrumpió irónica mirando a su hijo con una sonrisa perversa. La pareja se miró avergonzada.

—Aún es pronto. Por favor —rogó tomando la mano de Ingrid entre las suyas—. No diga nada, aún no.

La señora Tystnad suspiró triste y agachó los hombros.

—Está bien, no diré nada. Pero, tenéis que prometer que me haréis abuela y que os casaréis aquí en el pueblo —sentenció con un dedo en alto. Gustaf se llevó una mano al arco de la nariz y bufó.

—¿No cree que va demasiado rápido?

—No, para nada. Ya tenéis una edad. Es más, hoy me he enterado que Igor va a casarse. ¡Igor, que tiene...! —miró a su hijo con una ceja en alto—. ¿Cuántos años tenía? ¿Treinta y dos? Tú tienes treinta y seis, Gustaf, yo debería haber sido abuela hace mucho. Pero no. El muchacho prefería estar tonteando, de flor en flor, en vez de estar buscando a una buena chica —desvió la mirada hacia Ágata y le sonrió—. Pero dicen que lo bueno se hace esperar. Y yo sé que eres la mujer perfecta para mi pequeño. Desde el día que entré en la iglesia y te vi frente al piano, lo supe.

Ágata se sonrojó y la mano grande de Gustaf le acarició la espalda. Sus ojos grises se cruzaron con los suyos y una sonrisa dulce nació bajo aquella barba castaña. Éste asintió antes de llevar la otra mano hasta su rostro y acariciarla.

—Bueno, será mejor que os deje solos. Creo que antes interrumpí algo —se mofó Ingrid para

levantarse y guiñarle un ojo a la pareja. Desapareció por la puerta unos segundos después.

CAPÍTULO 27

Aquella misma noche, Eric, Igor, Adda, Ágata, Chrystal y Gustaf se reunieron para cenar en un pequeño restaurante de Långträsk. Durante la velada, Chrystal enseñó a Adda y Ágata el precioso anillo que Igor le había entregado y les contó cómo se había declarado en el velero de Gustaf, mofándose, de paso, de la torpeza de Igor al timón de la embarcación, y relatando cómo casi su prometido caía por la borda.

La noche continuó en una pequeña discoteca, donde los amigos bailaron, rieron y disfrutaron de la noche, primero en grupo, y más tarde en parejas. Los primeros en desaparecer fueron Adda, Igor y Chrystal, porque la primera estaba cansada y tenía que terminar de rematar un vestido al día siguiente. Eric, por su parte, no parecía querer dar por terminada la noche, de manera que se marchó a su aire en cuanto una de las camareras de la barra le hizo ojitos. Gustaf acompañó a Ágata hasta el umbral de su casa.

La cantante se apoyó contra la puerta de madera mientras el carpintero colocó una mano contra el portalón, por encima de la cabeza de ella, dejando de caer el peso de su cuerpo y atrapándola en aquel lugar. Una sonrisa traviesa se dibujó bajo su barba castaña y sus ojos grises se clavaron en los labios de Ágata. Ésta le sonrió, pero en cuanto sintió el calor de su aliento sobre su rostro, la cantante lo apartó, colocando la mano en su pecho.

—Tengo un regalo para ti.

Gustaf levantó una ceja entre curioso y molesto por no haberle permitido besarla, pero Ágata ignoró al muchacho y desapareció tras la puerta, saliendo unos instantes después con un regalo envuelto en papel dorado.

—Toma. Creía que no llegaría hasta mañana, pero Artur me avisó durante el almuerzo que el mensajero lo había traído. Ábrelo. —Lo animó entregándole su regalo. Gustaf sonrió y retiró el papel con mucho cuidado. Sus ojos se iluminaron al descubrir la sorpresa—. Es el LP de *A Portrait in Blue* de Sonny Boy Williamson II, firmado por él en el sesenta y seis. —Gustaf la miró sorprendido—. Feliz cumpleaños.

El carpintero la miró con ternura y se acercó a ella agarrándola por la cintura. Ágata rompió la distancia que los separaba y se fundió en un beso, que dio paso a una pasión desmedida. Con cuidado de no hacer mucho ruido, la pareja entró en el dormitorio de la cantante.

—Esto no está bien —susurró Ágata a la vez que Gustaf la tendía en la cama cubriéndola de besos—. Gustaf, por favor, Artur podría bajar.

Sin resistirse mucho, la cantante se dejó llevar por lo que Gustaf le hacía sentir desde que lo conociera. Aquel hombre la hacía enloquecer con el tacto de su piel sobre la de ella, con una mirada, un suspiro o una sonrisa. Gustaf la hacía sentir viva y libre, de la misma manera que una vez lo hizo Marco. Cuando el éxtasis los alcanzó, la cantante se recostó en su pecho y enredó sus

dedos a los de él.

—¿Por qué los hombres siempre hacéis conmigo lo que queréis?

Gustaf se removió en la cama hasta colocarse de lado, mirándola serio. Luego le pasó el pulgar por el labio inferior con ternura. En su rostro había una mezcla de miedo y tristeza. Su respiración se agitaba y se mordía el labio inferior con saña. Ágata sentía que aquel hombre deseaba decirle muchas cosas, pero no sabía cómo. Entonces, una idea se pasó por su cabeza, haciendo que se levantara de la cama y se acercara a la vieja guitarra que tenía apoyada. Cogió la funda y se sentó en la cama de nuevo con ella, la abrió, sacó la guitarra y dejó al descubierto un par de cuadernos y un lápiz que le tendió al carpintero.

—Ten, háblame. —Gustaf abrió el cuaderno que le tendía y luego levantó una ceja, preguntando—. Son los cuadernos que utilizo para componer. No tengo otra cosa —respondió la cantante encogiéndose de hombros. Acto seguido, el carpintero se dedicó a escribir meditando sus palabras durante un rato.

Ágata, eres maravillosa. No soy yo quien hace contigo lo que quiere, sino tú quien me conquista día a día, quién, con una sonrisa, me hace olvidar mis silencios. Cuando estoy contigo, ya no hay trincheras en mi voz, porque tú eres la que hace que pueda gritarle al mundo que estoy enamorado. Pensar en perderte me asusta; porque sin ti, siento que estaría aún más mudo de lo que estoy ahora.

Una lágrima rodó por el rostro de la cantante al leer aquellas palabras. Levantó la mirada y la fijó en los ojos grises de Gustaf. Lo observó en silencio unos segundos, tratando de memorizar cada facción, cada arruga de su rostro y cada vello de su barba. Aquel hombre le había abierto su corazón de par en par, haciéndola sentir la mujer más importante y especial sobre la faz de la tierra. Por primera vez en muchos años, Ágata se sentía querida y admirada, incapaz de ser juzgada nunca por aquel hombre que le sonreía y le acariciaba con ternura. Se secó los ojos con el puño de la camiseta y se abrazó a él.

—Gracias, Gustaf —susurró—. Gracias por hacerme sentir viva de nuevo.

El carpintero la abrazó, y se sumergió con ella en una sesión de besos tiernos, donde Ágata sentía que acariciaba el alma de aquel hombre con los dedos. Le entregó a Gustaf su alma también.

La noche avanzaba y la pareja seguía abrazada en aquella cama, Ágata le hacía preguntas a Gustaf y éste le respondía en uno de aquellos cuadernos; hasta que, pasadas las tres de la mañana, Gustaf le entregó el cuaderno con una petición. En cuanto la cantante leyó las palabras que le había escrito, su corazón se paró, y el peso del mundo cayó sobre sus hombros.

—¿Quieres que toque para ti? —preguntó con un toque tembloroso en la voz.

Gustaf asintió y le sonrió esperanzado, haciendo que un pellizco de terror se colara en el estómago de Ágata. Miró la guitarra que había bajado al suelo y la cogió con cuidado, se sentó en la cama y colocó el instrumento en posición. Cerró los ojos y tomó aire, colocando la mano en el mástil lista para el primer acorde. Pero en el momento en que quiso hacer sonar la vieja

guitarra, las manos de Gustaf la pararon, obligándola a abrir los ojos. La cantante lo miró sorprendida cuando éste negó con la cabeza.

El carpintero le quitó con cuidado la vieja guitarra, dejándola a los pies de la cama, se bajó y tomó de las manos a Ágata, guiándola, en silencio, por la casa del cura. Fue al atravesar la cocina cuando la cantante se dio cuenta del instrumento que Gustaf quería que tocara: el piano.

En el momento en que Gustaf la guio hasta sentarse en el taburete, frente a las teclas blancas y negras de aquel viejo piano de pared, Ágata sintió una oleada de miedo y nostalgia. Un dolor amargo le atravesó la columna, haciendo que un leve temblor apareciera para controlar sus dedos. Sus músculos se tensaron hasta sentir que no podía moverse, su boca se secó y las palabras morían en su garganta. Ahora era ella la que sentía que una enorme trinchera acallaba su voz.

Gustaf se sentó a su lado y le paseó una de sus manos grandes por su espalda, de arriba a abajo. La calidez de su cuerpo, la suavidad de su mano y el beso tierno que le regaló en la comisura de su labio la tranquilizó. El carpintero estaba a su lado, cuidándola, protegiéndola, y sobre todo no la estaba juzgando. Si él le había abierto su corazón, ella podría corresponderle de la misma manera, se reprendió. Debía hacerlo, deseaba hacerlo. Anhelaba tocar y cantar para él, de la misma manera que una vez lo hizo para Marco. Cerró la mente a aquellos recuerdos, y miró a Gustaf, perdiéndose en su sonrisa, en sus ojos grises, en lo que aquel hombre le hacía sentir. Pensó entonces en las palabras que le había escrito en aquel cuaderno, y en cómo esas palabras la habían elevado al cielo, haciendo crecer su corazón. Miró las teclas del piano y llevó las manos hasta ellas, sin presionarlas. Pensando en la melodía perfecta para regalársela a Gustaf. Al hombre que, en silencio, estaba conquistando su voz. Sin pensar, los acordes de *Vivir en tus ojos*, la canción que Marco siempre le dedicaba, le vinieron a la cabeza. Cerró los ojos y se concentró en las notas que debía tocar. El calor que emanaba del cuerpo de Gustaf la transportó hasta un recuerdo casi olvidado.

Las manos de Marco se paseaban por el teclado de aquel precioso y viejo piano de cola negro. Su cabello oscuro brillaba bajo los rayos de la mañana que entraban por el enorme ventanal de la sala del conservatorio. Ágata estaba de pie, apoyada sobre su brazo derecho, observando a aquel muchacho de veinte años que tocaba con devoción una pieza impresionante.

En el rostro de Marco había tranquilidad y sosiego. Dibujó una sonrisa trémula mientras su manos sacaban aquella melodía lenta a las teclas. Era la noche después a su debut como pianista en Florencia, y, tras una noche de fiesta, con los primeros rayos del alba, éste la había convencido para entrar a hurtadillas en el conservatorio y poder dedicarle aquella canción en la que había estado trabajando desde que la conociera por primera vez. El cuello de la camisa blanca estaba abierto en los primeros tres botones y remangada hasta los codos, la pajarita caía deshecha. A pesar del cansancio de toda una noche de baile, alcohol y besos furtivos, aquel muchacho estaba perfecto. Ágata se mordisqueó una uña y se colocó la melena negra detrás de la oreja. No podía dejar de mirarlo.

Cuando por fin la música cesó, Marco abrió sus ojos verde oliva y los clavó en los de Ágata, regalándole una sonrisa perfecta. Se levantó sin prisas y la cogió por la cintura, elevándola hasta sentarla encima de la cola del piano.

—Déjame vivir en tus ojos, amor mío. Por ellos nací, con ellos vivo y sin ti, Ágata, te juro que moriré —susurró Marco a sus labios sin dejar de mirarla.

—Eres idiota. —Se sonrojó.

—Tal vez sea idiota. Pero soy un idiota que morirá en la oscuridad si dejas de iluminarme con la mirada.

Marco la besó con dulzura, pidiendo con su lengua hacerla suya. Ágata se rindió a aquel beso, a aquellas dulces palabras que la enamoraron al escucharlas. Las manos de Marco le subieron la larga falda del vestido, buceando bajo su ropa interior. Y, entre besos, caricias y palabras bonitas, Ágata se entregó a Marco por primera vez sobre un precioso piano, en una mañana de mayo.

Un llanto silencioso se hizo con el control de la cantante, un temblor creciente y el dolor de las articulaciones que aumentaban poco a poco, con cada pensamiento, le impedían tocar. Miró a Gustaf con tristeza y negó.

—Lo siento, Gustaf —gimoteó—. No puedo hacerlo.

Ágata dejó que el torrente de sentimientos que ahogaban su pecho la aborasen, cayendo en el abrazo que Gustaf le tendía. El latir del corazón de aquel hombre, unido a su respiración y el calor de su cuerpo rodeándola terminaron tranquilizándola. Un rato más tarde, el carpintero la llevó en brazos hasta la cama y cayó dormido a su lado.

CAPÍTULO 28

Ágata miraba con los labios apretados las teclas del piano. Hacía varios días en los que, sacándole suaves acordes a la guitarra de Marco, miraba triste el piano de pared de la capilla durante horas.

Frida, que se había acomodado a su lado, dio un brinco al entrar Artur en la capilla. Ágata giró la cabeza y lo miró con tristeza.

—¿Qué haces aquí, pequeña? —le preguntó sentándose a su lado con dificultad. Luego, miró cómo la gallina se acercaba picoteando el suelo hasta la pila bautismal—. ¿Es necesario que esa gallina esté rondando dentro de la capilla?

Ágata sonrió.

—¿Qué me pasa, padre? ¿Por qué no soy capaz de tocar ese piano? —se lamentó.

—¿Lo has intentado? —preguntó mesándose el mentón. Ágata asintió con un suspiro a la vez que, con la mano derecha, rasgaba las cuerdas de la guitarra—. ¿Qué sientes cuando te acercas?

La cantante se humedeció los labios y miró de nuevo el piano.

—A Marco —susurró—. Siento sus manos rodeándome, sus labios sobre los míos, su olor a colonia fresca. Puedo oírlo, padre. Oigo cómo me llama, cómo me dice que me quiere, cómo me canta al oído—. Una lágrima furtiva rodó por la mejilla derecha de Ágata—. ¿Alguna vez podré volver a tocar sin que su fantasma me atormente?

—¿Qué sentías cuando tocabas con él?

Ágata soltó la guitarra con cuidado sobre el suelo y se abrazó a sus piernas.

—Me sentía protegida, querida, me sentía grande. Que el mundo se paraba si sus labios rozaban mi piel. Mis letras cobraban sentido si se las dedicaba a él. —Sonrió al recordar todas aquellas sensaciones.

—¿Qué sientes cuando estás con Gustaf?

Ágata parpadeó al oír aquella pregunta, porque no comprendía la razón por la que Artur se la hacía.

—Pues, me siento... —La cantante lo meditó unos segundos. No estaba segura—. Al principio me siento protegida, me siento querida de nuevo. Siento que a su lado puedo volver a reír, a cantar. Deseo gritarle al mundo que con Gustaf soy feliz— respondió sincera y con una sonrisa al recordar la mirada tierna de Gustaf sobre ella. Sin embargo, tal y como esa sonrisa apareció, se esfumó—. Sin embargo, algo en mi cabeza me dice que eso no está bien, y todo se vuelve confuso. Me siento pequeña y torpe, tengo miedo y sobre todo, siento que no debo estar con él. Es como...

—¿Si engañases a Marco? —preguntó Artur terminando la frase por ella.

—Sí —respondió sorprendida y mirando al reverendo con los ojos abiertos. Negó con la cabeza y una expresión incrédula—. ¿Cómo es eso posible? Marco murió hace años, y nuestro matrimonio, muchos años antes que él.

Artur esbozó una sonrisa cansada, sus ojos verdes la miraron con ternura y sus brazos se extendieron invitándola a entrar en su abrazo. Ágata no se hizo de rogar y se dejó caer en su pecho, cerrando los ojos y perdiéndose en su olor a incienso y *after-shave*.

—Pequeña, ¿a cuántos hombres has amado como amaste a Marco?

—A ninguno —respondió sin dudar—. Marco fue el primer hombre en mi vida. Sin él mi vida no tenía sentido. No, sin él, nada tiene sentido.

—Tal vez no has superado su muerte y por eso estás así —habló Artur mirándola.

—¿Qué quiere decir?

—Ágata, cuando Marco murió, te dedicaste a beber, drogarte y componer, al menos eso es lo que siempre me has contado. Creo que... —suspiró—. No lloraste su pérdida. Lo confinaste al final de tu corazón, y necesitas sacarlo. Dime, ¿qué sentiste después de su muerte?

Ágata tragó saliva y miró el piano una vez más. Luego por instinto, tomó la guitarra y se abrazó a ella, a los recuerdos que aquel instrumento tenía impresos entre sus cuerdas.

—Sentí rabia —susurró frunciendo el ceño y mirando al horizonte sin ver—. Lo odiaba. Lo odiaba por abandonarme, por engañarme y por hacerse aquello. —Suspiró—. Me odié a mí

misma. Y la verdad es que aún me odio, padre. —Ágata desvió sus ojos vidriosos, empañados de tristeza y rabia, hacia el cura—. Tal vez, si hubiera dejado a un lado mi orgullo, si hubiera accedido a sus súplicas, aún estaría aquí, conmigo. Aún existiría un *nosotros*. —Ágata suspiró con una sonrisa triste—. Marco siempre decía que éramos como una llama incandescente, eterna, capaz de dar luz en donde la oscuridad reina, pero, yo acabé con esa llama, padre. —El llanto se hizo con la garganta de Ágata, obligándola a caer a sus pies, llorando sin consuelo—. Yo maté a Marco.

Artur abrió los ojos y la miró preocupado.

—¿Qué estás diciendo, Ágata? Tú no has matado a nadie.

Ágata se limpió las lágrimas y asintió, dejando que su mente volara hasta el día de la muerte de Marco.

—El día de su muerte, Marco y yo discutimos...

Billy le regaló un beso tierno y le colocó un mechón de pelo rubio detrás de la oreja con ternura.

—Me marcho, nena. Esta noche tengo que tomar un vuelo para dar un concierto en Berlín — le susurró asiéndola por la cintura y acercándose a sus labios—. Te echaré de menos.

Ágata asintió y rompió la distancia que los separaba, fundiéndose en un beso cariñoso. Tras eso, observó cómo el cantante desaparecía en el ascensor. Fue al tratar de cerrar la puerta cuando, un golpe seco la asustó y un cuerpo empujó la puerta con fuerza, obligándola a abrir de nuevo.

Marco la observaba serio, apoyando el peso del cuerpo sobre el marco lateral de la puerta. Un velo de tristeza empañaba su mirada y una sonrisa cínica se dibujaba en aquellos labios que una vez la habían besado. Ágata soltó la puerta y se dio la vuelta suspirando con fuerza.

—¿Qué coño quieres ahora, Marco? —le preguntó sentándose en el sofá de la sala. El hombre entró y cerró la puerta tras él.

—¿Ha dormido aquí? —escupió la pregunta mientras miraba a su alrededor con desprecio.

—¿Y qué si lo ha hecho?

El rostro de Marco pasó de la rabia a la desesperación en cuestión de segundos. Se tiró al suelo, arrastrándose sobre sus manos y rodillas, y, una vez llegó a la altura de Ágata, se agarró a sus piernas.

—Por favor, mi amor, vuelve conmigo. ¿Es que no te das cuenta que, sin ti no puedo vivir? — gimoteó agarrándola fuerte y mirándola a los ojos.

Ágata sintió que su corazón se paraba y las lágrimas se agolpaban en sus ojos. Los cerró y tomó aire durante unos segundos.

—Se acabó.

El guitarrista se levantó y se sentó al lado de ella, acunando con sus manos el rostro de Ágata. En aquellos ojos verdes, la cantante veía una desesperación tan grande como la tristeza

que ahondaba en su corazón.

—Sin ti, moriré, Ágata. Te lo ruego, deja a ese desgraciado. Intentemos de nuevo recomponer nuestro matrimonio. No me abandones.

Ágata se levantó del sofá molesta, deshaciéndose de su agarre. No podía mirarlo a los ojos, porque sabía que terminaría sucumbiendo a los deseos de aquel hombre.

—¡Basta, Marco! Nuestro matrimonio se ha terminado, ¿es que no lo ves? ¡Has cambiado! ¡Y yo también!

Las manos esbeltas de Marco la agarraron por los hombros y la giró, acunándola, en un abrazo. Ágata sintió un nudo en la garganta al mirarlo de nuevo. El calor de aquel cuerpo que conocía tan bien como el suyo, sus labios carnosos y apasionados, sus ojos verdes llenos de tristeza y deseos por volver a su lado, su melena negra despeinada y brillante, todo en él la hacían dudar de su decisión.

—Déjame vivir en tus ojos una vez más, mi amor. —gimoteó lastimero.

Ágata sentía que su respiración se aceleraba. Nunca había podido negarle nada a aquel hombre. Su calor y su cercanía la apresaban, controlando su mente y su corazón. Deseaba volver a ser uno con él, reemprender el camino juntos de nuevo, sin separarse.

—Marco... —susurró, pero el resto de la frase fue acallada por un beso desconsolado. Un beso deseado y anhelado, pero a la vez temido. El corazón de Ágata se ablandó de nuevo ante el contacto de aquellos labios conocidos. Su cuerpo reaccionó sólo, abrazándose y fundiéndose con el de Marco en un arranque de pasión y anhelo por volver a volar juntos de la mano.

Ágata abrió los ojos, encontrándose con la sonrisa tierna de Marco. No estaba segura de cómo había pasado, pero aquel hombre había vuelto a hacer con ella lo que deseaba. Había vuelto a tenerla para él, haciendo que un sentimiento de odio, vergüenza y desprecio por ella misma se instalara en su corazón.

—Mi amor, te prometo que cambiaré —le susurró retirándole el cabello del rostro con ternura—. Siento tanto.

—No lo sientes, Marco. —le cortó seria. Se levantó de la cama, colocándose la sábana alrededor del cuerpo.

—¿Qué? —le preguntó incrédulo.

Ágata gritó exasperada, no podía más. Estaba cansada de aquel ir y venir, y esa mañana, tras volver a sentirse una muñeca en sus manos, estaba dispuesta a terminar con todo.

—Lárgate de mi vida, Marco. ¿Es que no te das cuenta que sólo nos hacemos daño? —le gritó—. Esto —dijo señalándolo primero a él y luego a ella misma—. Lo nuestro no existe, se acabó. ¿No te das cuenta que no podemos seguir juntos?

—Pero tampoco podemos estar separados —gimoteó el hombre levantándose de la cama y agarrándola de los hombros.

—Te equivocas, Marco —respondió deshaciéndose de su agarre—. Yo puedo vivir sin ti. ¿Es que no lo ves? He rehecho mi vida, estoy con Billy.

—¿Y por qué te has acostado conmigo? ¿Por qué respondes a mis besos cuando te los doy? —Ágata se llevó las manos a la cabeza, paseándose por el dormitorio. Sentía su corazón latir a mil por hora.

—Porque te quiero, Marco. Pero estoy cansada. Cansada de tus excesos, de tus vicios. Cansada de que no me mires como antes, cansada de que estés lejos de mí. Necesito a alguien para el que yo sea su prioridad.

—Eres mi prioridad, Ágata.

—¡No! —respondió la cantante—. Eso era antes, Marco. Ahora, ni yo soy lo primero para ti, ni tú eres lo primero para mí. Hemos cambiado y nuestro amor se ha muerto.

Marco se acercó a ella, suplicante, y la abrazó contra su cuerpo desnudo.

—Dame una oportunidad, mi amor. La última. Te demostraré que eres lo primero. Por favor, déjame vivir en tus ojos una vez más. La última.

Ágata tragó saliva. Una parte de ella deseaba creerle, anhelaba darle esa oportunidad y ser de nuevo uno. Pero otra parte de ella le gritaba que fuera fuerte, aquel hombre la había engañado muchas veces, le había suplicado oportunidades, le había prometido que cambiaría y nunca lo había hecho. Siempre la había dejado olvidada en un rincón, con el corazón roto por la tristeza y la decepción. Ágata negó.

—Se acabó, Marco. Me decepcionas una y otra, y otra vez, y estoy cansada.

—Te lo suplico, mi amor. Moriré en la oscuridad si dejas de iluminarme con tu mirada —suplicó el hombre mientras las lágrimas le atravesaban el rostro.

La cantante negó de nuevo.

—Si me quieres, sal de mi vida para siempre.

—Tras decirle eso, se marchó de mi casa. Y aquella noche, cuando fui a su piso a recoger las nuevas partituras, lo encontré en el suelo del salón. Muerto. —susurró. Luego, Ágata se llevó las manos al rostro y comenzó a llorar—. Salió de mi vida, padre. Se marchó para siempre.

La mano de Artur le acariciaba la espalda, tratando de consolarla.

—Pero, Marco no se suicidó. En las noticias dijeron que fue una sobredosis.

—¿Y si no lo fue? ¿Y si, de alguna manera quería terminar con todo? —gimoteó la cantante. Levantó la mirada hacia el piano—. Le dije que saliera de mi vida, padre. Si me quería, que se marchara para siempre y eso fue lo que pasó.

Artur la abrazó fuerte contra su cuerpo y le regaló un beso en la cabeza.

—Pequeña, no tienes la culpa de lo que pasó. Hiciste lo correcto y no debes culparte de su muerte. No conocí a Marco, pero te aseguro que desearía volver a oírte tocar, y por nada del mundo te culpa de su muerte. Cuando entiendas eso, sé que verás todo de otra manera.

—¿Y qué puedo hacer? —preguntó triste—. No es fácil, padre.

—No lo sé, Ágata. Pero no creo que sentarte delante de ese piano durante horas, y martirizarte

por lo que pudo ser, sea la solución.

Ágata asintió con un suspiro.

—Tiene razón, padre Artur. —respondió limpiándose el rostro. En ese momento, una idea le rondó la mente—. ¿Sabe que voy a hacer? Voy a empezar poco a poco, de nuevo. Me gustaría trabajar, padre; hacer algo con mi tiempo.

—Eso es una muy buena idea —le sonrió el reverendo antes de revolverle el pelo con cariño—. ¿Y qué tienes pensado?

—No sé, tal vez, podría ayudar a Elías en la pastelería. Antes de cantar, trabajaba en una cafetería.

—Me parece una idea excelente, pero... —Artur desvió la mirada hacia la pila bautismal donde Frida se estaba bañando, ajena a todo lo que sucedía a su alrededor—. Por lo que más quieras, mantén a esa gallina destartalada fuera de esta capilla.

CAPÍTULO 29

Ágata cerró la caja y le sonrió a Elías. Llevaba casi tres semanas trabajando en la pastelería y se sentía orgullosa de sí misma. Fue hasta el fregadero y comenzó a lavar las tazas a la par que, distraída, observaba por el cristal del escaparate. En aquel momento, Gustaf e Ingrid se acercaban para sentarse en una de las preciosas mesitas de metal de la terraza. Suspiró y se acercó a la enorme cafetera, preparando el desayuno de los recién llegados.

Con diligencia y un pellizco nervioso en el estómago Ágata se acercó a la mesa donde Gustaf hablaba con su madre en lengua de signos.

—Buenos días —saludó feliz dejando un enorme *cappuccino* con extra de canela que era el favorito de Gustaf. —. Un *cappuccino* y un té rojo, acompañado de un trozo de bizcocho con crema de coco y merengue a la italiana. —Añadió sirviendo ahora a Ingrid.

—Vaya, vaya, esto tiene muy buena pinta —respondió la mujer agarrando el pequeño tenedor y lo clavándolo en la punta del pastel.

—Y que lo diga, Elías se ha pasado toda la mañana preparando este dulce. Y, ¿a que no sabe de quién me ha estado hablando? —preguntó con fingida inocencia.

Gustaf levantó las cejas y miró a Ágata con la cabeza inclinada. Ésta le guiñó un ojo traviesa y se escondió tras su bandeja redonda.

—Pues no tengo ni idea —Se hizo la desentendida acercándose la taza a los labios. —Pues me hablaba de cierta mujer de Långträsk —ronroneó Ágata balanceándose sobre sus talones—. Me contó que siempre hace estos pasteles pensando en ella. Creo que está enamorado, pero la mujer de sus sueños no le hace mucho caso.

—¡Menudas bobadas dices! —Se sonrojó Ingrid—. Anda, cuéntame qué tal te va trabajando

aquí. Espero que bien, porque desde que te has puesto a trabajar, sé de alguien que se pasa el día resoplando. Si fuera un globo ya se habría desinflado.

El carpintero tosió al atragantarse con su café, haciendo que Ágata soltara una carcajada.

—¿En serio? —preguntó con una ceja en alto. Ingrid asintió y le regaló una sonrisa cómplice a la pareja—. Volviendo al tema de Elías...

En ese momento, la mano de Eric se posó en la parte baja de la espalda de Ágata y sus labios le regalaron un casto beso en la mejilla.

—Buenos días, mi bella Julieta —ronroneó travieso. Luego dirigió su mirada a la pareja que desayunaba—. Señora Tystnad, está muy guapa hoy.

—Menos pamplinas, gandul —respondió la mujer, aunque no escondía una sonrisa divertida.

—Gustaf, tío, ¿y esa cara? ¿Estás mosqueado o qué te pasa? —le preguntó sentándose a su lado. Ágata miró a Gustaf con disimulo: apretaba la mandíbula y miraba a Eric con los ojos entornados. Una risa tímida se instaló en la comisura de los labios de la cantante, ante la reacción celosa del carpintero. Gustaf negó a la par que daba un sorbo a su *cappuccino*. En cuestión de segundos, Igor hizo su aparición apoyándose con las manos en el respaldo de la silla de Gustaf.

—Buenos días, señora Tystnad. Ágata —saludó, luego le dio una palmada en la espalda al carpintero—. Gustaf.

—Bien, como Chrystal y Adda están trabajando, os lo digo ya. Esta semana en Långträsk se celebra la *Semana Cultural* y habrá sesiones de cine, conciertos y exposiciones de arte a diario.

Ágata miró dentro de la pastelería y se dio cuenta de cómo Elías miraba con tristeza hacia la mujer que se sentaba frente a ella. Sin pensarlo dos veces, Ágata le sonrió al hombre y se agachó hasta el oído de la mujer.

—Ingrid, ¿por qué no se acerca y le dice a Elías lo bueno que está el pastel? —le susurró traviesa, aprovechando que Gustaf estaba entretenido escuchando a Eric.

Ingrid asintió sonrojada, y, con una sonrisa nerviosa se levantó de su asiento y se metió en el local dispuesta a hablar con aquel hombre que la cortejaba a diario. Ágata se sentó en el lugar que había dejado la mujer y volvió a prestar atención a la conversación.

—¿Y bien? ¿Os apuntáis? —preguntó Eric con una sonrisa enorme en los labios, alternando la mirada entre sus dos amigos.

—No sé, Eric. Una peli coreana en versión original y sin subtítulos —respondió Igor con un gesto de asco en la boca, restregándose la nuca dudoso.

Gustaf se encogió de hombros, justo antes de cruzar su mirada gris con la de Ágata. Una sonrisa dulce se dibujó en la comisura de la boca de la cantante.

—Vamos Igor, no seas así, ¡que invito yo! ¡Aprovecha! Además, sí que tiene subtítulos —insistió con un puchero Eric a su amigo. Igor chasqueó la lengua poniendo los ojos en blanco—. ¿Qué dices Ágata? ¿Vamos al cine? —preguntó Eric, olvidándose de su amigo pelirrojo y mirándola a ella con una sonrisa enorme y un brillo de esperanza en los ojos.

—¡Claro! Pero, ¿puedes explicarme de dónde vas a sacar entradas para todos? —respondió

divertida Ágata.

Eric movió su asiento hasta colocarse al lado de la muchacha, le pasó un brazo por los hombros y acercó, peligrosamente, los labios a su oído.

—Tu Romeo tiene un par de ases en la manga.

Ágata sonrió y miró de soslayo a Gustaf, que observaba molesto a Eric, mientras cerraba la mano alrededor de su taza de café. Aquella imagen divirtió a la cantante.

—¿Es que te has ligado a la chica que vende las entradas? —preguntó Igor con una ceja en alto y los brazos cruzados en el pecho. Ágata se carcajeó al ver cómo Eric se sonrojaba—. ¿En serio, Eric? ¡Tío, pero si es una antipática! ¿Tan desesperado estás?

—¡Igor! No hables así de esa chica —le reprendió Ágata molesta.

—Ágata, tú no conoces a Mary. Una lija de las que usa Gustaf es más dulce que ella en su mejor día. En serio, esa mujer da miedo.

—¡No da tanto miedo! Cuando está borracha es muy simpática—respondió Eric frunciendo el ceño molesto.

—No me lo creo, ¿la emborrachaste? —preguntó Igor con los ojos abiertos como platos.

—Eh... esto... —balbuceó nervioso Eric mirando a su alrededor.

Igor y Gustaf rompieron a reír a carcajadas, haciendo que el muchacho se levantara molesto de su asiento.

—¡Ha sido ella la que te ha emborrachado! ¡Bien por Mary!—se carcajeó Ágata al verlo tan azorado.

—¡Ha sido una película increíble! —exclamó Eric encaramándose a los hombros de Igor y Gustaf a la vez.

Ágata miró de soslayo a los tres y sonrió al ver cómo Gustaf suspiraba exasperado mientras, por su parte, Igor se deshacía del efusivo agarre.

—Pero si ha sido un aburrimiento —se quejó Igor—. ¿Verdad, preciosa? —El joven se abrazó a Chrystal desde atrás y le regaló un beso tierno en la mejilla. Ésta chasqueó la lengua y miró con tristeza a Eric, que se había separado de Gustaf.

—Bueno, la parte del final estaba bastante bien —respondió encogiéndose de hombros dentro del abrazo de su chico. Adda se acercó a Eric que arrastraba los pies cabizbajo y le palmeó en un hombro.

—A mí me ha gustado. No he entendido nada, pero me ha gustado.

—Mi parte favorita ha sido esa en la que ponía *fin* —se carcajeó Igor.

El grupo siguió avanzando, charlando y riendo de las bromas que Igor le hacía al pobre Eric. Ágata se quedó algo rezagada mirando la hora en la pantalla de su teléfono. En ese momento, un hombre extremadamente delgado, vestido con ropas ajadas, sucio y un fuerte olor a alcohol se agarró a sus brazos, dejando su peso caer.

—Por favor, señorita —La voz del hombre temblaba, al igual que su cuerpo completo. Sus ojos vidriosos y casi fuera de sus órbitas la miraban desde la lejanía. Seguramente desde un pasado al que ya no podría volver—. Ayúdeme, señorita.

Un nudo se formó en la garganta de Ágata por la impresión y el susto que aquel indigente le dio al asaltarla de aquella manera. Pero, el corazón se le paró cuando vio a Gustaf agarrar al hombre y tirarlo al suelo en un sólo movimiento. Las manos de Adda se enroscaron en los hombros de la cantante, y Eric e Igor se pusieron delante de ambas, tratando de protegerlas. La cantante observó paralizada cómo Gustaf levantaba al hombre por el cuello del abrigo y lo empujaba contra la pared, alejándolo todo lo posible de ella.

—Por favor, señor, no, por favor —suplicó el hombre al borde del pánico. Sus manos temblaban con violencia y en aquellos ojos marrones había un miedo irracional. Su rostro estaba sucio, al igual que su pelo y la barba, que hacía años no se arreglaba. En el momento en que Gustaf llevó un puño hacia atrás amenazante, Ágata reaccionó.

—¡Gustaf, suéltalo! —gritó. El corazón de la cantante volvió a latir, pero esta vez a toda velocidad, al igual que su respiración.

Los ojos de Gustaf se fijaron en ella. Ya no eran grises, sino negros. Su rostro estaba contraído en una expresión de odio y desprecio hacia aquel hombre, mezclado con asombro por la reacción de ella.

Ágata se deshizo del agarre de Adda, pasó entre Igor y Eric, y sin pensarlo, empujó a Gustaf, obligándolo a separarse de aquel hombre.

—¿Qué coño te pasa? ¡Aléjate de él! —le gritó de nuevo. Ágata estaba fuera de sí.

Gustaf la miraba con la boca y los ojos abiertos. En el gris de su mirada la cantante podía ver incredulidad. Su reacción lo pilló desprevenido. Ágata miró a Igor, que fruncía el ceño extrañado, luego a Eric que abría y cerraba la boca tratando de balbucear algo. Adda la miraba mordiéndose el labio inferior mientras tomaba de la mano a Chrystal. Todos la miraban extrañados, asustados.

Ágata se giró hasta el vagabundo, que había caído al suelo. Estaba aferrado a la pared, encogido y tapándose, asustado, la cabeza con un brazo. Llevaba un abrigo verde botella, descosido en las mangas, con manchas y suciedad por todas partes. Un pantalón que antaño habría sido elegante, también roto en las rodillas. Así como unas deportivas viejas y sucias; una de ellas estaba rota en la punta y mostraba unos pies, tan sucios como el resto del cuerpo. La cantante se agachó y con delicadeza le posó una mano en el hombro.

—Tranquilo —susurró —. Nadie le va a hacer daño.

El hombre levantó la cabeza y la miró con miedo. Su labio inferior temblaba tanto o más que sus manos. Sus ojos estaban al borde del llanto. Ágata notó en ese momento el mal que asolaba ese cuerpo roto y deshecho. Le tendió una mano y le regaló una sonrisa dulce, que el hombre

correspondió con otra rota por las drogas. Lo ayudó a levantarse lentamente.

—Lo siento —El hombre negó mirando el suelo unos segundos, luego elevó la cabeza un poco para poder mirar a Gustaf de soslayo. Ágata advirtió que el hombre se encogió en cuanto el carpintero se alejó un paso más—. No le hará nada. Yo no lo dejaré.

El indigente asintió con la cabeza.

—Siento haberla asustado —murmuró agarrándose a la mano que Ágata le había tendido.

—No se preocupe. ¿Por qué no ha salido de ese infierno? —le preguntó lastimera la cantante. El hombre levantó la mirada y una lágrima rodó por su mejilla sucia. Aspiró con fuerza y se restregó la manga ajada de su abrigo por el rostro.

—Cuando se cae tan bajo ya no se puede salir, señorita. Sólo se puede esperar que la muerte te abraze y te lleve —respondió el hombre antes de separarse de ella—. Por favor, ¿puede ayudarme? No tengo nada para comer hoy.

Ágata asintió y le ofreció al hombre un billete de quinientas coronas bajo la mirada asombrada de sus amigos y Gustaf.

—A veces, hay música en los silencios, y luz al final de la oscuridad —le susurró la cantante con una sonrisa tierna. El hombre cogió el dinero que Ágata le ofrecía y le regaló una sonrisa triste y torcida, para tomarla luego de las manos.

—Ya no hay música ni luz para mí, preciosa. —El hombre le dio la espalda y se adentró por un estrecho y oscuro callejón, que había entre dos edificios—. Pero hoy seré libre una vez más —murmuró antes de desaparecer de la vista de la cantante.

—Ágata —la voz de Igor la sacó de su ensimismamiento—. Le has dado quinientas coronas a un tío que se lo va a gastar en drogas. ¿Pero qué te pasa?

Igor la miraba con asco y desprecio, al igual que el resto de sus amigos. Pero, en cuanto su mirada dio con la de Gustaf, y se ahogó en la decepción que mostraban sus ojos, una punzada de dolor y rabia se clavó en su corazón.

—¿Qué os pasa a vosotros? ¿Es que no tenéis humanidad? —gritó. Las lágrimas caían por sus mejillas. Gustaf se acercó a ella y trató de agarrarla pero Ágata se zafó con un movimiento violento—. ¡No me toques! —Lo miró a los ojos, decepcionada—. No sé quién eres. No te conozco, Gustaf.

—Ágata —suplicó Adda intentado acercarse a ella. Alargó una mano y trató de acariciarla en el brazo. La cantante se encogió, alejándose de su amiga.

—No tenéis ni idea. —Y, rindiéndose al llanto, Ágata se dio media vuelta y salió corriendo, dejando al grupo en medio de la calle.

Ágata corrió hasta que los pulmones le quemaban y las piernas le comenzaron a temblar de dolor. Sólo entonces se paró y miró a su alrededor. Recuperó el aliento y entró en la preciosa cafetería de estilo *vintage* que había justo al otro lado de la calle.

El aroma a café y dulces la envolvió. La luz cálida de las lamparitas, que adornaban las mesas junto a unos pequeños jarrones con florecillas, le sacaron una sonrisa. Las paredes del local estaban empapeladas con preciosos motivos *vintage* en tonos pastel; el suelo era de parquet claro

y la barra de madera de nogal. Ágata se sentó en uno de los sofás de piel marrón que había al lado del escaparate y pidió una taza de chocolate caliente. Aunque era julio y las temperaturas eran veraniegas, el disgusto y el mal cuerpo que el incidente con el mendigo le había dejado, sólo se iría con algo caliente. En cuanto el camarero le sirvió y ella se recostó con la taza entre las manos, un cuerpo grande y fuerte se sentaba a su lado.

Un aroma familiar la envolvió, obligándola a mirar a su lado. Unos vaqueros pitillo negros, rotos en las rodillas, unas botas de estilo militar brillantes, a juego con una preciosa chupa de la que colgaban algunas cadenillas como decorativo, unido a aquel flequillo negro y brillante, sorprendieron a Ágata.

—¿Billy? ¿Qué...? —alcanzó a preguntar dejando su taza en la pequeña mesita auxiliar.

El hombre le dedicó una sonrisa torcida y extendió un poco los brazos, invitándola a guarecerse en aquel pecho fuerte. Sus ojos negros la miraban con deleite. Ágata lo observó unos instantes en silencio. Los tatuajes de su cuello hacía contraste con la piel blanca como la nieve, atrás había quedado los *pierings* que decoraban su nariz y orejas. Aunque su aspecto estaba algo más cuidado, seguía teniendo aquella pinta de cantante de *rock punk* alternativo de antaño.

—¿Vas a darme un beso o voy a tener que rogar? —Le sonrió travieso para abrazarla un instante después—. ¿Cómo estás, Val?

Ágata se separó de él y le dio un beso en la mejilla, deteniéndose en aquel aroma que le recordaba a aquellos días en los que se quedaba dormida sobre aquel pecho musculado. Parpadeó, tratando de recordar el trasfondo de aquel hombre, volviendo así a la realidad.

—Estoy bien, ¿qué haces aquí?

—Esta semana daremos un concierto, es por lo de la semana cultural o no sé qué mierdas —respondió Billy—. Te hacía en el centro de rehabilitación.

—Aún estoy rehabilitándome, Bill. Pero... —Ágata desvió la mirada hacia su regazo sin saber muy bien cómo explicar su situación.

—Ya. Te estás escondiendo de la prensa, ¿no? —confirmó el hombre con una ceja en alto. Ágata asintió—. Tranquila, nena. No diré nada. ¿Sabe Ray que estás aquí?

—No, y no quiero que lo sepa, por favor, Billy —rogó mirándolo a los ojos.

—Tranquila, Val —la interrumpió levantando las manos—. No diré nada. Sé lo que es pasar por esta mierda, y es mejor así. Ray puede ser un tocapelotas muchas veces. Tu secreto está a salvo conmigo, nena.

Ágata asintió recelosa y cogió su taza de chocolate para darle un sorbo. La pareja charló durante más de una hora.

—¿Entonces estás solo? ¿Se acabó la banda de *rock punk*?

—Sí, ahora soy sólo William McTaylor. ¿Y tú? ¿Sigues siendo Valkiria? —le preguntó antes de darle un sorbo a su café.

—No, Valkiria murió con Marco. Ahora soy Ágata —respondió mirándolo a los ojos. Éste asintió y tomó una de sus manos entre las suyas, besándole el dorso con ternura.

—Ágata.

En ese momento, la puerta de la cafetería se abrió dando paso a Adda. Su rostro estaba pálido y jadeaba cansada. Su mirada recorrió el local hasta dar con los ojos avellana de su amiga. Se acercó veloz y se sentó a su lado.

—Ágata, ¡por fin te encuentro! Llevamos buscándote más de una hora. Vamos, tenemos que volver a la aldea —dijo.

—Hola preciosidad. —Billy sonrió y deshaciéndose de la mano de Ágata, tomó con cortesía, la de Adda—. Mi nombre es Bill, soy... —dudó mirando a la cantante.

—Un viejo amigo —terminó la frase Ágata con una sonrisa tirante al comprobar cómo los ojos de Bill se deleitaban de placer. Conocía aquella mirada y no le hizo gracia ver que se la dedicaba a su amiga.

La chica sonrió cohibida, alternando la vista de Ágata a Bill.

—Encantada —susurró sonrojada—. Soy Adda, una amiga también.

—Adda —repitió Bill en un ronroneo paladeando cada letra y acercando la mano de la chica hasta su pecho—. Precioso, como tus ojos y tus labios.

Ágata frunció el ceño y se levantó con brusquedad.

—Vamos, Adda. Debemos marcharnos, se hace tarde.

La pareja se levantó, pero Billy no soltaba la mano de Adda, ni dejaba de mirarla embelesado. Se humedeció los labios con una lentitud pasmosa que exasperó a la cantante. Conocía cada uno de aquellos movimientos a la perfección.

—¿Os marcháis? Pero, si apenas he podido conocer a esta dulce flor —se quejó el hombre tirando de la chica hasta acercarse a su rostro. Ágata agarró a Adda por los hombros y la alejó del muchacho.

—Hemos venido con más gente y se nos hace tarde, Bill. Me ha encantado verte —Ágata empujó a su amiga hasta la puerta mientras hablaba—, pero debemos marcharnos ya.

—Ágata —el tono de Bill era chulesco y seguro—. ¿No olvidas algo?

La cantante miró sorprendida a su alrededor, porque no creía que se le olvidara nada. Entonces llevó la mirada hasta el bolso que Bill le ofrecía. Se acercó a él y lo cogió regalándole una sonrisa tirante.

—Basta, Bill —susurró para que Adda no la oyera—. Nos vamos.

El hombre le guiñó un ojo travieso y luego miró a Adda.

—Dime, Adda, ¿qué planes tienes para el sábado por la noche? —preguntó con una sonrisa malévola.

—Pues, ninguno —respondió turbada la chica.

—Perfecto —sonrió perverso para, con dos zancadas, ponerse a su lado y mirarla a los ojos—. ¿Te apetece ir a un concierto y luego a una fiesta privada? Por supuesto, estáis todos invitados —dijo pasándole un brazo a la chica por el hombro y miraba a Ágata con fingida inocencia. Ágata

observó cómo la mirada de Adda se encendía de ilusión.

—Vaya, la verdad es que sería genial —sonrió Adda a su amiga.

—Sería genial, Ágata —repitió Bill.

Ágata bufó, aunque trataba de pensar una excusa que dar, no tenía motivos para no asistir. De todas maneras, estaba segura de que en cuanto Adda lo comentara, todos a excepción de Gustaf se apuntarían, y luego Igor y Eric se encargarían de convencer al carpintero.

—Está bien, dame seis entradas, Bill —suspiró dejando caer los hombros.

El hombre sonrió y sacó del bolsillo interno de su chaqueta seis entradas que entregó a Adda con una sonrisa y un guiño prometedor que enervó aún más a la cantante.

CAPÍTULO 30

Ágata suspiró, sentía el agua fresca correr por sus manos mientras fregaba la última taza de aquella tarde. En aquel momento, la campanita de metal que colgaba sobre la puerta de la pastelería sonó, anunciando la entrada de un cliente.

—Lo siento, está cerrado —dijo dándose la vuelta y colocando la pieza de porcelana sobre la estantería que le correspondía, junto al resto de la vajilla. Al volverse, sus ojos se cruzaron con los tristes de Igor, quien se apoyaba con las manos entrelazadas en la barra de madera, sentado sobre uno de los taburetes. Ágata frunció el ceño.

—¿Podemos hablar? —le preguntó.

—Claro.

Igor chasqueó la lengua y se rascó la nuca desviando la mirada a todas partes, evidenciando lo incómodo que le resultaba aquella situación.

—Mira, sé que apenas nos conocemos pero, conozco a Gustaf desde que éramos niños, y sé cuando algo le preocupa.

Ágata recargó el peso sobre una cadera y miró con el rostro cansado a Igor. —Igor, haz el favor de hablar claro.

El muchacho resopló y se revolvió el cabello.

—Ágata, no sé la historia que tú y Gustaf os traéis. Si estáis juntos o no, te aseguro, que es algo que no me interesa, pero, desde lo del *droga...* vagabundo, está como loco. No para de gruñir y no quiere salir del taller si no es para tratar de venir a verte.

—No quiero saber nada de él. ¡Viste cómo se comportó! —exclamó Ágata cerrando las manos alrededor del paño que sostenía.

—¡Quería protegerte!

—¡Iba a golpearlo! —gritó molesta. Sentía que la rabia se hacía con su cuerpo—. ¿Qué razón tenía para hacerle eso? Ya lo había apartado a un lado, ¿por qué tenía que ensañarse con él?

Igor parpadeó y guardó silencio unos segundos. Suspiró.

—Por favor, habla con él. Perdónalo. Nunca lo había visto así.

—Tú no lo entiendes, Igor —susurró Ágata llevándose los dedos al arco de la nariz y haciendo presión.

—Lo único que entiendo es que está desquiciado y te puedo asegurar que Gustaf no es de los que se pierden la cabeza por una mujer —respondió levantándose de la silla y dirigiéndose a la puerta.

—¡No tenía motivos para comportarse así! —gritó enfadada la cantante. Igor se giró y la miró triste.

—Te equivocas. Tiene una buena razón.

—¿Y cuál es? —preguntó Ágata cansada de dar rodeos que no parecían llevarle a ninguna respuesta.

—Eso tendrás que preguntárselo a él —dijo tranquilo antes de salir y dejar sola a la mujer.

Una vez que la puerta se cerró tras el muchacho, Ágata gruñó enfadada, descargando toda la ira y la frustración al golpear la barra de madera con el paño de cocina. Exhaló todo el aire de golpe y agachó los hombros.

Dedicó una hora más a terminar de recoger junto con Elías y, una vez acabado el trabajo, Ágata salió de allí con la mente perdida en sus pensamientos. Tal era su ensimismamiento que la cantante había olvidado quitarse el mandil. La rabia le ardía en la sangre, recorriendo cada rincón de su cuerpo, junto con la tristeza y el miedo al rechazo. Si Gustaf había reaccionado así, con aquel desprecio, aquella rabia y odio hacia aquel hombre, la cantante, no deseaba saber cómo reaccionaría el día que supiera la verdad de su adicción. Las lágrimas se agolparon en sus ojos y su labio inferior comenzó a temblar, a causa del llanto que llamaba a las puertas de su corazón. Negó en silencio. Aspiró con fuerza y se secó las lágrimas con un pañuelo que sacó del bolsillo de su mandil.

—Ágata, —la voz suave y preocupada de Ingrid captó su atención. Ágata levantó la mirada y la encontró en el umbral de su casa con la escoba en la mano—. Vamos, entra en casa.

La cantante negó con la cabeza.

—Estoy cansada.

—He dicho que entres en casa —respondió la mujer con aire autoritario. Ágata la siguió cabizbaja sin ánimo de discutir.

Entró arrastrando los pies y cruzándose de brazos, estaba cansada y lo único que le apetecía era tirarse en su cama con Frida en su regazo. Se sorprendió pensando en lo que le relajaba acariciar las plumas de aquel animal destartado y en la razón de por qué no había tenido antes una mascota.

El silbido de la cafetera la sacó de sus pensamientos, percatándose entonces que estaba sentada

en la cocina de Ingrid, así como de la mirada preocupada que le lanzó la señora antes de voltearse y servirle una taza de café con leche.

—Bien Ágata, ahora vas a explicarme. —comenzó a decirle a la vez que removía su bebida—. ¿Qué ha pasado con ustedes?

La cantante resopló y se revolvió el pelo, molesta. Pero, tras unos segundos de silencio en los que la mirada de Ingrid se intensificó, Ágata terminó por contarle el incidente del mendigo de hacía unos días.

—Entiendo —respondió meditabunda rascándose el dorso de la mano—. Verás, cielo, el comportamiento de mi hijo me avergüenza y me disgusta tanto como a ti. Pero...

—Ingrid, no intente excusarlo —interrumpió cansada la cantante.

Ingrid suspiró y tomó una de las manos de Ágata, mirándola con tristeza.

—¿Te ha contado mi hijo cómo perdió la voz?

Ágata frunció el ceño sin entender a qué venía la pregunta. Negó con la cabeza y le dio un sorbo a su café, esperando que Ingrid comenzara a hablar.

Gustaf salió de la biblioteca con la mochila a cuestas, dejando que el aire frío de febrero le azotara en la cara. Sacó un cigarrillo de un paquete que escondía siempre en el bolsillo interior de su maleta e inhaló la primera calada, deleitándose con el sabor de aquel vicio prohibido. Sabía bien que si sus padres lo veían le caería una buena regañina.

Bajó por las escaleras de la entrada de la biblioteca y salió calle abajo, en dirección a la carretera que le llevaría a la aldea. Aunque sus padres siempre le daban dinero para tomar el pequeño bus que recorría las aldeas colindantes del lago, él siempre optaba por caminar los cinco kilómetros que lo separaban y así poder ir guardando ese dinero para pagarse los cigarrillos y las cervezas que, de vez en cuando, se tomaba con sus amigos al salir de estudiar.

Aquel martes de febrero era como otro cualquiera, y, aunque era ya noche cerrada, siguió su camino sin mirar atrás, concentrado en las volutas de humo que se escapaban de su cigarrillo y en la cantidad de exámenes que tenía aquella semana.

La nieve que había a los lados de la carretera cedía bajo el peso de sus pies, el frío le quemaba las mejillas y le hacía temblar las manos. Tiró la colilla ya consumida y se subió el cuello del abrigo, se enfundó un poco más el gorro de lana y metió las manos en los bolsillos, apretando el paso para tratar de llegar a casa cuanto antes. A medida que la noche avanzaba, bajaban las temperaturas.

Fue en la bifurcación entre dos de las aldeas, cuando Gustaf reparó en la presencia de un hombre que, apoyado de espaldas contra una señal, yacía sentado mirando el suelo. El muchacho frunció el ceño y se acercó en silencio. Aquel hombre parecía necesitar ayuda, porque estaba sumido en el silencio, completamente quieto en medio de la nieve. Cuando Gustaf se acercó hasta su altura, lo observó unos segundos.

El hombre llevaba un abrigo rojo ajado; un gorro de lana negro con un par de boquetes, pantalones para la nieve que también parecían tener mucho tiempo y una barba de varios días

cubriéndole el rostro.

—Disculpe, —murmuró—. ¿Se encuentra bien? ¿Necesita ayuda?

El vagabundo levantó la cabeza, y le regaló una sonrisa torcida que hizo que a Gustaf se le helara la sangre. Los ojos de aquel hombre estaban inyectados en sangre, un pequeño corte abierto en el labio inferior no dejaba de sangrar, abriéndose a medida que lo hacía su sonrisa. Fue entonces cuando Gustaf vio lo que el hombre tenía entre las manos. El mendigo tenía clavada entre los dedos de la mano izquierda una fina jeringuilla. Gustaf tragó saliva al sentir el peligro.

Pero en cuanto quiso echar a correr, un brazo lo asió del cuello, y una voz rota le hizo estremecerse.

—¿Dónde crees que vas, chaval? —el tono de aquella voz era de un hombre, pero era temblorosa y a la vez chillona. Parecía costarle unir las palabras en una frase.

Una mano temblorosa le acercó una navaja vieja y oxidada hasta el cuello. Sentía el frío de la hoja acariciarle la piel. A la par, el pánico tomaba el control de su cuerpo.

—Por favor...

El hombre que yacía en el suelo, se levantó con dificultad, pero sin despegar la mirada vacía y cínica de él, se acercó poco a poco.

—Tranquilo, muchacho, no te haremos nada, si tú nos ayudas... —balbuceó. El hombre de abrigo rojo le mostró la jeringuilla muy cerca de los ojos—. ¿Sabes qué es esto? Sí, claro que lo sabes —se mofó. El tono que usaba hacía que el miedo que Gustaf sentía se fuera transformando en pánico y éste en terror. Los ojos vacíos de aquel hombre lo miraban con asco—. Mira, chaval, si nos das todo lo que tengas, nosotros podemos pillar más de esto. —Continuó moviendo la jeringuilla delante de sus ojos—. Y entonces te dejaremos en paz. Si te resistes, mi amigo te cortará el cuello, ¿te ha quedado clarito?

Gustaf asintió asustado. Sentía el brazo delgado del otro asaltante rodearle el cuello y apretar con más fuerza mientras el primero hablaba, la punta de la navaja temblaba y sentía como le arañaba la piel del cuello, justo debajo de la barbilla. Tragó con dificultad a la vez que, despacio, se quitaba la mochila y se la tendía al drogadicto que tenía delante. Éste la cogió y vació el contenido en la nieve, buscando su cartera entre las pertenencias. El individuo la abrió y sacó de ella un billete de cien coronas.

—¿Esto es todo lo que tienes? —le amenazó el que lo tenía agarrado por el cuello agarrando la navaja fuerte contra su cuello. Gustaf asintió tembloroso, sentía el pánico recorrerle cada centímetro de su cuerpo.

—Hay... hay un paquete de cigarrillos en el bolsillo interior.

El hombre del abrigo rojo gruñó, mirándolo con desprecio. Luego se encogió de hombros y le hizo una señal con la cabeza al que tenía detrás. En ese momento, Gustaf se relajó, porque entendió que aquella señal servía para que el hombre que lo agarraba y amenazaba, lo soltase. Pero no fue interpretada así, y en ese momento, sintió cómo la hoja oxidada y casi roma se clavaba en su cuello con lentitud. La sangre comenzó a manar cálida, manchando su abrigo y el resto de la ropa que llevaba. Gustaf cayó de rodillas, mirando a los ojos al asaltante del abrigo.

Éste lo observaba en silencio, con los ojos abiertos y aterrorizados.

El muchacho se agarró el cuello, tal era el pánico y la impresión por lo sucedido, que Gustaf no era capaz de sentir dolor, tan sólo deseaba volver a casa, junto a su madre y su padre. Sentirse protegido y borrar la extraña sensación que le provocaba el contraste de la fría nieve y el calor de la sangre sobre su piel. Trató de balbucear, pero sentía que la vida se le escapaba.

—¿Qué has hecho, imbécil? —gritó el del abrigo rojo fuera de sí.

—Me has dicho que me lo cargue —respondió incrédulo el segundo.

En aquel momento, las luces de uno de los autobuses que se acercaba, haciendo su ronda, iluminó el lugar.

—Vámonos —murmuró uno de los dos, dejando a Gustaf tendido en el suelo, desangrándose.

—Tras aquello, nos avisaron que nuestro hijo estaba en el hospital, lo estaban operando de urgencias —murmuró Ingrid triste. Ésta jugueteaba con la cuchara y los posos del café—. Cuando salió del quirófano, nos dijeron que la hoja de la navaja era muy irregular y por eso no podían reconstruirle las cuerdas vocales. Mi hijo perdió la voz aquel día.

Ágata se secó una lágrima que caía tímida por su mejilla. Miró a Ingrid y ésta suspiró.

—Yo... no lo sabía —respondió en un murmullo, sintiendo cómo la vergüenza por haber tratado a Gustaf de aquella manera la corroía desde dentro. La mano de Ingrid le acarició el rostro.

—Tranquila, mi hijo no lo suele contar —Ingrid guardó silencio unos instantes—. Desde aquel día, Gustaf no había vuelto a ser el mismo, le costó mucho recuperarse. Tuvo que cambiar de colegio para aprender la lengua de signos, la universidad tampoco fue fácil para él, y cuando se recuperó, mi marido murió. Aquello lo volvió a hundir, pero, desde que llegaste a este pueblo... —Ingrid sonrió dulce—. Sus ojos se han vuelto a llenar de vida, su sonrisa es más grande. Mi hijo ha vuelto otra vez. Por favor, Ágata, perdónalo. Está muy arrepentido de su comportamiento.

—Ingrid, usted no lo comprende—Ágata se calló, mirando a aquella mujer a los ojos. Por primera vez deseaba contarle a alguien la verdad, deseaba poder descargarse de las mentiras que le hacían jirones el corazón. Pero el miedo a ser despreciada, a que aquella mujer la mirara con decepción la asaltó, haciendo que se callara unos segundos. Ágata cerró los ojos y aspiró, asintió y miró de nuevo a los ojos a la madre de Gustaf, que le rogaba en silencio—. Está bien, me lo pensaré.

CAPÍTULO 31

Ágata se miró de nuevo en el espejo de pie que Adda tenía en su dormitorio. En cuanto Igor llegase con Chrystal, se marcharían hasta el local donde Billy daría el concierto. Eric les había

avisado que los esperaría allí, de manera que, para no quedarse sola con Gustaf, decidió ir en el coche con Adda y la pareja.

La cantante había elegido una preciosa falda de cuero negra por encima de la rodilla, acompañada de una camiseta de algodón y una chaqueta de estilo militar, todo a juego con sus *Christian Loboutin* que tanto adoraba y su valknut de plata. Sonrió al verse maquillada, hacía mucho tiempo que no se veía tan guapa, y sobre todo, hacía mucho que no pisaba un concierto y disfrutaba de él con unos amigos. Adda entró en el dormitorio y le sonrió.

—Estás muy guapa. —Adda le dio un golpecito con la cadera obligándola a apartarse a un lado, para ponerse rimmel en las pestañas. La cantante la miró de arriba a abajo. Su amiga se había puesto un corto vestido de lentejuelas plateado y unos preciosos zapatos de tacón verdes, que hacían juego con su bolso de mano. Frunció el ceño.

—Adda, quiero decirte algo. Billy... —Comenzó dubitativa. Su inocencia y ternura la convertían en un blanco fácil para alguien como Billy.

—Sé que es tu ex-novio, Ágata. Pero, aquello se terminó, ¿verdad? —Ágata asintió y se mordió una uña. Se sentó en la cama mirando de soslayo cómo Adda se esmeraba en arreglarse. Aquella chica había sido rechazada por el hombre del que estaba enamorada, y ahora, de todos los hombres sobre la faz de la tierra, era Billy el que le hacía caso, sacándole de nuevo una sonrisa ilusionada. La cantante bufó, insegura de si debía o no interceder y quitarle la idea de salir con Billy.

—Adda, escúchame...

—Ágata. —La chica se volteó y la miró sonrojada—. ¿Estaría mal si Billy y yo...? Bueno, ya sabes... parece que le gusto, y tal vez me ayude a olvidarme de Gustaf.

La cantante suspiró mirando al techo. Se levantó y agarró a Adda por los hombros. Los ojos de la muchacha brillaban expectantes, deseosos de que ella le diera su consentimiento para poder corresponder al coqueteo del cantante.

—No, no estaría mal porque mi historia con Billy terminó, pero, ten cuidado. No es de fiar.

Ágata se mordió la lengua, aunque deseaba poder decirle que no se acercara al cantante, en el fondo sabía que no tenía derecho ninguno. Adda, aunque mucho más joven que ella, era adulta. Y, también estaba el hecho que ella mantenía una relación oculta con el hombre del que estaba enamorada, lo que hacía que se sintiera culpable. En ese momento, los ojos grises y tristes de Gustaf aparecieron en su mente. Dejó caer los hombros y se perdió en aquel pensamiento; había estado meditando varios días si debía o no hablar con él, saber lo que le sucedió a Gustaf le dolía en el alma. Aquel hombre no se merecía algo así, pero, la posibilidad de que la mirase de la misma manera que miró al vagabundo la aterraba. En ese momento, el sonido de un claxon la devolvió a la realidad, obligándola a salir de la casa con Adda y dirigirse al concierto.

El local donde se celebraba el concierto era bastante pequeño y oscuro. Ágata pensó que acompañaba bastante con el estilo de Billy en el escenario. La gente llenaba el lugar, haciendo que la temperatura aumentase y deseó poder quitarse la chaqueta; pero en el momento en que sus manos abrieron todos los botones, se acordó de sus cicatrices y decidió dar marcha atrás a aquella idea. Una mano grande la asustó haciendo que se girase, chocando entonces con la

sonrisa traviesa de Billy.

—Perfecto, has venido —le dijo y le regaló un beso en la mejilla. Luego le pasó un brazo por los hombros. Adda se giró también y se sonrojó al instante.

—Billy, ¿te acuerdas de... ? —Comenzó a decir señalando a Adda.

—Adda. ¿Cómo olvidar esos ojos? —El hombre soltó su agarre y cogió una de las manos de la chica entre las suyas para besarla bajo la mirada atenta del resto de amigos. Ágata resopló y puso los ojos en blanco—. Vamos preciosa, tengo un lugar reservado para vosotros.

Aún de la mano de Adda, Billy los guio hasta un reservado en una esquina del escenario, aunque había mucha gente agolpada, desde allí supo la cantante que se podría disfrutar del sonido y el escenario mejor que en otra parte. En cuanto llegaron y Billy se despidió para comenzar el concierto, Igor desapareció para volver unos minutos después con Gustaf, Eric y unas cuantas bebidas. Para ella, sólo habían llevado una pequeña botella de agua mineral.

—Lo siento —se disculpó el pelirrojo—. No sabía qué podrías tomar, y sólo se me ocurrió esto.

Ágata le sonrió y se encogió de hombros. El concierto comenzó con una vieja canción que Billy cantaba con su anterior grupo y continuó con los éxitos de su nuevo disco en solitario. Canciones que Ágata nunca había escuchado.

Aunque el ritmo de la música mezclada con la voz barítona de Billy y los movimientos de caderas de Adda y Chrystal la animaban a bailar y disfrutar, los ojos grises de Gustaf y su lejanía la paraban y obligaban a aislarse en un rincón. Resopló y lo miró de soslayo por cuarta vez desde que comenzara aquella canción, el hombre bebía de su copa mirando al escenario y escuchando lo que Eric le decía al oído.

Gustaf destacaba entre la muchedumbre por su altura. Vestía un jersey de punto gris perla de cuello redondo y unos vaqueros estrechos. Ágata no podía dejar de mirarlo. Y, en el momento en que sus ojos grises se posaron en ella, sin pensarlo, le hizo un ademán con la cabeza, invitándolo a salir de allí.

La cantante se abrió paso entre la gente, mirando de soslayo a Gustaf, comprobando que la seguía. Salió por una de las puertas de emergencia traseras, dando así a un callejón, un par de camareros se habían sentado en los escalones de la salida y hablaban entretenidos a la vez que disfrutaban de un par de cigarrillos. Ágata se alejó un poco, adentrándose en una esquina mal iluminada pero que los protegería de miradas indiscretas.

Gustaf se plantó frente a ella y la miró con las cejas en alto y una gran tristeza. Sus brazos cruzados en el pecho remarcaban su altura y su figura. Se fijó entonces en que por el cuello del jersey, podía verse parte del vello de su pecho, haciendo que Ágata se humedeciera los labios y un escalofrío de deseo bajara por su vientre.

—Yo... —Ágata carraspeó y se movió incómoda—. Tu madre me contó lo que te pasó. Y, entiendo que estés resentido, tienes razón en estar enfadado. Yo también lo estaría si... —La voz de Ágata se quebró al recordar de nuevo la historia que Ingrid le había contado. Dio un par de pasos hasta el carpintero y lo miró a los ojos—. Lo siento, pero nunca te había visto así. Me asusté, y... —Ágata tomó aire, tratando de evitar que las lágrimas rodaran por sus mejillas. Pero no lo consiguió, el llanto se hizo con su cuerpo. Al igual que con Ingrid, deseaba contarle la

verdad a Gustaf, pero de nuevo, el miedo a su rechazo hizo que se guardara silencio. Bajó la mirada y dejó que las lágrimas rodaran por su rostro.

En ese momento, los dedos de Gustaf la asieron por la barbilla, obligándola a levantar la cabeza. En su rostro había ternura y tristeza mezcladas. El hombre se humedeció los labios y luego negó con la cabeza. Tomó una de sus manos con la que le quedaba libre y se la llevó al pecho. Colocando la palma de Ágata sobre su corazón unos segundos, para luego abrazarla y regalarle un beso en la cabeza. Algo le decía a Ágata que Gustaf trataba de disculparse.

—Sé que sólo querías protegerme, Gustaf. Pero... —La cantante se separó un poco para mirarlo de nuevo. Dejó pasar unos instantes antes de continuar—: Cuando mi matrimonio acabó, Marco no pudo superarlo y las drogas fue el único camino que encontró para tratar de seguir adelante —murmuró. Gustaf frunció el ceño y le secó otra lágrima que caía por su rostro—. Son enfermos, Gustaf. Personas que no saben afrontar la realidad que les ha tocado vivir. Tuviste mala suerte, pero la mayoría que entran en ese infierno no son malas personas. Sólo están perdidas; como Marco.

Gustaf la acunó entre sus brazos y luego se acercó a sus labios. Ágata cerró los ojos y dejó que aquel beso curase su corazón cansado. Enredó sus manos al cuello de Gustaf y se fundió en un beso cada vez más apasionado. Las manos del carpintero la sujetaban fuerte por la cintura contra su cuerpo, su lengua la invadía con ternura al principio, y, luego con pasión y deseo.

—¡Eh! ¡Vosotros! —la voz de uno de los guardias de seguridad que había salido a hacer su ronda los asustó, obligándolos a entrar de nuevo al concierto.

Billy, Adda, Eric, Gustaf y Ágata estaban en el apartado *VIP* de la discoteca del hotel, dónde se alojaba el cantante, mientras que Igor y Chrystal bailaban abrazados en la pista. La música sonaba atronadora, las luces de colores se movían serpenteando por la sala, la gente bailaba, bebía y disfrutaba. Sentados en una mesa redonda, apartados del bullicio con unos cuantos cócteles, Gustaf miraba de soslayo a Ágata. Estaba preciosa aquella noche, pensaba el hombre. El verde de aquella chaqueta de estilo militar resaltaba sus ojos avellana, y bajo aquella camiseta podía intuir un precioso sujetador negro de encaje.

El hecho de haber arreglado su situación lo tranquilizaba, y desde que lo habían interrumpido en aquel callejón, sólo deseaba poder arrancarle la falda de cuero y demostrarle cuánto deseaba estar con ella. Pero, estaban rodeados de gente y, para colmo de males, Adda estaba presente. Aunque al carpintero no le importaba mucho, Ágata le había suplicado no decir nada hasta que estuvieran seguros que Adda pudiera soportarlo.

La miró de nuevo parándose en sus labios y, luego, siguió bajando hasta sus muslos desnudos. Comenzó a sentir una presión incómoda en sus vaqueros.

—Y dínos, Ágata —dijo Eric mirándola tras sus gafas con una sonrisa embriagada de alcohol—. ¿Cómo es que conoces a un cantante famoso?

Gustaf vio el mohín que hizo la cantante al oír la pregunta. Pero, lo que menos gustó al

carpintero, fue la manera en la que miró a Billy y este le sonrió cómplice. Una punzada de celos se clavó en su pecho.

—Fue hace muchos años, trabajaba en un bar donde solíamos tocar con la banda —respondió Billy sonriéndole a Eric. Le había pasado el brazo por encima de los hombros a Adda. Ésta no dejaba de hacerle ojitos al cantante. Gustaf observó lo nerviosa que Ágata estaba desde que se habían sentado al lado de aquel hombre.

—¿Fue entonces cuando os hicisteis novios? —preguntó Adda, arrastrando las palabras, claramente afectada por el alcohol. Gustaf tosió, aunque estaba al tanto del matrimonio de Ágata y sabía que había habido otros hombres, le molestaba sobremanera tener delante de él a uno de ellos. Miró a Ágata, que no dejaba de jugar con su vaso. La punzada de celos se convirtió en un agarre que le apretaba, asfixiándolo. Billy era parte de su pasado, de eso estaba seguro, pero no podía dejar de imaginarla bajo sus manos. Gruñó.

—Preciosa —ronroneó al oído de Adda—, ¿qué importa eso? El pasado hay que dejarlo atrás, lo único que importa es el presente y, ¿sabes cuál es mi presente? —Adda sonrió tímida y negó con la cabeza—. Mi presente eres tú, nena.

Adda dejó escapar una risita nerviosa, encogiéndose bajo la caricia coqueta que Billy le regaló en la mejilla. Aquel coqueteo con la hermana de Igor hizo que Gustaf se tranquilizara un poco.

—Eres un tonto —sonrió la chica avergonzada.

En ese momento, Ágata se levantó y tiró de Adda a través del bullicio hasta el aseo de mujeres. Eric se encogió de hombros y se marchó a la barra a por otra bebida, dejándolo sólo con aquel cantante moreno con pinta de *punk*.

—Es increíble, ¿verdad? —dijo con chulería el cantante. Removió su copa. Gustaf lo miró con los ojos entornados—. Ágata —aclaró—. Es una mujer maravillosa. Todo en ella es fascinante. —Los ojos marrones de Billy se clavaron en los suyos. Gustaf pudo ver la seguridad y la superioridad que desprendían, pero aquello no lo amilanó—. Te gusta y es normal; vuelve locos a todos los tíos. Yo mismo perdí la cabeza por ella. Joder, qué época aquella. ¿Ya te la has tirado? —Billy levantó una ceja y le regaló una sonrisa torcida y cínica. Gustaf negó con desprecio—. Es muy buena, aún recuerdo cuando me la follaba contra la pared. Me recuerda a las valquirias o a las Amazonas, ¿a ti no?

Billy se acercó a él y le pasó un brazo por los hombros. Se dejó caer sobre un codo y señaló a la lejanía. Gustaf siguió la dirección de su dedo y vio a Ágata hablando con Adda, esperando su turno para entrar al aseo.

—Es puro fuego, tanto en la cama, como fuera de ella. Te encandila con su sonrisa y su dulzura, y luego, te enloquece con su coraje y sus caderas. Pero tiene un fallo. —Aunque lo que le estaba diciendo lo enfadaba, Gustaf se percató de que el tono de Billy había cambiado. Ya no era cínico ni chulesco, sino triste y nostálgico—. Nunca olvidaré a Marco. Ágata tiene a ese cabrón grabado a fuego en la mente.

Gustaf lo miró unos segundos. Sus palabras avivaron la punzada de celos que se había cerrado sobre su corazón. Miró de nuevo a Ágata y se dijo que él acabaría con aquellos recuerdos. Marco estaba muerto, y sólo era un fantasma que el borraría con sus besos. Besos que comenzaría a darle en aquel momento.

Adda se separó de Ágata y se encaminó con una sonrisa dulce hasta la mesa de nuevo, dejando a la cantante sola en la puerta del aseo. Gustaf no se lo pensó, y en cuanto Billy se levantó en busca de Adda, él se abrió paso entre la gente en busca de los labios de Ágata.

La chica estaba apoyada al lado de la puerta del aseo, esperando a que la persona que lo tenía ocupado saliera. Gustaf se plantó frente a ella, y la agarró de la cintura con brusquedad, besándola con violencia. Deseaba borrar los recuerdos de aquel hombre de su cabeza, deseaba ser el único que ocupara su corazón. Los labios de la cantante respondieron a su beso, pero sus pequeñas manos se posaron en su pecho, obligándolo a separarse.

—Gustaf, podrían vernos —jadeó con los ojos cerrados.

Para su suerte, la chica que ocupaba el aseo salió, y sin darle tiempo a reaccionar, Gustaf empujó a Ágata hasta el baño, cerrando la puerta tras de sí. Echó el cerrojo, y tomó su rostro con sus manos, besándola de nuevo con pasión, con rabia y deseo. Quería tenerla para él, deseaba hacerla suya de la misma manera que él ahora le pertenecía a ella. Le rompía el corazón saber que aún suspiraba por Marco y deseaba hacer que lo olvidara.

—Gustaf —gimió a sus labios. Las manos de Ágata se ceñían a su cuello, el calor de su cuerpo lo encendía, volviéndolo loco. Deseaba desnudarla allí mismo, y eso era lo que iba a hacer.

Mordió su labio inferior, arrancándole un jadeo. La agarró por la nuca y la cintura, apretándola contra la erección que presionaba su pantalón.

—Aquí no, por favor —susurró la cantante. Pero, aunque sus labios decían que no, sus manos se adentraban bajo el jersey de él, pidiéndole más. Gustaf gruñó y paseó la lengua en sentido descendente por su cuello. El carpintero se agachó y siguió besándole los muslos, mordisqueando y lamiendo su piel caliente. Metió las manos debajo de su falda y de un solo movimiento, le quitó las braguitas, metiéndolas en el bolsillo trasero de su pantalón. Se puso de pie y volvió a invadir su boca, bebiendo de sus besos, de su pasión. La deseaba, en aquel lugar y en aquel momento. Quería hacerla gritar de placer, verla retorcerse entre sus manos. Ágata lo miró con los labios hinchados y sonrosados, una sonrisa traviesa que lo excitó aun más se dibujó en sus labios. Las manos de la cantante jugaron con el botón de su pantalón, y sin que a él le diera tiempo a reaccionar, la mujer se arrodilló y liberó su erección. La tomó con los labios y jugueteó con su miembro, haciendo que Gustaf echara la cabeza hacia atrás y ahogara un jadeo. Se mordió el labio inferior en cuanto sintió un escalofrío de placer recorrerle la espalda. Ágata lamía, chupaba y succionaba de una manera que lo enloquecía. Enredó sus dedos al pelo corto de la mujer y comenzó a guiarla, primero con lentitud, luego más salvaje. Gustaf abrió los ojos y se encontró con su reflejo en el espejo del baño. La imagen de Ágata agachada jugueteando con él lo enloqueció. Pero, no era aquello lo que quería, de manera que la paró, obligándola a levantarse.

La besó de nuevo, deleitándose con sus labios. Con rapidez se colocó un condón. Una vez puesto, la giró, de espaldas a él, la agarró por las caderas y hundió una de sus manos entre las piernas de ella. Estaba tan excitada como él, y aquello lo enloqueció aún más. La mayoría de las mujeres que conocía no les gustaba el sexo en lugares públicos, pero Gustaf estaba comprobando que el morbo de ser descubiertos era algo que también corría por las venas de Ágata. Se lo había demostrado la semana anterior, cuando la chica lo esperó en el aseo del cine y dejó que la llevara al orgasmo sobre el lavabo; y se lo estaba demostrando en aquel momento.

Gustaf metió una mano bajo la camiseta de Ágata, buscando aquellos pezones pequeños, rosados y duros que le encantaban. Con la otra mano seguía castigando su centro. Una embestida bastó para sentir el calor de su cuerpo alrededor de su miembro. Gruño en su oído cuando ella gimió echando la cabeza atrás y apoyándola contra su hombro.

—Gustaf —gritó al aire.

Una mano de Ágata bajó hasta la que él tenía entre sus piernas y comenzó a guiarlo, enseñándole. Mientras, la otra se agarraba a su nuca. Gustaf volvió a mirar el espejo. Aquella imagen le encantó, Ágata tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta. Saber que era él quien la hacía disfrutar así, quien la hacía reír y la consolaba en sus momentos más tristes, quien la cuidaba, lo tranquilizaba. Deseaba poder decirle lo preciosa que estaba cuando él la poseía de aquella manera. Jadeó.

Y de un movimiento, justo cuando sentía que el clímax iba a llegarles, sacó la mano que tenía bajo la camiseta de Ágata y la asió por la barbilla, deseaba que se mirase al espejo, que se diera cuenta de lo hermosa que estaba, de lo importante que se estaba volviendo para él. Los ojos avellana de Ágata lo miraron a través del reflejo. Un escalofrío lo invadió, anunciando la llegada del final. Pero en ese momento, unos golpes fuertes y desesperados los sorprendieron.

—¡Eh! ¡Vamos! ¡Tía sal de una vez, llevamos mucho rato esperando! —la voz embriagada de una chica hizo que la pareja se separase y se vistiera.

Gustaf bufó molesto cuando se quitó el condón y se terminó de abrochar el botón del vaquero. Ágata le sonrió traviesa y se abrazó a él antes de salir.

—Vamos a tu casa. Allí nadie nos molestará —ronroneó a sus labios antes de besarlo con ternura.

Gustaf gruñó juguetón y abrió la puerta del aseo, dejando que Ágata saliera primera.

CAPÍTULO 32

Ágata sonrió a su reflejo en el espejo. Aún estaba sonrojada, en parte por la ducha caliente que se había dado, en parte por el rato de pasión que Gustaf le había regalado hacía sólo unas horas. Aunque había querido dormir sola, el carpintero no se lo había permitido y, a pesar de saber que Artur estaba en su dormitorio, habían terminado haciendo el amor en el dormitorio de la cantante. Se colocó la camiseta de tirantes y bordados de flores; encima, se puso una vieja rebeca de hilo rosa. Y, para terminar, unos pantalones vaqueros cortos que le hicieron sonreír feliz al descubrir que había recuperado más peso, porque sentía que le quedaban más estrechos que hacía un tiempo.

Al entrar en la cocina, el cura ya estaba sentado en la cocina frente a una taza de café y su periódico.

—Buenos días —sonrió la cantante.

—¿Y esa sonrisa? —le preguntó el anciano. Ágata se encogió de hombros y se sentó a su lado, cogiendo una manzana y sirviéndose otra taza de café.

—Soy feliz, padre.

—Me alegra mucho, pequeña.

En ese momento, un par de toques en la puerta que daba al patio trasero hizo que la pareja se mirase. Ágata se acercó para abrir y descubrir que Gustaf estaba en el umbral apostado con una sonrisa cómplice y un precioso ramo de flores silvestres de muchos colores. La vuelta del carpintero la sorprendió, porque hacía sólo unas horas que había salido por la ventana de su dormitorio, y ahora, tras darse una ducha, había vuelto para desayunar con ella.

—Buenos días —ronroneó la cantante tímida aceptando su regalo. El carpintero entró y se quitó la gorra, saludando al cura con un ademán de cabeza.

—Buenos días, Gustaf. Veo que ya habéis arreglado todo. —El carpintero asintió con una sonrisa socarrona y se sentó donde el cura le indicaba—. Sírvete un poco de café, por favor. Desayuna con nosotros.

Ágata puso las flores en una de las jarras de cristal que el cura tenía para el agua y la colocó en la mesa, a su lado, sentándose de nuevo para continuar con su desayuno.

El cura comenzó a charlar acerca de la futura boda de Igor, pues Chrystal y él se habían pasado hacía sólo un par de días para reservar fecha.

—Será una ceremonia preciosa —dijo Ágata.

—Sí, pero lo sería aún más si tocases tú —respondió el cura. El rostro de Ágata cambió, y una sombra oscura y fría se enroscó en su corazón, haciendo que sus ánimos se apagaran en cuestión de segundos. La mano de Gustaf se enredó en la suya.

—Aún no es el momento, tío —respondió Ágata, tratando en vano de sonreírle al cura. Éste asintió llevándose la taza a los labios.

En ese momento, de nuevo, unos golpes sonaron en la puerta de la cocina, pero esta vez eran fuertes y parecían urgentes. Ágata abrió la puerta, encontrando, esta vez, el rostro pálido y ojeroso de Igor.

—Ágata, ¿está mi hermana aquí? —preguntó urgente, entrando y mirando a los lados—. ¿Gustaf? —preguntó con una ceja en alto.

—Igor, ¿qué sucede? —preguntó Ágata atrayendo de nuevo su atención. Cerró la puerta y se acercó a él. El muchacho la miró unos instantes, zarandeó la cabeza y sin darle tiempo a reaccionar, la agarró por los brazos.

—¿Dónde está Adda? ¿Ha pasado la noche aquí? ¡Por favor, dime que ha pasado la noche contigo! —le rogó al borde de la histeria.

Ágata negó con un extraño sentimiento en el pecho.

—No, nosotros nos volvimos sobre las doce y ella estaba bailando. Creía que volvería contigo —aclaró la cantante guiando al pelirrojo hasta una silla y obligándolo a sentarse.

—¿Los dos? —preguntó. Gustaf asintió—. ¿Sabéis algo de Eric?

—¿Crees que volvieron juntos? —preguntó el padre Artur. Igor se encogió de hombros, pero luego negó.

—No, si hubiera vuelto con Eric, estaría en casa. Y allí no está.

—¿Estás seguro? —insistió el cura.

—Claro. Chrystal y yo hemos pasado la noche en la casa nueva, mi madre nos llamó para recordarle que hoy debía entregar un vestido en la tienda. Por eso sé que no está allí —explicó mirando pensativo los dibujos del mantel.

Ágata suspiró. Una garra oscura le apresó el pecho, impidiéndole respirar. Su mente comenzó a pensar a toda velocidad, y una sensación terrorífica despertó su instinto. Los ojos inertes de Marco habían vuelto a sus pensamientos, y por alguna razón, sentía que esta vez, aquellos ojos le estaban hablando, le decían algo.

—¿La has llamado? —preguntó sintiendo cómo un escalofrío le recorría la espalda.

—Sí, pero está apagado. Pensaba que estaría aquí contigo —respondió Igor abrumado.

—¿A qué hora os marchasteis Chrystal y tú de la fiesta?

Igor se encogió de hombros, y trató de hacer memoria.

—No sé, tal vez volvimos a la una, tal vez, a las dos de la madrugada. Pero os buscamos a todos. No dimos con ninguno y por eso pensamos que habíais vuelto juntos.

Al oír aquello, Ágata sintió un sudor frío recorrerle el cuerpo. El recuerdo de aquellos ojos mirando el techo la transportó lejos, y, durante unos segundos se vio de nuevo en aquel salón, en penumbra, sus manos se acercaban lentas hasta el rostro inerte de Marco, pero en cuanto quiso acariciarlo, aquellos ojos marrones se aclararon, convirtiéndose en los celestes de Adda. Jadeó y el cacareo firme de Frida la devolvió a la realidad, haciendo que saliera disparada hasta su dormitorio. Tomó su teléfono y buscó entre sus contactos.

—No me jodas, vamos, vamos, —rogó en un susurro esperando que diera tono—. Joder, vamos, cógelo, cógelo, Billy.

La llamada se cortó al segundo tono.

Ágata volvió a intentarlo, pero de nuevo la llamada se cortó.

Salió del cuarto a grandes zancadas. Volvió a marcar de nuevo. Pero en el momento en que entró en la cocina, una voz mecanizada le indicaba que, el contacto al que trataba llamar, no estaba disponible.

—¡Joder! —gritó.

—¿Qué sucede, pequeña? —le preguntó el cura, levantándose del asiento.

Ágata miró a los tres hombres, el aire le quemaba en los pulmones. Miró hacia la pared de la izquierda, allí donde Artur tenía unos pequeños cáncamos para colgar las llaves. Sus ojos se clavaron en el llavero viejo del que prendía la llave de su Porsche. Tragó saliva. Sabía que lo que estaba a punto de hacer podría costarle demasiado, pero, en su interior estaba segura de lo que había sucedido. Esperaba estar equivocada.

Sin pensarlo, cogió las llaves del coche y salió a toda prisa.

—Venid conmigo —dijo saliendo al patio, en dirección al viejo establo.

Abrió el portalón de metal con dificultad ante la mirada atónita de Gustaf y de Igor. Artur guardaba silencio. En aquel habitáculo, bajo un forro gris lleno de polvo estaba su Porsche.

Tomó aire y se adentró para destaparlo, pero en el momento en que asió la tela, la mano de Artur rodeó su muñeca y sus ojos serios la observaron.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —Ágata asintió.

—Tengo que hacerlo. Si le pasa algo...

El anciano soltó su agarre y se retiró dando dos pasos hacia atrás. Ágata tiró de la tela y dejó al descubierto el precioso coche de lujo. Su carrocería brillaba bajo el sol de la mañana que entraba por la puerta.

—Subid —dijo autoritaria tras accionar el mando a distancia. Miró a Gustaf, sus ojos grises no daban crédito a lo que estaba viendo y, cuando miró a Igor, éste tampoco lo comprendía. Ágata se sentó delante del volante y antes de cerrar la puerta habló—: Sé dónde está Adda, ¿vais a venir o no?

Igor fue el primero en reaccionar y meterse en la parte de atrás. Gustaf, sin embargo, miró dubitativo al cura y luego a los ojos de Ágata. La cantante sabía que tras aquello debería dar muchas explicaciones.

En cuanto Gustaf se subió en el asiento del copiloto. Ágata encendió el motor, que rugió con suavidad. Sin pensarlo dos veces, pisó a fondo el acelerador.

—Agarraos —dijo. Hacía meses que no conducía, y la sensación de la velocidad bajo su cuerpo, el rugir de aquel precioso coche, así como el viento le golpeaba al entrar por la ventanilla abierta la hizo renacer un poco. Pero, en ese momento, esa sensación se desvaneció para dar paso al miedo, y al deseo de que todo lo que estaba pensando, todo lo que creía que podría haber pasado, no fuera verdad.

En cuestión de minutos, Ágata aparcó frente al hotel donde aquella noche habían disfrutado de la fiesta privada de Billy. Salió del coche y corrió en dirección a la recepción, sacó el teléfono que tenía en el bolsillo de su rebeca.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó el chico que estaba tras el mostrador con una sonrisa dulce.

—William McTaylor. Anoche se alojó aquí. ¿En qué habitación está?

—Lo siento, señorita, no puedo darle esa información —respondió, ahora serio el muchacho. Ágata tomó aire y se tranquilizó un poco al sentir la mano grande de Gustaf en su espalda.

—Oiga, Bill... William, anoche trajo aquí a una chica. Y esa chica aún no ha vuelto a casa.

—Lo que hagan nuestros clientes no es asunto nuestro, señorita —respondió mirando la pantalla del ordenador tecleando algo—. De todas formas, el señor McTaylor abandonó nuestras instalaciones hace una hora aproximadamente.

—¿Han limpiado la habitación? ¿Había alguien?

En ese momento, Igor se abalanzó sobre el recepcionista, cogiéndolo de la chaqueta. Su rostro estaba desencajado.

—¡Gilipollas! Es mi hermana, llévanos a la puta habitación, ¡Ya!

El recepcionista miró a los lados, tratando de buscar ayuda, pero, para suerte de Igor, no había nadie en aquel momento que pudiera separarlo y sacarlo a rastras del hotel. El chico asintió asustado.

—En la trescientos veintidós. Les llevaré —respondió en un hilo de voz.

El recepcionista salió de detrás del mostrador, sacando de su chaqueta una llave. Ágata tomó de la mano a Gustaf. Estaba asustada, y en silencio no dejaba de pedir que aquello fuera todo una equivocación. Igor andaba a grandes zancadas justo delante de ellos.

En cuanto el ascensor abrió las puertas, el recepcionista salió corriendo hasta el fondo del pasillo y los miró, asintiendo.

—Es aquí —dijo metiendo la llave en el cerrojo y girando el pomo. Tras abrir, el chico se separó, dejando paso a Igor y Ágata.

La habitación estaba en penumbra, era grande y elegante. Un fuerte olor a alcohol y tabaco, mezclado con algo que Ágata no sabía discernir, le golpeó nada más entrar. Sin esperar a que sus ojos se acostumbrasen a la penumbra, Igor corrió las cortinas. Y el panorama que encontraron les paró el corazón.

A sus pies, el vestido de Adda estaba tirado hecho un amasijo, justo al lado de sus zapatos. En un aparador estaba su bolso.

Ágata desvió la mirada hacia la cama, Adda yacía boca abajo, desnuda, solo tapada por las sábanas hasta poco más arriba de la cintura. Su pelo se desbordaba en mechones rubios por la almohada y por su rostro. Su mano derecha caía inerte por el borde de la cama.

En ese momento, Igor cayó al suelo, apoyando su espalda contra el ventanal al que le había corrido las cortinas. Sus ojos se llenaron de lágrimas y trataba de hablar, pero las palabras no le salían. Fue entonces cuando Ágata se dio cuenta que había caído en shock.

—Llame a una ambulancia, ¡Ahora! —gritó al recepcionista. Éste pareció reaccionar y se acercó a la mesita que estaba en la parte izquierda de la cama, marcando con rapidez. Ágata se acercó hasta el cuerpo de Adda con urgencia y un pellizco de terror oprimió su pecho.

Le retiró el pelo del rostro y acercó su oído hasta el rostro de la muchacha inconsciente.

—Respira —murmuró. Tras eso, la giró con cuidado, y le dio un par de golpecitos en el rostro, tratando de despertarla. Aunque le tranquilizaba saber que estaba viva, el pellizco de miedo no cesaba su agarre—. Adda, vamos, despierta —rogó. Las lágrimas comenzaban a agolparse en sus ojos y su corazón se aceleraba por momentos. Cada segundo que pasaba era una agonía, pues la muchacha no respondía. El recuerdo de los ojos inertes de Marco no abandonaba su mente. Sentía que la historia se repetía de nuevo.

—Por favor, necesitamos una ambulancia... sí... eh... está inconsciente... no sé... —el recepcionista estaba cada vez más asustado a medida que respondía a las preguntas, se dirigió a Ágata—. La ambulancia necesita saber qué ha pasado. —Ágata miró a su alrededor y cogió una

botella de tequila, mostrándosela al recepcionista—. Parece que ha bebido demasiado —siguió hablando al auricular.

Tras escuchar aquello, Ágata negó con la cabeza, algo no cuadraba en aquella escena.

En ese momento, los pensamientos de la cantante volaron lejos de allí. El calor de una mano esbelta y delgada, que hacía años la abandonó, le acarició una mejilla, y una voz rasgada y suave le susurraba al oído algo que no llegaba a entender. La sonrisa cálida de Marco frente a ella le hizo reaccionar.

Tomó los brazos de Adda y comenzó a mirarlos con detenimiento, pero sin encontrar nada. Luego, comprendiendo lo que aquel susurro le decía, miró entre sus dedos. Y allí, en la mano izquierda, entre el dedo índice y el corazón, la cantante lo encontró. Una pequeña marca que sólo una aguja quirúrgica podía dejar.

Sintió que su mundo se tambaleaba en ese momento. Su corazón se paró de nuevo, su piel se heló. Una furia caliente comenzó a correr por sus venas, llevándola a perder el control. Cogió su teléfono y desbloqueó la pantalla, en busca de un contacto concreto. Al tercer tono, una voz conocida le respondió.

—*Hola, preciosa, creía que no volvería a...*

—Cállate, gilipollas, ¿qué mierdas te compra Billy? —Ágata sentía la mirada confusa de Gustaf puesta en ella, Igor no dejaba de lloriquear en un rincón y el recepcionista seguía hablando con urgencias. Le retiró el pelo a Adda y la tapó con la sábana.

—*Pero, ¿qué te pasa? Val...*

—Escúchame, Bjorn. —Lo volvió a interrumpir—. Sé que eres el camello de Billy. Y, si no me dices ahora mismo lo que te ha comprado, te juro que yo misma acabaré con tu negocio, ¿me has oído? —gruñó embriagada de furia.

—*Heroína y meta, nada más.*

Al oírlo, un arranque de furia e impotencia se hizo con Ágata.

—Dile a ese hijo de puta que si algo le pasa a mi amiga, lo destrozaré, ¿me has oído, Bjorn? ¡Si Adda cae, Bill y tú caeréis con ella! —Ágata colgó sin dejar que Bjorn respondiera.

—La ambulancia está de camino —dijo el recepcionista colgando el teléfono y mirando preocupado a Adda.

Ágata asintió y trató de despertar a la muchacha de nuevo. Un sentimiento de urgencia le recorría las venas, el cuerpo le pesaba y el miedo comenzaba a entumecerle las articulaciones. Igor se acercó con los ojos llorosos, arrastrándose por la habitación.

—¿Se pondrá bien? Ágata, por favor, dime que se pondrá bien —balbuceó y agarró una mano de su hermana.

Ágata sentía que el aire no le llegaba bien a los pulmones. Al cabo de unos minutos que se le hicieron eternos al grupo, un par de paramédicos cruzaron el umbral, apartando a Igor y a la cantante a un lado.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó un médico bajito y delgado. Los paramédicos colocaron a

Adda en una camilla y comenzaron a examinarla y a conectarla a varios aparatos.

—No... no lo sabemos —tartamudeó el recepcionista.

—Sobredosis —respondió Ágata con la mirada perdida, puesta en Adda—. Heroína, tal vez mezclado con metanfetaminas.

—Bien, ¡Al hospital, muchachos! ¡Vamos, vamos, vamos! —gritó el médico empujando la camilla y salían de la habitación.

CAPÍTULO 33

Ágata se mordía una uña mientras paseaba por aquella sala de espera. Tiró la botella de agua, ya vacía, en la papelería de la esquina y echó un vistazo a su alrededor. Llevaba más de seis horas a la espera.

Igor miraba el vacío recostado con la cabeza sobre el regazo de Chrystal, ésta le acariciaba el pelo y se limpiaba sus propias lágrimas. De pie, dando vueltas por la sala, estaba el padre del muchacho, murmuraba constantemente y, de vez en cuando restregaba sus manos evidenciando lo nervioso y preocupado que estaba. El padre Artur y la madre de Adda estaban en la pequeña capilla del hospital, rezando por la vida de la muchacha. Al lado de la puerta, apoyado de espaldas contra la pared y con los brazos cruzados en el pecho, estaba Gustaf. Aunque no se había dirigido a ella desde que salieran del hotel, Ágata sentía que, de vez en cuando, la seguía con la mirada. Pero, aunque Ágata necesitaba del consuelo de Gustaf, sabía que no era el momento. Que tras todo lo sucedido, lo mejor era mantener las distancias con todo el mundo, porque aunque no estaba claro, sabía que Gustaf e Igor sospechaban que ocultaba algo.

Al tratar de sentarse, Ágata sintió cómo la tensión acumulada de todo el día le habían dejado rígidas las articulaciones. De igual manera, el dolor sordo que nunca se terminaba de ir había aumentado, provocándole una mueca de disgusto con cada roce o movimiento, por suave y leve que fuera. Tomó aire mirando al techo. Pero, un movimiento y un rugido en sus entrañas le indicaba que no estaba lo bien que debería. Sintió a las náuseas hacerse con el control de su maltrecho estómago. Sin pensarlo dos veces, salió corriendo en cuanto la primera arcada le sobrevino.

De un portazo entró en los aseos y de otro cerró la puerta del primer habitáculo que encontró con un sanitario libre. Se abrazó al inodoro y descargó lo poco que le quedaba de su desayuno, así como el más de medio litro de agua que había estado ingiriendo en las últimas dos horas. Dos veces más vomitó la cantante, hasta sentir que su estómago estaba vacío. Ágata cayó a un lado del váter, apoyándose contra la pared y tratando de recuperar el aliento.

En cuanto quiso moverse, la puerta del aseo se abrió, dando paso a las voces de una madre con una niña. Con un pellizco en el pecho, estiró una pierna e hizo presión en la puerta del habitáculo, para que así nadie pudiera abrirla. Su estado era lamentable, y lo último que quería era que aquella niña que había entrado la viera y se asustara. Sentía cómo le temblaban todos los músculos del cuerpo, así como una punzada en todas las vértebras de su columna. Una mueca de

dolor se dibujó en su rostro al tratar de incorporarse, en cuanto la mujer y la pequeña salieron del aseo. Otra arcada le vino y se agarró rápido a la taza del váter, el sabor a bilis invadió su boca de nuevo.

Tambaleante, se levantó y salió hasta los lavabos, se agarró a uno de ellos y abrió el grifo, dejando correr el agua. Se lavó las manos y la cara, mojándose también la nuca para tratar de relajar la tensión del cuello. Se enjugó la boca varias veces, con la intención de borrar el mal sabor. Se incorporó con dificultad, tratando de recuperar el aliento y se miró al espejo.

Sus ojos la miraron desde la lejanía con asco y desprecio. La culpa la corroía, porque sabía que Adda estaba allí por su culpa.

—Adda, escúchame —rogó la cantante haciéndose oír entre el gentío. Se había alejado lo suficiente de la mesa dónde estaba sentada, pero sabía que Billy no le quitaba los ojos de encima—. Billy no te conviene.

—¿Y por qué no? —preguntó la joven arrastrando las palabras. Se apoyó con la espalda en la pared—. Saliste con él, ¿es por eso? —Adda la miró con fastidio—. Joder, Ágata, te lo he preguntado y me has dicho que no te importa, que eso terminó.

—Y terminó. —Suspiró llevándose una mano al puente de la nariz—. Te juro que si fuera otro tío dejaría que te fueras con él sin pensarlo, pero Billy no es de fiar.

—¿Crees que va a hacerme algo que no quiera? —le preguntó con el ceño fruncido. Adda se estaba enfadando.

—No —respondió la cantante con los ojos abiertos—. No, no, no... Bill no es de fiar, pero jamás forzaría a alguien en contra de su voluntad.

—En ese caso, deja que me divierta.

Y sin más, Adda se abrió paso entre el gentío en busca de Bill, dejándola sola.

Ágata bufó y se echó hacia atrás el flequillo mojado, dejando al descubierto su frente. Sus ojos avellana la miraban casi inyectados en sangre. Estaba cansada, pero sobre todo, estaba furiosa. Furiosa con Adda por haberse dejado arrastrar por Bill, con Bill por haber engatusado a su amiga, con Gustaf, por haberla abordado en aquel baño y haberle hecho olvidar la realidad durante unas horas, pero sobre todo, estaba enfadada con ella misma.

En el momento en que Adda se giró, dejándola sola en medio de la muchedumbre, una parte de ella deseaba agarrar a aquella niña inocente e infantil por el pelo y sacarla a rastras de aquel lugar. Pero, otra parte de ella sólo deseaba desconectar. Deseaba estar sola, descansar de todo y olvidarse del mundo, centrarse sólo en ella. Y aquello fue lo que sucedió en cuanto Gustaf la abordó y la guio hasta el baño, para más tarde llevarla al éxtasis entre sus brazos. Negó enfadada, mirándose con desprecio. Tenía que haber parado a Adda. Tenía que haberle gritado que aquello no le convenía. Aquella muchacha estaba cometiendo los mismos errores que ella cometió, y se iba a arrepentir. El corazón de la cantante se aceleraba por momentos, los dolores aumentaba así como los temblores.

En ese momento, su teléfono sonó. Buscó entre sus bolsillos, sin éxito. Pero, en el momento en que bajó la mirada y la clavó en el mármol del lavabo, lo vio. Estaba allí, a la derecha del grifo

abierto. Lo miró extrañada, a la par que enfadada. La pantalla encendida mostraba un número desconocido. A pesar de que cada vez que ese número le llamaba, ella trataba de guardar su contacto, nunca lo conseguía. Ese contacto siempre desaparecía de su agenda. Aquello la molestó aún más. A medida que el teléfono sonaba, su corazón seguía acelerándose. Sentía el palpitir de las venas en su cabeza, el latir de su corazón desbocado en el pecho, su respiración agitada le impedía tomar aire.

La culpa.

El miedo.

La euforia.

El sinsentido de aquellas llamadas.

Todo.

Todo se mezclaba en cada uno de aquellos tonos. Tragó saliva y rechazó la llamada.

—Yo tengo la culpa —murmuró para ella misma.

—No es cierto.

Ágata levantó la mirada con los ojos muy abiertos, encontrándose con un reflejo del pasado. Un hombre que la conocía tan bien como conocía la palma de su mano. Tragó saliva de nuevo con mucha dificultad, cerrando sus manos en el borde del lavamanos.

—No eres real —gimoteó sin despegar sus ojos del reflejo de Marco.

Aquel hombre estaba allí, tras ella, apoyado de espaldas contra la puerta que daba al pequeño habitáculo donde ella había vomitado. Su pelo caía en mechones negros azabache sobre su frente, sus ojos verde oliva la miraban con ternura y un leve brillo de chulería del que no podía deshacerse. Marco era así por naturaleza.

—Para ti sí. Soy tan real como las lágrimas que caen de tus ojos, mi vida.

Ágata sentía mil agujas clavarse en su cuerpo. Aquel fantasma sólo aparecía para hacerle más daño. Marco dio un par de pasos en su dirección, pero Ágata no podía moverse. Estaba anclada al lavamanos, impertérrita ante la imagen que el espejo le devolvía.

—Yo te maté —susurró cansada.

—Eso no es cierto. —Marco avanzó un paso más.

—Y a Adda —murmuró.

—Ella sigue viva. —El hombre dio un paso más.

—Márchate —rogó al borde del llanto.

—Tú no tienes la culpa.

Los ojos de Ágata se clavaron en los ojos verde de Marco. Su rostro estaba pegado al de ella, justo detrás. Ágata podía jurar que sentía el calor de su cuerpo junto al de ella. Pero era incapaz de moverse, incapaz de girarse y comprobar si lo que estaba viendo era producto de su imaginación o no. Aunque sabía la respuesta. Una furia inmensa calentó su sangre, hizo que su

corazón bombeara más fuerte y que su pecho se inflamara.

—¿Por qué me atormentas?! —gritó fuera de sí. Y sin pensar, golpeó el espejo. Clavó su puño desnudo en el cristal haciéndolo añicos alrededor de su carne. Su único anhelo era hacerlo desaparecer.

Ágata se echó a llorar, cubriéndose el rostro y dejándose caer en el suelo. En ese momento, sintió un dolor lacerante en los nudillos. La sangre manaba caliente de su mano, manchandola. Sabía que la culpa de todo lo sucedido con Marco era suya, aunque el mundo y él mismo se empeñara en contradecirle.

La puerta del aseo se abrió, dando paso a Gustaf que corrió hacia a ella, con el rostro desencajado y miedo en la mirada. La abrazó con urgencia, y la cantante se dejó acunar, descargando en su camiseta toda su tristeza.

—Yo tengo la culpa, Gustaf —se lamentó y, luego, se abrazó a él.

La enfermera le terminó de vendar la mano herida y le regaló una sonrisa. Ágata intentó forzar otra.

—Usted no tiene la culpa, señorita. Cada uno es responsable de sus propios actos.

La cantante suspiró y asintió, levantándose de la camilla y volviendo a refugiarse en el pecho de Gustaf.

Al entrar en la sala de espera, la sonrisa de Artur los sorprendió. Pero, en el momento en que el anciano clavó la mirada en la mano vendada de Ágata, la felicidad se esfumó.

—¿Qué ha sucedido? Ágata, ¿estás bien?

—Estoy bien, —murmuró encogiéndose en el abrazo de Gustaf—. Ha sido un accidente.

En ese momento, el padre de Igor y Adda entró en la sala.

—Ya está despierta. —Sonrió.

Ágata sintió cómo la tensión de su cuerpo se disipaba casi al instante.

—¿Podemos verla? —Igor se levantó de un salto del asiento y miró a su padre con ansiedad.

—Claro, podéis pasar.

Igor miró a Ágata y le sonrió; con un ademán de cabeza le indicó que lo acompañara. Gustaf la siguió de la mano.

El trío entró en la habitación en la que la muchacha estaba. Era pequeña, pero el sol entraba por la ventana con intensidad. Las paredes eran de un celeste muy claro y las sábanas que cubrían su cuerpo blancas con el logotipo del hospital en azul oscuro.

Adda estaba sentada sobre unos almohadones, de su mano derecha salía una vía que conectaba a un par de goteros. En el dedo índice de la mano izquierda tenía un pequeño artefacto que

parecía conectar con una pantalla donde se mostraba el latir de su corazón, y cuyo pitido constante parecía molestarla.

Ágata suspiró y se acercó a su lado, sonriendo con alivio. Aunque estaba algo demacrada, y sus ojeras acentuaban el blanco de su piel, parecía estar bien. Su pelo rubio caía en mechones despeinados sobre sus hombros y sus labios parecían más pálidos que de costumbre.

—¿Cómo estás? —le susurró la cantante cerrando su mano vendada a la de ella.

—Estoy bien —respondió mirando a Gustaf. Ágata siguió la mirada de la joven y suspiró.

—Adda, Bill, ¿te hizo algo? ¿Te obligó a...? —Aunque sabía que no era el momento para aquellas preguntas, Ágata necesitaba las respuestas.

—No —respondió tajante para negar con la cabeza—. Bill no me obligó a nada. Yo... bueno, él no quería que yo lo probara. Fui yo quien lo convenció a él para...

Ágata parpadeó y miró a Gustaf y a Igor, que observaban a Adda tan sorprendidos como ella misma. Se soltó del brazo de la muchacha y la miró de nuevo. Sentía su corazón acelerarse y romperse en mil pedazos. Negó.

—¿Para qué, Adda? —la interrumpió con ira. Adda desvió la mirada a su regazo avergonzada—. ¡Joder, Adda! ¿Para qué lo convenciste?

—¡Para probarlo! ¿Vale? —le respondió la chica enfadada. Adda la miró a los ojos—. Yo quise. Todo el mundo lo ha probado alguna vez y él tenía, y...

Ágata sentía la sangre arder. Aquello no podía ser cierto, se decía. Se movió por la habitación como si de un león atrapado en una jaula muy pequeña se tratara.

—Adda, ¿estás diciendo que tú... te has...? —preguntó Igor temeroso para acercarse a su hermana. Adda asintió.

—Sí. No me juzguéis, todo el mundo lo ha probado. Y, yo... bueno, ¿qué hay de malo? —Adda se encogió de hombros—. Sé que me he pasado, y que tal vez no debí empezar por algo tan fuerte, pero...

—¿Fuerte?! ¡Joder, Adda, hablas de la heroína y la *meta* como si fuera un zumo de melocotón! —gritó Ágata fuera de sí, girándose y encarándose a la chica.

—Yo... hay mucha gente que... —tartamudeó asustada la chica.

Ágata sentía un nudo en el estómago, los nervios a flor de piel y el corazón a punto de estallarle.

—¿Hay mucha gente?! ¡Esto no es un juego, Adda! —Ágata seguía gritando asustando a la muchacha. Sin pensarlo mucho, se quitó la rebeca que la cubría tirándola al suelo con rabia. Luego, extendió los brazos y le mostró las cicatrices que tenía en sus brazos. La chica la miró asustada—. ¿Es esto lo que quieres? ¿Acabar como yo?

—¿Qué...? —murmuró Adda mirándole las cicatrices.

—Soy drogadicta —confesó Ágata sintiendo cómo las lágrimas le recorrían las mejillas. Tras una pausa continuó casi susurrando—: Las drogas te destruyen la vida, Adda. Te quitan todo lo que amas, todo lo que eres.

La cantante miró a los ojos azules de Adda, llenos de miedo. Luego, a Igor, que la miraba sorprendido e incrédulo, y por último, se giró hasta Gustaf. En sus ojos, había una tristeza y una decepción tan profundas que terminaron por desgarrar el corazón de Ágata. La cantante se acercó a la puerta de la habitación, pero antes de salir miró a Gustaf una vez más.

—Te dije que te defraudaría —murmuró. Y tras eso salió de la habitación, dejando a Adda, Gustaf e Igor procesar la realidad.

CAPÍTULO 34

Hacía cuatro días que Adda había salido del hospital y Ágata aún no se había atrevido a acercarse a verla. Tampoco se había acercado a ver a Gustaf, aunque el corazón le pesaba al saber que él no había hecho el intento por ir a verla. Elías la miró con una sonrisa triste, luego, le dejó caer una mano sobre su hombro, consolándola.

—Eres una buena muchacha, todo se arreglará —le dijo el hombre antes de volver a los hornos del pan. Ágata asintió y siguió limpiando las tazas y los platillos de la merienda. A sabiendas que tarde o temprano todo el mundo se enteraría de su situación, había optado por decírselo al pastelero antes de que se enterara por lenguas ajenas. Para su sorpresa, el pastelero le había sonreído y le había tendido una mano amiga. Una mano que Ágata aceptó con alegría.

Al salir aquella tarde de la pastelería, los ojos de Eric se clavaron en ella. Acercándose a grandes zancadas la agarró de la muñeca y llamó su atención.

—¿Podemos hablar? —le dijo algo nervioso. Ágata suspiró.

—Claro, ¿sucede algo?

—Aquí no, ¿podemos ir a otro sitio?

La cantante asintió y lo siguió cabizbaja. Estaba segura que aquel muchacho la estaba juzgando y se avergonzaba de ir caminando a su lado. Ágata no podía entender qué otra razón llevaría al dulce de Eric a querer ocultarse de las miradas ajenas.

El hombre con gafas le sonrió triste y la guio hasta llegar al pequeño embarcadero que estaba fuera de la aldea. Pero, antes de desviarse por el pequeño puente de madera, siguió por entre la maleza, hasta localizar un lugar tranquilo y apartado, cerca del borde del río. Eric se sentó y con un ademán de su mano la invitó a sentarse a su lado, observando el paisaje en silencio durante unos minutos.

—Esto es precioso, ¿no crees? —murmuró sin mirarla. Ágata asintió, luego carraspeó.

—Eric, ¿qué sucede?

El muchacho rebuscó en el bolsillo trasero de su pantalón y sacó un papel doblado con cuidado. Luego, mirándola se lo tendió.

Ágata lo desdobló y abrió sus ojos al ver su imagen. El papel que Eric le entregaba no era otra

cosa que un recorte viejo de la revista de música más reconocida de Suecia. Aunque aquella imagen tenía unos años, y ella había cambiado muchísimo desde entonces, Eric la había reconocido. Tragó saliva con mucha dificultad, pues un nudo se había anclado en su garganta, así como un pellizco en su estómago. Una lágrima comenzó a rodar por su mejilla. Aquello era algo que la cantante no podía soportar. Sentía la presión de todos aquellos días sobre ella, encogiéndola y haciéndola jirones.

—¿De dónde has... ? —trató de preguntar.

—¿Eres tú? ¿Tú eres Valkiria? ¿Y Marco era Berserker, el cantante de *Krigare Av Musik*? Ágata se limpió la lágrima cuando sintió que llegó a su mentón. Luego aspiró y asintió.

—Sí, Valkiria, Berserker, Úlfhedna y Svinfylking, éramos los cuatro integrantes de K.A.M. —respondió Ágata soltando un suspiro. Tras eso, frunció el ceño—. ¿Cómo lo has averiguado?

Eric se encogió de hombros.

—Pues, casualidad. Estaba recogiendo algunas cosas del curso y di con esta revista que encontré en la biblioteca del instituto. Me puse a ojearla y, bueno, al principio no le di importancia. Mucha gente se parece a algún famoso, pero, cuando Igor me contó que eres...

—¿Drogadicta? —Lo interrumpió Ágata. Eric asintió avergonzado—. Tranquilo, puedes decirlo. Al fin y al cabo es la verdad.

—Pues, tras eso, até cabos. Tocas la guitarra, saliste con Billy, la muerte de Marco era igual a la muerte de Berserker y luego, está tu coche, que... bueno, no se ve un Porsche todos los días en un lugar como este, ¿sabes? —Ágata sonrió y Eric continuó—: Además, según el artículo que leí, Valkiria desapareció de la vida pública unos meses antes de que llegaras. Pero, aunque podían ser casualidades, cuando volví a ver la foto, no tuve dudas. —Eric tomó las manos de Ágata y la miró a los ojos, regalándole una sonrisa.

—Eric, nadie puede saberlo. Si esto llega a la prensa yo... —Ágata suspiró y desvió la mirada hacia su regazo. Tras unos segundos, los dedos de Eric se enredaron en su barbilla obligándola a mirarla a los ojos.

—No voy a decir nada, Ágata. Somos amigos, ¿no?

—¿Lo prometes? —Ágata aspiró con fuerza, pero en cuanto Eric le regaló una sonrisa traviesa, ésta se dio cuenta de que aquel muchacho no mentía. Se lanzó a sus brazos y le regaló un beso tierno en la comisura de los labios—. Gracias, Eric. Muchas gracias.

Eric se despegó de ella y le acarició una mejilla, recogiendo el reguero de lágrimas que la empapaban.

—Pero, no creas que esto te saldrá gratis —Ágata frunció el ceño, pero se relajó al ver la mueca divertida que Eric le regalaba—. Uno —dijo levantando un dedo—. Me dejarás conducir tu Porsche al menos una vez y dos—. Eric levantó otro dedo más—. Me enseñarás a tocar la guitarra. Los guitarristas ligán mucho y yo ando escaso de ligues últimamente.

Ágata dejó escapar unas cuantas carcajadas que le ayudaron a relajar la tensión que tenía acumulada en el cuerpo.

—Está bien, te daré clases de guitarra. Pero... —dijo mirándolo con una ceja en alto—. Lo del

coche, creo que me lo tengo que pensar.

Tras un corto paseo, Ágata se despidió de Eric y subió por la calle que la llevaba de camino a su casa. Suspiró al pasar por el taller de Gustaf y descubrir la puerta abierta. Aunque estaba deseando entrar y hablar con él, terminó por desistir y seguir su camino cabizbaja. Pero, al pasar por delante de la casa de Ingrid, ésta le habló desde la ventana.

—Ágata, cariño, ¿por qué no entras y tomas un café conmigo?

Ágata sintió cómo el nudo y el pellizco del estómago que con Eric habían desaparecido, volvían a anudarse de nuevo en ella. Tomó aire y dudó unos minutos.

—Tal vez no sea una buena idea, Ingrid.

—Quiero hablarte de mi hijo, vamos, entra.

Ingrid desapareció dentro de la casa, para aparecer unos segundos después en la puerta de entrada. Con un ademán de su mano la hizo entrar. Ágata miró preocupada a los lados. Sabía que mucha gente se había enterado ya de su situación. porque, aunque nadie le decía nada, todo el mundo se había vuelto frío y distante con ella. Incluso, algunos, en la pastelería, se excusaban y se marchaban cuando ella trataba de servirles, obligándola a quedarse dentro del local y ser Elías quien sirviese las mesas en la terraza desde hacía unos días. Lo último que quería era que Ingrid también sufriera alguna desavenencia por culpa de sus errores. Sabía el daño que las malas lenguas y los chismes podían causar, y más en un pueblo tan pequeño.

Se sentó en la mesa de la cocina y fijó su mirada en el borde de la taza que Ingrid le sirvió. No quería mirarla a los ojos, pues no estaba preparada para soportar su mirada decepcionada.

—Ágata, mírame. —La cantante negó y le dio un sorbo a su café—. Deja de comportarte como una niña y mírame de una vez—. Ágata suspiró y clavó sus ojos avellana en los de la mujer. Ésta le sonrió y le dio una palmadita en el dorso de la mano—. Así está mejor. Ahora quiero que me cuentes qué ha pasado.

Ágata se encogió de hombros.

—Creía que ya lo sabía. La historia ha corrido por el pueblo como la pólvora —respondió fastidiada Ágata.

—Claro que ha corrido, los rumores se extienden muy rápido. Pero la mayoría son mentiras. Yo quiero escuchar la verdad.

—No hay mentiras, Ingrid —respondió tratando de ahogar el llanto—. La verdad es la que hay: soy drogadicta. Os he mentado a todos y os he decepcionado. —Terminó en un susurro. Se encogió en su asiento. Las lágrimas brotaron, pero las manos suaves de Ingrid la asieron por las mejillas, acariciándole con la misma ternura con la que lo hacen las madres.

—No has decepcionado a nadie, Ágata.

—He decepcionado a Gustaf.

—Mi hijo necesita tiempo. Todos cometemos errores, lo importante es saber reconocerlos y aprender de ellos. Y me consta que es lo que has hecho, lo has reconocido y estás tratando de enmendarlo —le dijo con suavidad, con una sonrisa dulce en los labios. Durante unos instantes, Ágata sintió alivio en su corazón, pero al recordar la mirada decepcionada de Gustaf, todo se

evaporó, volviendo a sumirse en la tristeza y el desconsuelo—. ¿Has hablado con él? ¿Le has dicho cómo te sientes?

Ágata negó con la cabeza.

—No, yo... si supiera cómo me miró. —La cantante se derrumbó, y comenzó a llorar desconsolada. La mujer la abrazó y le acarició la cabeza con dulzura.

—Sé que mi hijo, a veces, puede ser un poco brusco. Y, que está marcado por lo que le sucedió, pero está enamorado, pequeña. Habla con él. Sé que te entenderá.

—Le dije que lo defraudaría, Ingrid. No merezco que alguien como Gustaf me quiera, yo... — Ingrid la sujetó fuerte de su rostro y la obligó a mirarla a los ojos. Ágata descubrió en ella una mueca que rozaba el enfado.

—Nunca digas que no mereces el amor de nadie, hija. Por muchos errores que cometas, por muy malos que hayan sido. Todo el mundo merece que alguien lo quiera. ¿Me has oído? — Ágata aspiró y asintió. Aunque en su fuero interno no era capaz de darle la razón a aquella mujer.

Ágata se levantó el domingo con mal cuerpo. Apenas había podido dormir desde que hablara con Ingrid. La idea de hablar con Gustaf, de explicarse y decirle lo que sentía y cuán importante era para ella no paraba de dar vueltas en su cabeza.

Se levantó y se arregló un poco, al igual que todos los domingos, ayudaría a Artur en la homilía semanal. Se miró al espejo, aquel vestido de flores veraniego en tonos rosas le sentaba bien, unas bailarinas a juego y una rebeca, complementaban el atuendo. Torció la boca en un gesto de disgusto y sin pensarlo se quitó la rebeca, dejando al aire sus brazos.

Aquel vestido era de tirantes, de manera que, además de aquellas feas cicatrices, Ágata mostraba el tatuaje que tenía en el brazo derecho. Las alas de un cuervo, símbolos de las valquirias, nacía desde el codo terminando casi al llegar al hombro, siendo estas coronadas por un valknut. El diseño había sido creado y tatuado por una conocida artista afincada en Inglaterra.

Tragó saliva y levantó la cabeza orgullosa, recordando también las palabras que Artur siempre le dedicaba.

—La cabeza alta, una sonrisa en los labios y el corazón orgulloso —murmuró para ella misma. Salió de su dormitorio y desayunó en silencio junto al viejo cura. Pero en el momento en que el reloj dio la hora, el hombre se giró hacia ella con una sonrisa consoladora en los labios.

—No tienes que salir ahí fuera si no estás preparada, pequeña.

Ágata asintió mordiéndose una uña, y miró cómo el cura salía por la puerta de la cocina que daba al presbiterio para comenzar la misa. La cantante se quedó en silencio, prestando atención a las oraciones y las palabras que aquel hombre le dedicaba a los feligreses. En su interior se libraba una lucha a muerte por el control de su sentimientos.

Ágata tomó aire al oír la oración que indicaba que la misa tocaba a su fin. Cerró las manos en

un puño y se acercó a la puerta por la que había salido Artur. La abrió con cuidado y, sintiendo cómo el miedo la invadía poco a poco, miró con disimulo, tratando que nadie la viera.

En la tercera fila, como siempre, estaba Ingrid, en la primera, Adda, junto a sus padres y Chrystal; al fondo de la iglesia, Gustaf, Igor y Eric seguían la misa de pie. Ágata se humedeció los labios y en el momento en que el padre Artur despidió a los asistentes, la cantante salió hacia el altar.

—¡Un momento! —gritó para hacerse oír, haciendo que toda la iglesia se girase y la mirase.

El gentío se calló, pero en cuestión de segundos, los murmullos comenzaron a llenar la sala. Los ojos de la gente se posaban en sus cicatrices, algunos la observaban con repulsión, con desprecio, otros con curiosidad, o con benevolencia. Pero sobre todo, los ojos que importaban a Ágata, los de sus amigos, la miraban con decepción. Tragó el nudo que comenzaba a formarse de nuevo en su garganta y arrancó a hablar:

—Quiero decir algo, yo... —La voz de la cantante se fue apagando a medida que su corazón se aceleraba. El miedo la agarró y un leve temblor comenzó a dominar sus manos. Cerró los ojos y zarandeó la cabeza—. Sé que corren muchos rumores sobre mí. No estoy enferma, ni voy al hospital a hacerme pruebas para ver mi estado, es más. —Ágata cogió aire y comenzó a moverse por la sala, mirando a la gente al azar—. Ni siquiera tomo medicación. Soy drogadicta. Estuve interna en un centro de rehabilitación de Estocolmo muchos meses, tratando de superar mi adicción a la heroína. —La gente murmuraba mirándose entre ellos. Ágata los ignoró y siguió—: Aún estoy luchando por rehabilitarme. Mi marido, Marco, murió a causa de una sobredosis hace cuatro años, desde su muerte yo... —la mujer guardó silencio unos segundos—. Cuando murió, no pude soportarlo. Sé que no tengo excusa. No la hay. Pero estoy tratando de salir; de no cometer el mismo error que mi marido. —Ágata desvió la mirada hacia Adda y le sonrió. Sentía cómo una lágrima caía por su mejilla derecha—. Las drogas me robaron todo lo que tenía y poco a poco fueron consumiéndome. Cuando te vi en aquella cama, Adda, yo... Volví a ver a Marco. Sentí miedo y no quería perderte. No quiero que entres en el mismo infierno del que estoy tratando de escapar. Porque se sufre mucho. —Ágata se acercó a la primera fila y tomó las manos de Adda entre las suyas—. Sufres tú —dijo, retirándole un mechón de su flequillo—. Y sufren los que te quieren.

Ágata aspiró con fuerza y se secó un poco el rostro con el dorso de la mano. Luego, se alejó de Adda y volvió a subir al presbiterio, mirando a todo el mundo.

—¿Por qué no nos dijiste nada? —preguntó Adda dejando escapar ella también un llanto silencioso. Ágata la miró y se encogió de hombros.

—Tenía miedo. Todo acto tiene consecuencias y yo no quise enfrentar las mías. Pero, es el momento de hacerlo—. Ágata miró a Gustaf y le sonrió con tristeza—. No tengo derecho a pedir que me aceptes, ni que me perdones. Yo misma no me puedo perdonar, pero quiero que sepas que nunca quise mentirte y mucho menos hacerte daño. No te lo mereces y entiendo que no quieras volver a saber nada de mí. —. Ágata tragó saliva y cerró las manos en un puño, desviando la mirada al suelo—. Lo siento.

Ágata levantó la mirada con tristeza, sólo para descubrir cómo Gustaf atravesaba toda la iglesia a grandes zancadas en su dirección, colocándose frente a ella.

En sus ojos grises, la cantante encontró una mirada tan intensa que hizo que un escalofrío le

recorriera la columna y le erizara la piel. El carpintero llevó las manos hasta su rostro, acunándolo y secando las lágrimas que le caían con sus pulgares. En sus labios, bajo aquella barba castaña se dibujaba una sonrisa llena de ternura. Gustaf se mordió el labio inferior y luego, sin tiempo para que Ágata reaccionara, rompió la distancia que los separaba fundiéndose en un beso.

La cantante se dejó llevar por la calidez de los labios de Gustaf. Elevó los brazos y se enredó a su cuello. Dejó, entonces que el carpintero invadiera su boca y bebiera de ella. Las lágrimas que caían por su rostro, borraban el miedo y la tristeza, dando paso a la felicidad que siempre le invadía cuando Gustaf le rozaba la piel.

Sus lenguas bailaban una junto a la otra, ambos se reconocían en aquel beso. Sin necesidad de palabras, sólo con aquel gesto, Ágata podía oír todo lo que Gustaf le decía. Sentía el cariño, la aceptación, el amor que aquel hombre le daba sólo con el roce su su piel. Sentía las manos de Gustaf bajar hasta su cintura y arrimarla a su cuerpo. En aquel momento, la iglesia rompía en aplausos y vítores. Aunque, fundida en aquel abrazo, en aquel momento de felicidad, Ágata no podía oír nada que no fuera el corazón de Gustaf latiendo a la par del suyo. Tras unos instantes, la cantante se separó, mirando a los ojos a Gustaf.

—Perdóname —murmuró. Por respuesta, Gustaf la volvió a besar, esta vez con más ahínco y pasión. Si no le había quedado claro con el beso anterior, el carpintero se lo hacía saber con ese otro. La quería, estaba enamorado de ella y sobre todo, la perdonaba. Ágata volvió a separarse, y miró a su alrededor. La gente de la aldea le aplaudía y le sonreía. Gritaban y vitoreaban a la pareja que nacía de nuevo delante de todos. En definitiva, todos la aceptaban.

Uno a uno comenzaron a acercarse a ella, a darle ánimos y palabras de aliento. Todos le mostraban su cariño. Pero, en el momento en que Ágata buscó los ojos de Adda, esperando poder contar con el apoyo de su amiga, ésta la miró con rabia. Y, en el momento en que la cantante quiso acercarse a ella, la chica salió corriendo de la iglesia, dejándola en los brazos de Gustaf.

CAPÍTULO 35

Ágata se desperezó en los brazos de Gustaf. Sus ojos grises la miraban embelesados y la sonrisa que le dedicaba le sacó otra a la cantante. Con ternura llevó la yema de su pulgar a su labio inferior y lo acarició. Gustaf dejó impreso un beso en su dedo.

—Siento mucho haberte mentido —susurró.

Gustaf negó con la cabeza y los ojos cerrados, para luego agarrarla por la cintura y acercarla hasta él. Sellando sus labios con un beso tierno. Ágata gimió y se dejó llevar una vez más por el cariño y el calor que Gustaf le regalaba.

El carpintero dibujó un camino de besos desde el hombro de la cantante hasta llegar a sus cicatrices. Ágata lo miró seria y trató de apartarse, pero en cuanto lo intentó, Gustaf atrapó su muñeca y tiró de ella, exponiendo así sus viejas heridas. La miró a los ojos y le sonrió, acercando sus labios hasta aquellas marcas.

Gustaf paseó la punta de su nariz suavemente, rozándole la piel y haciéndole cosquillas. Ágata dejó caer la cabeza en la almohada y cerró los ojos, concentrándose en todo lo que Gustaf le hacía sentir; en todo lo que le decía sin palabras.

Los labios de Gustaf emprendieron de nuevo el camino, esta vez, en sentido ascendente, llegando ahora hasta el lóbulo de su oreja. Sus dientes jugueteaban y le erizaban la piel. Con un movimiento rápido, el carpintero la giró, colocándola boca abajo en la cama. Le acarició la espalda desnuda con los vellos de su barba, haciendo que Ágata riera a carcajadas ante la sensación que le provocaba. Gustaf la aprisionó, agarrándola por las muñecas y separándole las manos. Ágata sentía el pecho de Gustaf sobre su espalda y la erección, que se escondía en su ropa interior, le presionaba la nalga izquierda.

La cantante se removió, restregándose con la única intención de provocarle. Gustaf soltó un gruñido en su oído a la vez que trataba de hacer que se quedara quieta, dejando caer parte de su peso. La cantante se percató de que, aunque el hombre deseaba volver a jugar con ella, aquel era un momento para la tranquilidad, para los besos y las caricias, y que, por el momento, no había cabida para la pasión animal a la que la tenía acostumbrada.

Ágata dejó caer la cabeza de lado en la almohada y cerró los ojos de nuevo. Los dientes de Gustaf la mordieron en el hombro derecho, mezclando suavidad, pasión y ternura. La yema de los dedos del hombre se pasearon entonces por el tatuaje que recorría su brazo derecho. Ágata abrió los ojos y trató de mirarlo, pero el hombre tenía la cabeza apoyada en su espalda y desde la posición en la que ella estaba no alcanzaba a verlo bien.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Gustaf —susurró cruzando los brazos bajo la almohada, justo bajo su cabeza. El hombre no cesó de acariciarla, siguiendo la silueta de una de las alas de su tatuaje. La cantante sentía que él deseaba saber, y que esperaba una explicación a aquel tatuaje. Suspiró—. Te dije que quería que me desnudaras pero también te dije que sería difícil.

Gustaf se removió, colocándose a su lado. La agarró por la cintura y la obligó a moverse hasta que Ágata se colocó de lado también. Los ojos de la cantante hicieron contacto con los del carpintero. Éste le sonrió y le acarició el mentón con ternura. Ágata paseó sus dedos por el vello de su pecho, sintiendo cómo su respiración pausada la tranquilizaba.

—Confesar que soy... —Ágata tragó saliva, interrumpiéndose a sí misma. Le costaba mucho hablar delante de Gustaf. Tomó aire y se refugió en el pecho del hombre, aspirando su aroma a madera y campo—. Tenía mucho miedo. La sola idea de que me rechazaras, de que me mirases con desprecio, me aterraba.

Los dedos del hombre se enredaron en los de ella. Sus brazos se cerraron con mimo alrededor de su cuerpo, y los labios del carpintero le regalaron un beso tierno en la cabeza. En aquel momento, Ágata se sintió querida e importante para aquel hombre. Podía sentir su corazón latir sobre su mejilla, tranquilizándola. Su alma cansada y herida había dejado de sangrar, y algo le decía a Ágata que, con el tiempo, sanaría por completo. Tras unos minutos de silencio y sosiego, la cantante se deshizo del abrazo de Gustaf y lo miró a los ojos. Con sus pequeñas manos acunó sus rostro y le regaló un beso. Su barba le hacía cosquillas en la cara, pero no le importó.

—Quiero que sepas que... —Comenzó a decirle en cuanto se separó—. Marco fue el hombre más importante de mi vida. Lo quise tanto que aún me duele... —Los ojos de Gustaf se

oscurecieron, sus boca dibujó una línea apretada, mostrando disgusto ante lo que estaba oyendo. Ágata le acarició el mentón—. Pero, Marco es mi pasado, un pasado que no volverá. Y tú, tú eres mi presente, Gustaf. Y aunque es pronto para llamar amor a todo lo que me haces sentir, puedo asegurarte que eres importante para mí. —Gustaf se mordió el labio inferior y secó una lágrima que comenzaba a surcar el rostro de la cantante—. Lo que siento por ti es diferente, Gustaf, pero no por ello menos importante. Siento... siento que mis heridas dejan de sangrar cuando me abrazas, cuando me miras. Dame tiempo, Gustaf. Te juro que me desnudaré, que seré tuya sin reservas, sin secretos, pero concédeme tiempo.

Gustaf asintió y, acto seguido, llevó una de las manos de Ágata hasta su pecho, como otras veces había hecho. La cantante supo que esa era la manera que él tenía de decirle que estaba a su lado, que era importante para él. La pareja se fundió en una sesión interminable de besos y caricias.

—Vamos, no podemos pasar el día haciendo el vago. Es lunes, además, quiero que me empieces a enseñar la lengua de signos —le dijo incorporándose en la cama, dispuesta a salir de allí.

Gustaf gruñó y la agarró por las caderas, tirando de ella hasta colocarla sobre él. La besó, primero suave, luego más salvaje. La mordía y le clavaba sus dedos en sus muslos. Ágata se separó y lo miró a los ojos; Gustaf le sonreía travieso con una ceja en alto.

—No seas crío y...

En ese momento Gustaf la interrumpió, invadiendo su boca con un beso lascivo, haciendo que Ágata se derritiera y se dejara manejar por él de nuevo.

Ágata suspiró y se sentó en el banco que había bajo el árbol, mirando al horizonte. Sentía el calor que desprendía el cuerpo de Adda. La sombra de las hojas de aquel árbol les tapaba el sol de la tarde. Un pequeño pajarillo revoloteaba, haciendo que el frufrú de sus alas rompiera el silencio que, desde hacía unos minutos ahogaban a la cantante y su amiga.

—No sé qué decir —murmuró Ágata bajando la mirada hasta su regazo. Sentía cómo las manos le comenzaban a temblar y sudar. Estaba muy nerviosa. Adda se encogió de hombros.

—¿Por qué no me dijiste que te gustaba, Gustaf? —preguntó la chica. Había subido las piernas al banco y se abrazaba a sus rodillas. Ágata la miró y torció el gesto; en esa postura parecía aún más niña de lo que ya era.

—No quería hacerte daño. Eres la única amiga que tengo aquí y...

—Debiste hacerlo —respondió la chica tajante. Luego la miró a los ojos y Ágata que pudo menos que asentir y suspirar—. ¿Estábais juntos cuando fuimos a la fiesta de Eric?

—Sí.

—¿Desde cuándo estáis saliendo? —preguntó Adda con la mirada, ahora, puesta en el horizonte. El aire fresco del verano le removió un poco el pelo.

—Desde mayo, más o menos.

—¿Cómo pasó?

Ágata suspiró y miró a la muchacha. Los ojos se les comenzaron a empañar y la voz, poco a poco, se le iba rompiendo. La cantante sabía que las respuestas que le daba le iban rompiendo poco a poco su corazón.

—¿Por qué quieres saberlo? Adda, eso sólo te hará daño. Escúchame. —Ágata le agarró una mano, obligándola a bajar las piernas y removerse en su asiento hasta que ambas mujeres se enfrentaron una a la otra—. Lo que debes saber es que nunca quise hacerte daño. Si no te dije nada es porque, no quería perderte y porque —la cantante dejó caer los hombros y aspiró con fuerza. Sentía que las lágrimas acudían a sus ojos a la misma velocidad que lo hacían a los ojos de Adda—, creía que, cuando Gustaf se enterase de mi adicción, me daría la espalda y me rechazaría.

—Igualmente, debiste decirme que te gustaba —respondió Adda algo molesta y con el ceño fruncido.

—¿Para qué? ¿Para enfrentarnos?

Adda se levantó del banco y se mesó el cabello molesta a la par que bufaba.

—Además, si tanto te importaba yo, ¿por qué no te alejaste de él? ¿Por qué no lo rechazaste? —preguntó la chica elevando la voz.

Ágata la miró a los ojos, en ellos encontraba rabia contenida. Las lágrimas surcaban el rostro de Adda y el leve viento le removía el cabello, acentuando su expresión de angustia.

—Lo intenté, Adda. Le dije que me dejara en paz, que yo no le convenía. Pero...

—Pero te faltó tiempo para meterte en su cama, ¿verdad? —La interrumpió. Luego se cruzó de brazos y se dio media vuelta—. Y no tenías bastante con Gustaf que, además, tenías que convencerme para que me olvidara de Billy.

Ágata sintió cómo la sangre le ardía por dentro. Aquellas acusaciones estaban fuera de lugar, y volver a oír el nombre de Billy la puso enferma. Se levantó y, tomando a Adda por los hombros, la obligó a girarse de nuevo, centrando sus ojos avellana en los celeste de la muchacha. Sentía su respiración agitarse y su corazón latir en su pecho a punto de desbocarse.

—Olvidaré lo primero que has dicho porque entiendo que estés enfadada —dijo escupiendo las palabras una a una—. Pero lo de Billy no pienso pasarlo por alto. Te avisé, Adda. Te dije que no te convenía porque lo conozco y sé en los ambientes por los que se mueve. Para él sólo eras una muñeca más, otra pobre ilusa a la que llevarse a la cama después de una borrachera.

—¿Crees que no lo sabía? No soy una niña tonta, Ágata. Sé cuando algo no me conviene y cuando un tío sólo quiere una noche conmigo—respondió Adda mirando al cielo—. Yo sólo quería divertirme y tratar de olvidar que, al hombre del que estoy enamorada, no le intereso. Ágata frunció el ceño.

—Adda, ¿no te das cuenta del daño que eso te hace?

—¿Y por qué pasar la noche con un tío, al que parece que le gusto, me hace daño? —preguntó exasperada la chica antes de sentarse y hacer un mohín. Ágata suspiró y se sentó a su lado,

mirando el suelo.

—Porque eso te deshumaniza —murmuró triste.

—Por favor, Ágata, no seas dramática —soltó exasperada la chica cruzándose de brazos. Ágata puso los ojos en blanco unos segundos y luego miró a su amiga. Adda la observaba con una ceja en alto y una sonrisa irónica.

—No soy dramática, es la verdad. Cuando Marco y yo rompimos estaba tan enfadada que comencé a tener líos que no duraban más de una o dos noches. Me convencía pensando que sólo lo hacía para tratar de olvidar a Marco. Es cierto que, no hay nada de malo en acostarte con alguien si es eso lo que quieres, pero, hacerlo para conseguir evadirte de una realidad que no te gusta, es lo que hace que, poco a poco, dejes de quererte y respetarte a ti misma. —Ágata suspiró y tomó la mano de Adda—. Comienzas a guardar tus sentimientos en el fondo de tu corazón, olvidándote de ellos. Poco a poco, en vez de ir a un bar y charlar un rato con el tipo, conocerlo y salir un par de veces con él, comienzas a irte de fiesta y a beber. Las charlas se hacen cada vez más cortas, hasta que, terminas acostándote con un tío del que ni siquiera recuerdas su nombre. Luego, el sexo te satisface cada vez menos, y comienzas a pensar que necesitas algo más; empiezas a probar cosas nuevas, subes el nivel. De un tío a la semana pasas a uno cada dos o tres noches, luego a dos en una noche, luego a dos a la vez, incluso alguna que otra orgía. Pruebas también el sexo con chicas, aún sabiendo que las tías no te van nada, te dices a ti misma: ¿Por qué no? La vida es corta. —Ágata chasqueó la lengua y se recostó contra el respaldo del banco, mirando al horizonte—. Con el tiempo, te das cuenta que necesitas cada vez más, y comienzas a excederte, bebes más y muy seguido, incluso durante el día. Hasta que pruebas las drogas. Comienzas con algo suave, como la marihuana y, poco a poco, vas subiendo hasta terminar adicta a la heroína. —Ágata suspiró—. Y todo, ¿para qué? Para tratar de olvidar al hombre que te ha rechazado.

—¿Fue así como te metiste en las drogas? —preguntó casi en un susurro Adda. Ágata asintió y luego levantó la vista hasta cruzarse con los ojos azules de ella. Le sonrió triste antes de apartarle un mechón del rostro.

—No quiero que cometas los errores que yo cometí, Adda.

—Pero yo no soy como tú —respondió la chica. Ágata sonrió.

—Lo sé. Tú eres mucho mejor que yo. Eres preciosa, inteligente, dulce... eres un millón de cosas que yo no soy y por eso no quiero perderte como amiga.

Adda se humedeció los labios y torció la boca en un gesto de confusión. Los minutos pasaban, haciendo que el corazón de Ágata se encogiera.

—Ágata, yo... no sé si podré soportar veros juntos—. Adda se levantó, deshaciéndose del agarre de su amiga—. Entiendo que te preocupes por mí, por todo lo que has vivido y eso. Pero estoy enamorada de Gustaf y saber que está con otra, me duele.

La cantante se levantó de golpe y agarró a su amiga por los hombros. Las lágrimas comenzaron a brotar, porque sentía que estaba perdiendo a la muchacha.

—Adda, por favor, no... no me hagas esto. No quiero perderte.

Adda sonrió con tristeza.

—No vas a perderme, pero necesito tiempo —respondió al tiempo que se deshacía del agarre de la cantante y daba unos pasos atrás.

Ágata sentía la urgencia en su corazón, estaba perdiendo a su amiga y aquello la destrozaba.

—Por favor, Adda, no te vayas. —El llanto se hizo con el cuerpo de la cantante, que comenzó a temblar.

—Necesito pensar. Seguiremos siendo amigas y todo eso. Pero dame unos días para tratar de asimilarlo todo, ¿vale?

Sin esperar respuesta, Adda salió corriendo. Ágata suspiró y tomó aire, tratando de calmarse. Se sentó en el banco y dejó que la brisa veraniega acunara su llanto.

CAPÍTULO 36

Ágata rasgó el último acorde paseando la yema del pulgar derecho por las cuerdas indicadas. Las notas amargas se elevaron pesadas, desapareciendo poco a poco por la capilla. Soltó un suspiro triste a la par que relajaba el cuerpo. Abrió los párpados y fijó sus ojos avellana en los negros de Eric.

Éste tragó saliva y se agarró a su propia guitarra. Ágata le sonrió, y ambos amigos se quedaron un rato en silencio, observándose el uno al otro.

—Vamos, te toca —dijo Ágata forzando una sonrisa. Eric asintió y parpadeó algo perdido. Ágata colocó la mano en el acorde inicial y se lo mostró al muchacho, que la imitó y comenzó a hacer sonar su guitarra.

La cantante lo observó en silencio, sin apenas prestar atención a los fallos. Eric llevaba un par de semanas asistiendo a la capilla a la hora indicada de manera obediente, mostraba mucha paciencia cuando a ella se le hacía un mundo sacar una melodía de aquella vieja guitarra y era un excelente alumno. En el tiempo que llevaban, el muchacho había aprendido ya casi todos los acordes, además, era capaz de tocar un par de canciones sencillas casi a la perfección. Ágata arrugó la nariz en el momento en que Eric se equivocó de acorde y estropeó la preciosa versión que estaba tocando.

—Vaya... —se quejó el muchacho antes de chasquear la lengua—. Empezaré de nuevo.

—Tranquilo. —Ágata posó una de sus manos sobre la que el muchacho tenía en la guitarra—. Llevas dos horas, es normal que estés cansado. Podemos dejarlo por hoy.

Eric asintió y resopló. Llevaba toda la tarde y parte del día anterior tratando de tocar de corrido *Moonflower* de Carlos Santana, pero siempre se equivocaba en el mismo acorde.

—Pero, sólo una vez más, por favor —rogó haciendo un puchero con la boca. Ágata asintió y lo dejó, pero en cuanto volvió a errar el acorde, el muchacho resopló y se revolvió el pelo—. No voy a conseguirlo nunca.

—Claro que sí. Has hecho muchos avances en sólo unos días. Además, estás tratando de tocar con una guitarra acústica *Moonflower*, es de uno de los mejores guitarristas del mundo. ¿Crees que versionar a Carlos Santana es algo fácil?

—Cuando lo haces tú parece muy sencillo —respondió Eric dejando a un lado su guitarra y recolocándose las gafas. Ágata sonrió tímida a la vez que sentía cómo se sonrojaba.

—Bueno, a mí me resulta más sencillo porque llevo muchos años tocando, y los instrumentos de cuerda son mi especialidad —respondió mientras guardaba la vieja guitarra de Marco en su funda.

—¿Qué otros instrumentos sabes tocar? Ágata le sonrió.

—Bueno, además de la guitarra acústica y la española, sé tocar la eléctrica, el bajo, aunque eso ya lo sabes, y también el chelo.

—¿Tocas el chelo? —preguntó con una ceja en alto Eric. Ágata asintió orgullosa—. ¿Y algo más?

Aquella pregunta hizo que de forma inconsciente, sus ojos pasaran del rostro de Eric al piano de pared que había justo detrás de él. Eric se giró siguiendo la mirada triste de la cantante.

—Marco me enseñó a tocar el piano. —Eric le regaló una sonrisa.

—¿Puedo pedirte que toques el piano? —preguntó ilusionado. La cantante lo miró seria y negó—. Pero...

—Lo siento, Eric, pero no puedo tocar el piano. Sólo tocaba para Marco —respondió molesta—. Sacar algo de esta guitarra ya me cuesta mucho —Ágata dejó caer sus hombros, desviando la mirada, avergonzada.

—Disculpa —murmuró Eric arrepentido.

Ágata levantó la mirada y pudo ver la tristeza que invadía el rostro del muchacho. Había sido más brusca de lo que pretendía. Tomó de la mano de Eric y lo llevó hasta el piano. Se sentó en el taburete y lo invitó a sentarse a su lado. Levantó la tapa del instrumento y acarició unas teclas, sin llegar a hacerlas sonar.

—¿Has escuchado algún disco de K.A.M.? —Eric torció la boca, dándole a entender a Ágata que el muchacho no tenía ni uno sólo de sus discos. Sonrió—. La canción que nos hizo saltar a la fama se llama *Vivir en tus ojos*. ¿Esa la has escuchado?

—Creo que sí, ¿esa es la que dice algo así como... —Eric carraspeó y comenzó a cantar muy bajito—: *Låt mig leva i dina ögon, utan dig, Jag vet inte hur jag ska fortsätta...*?

—*Om du stänger dina ögon, mitt liv, ljuset går ut, mörkret regerar i mitt hjärta... Låt mig leva i dina ögon, för utan dem, Jag har inte längre någon lösning...* —cantó Ágata en un murmullo siguiendo el ritmo que le marcaba Eric.

Eric llevó una mano hasta el rostro de la cantante, secándole una lágrima que se escapaba rebelde por su mejilla. La cantante cogió aire y se giró, encarándose hacia el piano.

—Esa canción la compuso para mí. Bueno, sólo la melodía, la letra la escribí yo unos años después. Aunque, la verdad es que, la canción que sale en el disco es sólo una versión.

—¿En serio, no es la original? —preguntó frunciendo el ceño y girándose, él también, hacia las teclas.

—No. La noche que Ray nos descubrió fue una casualidad. El pobre se había quedado dormido en los lavabos, de manera que, cuando despertó, en el bar sólo quedábamos Marco y yo —. Ágata sonrió ante el recuerdo—. Marco estaba tocando esta canción sólo para mí y él la escuchó. Nos dijo que si le poníamos letra y algo más de ritmo, nos representaría.

—Y Marco, ¿la versionó? —preguntó Eric.

—No —respondió la cantante negando con la cabeza—. Al principio se negó. Decía que esa era nuestra canción. De él y mía, y que nadie debía oírla. Pero lo convencí. Así que trabajamos en una versión nueva y compuse la letra. Tras eso, triunfamos.

—Entonces, *Vivir en tus ojos*, ¿es diferente a lo que se escucha en el disco?

—*Vivir en tus ojos* es muy diferente. Es especial. Llena de magia, significado y sobre todo llena de amor. —Ágata suspiró y acarició el teclado—. Por eso soy incapaz de tocar el piano. Cada tecla, cada nota, me recuerda a esa canción. Me recuerda a Marco y, con el recuerdo de Marco, llega el dolor y la soledad.

—Pero, no estás sola, nos tienes a nosotros. A Gustaf, a Adda, a mí, a Chrystal e Igor, tienes a Artur. ¿Has tratado de pensar en nosotros?

Ágata se quedó pensando.

—Si te soy sincera, no lo he intentado. El recuerdo de Marco me envuelve. Es cómo si absorbiera el resto de mis pensamientos y no hubiera cabida para nada ni nadie más.

Eric torció la boca y se revolvió el pelo.

—Inténtalo —dijo resuelto—. Ahora estás conmigo y llevas dos semanas tocando la guitarra delante de mí. ¿Por qué no tratas de tocar alguna canción pensando en mí? ¿Qué melodía crees que me podrías regalar si fuera, por ejemplo, mi cumpleaños?

Ágata sonrió y negó con la cabeza ante la ocurrencia del muchacho.

—No es tan sencillo, Eric.

—¡Vamos! Tú sólo inténtalo. Toca algo, aunque sea la melodía del telediario. Por favor.

Ágata se mordió el labio inferior y tomó aire. Aunque parecía una tontería, podía intentar tocar una melodía sencilla.

—Está bien —respondió a la par que soltaba todo el aire de los pulmones—. Veamos, ¿qué canción me recuerda a ti? ¡Ya sé! —Ágata sonrió mostrando sus dientes y se acomodó en el taburete.

Aunque el recuerdo de Marco trató de abrirse paso entre todos sus pensamientos, la cantante trató de esforzarse por apartarlo a un lado. Miró de nuevo unos instantes a Eric y memorizó su sonrisa, sus ojos negros tras aquellas gafas, aquel pequeño hoyuelo de su barbilla y su pelo revuelto y despeinado. Asintió y sus dedos comenzaron a moverse por las teclas, sacando la melodía de *Yellow Submarine* de *The Beatles*. Aunque aquella canción estuvo siempre relacionada con las drogas, Ágata recordó que *Paul McCartney* dijo que a él le recordaba a unos

dulces azucarados que el grupo probó en un viaje a Grecia. Aquella discordancia del componente del viejo grupo de rock le recordaba a Eric; siempre diferente, a contracorriente, alegre como la melodía y dulce como los pastelitos de los que hablaba *McCartney*.

Para su asombro, Ágata cerró la melodía con una lágrima de felicidad surcando su mejilla.

—¿Ves? —dijo de pronto el muchacho a la vez que la abrazaba con ternura—. Lo has conseguido. Sólo debes tratar de pensar en mí.

—Eres incorregible, Eric. —Sonrió la cantante haciendo un mohín dentro de su abrazo. El muchacho le regaló un beso tierno en la cabeza.

—¿Crees que podrías tocar en la boda de Igor? —le murmuró en el oído meciéndola. Ágata suspiró y se dejó llevar por el calor del cuerpo del muchacho. En aquel momento, era el único, además de Artur, que sabía toda la verdad acerca de su vida pasada. Se quedó en silencio unos minutos.

—No creo, Eric. Tengo mucho miedo, pensar en enfrentarme de nuevo a un concierto. La última vez que lo intenté me bloqueé y salí corriendo —respondió recordando cuando Klara le había pedido que tocara por su cumpleaños en el centro de rehabilitación.

—Podríamos tocar algo juntos, así, si sales corriendo y yo hago el ridículo, porque estoy seguro que lo haré, siempre puedo echarle la culpa —respondió bobalicón mientras se deshacía de su abrazo y la miraba a los ojos con una sonrisa divertida. Ágata rio y negó.

—Será mejor que no lo intentemos. Vamos, se acabó la clase de hoy.

Ágata se levantó y cogió la funda con su guitarra antes de encaminarse hacia la puerta que daba a la cocina. Pero, antes de cruzar el umbral, Eric volvió a llamar su atención.

—Ágata, ¿es normal que esa gallina se esté bañando en la pila bautismal?

Gustaf se rascó la barbilla, pensando que tal vez ya era hora de volver a recortarse la barba, pues se la había descuidado un poco y, aunque Ágata no le había dicho nada, siempre le daba un ataque de risa cuando él trataba de besarla. Miró a su alrededor y luego su reloj de muñeca. Eran más de las seis y había quedado con ella en la pastelería para merendar y luego dar un paseo. Con suerte, Gustaf esperaba tenerla esa noche entre sus sábanas de nuevo. Aquella mujer lo volvía loco y, desde hacía casi un mes, apenas la había tenido para él, porque, por una razón que ella se negaba a darle, siempre estaba ocupada en las tardes, y sabía bien el carpintero que la muchacha no salía de la capilla.

Resopló cansado de esperar y volvió a repasar la plaza y la calle por la que esperaba que apareciera Ágata. Su corazón se encendió al verla aparecer con una sonrisa radiante, pero, en ese momento, su alegría se esfumó al ver aparecer a su lado a Eric. Gustaf torció la boca en un gesto de disgusto. Aunque sabía que el muchacho no trataría de acercarse a Ágata, algo le decía que estaba interesado en ella.

La cantante se acercó a él y se abrazó a su cuello regalándole un beso cariñoso en la comisura

de su boca.

—Siento llegar tarde. —Gustaf levantó una ceja y torció la cabeza tratando de preguntarle la razón de su tardanza—. Eh... —titubeó Ágata mirando a Eric.

—Tranquilo, Gustaf —interrumpió Eric dándole una palmada. Luego el muchacho le guiñó un ojo a Ágata—. Sólo estábamos charlando, y nos hemos entretenido.

Gustaf desvió la mirada hasta Ágata.

—Es cierto —respondió dulce y se apretujó contra su cuerpo—. Vamos a dar un paseo —ronroneó cerca de su oído, haciendo que el cuerpo de Gustaf reaccionara a su pequeña provocación. El carpintero asintió y la asió por la cintura.

—Un momento, me has prometido un *cappuccino* —se quejó Eric cruzándose de brazos. Gustaf lo miró con el ceño fruncido y encogió uno de sus hombros—. Tranquilo, tío. Pero tu chica me ha prometido un *cappuccino* como premio y creo recordar que me lo he ganado, ¿no es así, Ágata?

Ágata resopló y puso los ojos en blanco unos segundos. Luego le sonrió cómplice al muchacho. Gustaf, cada vez, entendía menos lo que sucedía entre aquellos dos, y eso lo molestaba sobremanera.

—Tienes razón, te lo has ganado —sentenció la chica. Luego levantó aquellos preciosos ojos avellana y le sonrió a Gustaf. Colocó una mano cálida sobre su pecho y le regaló otro beso dulce en la mejilla—. ¿Te importa esperar mientras le preparo un café a Eric?

Gustaf negó y, antes de que la chica se alejara mucho, le dio un pequeño azote en el trasero, haciendo que diera un pequeño respingo y le sonriera traviesa.

—¡Eh! —se quejó Eric con una sonrisa divertida—. Córtate un poco, tío, que estoy aquí. —Continuó sentándose en la silla que estaba al lado de donde antes se había sentado Gustaf. El carpintero lo siguió y lo miró con una ceja en alto—. ¿Qué narices te pasa, Gustaf? —Éste resopló y miró al cielo cansado, luego desvió los ojos azules a los negros de Eric—. Tío, ¿sabes que el papel de novio celoso no te pega? —Gustaf abrió los ojos y negó con energía—. Venga ya. Estás celoso, se ve a la legua tu mal humor, ¿acaso crees que voy a robarte a tu chica?

El carpintero desvió la mirada hacia la taza de café que tenía delante de él. Sintió una de las manos de Eric sobre su hombro y desvió la mirada hacia su amigo.

—Tranquilo. Sé que soy irresistible para las chicas, pero te puedo asegurar que Ágata sólo piensa en ti.

En ese momento, la cantante apareció con una enorme taza de porcelana humeante que dejó delante de Eric. Luego le sonrió.

—¿Nos vamos? —le preguntó con un guiño sugerente que le provocó un escalofrío de placer al carpintero.

Gustaf asintió y se levantó, tomándola por la cintura y guiándola hacia su casa. Pero, al tercer paso, la cantante se deshizo de su agarre y se acercó a Eric, regalándole un beso tierno en la mejilla y susurrándole algo. El muchacho con gafas lo miró de soslayo con una sonrisa malévola.

—¡Ágata! Gustaf está delante y nos está viendo. Te he dicho muchas veces que las muestras

de cariño me las des cuando estemos solos.

La cantante puso los ojos en blanco.

—Deja de decir tonterías, Eric.

El muchacho le cogió una de las manos y le dio un beso en el dorso, siempre con la mirada divertida puesta en Gustaf, que miraba exasperado a su amigo.

—Bella Julieta, creo que será mejor que se marche con su Romeo. Creo que le falta poco para retarme en duelo, y no me gustaría dejarlo en ridículo.

La pareja se marchó tranquila, pero, en cuanto el carpintero abrió la puerta de su taller y dejó pasar a la cantante, la agarró por la cintura, atrapándola entre su cuerpo y la misma puerta cerrada. Sentía el calor que desprendía el cuerpo de aquella mujer, su aroma a lavanda fresca y jabón lo envolvió, haciendo que capturase sus labios entre los suyos. Gustaf gruñó al sentir un gemido salir de la garganta de Ágata. Tras besarla con deseo, la muchacha se separó de él y lo miró divertida.

—Así que, estás celoso de Eric—. Gustaf se encogió de hombros y torció la boca. Ágata sonrió divertida, pero tras eso, se contoneó bajo su abrazo y metió sus manos pequeñas bajo su camiseta, acariciándole el abdomen—. Vamos a la cama — susurró Ágata bajando las manos hacia el botón de su pantalón—. Te voy a demostrar que sólo pienso en ti.

CAPÍTULO 37

Ágata sujetó la mano de Gustaf con fuerza y se secó una lágrima que resbalaba por su mejilla y amenazaba con estropear su maquillaje. Las bodas siempre le hacían llorar. Miró a su alrededor, la luz del sol le acariciaba la piel y el olor a tierra y hierba fresca la embriagó. Aquella boda se celebraba en mitad del prado a las afueras de la aldea. Aunque no era muy convencional, la idea había sido del agrado de todos los invitados. Ágata repasó la zona de un vistazo rápido. Las sillas estaban dispuestas en orden delante de un pequeño arco de madera adornado con rosas. El padre Artur estaba justo debajo, acompañado del novio y Adda. A la derecha, una pequeña banda tocaba sobre un escenario. Y, rodeando el lugar, habían colocado las mesas para el banquete.

Chrystal se acercaba sin prisas por el pasillo central cogida del brazo de su abuelo. Su sonrisa era radiante, el vestido que Adda le había confeccionado era sencillo y precioso. Su melena negra caía en cascada por su espalda dibujando unas ondas suaves, perfectamente peinadas; en su cabeza, una corona de flores secas en tonos rosas y blancos le daban ese toque bohemio que tanto le gustaba y que tan bien le sentaba.

Ágata tragó saliva y le sonrió al verla pasar por su lado. Miró luego al novio, que esperaba impaciente. Igor estaba vestido con un elegante traje de chaqueta gris perla que le resaltaba el rojo de su pelo. Ágata soltó una risita al ver cómo Igor trastabillaba nervioso en el momento de tomar de las manos a Chrystal, por suerte no llegó a caer.

Una preciosa melodía sonaba de fondo, y la voz del cantante de la banda regalaba a capella la canción de *Marry me* del grupo *Train*, uno de los favoritos de Chrystal. Levantó la vista hasta Gustaf y éste le regaló un beso tierno en la mejilla. Lo miró con detenimiento: vestía una camisa blanca de algodón egipcio con cuello mao bajo un precioso traje de chaqueta de lino beige. Ágata sonrió y le colocó bien el ramillete de lavanda que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Las manos de Gustaf atraparon la suya de nuevo y le regaló otro beso tierno en el dorso, para acto seguido pasarle un brazo por los hombros y acercarla a él. Su olor a madera y lavanda la embriagó, haciendo que dejara caer la cabeza sobre su pecho y volviera a prestar atención a los novios.

Una punzada de culpa y dolor le atravesó en cuanto su mirada se cruzó con Adda. La muchacha estaba al lado de su hermano, pero, en lugar de malestar, Ágata encontró en sus labios rosados una preciosa sonrisa de alegría. La cantante le sonrió, algo le decía que en ese instante, su amiga había vuelto a su lado. Y, aunque en sus ojos azules había tristeza por lo sucedido, sabía que el tiempo lo curaría todo y que pronto volvería el río a su cauce.

En el instante en que Artur apareció y sonrió a los novios, el cantante se calló y la banda de música cesó, dando así comienzo la ceremonia. En ese momento, la mente de Ágata voló muy lejos de allí.

—Queridos hermanos, estamos hoy aquí para unir en matrimonio a... —El cura levantó la vista de la pequeña biblia y miró al novio.

—Marco Cirillo —dijo sin apartar la mirada de Ágata y con sus manos entre las suyas.

—Y a...

—Ágata Schmollend.

Ágata sonrió nerviosa, sintiendo cómo se sonrojaba. Marco le acariciaba con sus manos frías el dorso de las suyas y le sonreía mostrando todos sus dientes. El reverendo seguía con el clásico discurso que siempre recitaba en las bodas. Solo que, Ágata sabía que su boda con Marco no era convencional. Habían entrado en una pequeña capilla de un viejo cementerio para resguardarse de la lluvia. Allí habían encontrado a una anciana que lloraba la reciente pérdida de su marido y en el suelo de la entrada un viejo vagabundo que, al igual que ellos, buscaba refugiarse del frío alemán. En cuanto habían entrado, Marco la había besado dulce y le había pedido matrimonio, había llamado a gritos al cura y le había pedido que los casara. En cuanto el cura le dijo que necesitaba unos testigos, la anciana le dijo que ella sería la madrina, y en ese momento, Marco llamó al vagabundo para que fuera el padrino.

—¿Quieren los novios decir algo antes de proseguir? —preguntó el cura mirando a Marco. Éste asintió nervioso, se revolvió el pelo y tomó aire.

—Ágata, sé que esto es una locura y que aún somos muy jóvenes, pero, sé que moriré si tú no estás a mi lado. Desde el día que me dijiste que me querías me siento completo. Sé que nuestra vida ha empezado con mal pie, apenas tengo una maleta y unos cuantos euros, pero, te amo. Eres la luz que ilumina mi vida y te juro que si dejas de iluminarme con tu mirada, moriré de tristeza. Somos fuego, mi vida, una llama incandescente que no se apagará nunca. Te quiero.

Ágata sentía un nudo apretarle en la garganta, porque sabía que no había palabras que

pudieran expresar todo lo que sentía.

—¿Quiere usted, Marco Cirillo tomar a Ágata como esposa, ahora y siempre, hasta que la muerte los separe? —preguntó el cura al percatarse de que Ágata no era capaz de hablar.

—No, padre. La tomo por esposa eternamente, porque la muerte no podrá separarnos —respondió haciendo que la anciana que estaba tras él rompiera a llorar de la emoción.

—¿Quiere usted, Ágata Schmollend, tomar a Marco como esposo...? —el cura carraspeó y se rascó la cabeza antes de proseguir—: ¿... eternamente?

Ágata sonrió y se dejó caer en los brazos de Marco.

—Sí, padre.

—En ese caso, yo os declaro, marido y mujer —dijo Artur con una sonrisa.

Igor agarró a Chrystal por la cintura y le regaló un beso tierno en los labios. Ella correspondía enredando sus brazos alrededor de su cuello. El gentío se levantó y rompió en aplausos y vítores, y entonces la banda comenzó a tocar la marcha nupcial.

Ágata suspiró de nuevo, y se acercó a Artur, observando cómo la gente saludaba a los recién casados.

—Ha sido una boda preciosa —dijo la cantante con una sonrisa.

—Sí, aunque habría preferido que se celebrase en la capilla, como todas las bodas, y no en mitad del prado —respondió el cura cruzándose de brazos.

—Vamos, no diga eso. Ha sido una idea genial y, mire el lado positivo, no tendrá que recoger la iglesia —agregó en respuesta la cantante mientras se encogía de hombros.

En ese momento, Adda se acercó a ella. Ágata miró a Artur y éste asintió, llevándose a Gustaf de su lado y dejando a las dos chicas solas.

—Una boda muy bonita, ¿no crees? —preguntó tímida Adda. Ágata asintió y la miró seria.

—Adda... —Comenzó a decir.

—¿Puedo presentarte a alguien?—la interrumpió la chica con una sonrisa en los labios. Luego, sin esperar su respuesta, la tomó de las manos y la guio entre los invitados hasta la zona donde estaban dispuestas las mesas. Allí, un muchacho alto rubio y de mirada serena se levantó mirando embelesado a Adda—. Ágata, éste es Alexander.

—Hola, puedes llamarme Alex —respondió el muchacho con una sonrisa correspondiendo al abrazo de Adda. Ágata sonrió y sintió cómo el nudo que oprimía su estómago desde que hablara con ella, hacía más de un mes, desaparecía. Tras aquello, Ágata se quedó hablando un rato con Adda y su acompañante, Gustaf y Eric aparecieron unos instantes más tarde y se sumaron a la conversación.

Poco a poco los invitados se fueron sentando en sus respectivas mesas, y el banquete dio su comienzo. La gente reía, charlaba y contaban chistes, la comida se servía y el alcohol llenaba las copas de todos excepto la de Ágata.

La tarde terminaba, dando paso a la noche. Unas preciosas guirnaldas con bombillas de luz amarilla, decoradas entre ellas con preciosas flores secas, se encendieron, iluminando el prado y toda la zona del banquete que se celebraba al aire libre. Luego, los camareros retiraron las mesas centrales, creando así un espacio para bailar. La banda comenzó a tocar de nuevo.

En ese momento, el teléfono de Ágata comenzó a vibrar en su bolso. La cantante se limpió las manos y se disculpó, apartándose tras un árbol donde la música y el ruido no pudiera molestarla. Sacó el teléfono y tragó saliva al ver el número que la llamaba. Dio la vuelta al árbol y apoyó la espalda contra el tronco. Suspiró y descolgó.

—*Siempre te han gustado las bodas, mi amor.* —Ágata ahogó un jadeo y se tapó la boca—: *Nosotros no tuvimos un banquete, ni flores, ni una banda de música. Pero fue la boda perfecta, ¿la recuerdas?*

—Sí —susurró dejando escapar una lágrima.

—*¿Sabes por qué fue perfecta?* —Ágata negó cogiendo aire y tratando de mantenerse serena. Aquella voz tan conocida sonaba rasgada y dulce, casi podía sentir el calor de su aliento sobre sus propios labios—. *Estábamos enamorados, igual que tus amigos pero, hubo otro detalle que la hizo aún más perfecta, ¿recuerdas cuál fue?*

—No —susurró de nuevo limpiándose la mejilla con el dorso de la mano.

—*Tocaste nuestra canción por primera vez, amor mío, ¿Por qué no haces que esta boda sea tan perfecta como la nuestra?* —Ágata sentía cómo una garra se cerraba en torno a su corazón, oprimiéndolo.

—Era nuestra canción —murmuró dejando escapar el llanto. Cada palabra que aquella voz le regalaba era como una daga clavándose en su alma. El tono, la cadencia, en definitiva, aquel recuerdo, era un fantasma que no dejaba de encender y apagar su alma con cada llamada—. No puedo tocarla.

—*¿Por qué no? Ellos están tan enamorados como lo estábamos nosotros, merecen una canción perfecta en el día perfecto, igual que nosotros.*

—Pero es nuestra. Sólo tuya y mía, de nadie más —gimoteó.

—*Ágata, da la vuelta y míralos.* —La cantante salió de su escondite y buscó a Igor y Chrystal. La pareja hablaba entre ellos, con una sonrisa que era imposible borrar, con una mirada enamorada—. *Ellos son el presente y tú y yo ya no existimos. Es nuestra canción y siempre lo será, recuerda que la compuse para ti, mi vida. Pero, ya no hay, ni habrá un nosotros, porque, lo nuestro, murió. Igual que lo hice yo.*

Ágata negó y se llevó una mano a los labios, tratando de ahogar de nuevo el llanto.

—No puedo.

—*Claro que puedes. Ve y toca. No dejes que nuestra canción muera con nosotros.*

La llamada se cortó, dejando en silencio el corazón roto de Ágata. La cantante se quedó unos minutos parada, observando a su alrededor. Aquella canción era lo único que la unía a Marco y su pasado de una manera especial. De una manera que sólo ella y el amor de su vida conocían. Sentía que, si la tocaba, si se la regalaba a alguien que no fuera Marco, la conexión que existía

con aquellos recuerdos, con aquel hombre, desaparecería y dejaría de ser sólo suya. Ágata cerró los ojos y suspiró, sabiendo que era eso lo que aquella voz le estaba pidiendo. Debía comenzar a romper con su pasado, perdonarlo, perdonarse a sí misma y abrir los ojos a un nuevo comienzo. Suspiró y abrió los ojos, en su campo de visión encontró a Gustaf sonriéndole mientras se acercaba a ella.

En cuanto el carpintero llegó a su altura, la agarró por la cintura y le regaló un beso tierno en los labios. Luego la miró con el ceño fruncido.

—Estoy bien —respondió secándose el rostro y tratando de recomponerse. Se abrazó a él y aspiró su perfume a madera y lavanda. Tras unos instantes, Ágata se separó de él—. Disculpa, tengo algo que hacer.

Sin más explicaciones, Ágata se recogió el bajo del largo vestido negro y se acercó hasta el pequeño escenario donde la banda tocaba. Pidió al pianista que le cediera el sitio y tomó uno de los micrófonos.

—Disculpad —dijo tímida al principio. Tragó saliva en el momento en que todas las miradas se concentraron en ella. Buscó entre todos a los novios y les sonrió—. Igor, Chrystal, quisiera regalaros la canción perfecta para el día perfecto.

Con un ademán de cabeza, Ágata entregó el micrófono al cantante y se sentó frente al precioso piano de cola blanca que había en el escenario. Suspiró y cerró los ojos, tratando de recordar aquella vieja melodía.

Elevó las manos hasta las teclas y las acarició con suavidad. Una lágrima comenzó a surcar su rostro, a la par que un pellizco de pánico se colaba en su corazón. El labio inferior le temblaba, su respiración se aceleró, un temblor comenzó a nacer en sus manos extendiéndose por su cuerpo a la vez que el dolor de sus articulaciones aumentaba rápidamente. Sentía los músculos rígidos, pero, en el momento en que sentía la enorme necesidad de levantarse y salir corriendo, sintió cómo el perfume a colonia fresca le rodeaba. El calor de unas manos esbeltas se ciñeron a su cintura, y el aliento cálido de un amor perdido le susurraba al oído:

—Déjame vivir en tus ojos, una última vez.

Ágata sonrió, y, acto seguido, su corazón latió de nuevo fuerte, los temblores desaparecieron y el dolor se evaporó; sus músculos se relajaron y una melodía suave comenzó a inundar el prado. Cada nota tocada era un recuerdo suspirado, vencido, perdonado. Ágata se dejó llevar por un pasado que no volvería, por un presente que disfrutaba y por un futuro que anhelaba vivir. Mil sentimientos se arremolinaron en su interior.

Miedo.

Alegría.

Tristeza.

Soledad.

Añoranza.

Perdón.

Todos se mezclaba, todos gritaban y callaban al mismo tiempo. Se mezclaban, y se ordenaban

en su corazón. Cada sentimiento y recuerdo salía desprendido con cada nota. A mitad de la canción, Ágata lo sintió. Aquellas notas ya no eran sólo suyas, ya no eran sólo de Marco. Ahora, eran de Chrystal e Igor, de Adda, de Eric, de Artur... Aquellas notas, ahora eran también de Gustaf.

El aire fresco de la noche le erizaba la piel. La luna se reflejaba en el enorme lago formando preciosas escamas plateadas en la superficie del agua. Aunque estaba algo lejos, aún le llegaba el murmullo de la música y la risa de los asistentes a la boda. Sonrió al recordar a Igor y Chrystal abrazados bailando mientras ella les regalaba aquella melodía, aquel pedacito de ella misma. En silencio, le dio las gracias a Marco.

En ese momento, las manos grandes y cálidas de Gustaf se ciñeron a sus caderas. Sus labios dulces jugaron con su piel, haciendo un camino de besos desde su hombro hasta el lóbulo de su oreja. Ágata sonrió e inclinó un poco más la cabeza, exponiendo su cuello. Suspiró al sentir cómo el carpintero la apretaba contra su cuerpo grande.

Tras unos minutos de silencio en los que la pareja se quedó mirando el horizonte. Ágata se giró, enredando sus brazos al cuello de Gustaf. Los ojos grises del hombre se veían claros bajo el haz lunar que los envolvía. El carpintero le sonrió.

—¿Te ha gustado la canción? —preguntó en un susurro la cantante. Gustaf asintió y la encerró en un abrazo cálido, apretándola contra su pecho. Ágata apoyó su mejilla y cerró los ojos, sentía el latir del corazón de aquel hombre—. Se llama *Vivir en tus ojos*, la compuso Marco para mí. Es la primera vez que alguien la escucha.

Tras un par de minutos en silencio, sólo roto por el chapoteo del agua, el croar de una rana y el ruido de algunos grillos rebeldes, la cantante se separó y volvió a mirar a Gustaf. El hombre estaba serio y apretaba la mandíbula. Ágata chasqueó la lengua.

—¿Qué sucede? —Gustaf se encogió de hombros y negó, desviando la mirada hacia un lado. Ágata comprendió lo que pasaba por la mente del carpintero. Rápidamente, tomó el rostro del hombre entre sus manos y lo obligó a mirarla—. Escúchame, he tocado esa canción porque era la única manera de enfrentarme a mi pasado. Esa canción es ahora de Igor y Chrystal. —Gustaf cerró los ojos y apoyó su frente contra la de Ágata.

La cantante rompió la distancia que los separaba y atrapó los labios de Gustaf entre los suyos. Paseó su lengua con timidez por su labio inferior, pidiendo permiso. La boca del carpintero accedió, dándole paso a Ágata para invadirlo y fundirse en un beso tranquilo, pausado y silencioso. La cantante enredó de nuevo las manos a su cuello y aumentó la intensidad de sus besos, jadeando. Estaba sedienta de aquel cariño que él le regalaba, de sus manos suaves sobre su piel, del roce de su alma en cada suspiro. La pasión los fue embriagando poco a poco, hasta que Gustaf la tomó entre sus brazos y la llevó a su velero. Con cuidado y a punto de caer por la borda, el carpintero subió a bordo del navío, tumbándola sobre la cubierta. Tras eso, el hombre buscó dentro de uno de los compartimentos del velero y sacó una manta que usó para cubrirlos a ambos. Ágata se abrazó de nuevo en cuanto el hombre se tumbó sobre ella.

—Gustaf, dame tu silencio y deja que yo te entregue mi voz —susurró la cantante en sus labios justo antes de volver a besarlo.

CAPÍTULO 38

Ágata terminó de limpiar una de las mesas de la terraza y el aire fresco de primeros de septiembre le revolvió el bajo de la falda, haciendo que se estremeciera.

—Se acerca el invierno —dijo Elías con una sonrisa Elías cuando colocaba una sobre otra las sillas metálicas—. Pronto tendremos que quitarlo todo y volver a servir dentro.

—¿No ha pensado en poner una pérgola y cerrar la terraza con unas estufas? De esa manera no perdería el encanto y podría seguir sirviendo en la plaza —respondió la cantante con las manos en la cintura y mirando a su alrededor.

Elías zarandeo la cabeza pensativo mirando a su alrededor.

—No lo había pensado. Lo consultaré con la almohada. Tal vez sea una buena idea.

Ágata sonrió orgullosa y satisfecha del pequeño aporte que había hecho para mejorar el negocio del pastelero. A pesar de extrañar su vida como cantante, trabajar en aquella pastelería, tocar el piano en la iglesia desde que el miedo desapareciera en la boda de Igor hacía ya más de dos semanas, dar clases de guitarra a Eric y los chicos de la catequesis, además de disfrutar de la vida en aquel lugar apartado junto a Gustaf, le llenaban y completaban.

Tras cerrar la pastelería y terminar su jornada, la cantante se colocó la rebeca y se dirigió camino a casa de Gustaf con una taza de *cappuccino* caliente. Había cogido la costumbre de pasar por su taller al salir de trabajar. Una vez atravesó el umbral y entró en su taller, éste le regaló un beso tierno y le quitó la taza de las manos. Ágata sonrió y se paseó por una de las mesas de trabajo, pero, en cuanto quiso levantar la sábana blanca que parecía cubrir uno de los trabajos del ebanista, éste le cogió la muñeca y la atrajo hasta él. La miró con picardía y negó con la cabeza.

—¿No me vas a enseñar qué estás haciendo? —preguntó, y Gustaf volvió a negar, regalándole un beso tierno con sabor a canela y café. Sus labios y su lengua estaban calientes en comparación con los de ella. Aquello hizo que se derritiera en sus brazos, olvidando por completo que el hombre trataba de ocultarle algo. Gustaf dejó el café en la esquina de la mesa y la cogió por la cintura, guiándola por el pasillo, parándose cada dos pasos para volver a invadir su boca.

Ágata sonrió, pero en el momento en que la pareja llegó al sofá del salón, el teléfono de Ágata sonó. Trató de ignorarlo mientras se subía a horcadas sobre el regazo de Gustaf, pero, tras pasar unos minutos y ver que, quien la llamaba no se rendía, respondió con una expresión de fastidio.

—¿Sí? —respondió sintiendo cómo la boca de Gustaf se paseaba por su cuello haciéndole cosquillas.

—¿Ágata? Soy el doctor Dawson.

Ágata tragó saliva y se deshizo de Gustaf, alejándose de él. Lo miró preocupada, con la imagen de Klara en sus pensamientos.

—¿Ha sucedido algo?

—No, tranquila, todo está bien. Te llamo para informarte que Klara recibirá el alta en unos días. —Ágata sonrió y se mordisqueó la uña de su pulgar.

—¡Eso es maravilloso! —exclamó alegre. Luego miró a Gustaf y torció el gesto—. Tendré que ir a verla, doctor. Le prometí que me haría cargo de sus estudios. ¿Podría hacerme un favor?

—Claro —respondió Robert.

—¿Podría buscar una residencia de estudiantes donde pueda alojarse?

—Ágata, está en rehabilitación. Ningún centro la aceptará a menos que sea el privado de Östermalm. Y será difícil que la acepten allí —respondió serio el doctor. Ágata se quedó en silencio unos segundos. Gustaf la miraba con curiosidad.

—No me importa. Concierte una cita con el director y prepare la documentación necesaria —respondió segura de lo que estaba haciendo.

—Ágata, ¿está segura de lo que va a hacer? Esto te costará muy caro. —Trató de disuadirla—. Lo mejor será llamar a la familia de Klara y que ellos se encarguen de la muchacha.

—¡No! —exclamó molesta—. Klara es mi responsabilidad y me haré cargo de su educación. Haga lo que le estoy diciendo, doctor. Prepare la documentación, pida cita o lo que sea necesario, y haga que ingrese allí.

—Está bien —murmuró exhausto el doctor al darse cuenta que no conseguiría hacerla cambiar de parecer.

—Gracias —respondió más calmada—. Iré a verla en tres días.

—¿Cómo vas a venir? —preguntó Robert sin ocultar su asombro. Ágata se encogió de hombros y se acercó a Gustaf, regalándole una caricia. El carpintero la miraba cada vez más serio y preocupado.

—En coche, doctor. Le recuerdo que tengo un *Prosche Cobra*, ¿no es así como lo llamó? —respondió mofándose de la vez que el doctor erró al decir el modelo del coche deportivo que tenía la cantante. Ágata pudo sentir cómo Robert sonreía al otro lado de la línea.

—Ágata, me alegro que esté tan recuperada. El doctor Praymore me ha pasado unos informes médicos impresionantes. Estás trabajando, tus análisis son perfectos y sé que te sientes mucho mejor pero, no estás en condiciones de atravesar tú sola toda Suecia de norte a sur—. Ágata resopló.

—Y, ¿cómo propone que viaje a Estocolmo?

—¿Alguien podría acompañarte? —Ágata torció la boca y frunció el ceño mirando a Gustaf. Sabía que él la acompañaría si se lo pidiera, pero eso supondría contarle la verdad de quien era, y aún no estaba preparada. Necesitaba más tiempo.

—No, doctor. Tendría que viajar sola —respondió. Gustaf la miró molesto y negó con la cabeza, señalándose a sí mismo. Ágata sonrió dulce y le pasó la mano por el mentón, en cuanto se acercó a sus labios, Gustaf le regaló un beso en la palma de la mano y la miró con lástima.

—*Podrías tomar un tren* —respondió Robert—. *Fue así como regresé yo, después de dejarla. No será un viaje muy cómodo y desde luego es más largo que en coche, pero al menos podrá venir sola.*

—Perfecto. Le llamaré con la hora de llegada.

Ágata colgó la llamada y tiró el teléfono sobre el sofá, tras eso le sonrió pícaro a Gustaf y se subió de nuevo a su regazo, regalándole un beso lascivo que lo excitó casi en el acto. Las manos de la cantante comenzaron a desabrochar la camisa del carpintero, pero éste trataba de pararla. Ágata le mordía, lo besaba y jugueteaba tratando de hacer que entrara en su juego, pero Gustaf resopló y la agarró por las muñecas, mirándola a los ojos serio. Ágata bufó y puso los ojos en blanco. Sabía qué era lo que quería el carpintero.

—Está bien —resopló—. Quieres que te lo explique, ¿verdad? —Gustaf asintió y se recostó sobre el respaldo del sofá, tomó las manos de Ágata entre las uñas y enredó sus dedos a los de ella. Ágata desvió la mirada unos segundos y tomó aire—. Era el doctor Dawson, mi médico en el centro de rehabilitación y, también, el de Klara. Mi única amiga allí.

Ágata soltó una de las manos de Gustaf y se rascó la sien.

—Es una niña. Cumplió allí los dieciocho. —Continuó hablando con una sonrisa nostálgica—. Estoy muy orgullosa de ella, ¿sabes? Pero, no tiene a nadie; su madre la abandonó en ese centro y tampoco tiene estudios ni forma para ganarse la vida, así que, le prometí que me haría cargo de ella. —Gustaf le sonrió y le cogió la barbilla con su índice y su pulgar, guiándola hasta sus labios, regalándole un beso tierno—. Y, ahora que va a salir, tengo que ir a Estocolmo y cumplir mi promesa —dijo Ágata una vez que se separó de Gustaf. Éste sonrió y asintió, para acto seguido señalarse su propio pecho y luego el de Ágata. La cantante dejó caer los hombros, sabía lo que le quería decir—. Sé que quieres acompañarme, Gustaf, y te lo agradezco, de verdad, pero... Me gustaría estar unos días con Klara, además, volveré a mi casa y preferiría hacerlo sola, ¿me comprendes? Gustaf torció el gesto molesto, pero Ágata sentía que era lo mejor. Por un lado, sabía que la podían reconocer y tendría que dar muchas explicaciones para las que aún no estaba preparada, y, por otro lado, estaban los recuerdos que aún conservaba en su casa de su vida pasada. Recuerdos que, aún sentía que no había superado y que debía enfrentar sola. Ágata miró a sus ojos grises y volvió a besarlo con dulzura, acunando el rostro de Gustaf con sus manos y apretando su cuerpo contra el de él. Lo quería muy cerca de ella.

—Prometo echarte de menos —susurró en sus labios sacándole una sonrisa al carpintero—. Además, Klara y yo haremos muchas cosas de chicas, ¿de verdad quieres venir de compras con una niña de dieciocho años y conmigo? —preguntó con una ceja en alto. Gustaf frunció el ceño y negó con una sonrisa divertida. Luego, su expresión cambió, mirando a la cantante con deseo.

Las manos de Gustaf se bucearon debajo de la falda de Ágata, acariciándola con picardía, tras eso, llevó su mano derecha hasta la camisa de ella y le quitó un par de botones, dejando expuesto su sujetador de encaje. Paseó la yema de su dedo por el borde de la copa mirándola sugerente. Ágata sonrió pérfida, sabía lo que le estaba diciendo.

—Si te portas bien, tal vez me pasee por alguna corsetería, y me compre algún modelito —

Ágata se acercó de nuevo a su boca y mordió traviesa su labio inferior—. ¿Qué te parece un conjunto negro de encaje y transparencias?

Las manos de Gustaf se cerraron en torno a sus muslos y la erección, que tomaba forma, le confirmaba a la cantante que la idea le gustaba.

La gente iba y venía en el andén de la única estación de tren de Långträsk. Gustaf asió a Ágata por la cintura y le regaló un beso tierno que poco a poco fue subiendo en intensidad.

—¡Eh! Podríais cortaros un poco, ¿no? —dijo Eric avanzando con las manos en los bolsillos—. Algunos estamos algo escasos de cariño, ¿sabéis?

Ágata se separó del carpintero avergonzada y le regaló una sonrisa a Eric. Éste empujó a Gustaf hasta que la soltó para agarrarla él por la cintura con una sonrisa traviesa.

—¿Me das cariño a mí, bella Julieta? —Ágata puso la mano abierta en la cara al muchacho, alejándolo, en el momento en que se acercó divertido para regalarle un beso en la mejilla.

—Eric, cualquier día vas a buscarte un problema —dijo escabulléndose y buscando el cobijo en los brazos de Gustaf. Pasaría una semana sin verlo y sólo quería estar a su lado en todo momento.

—¡Bah! —exclamó restando importancia al comentario de la cantante.

—En serio, Eric, cualquier día enfadarás a algún novio celoso. —Ágata miró a Gustaf y le guiñó un ojo traviesa.

—Nadie golpea a un tipo con gafas —respondió hinchando el pecho y poniéndose bien los anteojos. En ese momento, la mano de Gustaf cayó sobre su nuca con un golpe seco, haciendo que éste diera un respingo y se le cayeran las gafas. Ágata dejó escapar una carcajada y el carpintero miró a su amigo con una ceja en alto y una sonrisa malévola.

—Vale —respondió Eric restregándose en el lugar dónde Gustaf le había golpeado—. Lo he pillado, no era necesaria una demostración tan gráfica.

En ese momento, una voz electrónica indicaba que el tren con destino Estocolmo estaba en la vía tres y sólo quedaban unos minutos para su salida.

—Tengo que marcharme —le dijo Ágata a Gustaf acercándose para regalarle el último beso. Las manos del carpintero se ciñeron a su cintura y su lengua se enredó a la de ella. Ágata se abrazó a su cuello y se quedaron allí, delante de Eric, enfrascados en un beso apasionado sin importarles lo que sucediera a su alrededor. Tras unos minutos Ágata se separó de él.

—Pórtate bien —dijo y sacó unas llaves de su bolso para acercarse a Eric.

—¿Para mí no hay un besito? —preguntó éste. Ágata sonrió.

—Para ti hay algo mejor —respondió tendiéndole las llaves de su Porsche.

—¿En serio? ¿Me lo regalas? —preguntó el chico con un saltito y un grito que le taladró a

Ágata los oídos.

—¡No! Sólo te lo presto para que volváis a casa —respondió sonriendo al ver cómo Eric agachaba la cabeza triste, luego se volvió hacia Gustaf de nuevo—. Por favor, que no lo destroce —rogó fingiendo pánico. Gustaf asintió y le besó en la frente una vez más.

Ágata se despidió y, agarrando su maleta, se dirigió hacia la vía donde la esperaba el tren.

CAPÍTULO 39

Ágata se desperezó cual larga era mientras se acercaba a la cocina. Apenas había dormido esa noche, porque era la primera vez para Klara que salía del centro de rehabilitación en más de un año y ambas amigas tenían mucho que contarse la una a la otra. Miró el reloj de pared, eran las diez de la mañana. Sacó la cafetera y comenzó a preparar el desayuno.

—¡Klara! —gritó desde la cocina de estilo americana—. ¡Vamos, marmota! ¡Levanta el culo que tenemos que ir a la entrevista!

Tras unos instantes, Klara apareció restregándose un ojo con la mano derecha, bostezando y con la izquierda bajándose la larga camiseta blanca de algodón.

—Buenos días, ¿no podemos quedarnos durmiendo un rato más? Es muy pronto —se quejó.

—No debimos quedarnos despiertas hasta tan tarde —respondió Ágata sacando un par de tazas de una de las estanterías. Se giró y le sonrió a la muchacha que se había sentado en la isleta central dejando caer el peso de su cabeza sobre sus manos—. Vamos, desayunemos, nos arreglamos y cuando salgamos de la entrevista podemos hacer el vago todo el tiempo que quieras.

Klara le sonrió y mordió una de las galletas que había en un bote que Ágata había puesto delante de ella.

Ágata cogió la mano de Klara, que traqueteaba nerviosa el pie derecho contra el suelo. La muchacha la miró mordiéndose el labio inferior.

—¿Y si no me aceptan? —murmuró asustada. Ágata le sonrió y le apartó un mechón de la frente.

—Lo harán, sólo tranquilízate, ¿de acuerdo?

Klara asintió y apoyó la cabeza en el hombro de la cantante.

La secretaria del director se acercó a ellas y les indicó con la mano que la siguiera.

—Por favor, señoritas, el director Bengtsson les espera.

Ágata se levantó y pasó el brazo por los hombros de Klara animándola a seguir.

—Todo saldrá bien —susurró a su oído de nuevo.

El despacho del director era amplio y muy elegante. Las enormes estanterías de madera de cedro, que tenía tras su escritorio estaban repleta de libros, en las paredes laterales colgaban varios diplomas y fotos de muchos alumnos destacados que se habían alojado en la residencia. Ágata le dio la mano al director y se sentó en una de las sillas que éste le indicaba, Klara la imitó.

—Bienvenidas. Hemos recibido una petición del doctor Dawson solicitando el ingreso de la paciente Klara Lindberg. —Ágata asintió con una sonrisa—. Hemos visto los informes médicos y, no podemos negar que son muy alentadores pero, me temo que Klara, aquí presente. —El director hizo un ademán señalando a la chica que se encogió en el asiento bajo la mirada de Ágata—. No es adecuada para nuestro centro.

Ágata comenzó a sentir arder la sangre.

—¿Puedo saber la razón? —preguntó con una mirada asesina la cantante.

—Bueno, señorita Schmollend, no quiero que me malinterprete pero... —Continuó el hombre recostándose sobre su sillón de piel.

—Si no quiere que lo malinterprete hable con claridad, director. ¿Por qué no quiere que ingrese Klara en este centro?

El director miró nervioso a las dos mujeres y se humedeció los labios. Tras unos instantes de silencio se levantó y se paseó por la estancia.

—Verá, hemos investigado a la señorita Lindberg, y hemos visto que su... —El hombre carraspeó—. Creo que la señorita Lindberg no estará muy cómoda con nuestros alumnos, no creo que esta institución esté a la altura de lo que ella necesita. No sé si me comprende.

Ágata tragó el nudo que se le estaba formando en la garganta al oír hablar a aquel hombre. Miró a Klara y torció el gesto. La chica había agachado la cabeza avergonzada, se estaba sumiendo en un llanto silencioso. Ágata negó con la cabeza y se levantó.

—¿Sabe quien soy, director Bengtsson? —El hombre negó con la cabeza—. Soy Ágata Schmollend, y todo el mundo me conoce como Valkiria.

—¿Valkiria? —La interrumpió con el ceño fruncido—. ¿La cantante?

—Correcto. He venido para que usted acepte a Klara en este centro y no me voy a marchar hasta que lo haga. Y si tener a una cantante como yo entre sus benefactores no le da suficiente prestigio a este sitio, tal vez deberíamos irnos y preguntarle a la prensa su opinión acerca del protocolo de aceptación de esta institución.

El hombre se restregó las manos y luego se mesó el poco cabello que le quedaba, alternando la mirada, nervioso, entre Ágata y Klara.

—¿Qué está insinuando señorita? —preguntó temeroso.

Ágata se irguió, a pesar de ser mucho más baja que aquel hombre, sabía que tenía la sartén por el mango. Estaba acostumbrada a tratar con gente de ese calibre. Miró a Klara y esta le devolvió

una mirada triste y ahogada. Estaba claro que intentaba amenazar al director, pero aquello podría traerle problemas a su amiga, de manera que suspiró y se llevó una mano a la sien tratando de pensar. Luego, levantó la mirada al director y le sonrió.

—Klara —dijo desviando la mirada a su amiga—. ¿Puedes dejarnos solos al director y a mí? Por favor.

Klara asintió y obedeció, saliendo del despacho y cerrando la puerta tras ella. Ágata suspiró de nuevo.

—Le propongo un trato, director —dijo sentándose de nuevo e invitando al hombre a imitarla. Éste se sentó—. La excusa que usted me está poniendo no tiene validez y lo sabe muy bien. Pero también sabe que, contar con mi apoyo le vendrá muy bien al prestigio —Ágata escupió la palabra con desprecio— de esta institución. Por eso le propongo que acepte a Klara y, a cambio, estaré encantada de hacer una generosa contribución. A la prensa le gustará saber que cuenta con una cantante entre sus benefactores, ¿no cree?

El director desvió la mirada y chasqueó la lengua, luego comenzó a revisar de nuevo la documentación que el doctor Dawson le había enviado. Se mesó el mentón y se humedeció la lengua.

—Señorita, dígame, ¿de cuánto...? —Comenzó a decir con una ceja en alto mirando de soslayo a Ágata. La cantante entendió el resto de la pregunta que se disipaba en el aire.

—¿Qué le parece una contribución de un millón de coronas?

El director sonrió, y tras firmar la documentación pertinente, Ágata salió del despacho. Klara la miró curiosa y la siguió por los pasillos hasta llegar a la calle.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mirándose la punta de los zapatos. Ágata levantó la mano con la intención de parar un taxi—. No han querido aceptarme, ¿verdad?

Ágata la miró y sonrió dulce, llevó una mano hasta su barbilla y elevó su rostro, para acto seguido regalarle un beso a su amiga en la frente.

—Estás dentro. Tendrás que hacer las maletas porque este domingo vendrás a vivir aquí —respondió la cantante.

Los ojos de Klara se abrieron por la sorpresa y su labio inferior comenzó a temblar.

—¿En serio? ¿Voy a vivir aquí?

—Sí, ahora vamos, tenemos que visitar también la escuela de estilismo. Me gustaría conocer a tus profesores antes de volver a Långträsk.

Tras entrar en el taxi que había parado frente a ellas, Ágata dio la dirección de la escuela de estilismo donde estudiaría Klara, una de las más prestigiosas de Suecia. La muchacha conoció a sus futuras profesoras y a un par de alumnas que también habían ido a visitar el centro. Tras salir, Ágata pasó el brazo por encima de los hombros de Klara y la llevó a comer hasta uno de los barrios más lujosos de la capital, en concreto, al Restaurang Prinsen en Östermalms Saluhall.

Ágata le entregó al camarero la tarjeta de crédito y le sonrió, esperando que volviera tras cobrarse el delicioso almuerzo. Luego, se quedó observando cómo Klara miraba seria el escaparate de la tienda de enfrente. El maniquí mostraba un precioso conjunto moderno de

vaqueros lavados a la piedra con una blusa blanca vaporosa. Ágata torció el gesto.

—¿Qué piensas? —le preguntó apoyando los codos en la mesa y la cabeza, a su vez, en las manos.

—Pensaba que... —Klara zarandeó la cabeza y luego le sonrió triste a Ágata—. Es una tontería.

Ágata suspiró, sabía bien las ideas que rondaban por la cabeza de su amiga. Ella misma se había sentido así el día que K.A.M. triunfó, y tuvo que enfrentarse por primera vez a las miradas y críticas de todo el mundo.

—Sé que crees que no es tu lugar y que no estarás a la altura, pero te equivocas. Marco me dijo una vez...

—¿Quién es Marco? —La interrumpió Klara mirándola con curiosidad.

—Berkserker. Una vez me dijo que las estrellas no piden permiso para brillar. Simplemente brillan, y nadie las puede eclipsar—. Ágata tomó las manos de la muchacha y le sonrió—. Tú eres mi estrella, Klara, no permitiré que te apagues.

—Gracias, Val. Te lo agradezco pero, ¿a quién queremos engañar? En cuanto entre en esa residencia todos me mirarán mal. No soy como ellos.

—Tienes razón —respondió seria la cantante—. Tú eres mejor. —Ágata le sonrió tierna y vio cómo su amiga se sonrojaba—. Vamos, aún no hemos terminado el día. Tengo una sorpresa para ti.

Tras terminar de pagar en el restaurante, Ágata guio a Klara hasta Sture Gallerian, el centro comercial más lujosos. Allí pasaron la tarde, parando en *Chamonelle*, dónde compró a Klara varios vestidos elegantes, los zapatos los adquirió en *Scorett*, algo de ropa interior en *Björn Borg* y para terminar pasaron por un centro de belleza donde ambas se dejaron mimar como reinas. Al salir, justo antes de volverse al apartamento de la cantante, Ágata se paseó por *Stjärnmurmakarna*, una preciosa relojería sueca de lujo.

—¿Y eso? —preguntó con sorna Klara.

—Es un regalo, para un amigo —respondió azorada. Luego indicó a la dependienta que le envolviera por regalo el reloj de muñeca de la firma *Sjöo Sandström* con correa de cuero y esfera clásica.

—¿Un amigo? —inquirió la chica con una ceja en alto—. ¿Estás segura? Porque no sé tú, pero yo no le regalo a mis amigos un reloj de más de veinte mil coronas a menos que sea una fiera en la cama.

—¡Klara! —la reprendió.

Al salir de la relojería, un grupo de chicas paró a Ágata y Klara.

—Por favor, Valkiria, ¿podría hacerse una foto con nosotras? —preguntó entre gritos una de las jovencitas que aguantaba su teléfono entre las manos.

Ágata suspiró y trató de mantener el tipo.

—Claro —respondió.

Tras aquello, el grupo compuesto por cuatro adolescentes comenzaron a hacerse fotos y gritar entusiasmasdas que les firmara un autógrafo. Aquello fue atrayendo poco a poco a más fans que, uno a uno, esperaban su turno para fotografiarse con la cantante.

Ágata posaba para las fotos, saludaba y firmaba autógrafos a todos los que se iban acercando. Aunque no le apetecía mucho, estaba acostumbrada a ser reconocida, por lo que sabía muy bien cómo debía comportarse. Siempre amable, sin responder directamente a las preguntas sobre su vida privada ni futuros planes.

—Aquí, Valkiria, por favor —la voz de un paparazzi se hizo notar entre el remolino de fans que la rodeaban—. Por favor, Valkiria, una para el nuevo número de *Härt*.

Al oír el nombre de aquella revista, la cantante sintió la ira recorrerle el cuerpo. Aquella, era una revista de prensa amarilla y del corazón que se desvivía por hacer quedar siempre mal a cualquier famoso. Varias publicaciones de ella habían conseguido arruinar durante bastante tiempo el poco estatus que tenía. Y no estaba dispuesta a permitir que aquello pasara de nuevo, no después de todo el esfuerzo que estaba haciendo por rehabilitarse. Se deshizo de los fans que la rodeaban y se acercó al fotógrafo con el rostro contraído y rojo por la furia. Con el ademán de la mano golpeó el objetivo de la cámara haciendo que el chico la soltara y cayera al suelo.

—¡Se acabaron las fotos! Si me haces una más o me sigues por la calle te demandaré, ¿me has oído?

Ágata agarró del brazo a Klara y tiró de ella con violencia, saliendo del corro formado por todos los que deseaban hacerse una foto con ella.

—Por favor, Valkiria, una foto.

—Un autógrafo.

—No se marche.

El gentío le gritaba y la agarraba de los brazos. La cantante gruñía y se deshacía de todos uno a uno con bastante dificultad. Al llegar a la avenida se montó con Klara en el primer taxi que encontró.

Suspiró cansada. Sentía el corazón latir fuerte en su pecho, la sangre le palpitaba en la sien y le costaba respirar. De pronto se dio cuenta de que no había extrañado el reconocimiento que la gente le daba por ser famosa. Miró a Klara con tristeza y se recostó en su regazo, cerró los ojos y por primera vez se dio cuenta de cuánto echaba de menos la libertad que tenía en Långträsk, así como el abrazo cariñoso y reparador de Gustaf.

CAPÍTULO 40

Ágata sentía el agua de la ducha caerle por la espalda. Apenas le quedaban un par de días en Estocolmo antes de marcharse de nuevo a Långträsk. Suspiró y trató de relajarse; desde que había llegado a su casa, la sensación de estar siendo perseguida y vigilada a todas horas no la

abandonaba. De igual manera, desde el día anterior, justo en el momento en que hizo los pagos a la residencia y la escuela a la que asistiría Klara, un pellizco nervioso se alojó en su pecho.

Salió de la ducha, se secó y comenzó a vestirse, en el momento en que se abrochaba el vaquero, Klara asomó la cabeza por la puerta del baño.

—Val, tienes visita —le dijo con el gesto serio.

—¿Visita?

Ágata enarcó una ceja, pero sabía bien de quien se trataba. Salió del baño descalza y con una toalla blanca cubriéndole la cabeza. Llegó hasta el umbral de la entrada y le hizo una seña a Klara para que se quedara en la cocina. Ésta obedeció y se sentó en uno de los taburetes de la isleta de la cocina, observándola en silencio.

La cantante abrió la puerta.

—Por el amor de Dios, Val, ¿desde cuándo tienes una criada? Y, ¿por qué narices no me deja entrar? —Ray, su representante y administrador, entró moviendo los brazos y mirando al techo exasperado.

Ágata se llevó una mano a la sien, cerró la puerta y siguió sus pasos. Sabía que aquel hombre le reprendería, pero poco le importaba. Tras aquellos meses lejos de todo, la cantante se sentía renacida y con fuerzas para enfrentarse a él.

—Uno. Klara no es mi criada, es mi amiga y dos, ¿qué coño haces aquí?

Ray miró a la muchacha algo abrumado, parpadeó y zarandeo la cabeza. Tras eso, se sentó en el enorme sofá del salón y sacó su pitillera.

—Verás —respondió abriendo la caja plateada y sacando un cigarrillo, luego la miró a los ojos—. ¿Qué narices te has hecho en el pelo?

Ágata se había quitado la toalla, dejándola colgar sobre sus hombros. Llevaba el pelo húmedo y revuelto.

—Es mi pelo, Ray.

—Pero, ¿dónde está tu melena rubia? —preguntó encogiéndose de hombros. Ágata dejó caer los brazos, estaba muy contenta con su corte *pixie* y su pelo negro al natural. Negó con la cabeza.

—¿A qué has venido? —le preguntó acercándose a Klara y guiñándole un ojo.

—Pues, he venido a hablar contigo. He visto que has movido más de un millón de coronas de tu cuenta —comentó el hombre girándose en el sofá y mirando a la cantante.

—¿Y qué? Es mi dinero, ¿no?

—Claro, claro —respondió el hombre despreocupado moviendo la mano con el cigarrillo—. Lo que hagas con tu dinero, bien hecho está. Sabes que yo no me meto en esos asuntos pero, ¿Cuándo pensabas decirme que habías salido del centro de rehabilitación? —Ágata se encogió de hombros y se sentó en un taburete mirando con fastidio a Ray—. Val, tesoro, tienes que decirme las cosas, sin comunicación no puedo hacer nada por ti.

En ese momento, el timbre sonó. Y Ágata frunció el ceño un poco más, miró a Klara y luego a

Ray.

—¿Puedes abrir tú, Klara?

La muchacha se levantó y se acercó, dejando pasar al doctor Dawson. Los dos hombres se miraron.

—Supongo que no necesitan presentación.

—No, el señor Raymond Lundqvist ha estado muy interesado en tu recuperación— dijo el doctor Dawson acercándose al representante y estrechándole la mano—. Es un placer volver a verlo.

—El placer es mío, doctor. Aunque veo que no me ha estado informando como debía. Me dijo hace un mes que Valkiria...

—Ágata. —Lo interrumpió la cantante.

—Disculpa, cariño. Como decía, hace un mes me dijo que mi chica no estaba recuperada y hoy la veo aquí, en perfectas condiciones y lista para todo —dijo sin esconder su enfado por sentirse engañado.

Ágata suspiró.

—Ray, por favor, ¿qué sucede? ¿A qué has venido?

—¿A qué va a ser? —Ray se levantó y se acercó a la cantante con una sonrisa amable—. Tengo todo listo para tu vuelta a los escenarios. Sólo estaba esperando a que te recuperaras y ¡mírate! ¡Estás preciosa y completamente sana!

Ágata se mordisqueó la uña del pulgar, luego miró al doctor Dawson, rogándole con la mirada y deseando que se diera cuenta de los miedos que le comenzaban a asolar. El hombre asintió levemente y una pequeña sonrisa nació en la comisura de sus labios. Luego se acercó a Ray y lo tomó de los hombros, guiándolo hasta el sofá.

—Por favor, señor Lundqvist, soy el médico personal de la señorita Schmollend y puedo asegurarle que no está recuperada. Aún necesita tiempo —dijo.

—Pero, ¡mírela! Está limpia y completamente sana, ha recuperado peso y... —Trató de rebatirle el representante. Ágata suspiró y se sentó en la pequeña mesa de centro que había en el salón, mirando a Ray. Aquel hombre había vivido junto a ella y el resto del grupo desde que los descubriera hacía ya muchos años, y, sabía que podía llegar a convencerlo, si jugaba bien sus cartas.

—Ray, por favor. Me conoces bien. Sabes que deseo volver a cantar, pero necesito tiempo. No me siento con fuerzas y tengo miedo de recaer. —Aunque no le gustaba abrirle su corazón a Ray, y mucho menos delante de tanta gente, creía que aquello le ayudaría a conseguir más tiempo—. Aún no estoy preparada.

—Pero, lo tengo todo listo, tres discográficas esperando que elijas, varias entrevistas y programas que desean comprar la exclusiva de tu retorno. Valkiria, tienes que volver —Ágata le tomó las manos al hombre y lo miró a los ojos.

—Ray, escúchame. Voy a volver. Cantar es mi vida. Eso lo sabes muy bien. Pero... —Ágata

miró a Klara unos segundos y luego volvió a centrarse en el hombre rechoncho que la miraba abrumado y decepcionado—. Valkiria murió con Marco, Ray. Será Ágata la que vuelva a los escenarios. Pero ahora mismo, necesito irme para terminar de recuperarme, ¿de acuerdo?

Raymond se quedó mirándola en silencio unos instantes y luego asintió triste, desviando la mirada hacia sus manos entrelazadas.

—¿Dónde irás? ¿Podré contactarte?

Ágata torció el gesto y miró a los ojos a Ray, luego se humedeció los labios. Sabía que, aunque ese hombre se movía sólo por dinero, el tono de voz que usaba y el brillo de sus ojos le decían que estaba preocupado por ella.

—Sé que te preocupas por mí, pero...

—No quieres que te atosigue —murmuró cada vez más triste. Ágata asintió y le dio un par de palmaditas en las manos—. ¿Me llamarás cuando estés recuperada?

—Te lo prometo, Ray. Volveré a los escenarios y tú me llevarás de la mano, pero de momento necesito tiempo.

El hombre asintió chasqueando la lengua.

Ágata abrazó a Klara una vez más. En los últimos días habían estado juntas, hablando, paseando y disfrutando del tiempo y de la compañía mutua. Pero, era hora de despedirse y de que Klara comenzara su nueva vida en la residencia de estudiantes.

—Estoy muy orgullosa de tí, Klara. Nunca lo olvides, ¿vale?

Ágata le sonrió y le secó una lágrima que caía rebelde por su mejilla.

—Muchas gracias, nadie ha confiado tanto en mí. Te prometo que no te fallaré.

Klara volvió a lanzarse a los brazos de su amiga y se quedó allí unos minutos. A regañadientes, Ágata se separó de la muchacha y se despidió. Se quedó mirando cómo la chica desaparecía tras el umbral de la residencia. Tomó aire y se giró sobre sus talones en dirección a la salida del complejo.

Al llegar a la avenida, un precioso *Aston Martin DB11* negro la hizo pararse en seco. En la parte delantera del coche, apoyado y con los brazos cruzados sobre su pecho, ataviado con una chupa de cuero negro y unos *Levi's* a la piedra estaba Billy. Ágata lo miró con disgusto y giró hacia la derecha, tratando de huir de él. Pero, al tercer paso, los dedos del hombre se enredaron en su muñeca, obligándola a pararse en seco.

—Ágata, te lo ruego, deja que te dé una explicación...

Oír la voz apagada y rota de aquel hombre le formó un nudo en la garganta que acalló los gritos que deseaba dar. La cantante cerró los ojos y suspiró. Tras eso, se deshizo del agarre de Bill y se giró para mirarlo a los ojos. Éste carraspeó y se removió incómodo, luego fijó su mirada

en la maleta que la cantante arrastraba.

—¿Te marchas? —preguntó temeroso—. Puedo llevarte al aeropuerto, por favor, sube al coche.

Ágata miró el precioso deportivo de lujo, recordando las veces que había paseado y disfrutado en su interior. Asintió y entró en el coche, se acomodó y se abrochó el cinturón, tras eso, abrió la ventanilla y esperó en silencio que Billy guardase su equipaje en el maletero. En cuanto el hombre entró y se abrochó el cinturón, Ágata suspiró.

—Llévame a la estación de tren, vuelvo a Långträsk. —Billy asintió al oírla y puso el coche rumbo a la estación. Tras avanzar unos metros, Ágata se removió en el asiento y lo miró directa—. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

Billy alargó una mano y abrió el compartimento del salpicadero, sacando una revista que le dejó en el regazo a la cantante. Ágata la tomó entre sus manos y miró la foto de la portada. Torció el gesto al ver una imagen de ella cogida del brazo de Klara, estaba rodeada de varios fans, era el día que tiró la cámara del paparazzi al suelo.

—Creen que has vuelto —respondió girando el volante e incorporándose al carril de la izquierda, preparándose para girar—. Al verlo, llamé a Ray. Necesitaba saber si era verdad. Me dijo que, de momento, no has confirmado tu retorno, pero que estabas en Estocolmo, así que... —Billy suspiró—. Fui a tu piso esta mañana, el portero me dijo dónde estabas.

Ágata no respondió. Abrió la revista y se dedicó a leer el artículo que le habían dedicado. Como bien esperaba, no habían omitido el detalle de su mala reacción ante el paparazzi. Con desdén, tiró la revista por la ventanilla del coche.

—Estoy deseando llegar a Långträsk —murmuró más para ella que para Billy.

De reojo, la cantante pudo ver cómo aquel hombre conducía con la mirada triste. Tras unos instantes de silencio, en el momento en que Billy paró en un semáforo en rojo, girándose para mirarla y posarle una mano suave en la rodilla izquierda.

—Ágata, yo... —Billy suspiró—. ¿Cómo está Adda?

Ágata lo miró y sintió cómo, poco a poco, la sangre que recorría todos los rincones de su cuerpo hervía de rabia. Bufó con desprecio y apartó de un manotazo los dedos de Billy, rompiendo así la caricia que este le regalaba.

—¿De qué coño vas, Bill? La dejaste en una puta habitación de hotel con un cóctel en las venas de vete a saber qué y, meses después ¿preguntas por ella? —La cantante fue elevando el tono de voz hasta terminar gritando toda su frustración a la cara del hombre.

Bill la miraba con los ojos húmedos y el rostro congestionado al borde del llanto.

—Joder, nena. Tú me conoces, sabes que jamás...

En ese momento, el claxon de un coche que esperaba tras el *Aston Martin* de Billy lo interrumpió, obligándole a moverse. El muchacho arrancó y se incorporó al tráfico.

Un silencio incómodo se alojó en el interior del deportivo. Ágata resopló y se removió el pelo.

—Ágata, por favor... me conoces... Yo nunca... —Bill tomó aire y fijó la vista en conducir

—. Me acojoné, ¿vale? La vi tirada en aquella cama y... joder, le dije que no lo hiciera, pero ella se empeñó. Me quitó la jeringuilla y se metió en el baño... y...

—¿Por qué no lo impediste? —preguntó Ágata interrumpiéndolo. Bill se negó con la cabeza.

—No lo sé. —Suspiró—. Por favor, Ágata tienes que creerme, nunca quise hacerle daño. ¡Dios! Si ni siquiera quería acostarme con ella.

Bill bufó y apretó el agarre sobre el volante hasta el punto de que los nudillos se le pusieron blancos. Ágata miró por la ventanilla y negó con la cabeza. La historia que el cantante le había relatado coincidía a la perfección con la misma que le había contado Adda. No podía culpar a Bill y aquello la enfadaba mucho más.

El resto del camino lo pasaron en silencio.

Tras llegar a la estación, Bill aparcó el coche en un lugar alejado del gentío. La pareja se desabrochó sendos cinturones y se removieron en sus asientos hasta que se enfrentaron cara a cara. Ágata lo miró con una ceja en alto.

—Hay algo que no comprendo, si no querías acostarte con ella, ¿por qué narices lo hiciste? ¿A qué venía tanto coqueteo?

Billy se mordió el labio inferior y jugueteó con las llaves del coche entre sus dedos. Luego, se revolvió el pelo y resopló.

—Mira, nena... yo... —Balbucéo—. Tú y yo estuvimos juntos, ¿recuerdas? Y... ¡joder! —Billy hundió la cara entre sus manos y se revolvió de nuevo el pelo, despeinándose, tras lo que golpeó el volante con rabia.

—¿Qué pasa, Bill? ¿Por qué no hablas claro? —preguntó la cantante exasperada. Ágata tenía poca paciencia en esos casos, y tras comprobar la hora en su teléfono, la poca que le quedaba se le había escurrido entre los dedos y se había esfumado.

—¡Estoy enamorado de ti! ¿Vale? —soltó Bill con rabia agarrándose al volante y miraba a la lejanía serio.

Ágata se quedó en silencio unos segundos. Estaba patidifusa por lo que acababa de oír.

—Pero... ¿Qué...? —Alcanzó a preguntar con apenas un hilo de voz.

—¡Joder, nena! —Bill se giró y la miró con tristeza— Sólo quería ponerte celosa. Llamar tu atención.

Ágata se llevó una mano a la sien e hizo presión.

—Bill, yo... —murmuró tratando de aclararse.

—Estás con ese tipo tan alto, ¿verdad? El mudo.

—Sí.

—¿Lo quieres? ¿Estás enamorada de él?

Ágata se mordisqueó una uña sin responder. Sabía que Gustaf la hacía sentir bien, protegida y amada, incluso se atrevía a decir que era feliz a su lado. Pero, no estaba segura de que estuviera enamorada de él, porque no sentía lo mismo que sentía por Marco.

—No estoy segura, Marco... —Comenzó a decir.

—¡Marco, Marco, Marco! ¡Ya basta! ¡Marco murió, joder! ¿Por qué coño no lo aceptas de una vez? —gritó Billy—. Aquí y ahora sólo estamos tú, ese tío con el que te ves y yo. Nena... —El cantante trató de serenarse—. Te quiero, nena. Nunca he querido a nadie de esta manera. Creía que, en estos dos años que hemos estado separados lo había superado, pero... verte con ese tipo, cómo te miraba. —Bill se revolvió de nuevo el pelo. Luego miró con tristeza a Ágata—. Vuelve a Estocolmo conmigo. Te hice feliz, ¿no?

Ágata lo miró sin responder. Los años que estuvo a su lado, Bill le enseñó y demostró que podía ser feliz sin Marco, pero, al morir éste, su relación cayó en picado, haciendo que Ágata se sumiera en una espiral de drogas y alcohol, llevándose consigo también a Bill. Aquello era algo que aún le pesaba en el corazón.

—Lo nuestro acabó.

El hombre se revolvió y le cogió de las manos.

—No sabes si estás enamorada de ese tipo. Sólo tienes que volver aquí. Podemos intentarlo, por favor, iremos a tu ritmo... tú llevarás la batuta.

Los ojos del hombre se empañaron y una lágrima comenzó a rodar rebelde por su mejilla izquierda. Ágata la interceptó con su pulgar, y luego abrió la mano, acariciándole el rostro, la incipiente barba le rascaba en la palma de la mano. Suspiró al recordar cuánto adoraba la suavidad de los besos de Bill sobre su cuerpo. Una sonrisa triste se dibujó en sus labios.

—La vida que llevábamos ha terminado para mí. Las fiestas, los excesos... todo eso acabó. —El cantante se llevó la mano de Ágata hasta los labios y le cubrió de besos la palma y el dorso.

—Deja que forme parte de tu nueva vida, por favor. Puedo cambiar, nena. Lo dejaré todo. Te lo juro.

—William —susurró Ágata con ternura.

—Cuando vuelvas. —Bill la miró con ilusión en la mirada—. Te lo demostraré, nena. Cuando vuelvas habré cambiado. Te quiero y haré lo que sea por una oportunidad, preciosa.

Ágata dejó caer los hombros y le sonrió. No sabía qué responderle, porque no estaba segura de lo que sentía respecto a él ni a Gustaf. Lo único que tenía claro, en cuanto al amor, era que Marco se había llevado su corazón y que recuperarlo le estaba costando más de lo que imaginaba.

—Debo marcharme ya o perderé el tren.

Billy asintió y la tomó de la mano para atravesar la estación camino del tren que la llevaría de nuevo junto a Gustaf.

Al llegar frente a la puerta del tren, Billy la agarró por la cintura y la miró con ternura. Apoyó la frente en la de Ágata y cerró los ojos.

—Te quiero, nena. Te juro que cambiaré, te daré la vida que deseas, lo prometo.

Tras murmurar aquellas tiernas promesas de una vida mejor, y sin dejar que Ágata reaccionara, capturó sus labios con los de él. Ágata se quedó paralizada. Los recuerdos de los momentos

vividos junto a Billy regresaron como un torbellino a su mente, días de caricias, besos y mimos, noches de música, bailes y fiestas, madrugadas de sexo, drogas y alcohol. Pero, fue el sentir cómo traicionaba a Gustaf con aquel beso lo que la hizo reaccionar y separarse de Bill. Lo empujó con suavidad, con las manos apoyadas en su pecho y luego negó con la cabeza.

—Esto no está bien, Bill. Ahora estoy con Gustaf.

El cantante asintió con los ojos cerrados y se despidió con un último beso en la frente de la mujer.

Ágata se giró sobre sus talones y pasó al interior del vagón de tren que esperaba para salir. Andó por él, subió la maleta al compartimento superior y se sentó en el asiento asignado. Por la ventanilla pudo ver cómo un grupo de chicas se acercaba a Bill y se hacían algunas fotos con él. El cantante les firmó un par de autógrafos y tras eso, un paparazzi se acercó a él, con una libreta en la mano y una enorme cámara colgada del pecho. Ágata torció el gesto en señal de disgusto.

CAPÍTULO 41

Tras más de trece horas de tren, Ágata se desperezó y salió arrastrando la maleta por el andén. Eran pasadas las once de la noche y estaba deseando llegar a casa. Un señor tropezó con ella, haciendo que tropicara y se le cayera el bolso al suelo, desparramando todas las cosas que en él tenía. Ágata torció el gesto y comenzó a guardar todo de nuevo. En el momento en que se alargó para coger la caja envuelta en papel de regalo, una mano grande y masculina la atrapó primero y se la entregó.

—Gracias —dijo a la par que se ajustaba el bolso y comenzaba a ponerse en pie. Cuando alzó la vista sus ojos avellana se cruzaron con los de Gustaf. Sin darle tiempo a reacción, la cantante se lanzó a sus brazos y buscó sus labios con desesperación.

El carpintero reaccionó a su beso y la agarró fuerte por la cintura, atrayéndola hasta su cuerpo. Fundidos en un beso intenso y apasionado, no se dieron cuenta del momento en que se quedaron solos en medio de la estación.

Gustaf enredó sus dedos a los de la cantante y tiró de ella, mostrándole las llaves del Porsche antes de guiñarle un ojo. Ágata sonrió por respuesta y se dejó guiar a casa de nuevo. A mitad de camino, Ágata le sonrió a Gustaf y le habló:

—Parece que te has hecho muy rápido al volante de mi Porsche, ¿no crees? —dijo con socarronería. Gustaf le regaló una sonrisa sexi a la par que se removía en su asiento. La cantante se quedó embelesada observándolo. Vestía un jersey de punto negro con cuello de cisne ceñido que le marcaba el pecho y los bíceps, se había remangado mostrando así el vello castaño de sus brazos, un vaquero gris, estrecho, junto a un cinturón de cuero y su gorra *ascot* completaban el atuendo. Ágata tragó saliva y sintió una corriente eléctrica atravesarle la columna y alojarse en su bajo vientre; verlo conducir aquel deportivo de lujo, por alguna razón que la cantante no se podía explicar, la excitaba. Se mordisqueó una uña y se obligó a sí misma a prestar atención al paisaje.

Los árboles se alzaban fuertes y majestuosos en mitad de la noche. Ágata bostezó, estaba cansada del largo viaje en tren, y, la oscuridad en la que estaban sumergidos dentro del coche, la invitaba a recostarse en su asiento y cerrar los párpados. Ágata sonrió al sentir la calidez de la mano de Gustaf sobre su rodilla desnuda, pero no se movió ni abrió los ojos. Estaba tranquila y relajada, el sueño la estaba venciendo y el ronroneo del motor la ayudaba a conciliar el sueño.

Tras un largo rato, la suave mano del carpintero fue subiendo e introduciéndose bajo su falda, hasta alcanzar la tela de sus braguitas. Con una lentitud que rozaba lo exasperante, Gustaf introdujo su mano dentro de la tela, y comenzó a acariciarla con suavidad. Ágata gimió sintiendo cómo una oleada de placer comenzaba a acalararla. Sentía cómo su cuerpo reaccionaba a las caricias de aquellos dedos hábiles humedeciendo su ropa interior.

Las mejillas se le encendieron cuando sus ojos se encontraron con los de Gustaf. Se percató entonces de que el coche estaba estacionado dentro del garaje de su casa, al parecer se había quedado dormida durante todo el trayecto y aquella era la manera que Gustaf había encontrado para despertarla. Sonrió tímida, pero sólo durante unos instantes, porque en el momento en que sintió las caricias del carpintero intensificarse, la pasión y el deseo se apoderó de ella.

Se abrazó a Gustaf y bebió de sus besos como si fueran el último manantial del desierto. Lo mordió con saña en el labio inferior, y clavó sus uñas en sus antebrazos. Había pasado una semana lejos del calor de aquel cuerpo, de sus ojos, sus suspiros y de sus silencios, en definitiva, de todo lo que la enloquecía de Gustaf, y ahora lo tenía delante de ella. Estaba sedienta de su cariño, hambrienta de su cuerpo y pensaba saciar toda su necesidad en ese momento. Sin pensarlo mucho, se subió a horcajadas sobre él e introdujo sus manos bajo su jersey, recreándose en la suavidad de su piel. Gustaf la correspondía con la misma pasión que ella le entregaba, sentía sus uñas clavadas en sus muslos, su erección le rozaba en su centro a través de la tela de la ropa.

Ágata trató de quitarle el botón del pantalón, pero se dio cuenta de lo difícil que sería desnudarlo allí dentro. Aunque adoraba su deportivo, en aquel momento, le molestaba la falta de espacio que había. Miró a Gustaf con una sonrisa lasciva y luego hizo un ademán con la cabeza, indicándole que la siguiera. Ágata salió del coche y, en cuanto el carpintero la siguió y cerró la puerta, la cantante se lanzó de nuevo a sus brazos, enredándose en sus labios.

La pasión los guiaba y, poco a poco, los besos y las caricias fueron haciéndose más salvajes. Gustaf atrapó a Ágata entre su cuerpo y el Porsche de un sólo movimiento. La cantante gimió en cuanto sintió la fría carrocería contra su espalda.

Las manos de Gustaf bajaron con lentitud hasta sus muslos, para luego atraparlos y elevar a Ágata sobre su cintura. La cantante enredó sus piernas a las caderas de Gustaf y echó la cabeza hacia atrás en cuanto los dientes de éste le arañaron el cuello. La tensión entre los dos era insostenible. Bebían y se alimentaban el uno del otro.

—Gustaf —jadeó Ágata casi en un susurro—. Artur puede venir y pillarnos.

Gustaf la besó desesperado al oírla, la cantante sabía que aquella situación lo excitaba sobremanera. El morbo de saberse en peligro de que los sorprendieran, aumentaba siempre el deseo y la pasión de Gustaf.

El carpintero la elevó de nuevo y se movió, dejándola de caer sobre el capó del Porsche. Ágata se estremeció al sentir el contraste de la carrocería ahora sobre todo su cuerpo. Gustaf introdujo

una de sus manos bajo su falda y tiró de su ropa interior; el rasguído de la tela le indicó a Ágata que el carpintero había roto sus braguitas.

—¡Eh! Que eran mis favoritas —susurró. Gustaf la besó de nuevo con más pasión a la par que se deshacía de sus vaqueros. Tras colocarse un condón, la agarró por las caderas y la invadió con una sola embestida. La cantante se arqueó al sentir el miembro cálido y fuerte de Gustaf entrar en su cuerpo. Gimió en su boca y luego le mordió el labio inferior. Ágata aumentó la fuerza del agarre de sus piernas sobre las caderas de Gustaf.

Se mordió el labio inferior en cuanto el hombre le levantó la camiseta y mordisqueó la piel de una de sus clavículas. Luego, Gustaf introdujo uno de sus dedos bajo la fina tela del sujetador, dejando al aire su pecho derecho. Ágata gimió al sentir el contacto de los dientes del hombre sobre su pezón ya duro por el deseo.

Con cada beso, mordisco y embestida la cantante se deshacía en sus brazos, sentía rozar el cielo cada vez que oía a Gustaf gruñir o jadear en su oído. Lo deseaba, lo anhelaba y sobre todo lo necesitaba. Necesitaba su cuerpo invadir el de ella, regalándole el placer y el calor en cada movimiento de cadera. Anhelaba la ternura de sus besos que calmaba la sed de sus labios. Deseaba la mirada, a veces ardiente, otras dulce, de aquellos ojos grises como la luna llena. Ansiaba su perfume a madera y campo que la enloquecía. Pero, por encima de todo, Ágata necesitaba el alma de Gustaf acariciando la suya, porque, sin darse cuenta, aquel hombre se había convertido en una parte importante en su vida. Gustaf la completaba de un modo único.

—Tú me completas —susurró a su oído cuando la corriente eléctrica del orgasmo le atravesó el cuerpo. Los pensamientos que la asolaban se acallaron y su mente se quedó en blanco. Cayó laxa entre los brazos fuertes de Gustaf. Se dejó manejar por aquel hombre hasta que sintió cómo otro orgasmo lo invadía a él, haciendo que apoyara su frente perlada de sudor sobre la de ella.

La respiración de Gustaf era entrecortada, tenía los ojos cerrados y se mordía el labio inferior. Ágata sonrió y lo besó con ternura, acariciándole el cuello con la yema de sus dedos.

En ese momento, Frida apareció saltando sobre el techo del deportivo, cacareando y mirando con curiosidad a la pareja.

—Parece que nos han pillado —dijo Ágata mirando divertida a la gallina. Gustaf apoyó la cabeza en su pecho.

El invierno llegó, y con él las bajas temperaturas, la nieve y el mal tiempo. Las obras de la nueva terraza de la pastelería habían terminado a finales de septiembre, y ahora, a mediados de octubre, por suerte para Elías y Ágata, las nuevas estufas de exterior habían llegado y funcionaban a pleno rendimiento. La gente se refugiaban allí en busca del calor que éstas junto con un café les proporcionaban.

Ágata sonrió y le dejó a Adda una humeante taza con un *cappuccino*, junto a un platito con unas cuantas pastas italianas.

—Éstas las he horneado yo —dijo orgullosa sentándose frente a su amiga. Desde que volvió

de Estocolmo, Elías la había animado a entrar en la cocina y ayudarle a preparar algunos bizcochos y galletas. Adda sonrió y le dio un mordisco a una pequeña con forma de corazón.

—Está deliciosa —respondió la chica una vez tragó. Luego, un silencio incómodo se apoderó del aire que las rodeaba. Ágata desvió la mirada a su regazo y tras inspirar un par de veces, se armó de valor.

—Adda, ha pasado un tiempo y... —tartamudeó nerviosa. Se quedó en silencio un instante y suspiró—. Te echo de menos.

—Yo también a ti —respondió Adda alargando una mano y mostrando su palma. Ágata alargó la suya y tomó la de la chica.

Las amigas se quedaron en silencio, mirándose con tristeza la una a la otra, con las manos entrelazadas.

—Siento no haber sido sincera contigo desde el principio... —murmuró Ágata desviando sus ojos hasta el enlace de sus manos—. Debí haberte contado lo de Gustaf.

Adda sonrió y se encogió de hombros.

—Tranquila, no pasa nada. Ahora salgo con Alex y me está ayudando a superarlo, ¿sabes?

—¿En serio? —preguntó Ágata con un atisbo de esperanza iluminando su corazón.

—Sí, bueno, todo lleva su tiempo. Él sabe que estoy enamorada de otro chico, y es muy paciente conmigo. Es tierno y dulce y cuando estoy con él me olvido hasta de mi nombre. —Adda sonrió al pronunciar la última frase, sacándole una sonrisa también a la cantante.

—¿Significa que volvemos a ser amigas? —preguntó la cantante sin poder disimular el temor a la respuesta.

—No voy a negar que aún me duele imaginaros juntos.

—Si necesitas más tiempo —la interrumpió Ágata sin poder ocultar la tristeza que le producía aquellas palabras.

—Alex me hace feliz y Gustaf me dejó claro que estaba enamorado de ti. Eres mi amiga, Ágata. No dejaré que un hombre me arrebatase a la única amiga que me queda.

En los labios de la cantante se dibujó una sonrisa tímida. Luego, se encogió de hombros.

—Gracias —respondió sincera—. Aunque no soy la única amiga que tienes. —Continuó con una ceja en alto—. ¿Qué pasa con Chrystal?

—¿Chrystal? ¡Es mi cuñada! Todo lo que le cuente llegará a oídos de mi hermano —respondió Adda con una sonrisa divertida—. Además, no puedo hablar de chicos con ella.

—¿Por qué no? —cuestionó Ágata.

Adda resopló exasperada y dejó caer los hombros.

—Porque me contará las cosas que le hace mi hermano y no sé tú, pero yo no resistiría mucho tiempo con esa imagen en la cabeza —respondió exagerando una mueca de asco.

—Sí, yo también me sacaría los ojos con una cucharilla —masculló Ágata torciendo la boca,

imitando a su amiga.

—¿Amigas? —preguntó Adda, tomando las manos de la cantante.

—Amigas —respondió Ágata asintiendo con la cabeza.

El corazón de la cantante se relajó, porque, sabía que en aquellos ojos celestes había sinceridad. Su amiga había vuelto. Todo estaba arreglado y, por fin, desde que confesara sus problemas con las drogas, se sentía feliz.

CAPÍTULO 42

—Y, ¿hace mucho que conoces a mi hermana? —preguntó Igor mirando de soslayo a Alex. Éste se encogió de hombros y miró dubitativo a Adda.

—Pues...

—¡No seas plasta, Igor! —se quejó la muchacha interrumpiendo al muchacho.

—¡Eso! Deja en paz al pobre chico. —Continuó Chrystal, luego miró a Alex—: Tranquilo, aunque no lo creas, no muerde.

Gustaf soltó una carcajada al percatarse de lo rojo que se estaba poniendo su amigo. Desde que lo conocía, siempre trataba de espantar a los ligues de su hermana menor. Recordó entonces al bueno de Jan, a quien Igor casi le arrancó una oreja de un bocado, como si de Mike Tyson se tratara, sólo por pillarlo besando a su hermana. Los ojos de Igor se cruzaron con los suyos y Gustaf no pudo evitar tocarse una oreja, sacándole una sonrisa socarrona a su amigo. Éste le respondió asintiendo con chulería y señalando con disimulo al novio de la muchacha.

La mano cálida de Ágata se posó sobre su rodilla, no pudo evitar pasarle un brazo por los hombros y aspirar su aroma a lavanda fresca. Miraba con una sonrisa a Adda y escuchaba atenta la historia que contaba. Aunque Gustaf trataba de ser educado y prestar atención, sus ojos siempre se desviaban hacia los labios carmesí de Ágata. Suspiró y se mordió el labio inferior deseando acariciarle la piel del cuello.

—¿Saben ya lo que van a pedir? —preguntó el camarero interrumpiendo a Adda. Ágata cogió la carta y la colocó en medio de los dos.

—¿Qué te apetece? —le preguntó sin dejar de leer.

Gustaf torció la boca y miró la carta, pero Ágata se arrimó mucho más a él. En un despiste de la muchacha, el carpintero desvió la mirada para recrearse en su escote, pero la muchacha se dio cuenta y le dio un golpecito en el abdomen reprochándole con la mirada. No pudo evitar sonreírle y regalarle un beso tierno delante de todos.

—¡Eh! Córtate un poco, Gustaf —dijo Eric tirándole la servilleta a la cara. Gustaf parpadeó y puso los ojos en blanco—. ¡Ten piedad de los solteros de esta mesa!

—Eric, tú eres el único soltero del grupo —replicó Adda carcajeándose.

—¿Qué? ¿En serio? —preguntó el muchacho colocándose las gafas y exagerando una cara de sorpresa—. Eso significa que, ¿todos compartiréis la cena y yo tendré que comerme una solito?

Gustaf negó con la cabeza y leyó la carta. Señaló entonces de la larga lista de platos la pizza a la romana y miró con las cejas en alto a Ágata. Ésta torció el gesto y arrugó la nariz.

—No me gustan los champiñones —masculló mirando el resto de la carta. Luego levantó la cabeza y le sonrió a Eric—. Yo compartiré la cena contigo, ¿qué te parece si pedimos una pizza de anchoas para los dos? —Gustaf gruñó y llamó la atención de la chica, cuando ésta lo miró, levantó una ceja y mostró las palmas de las manos. Ágata entendió la pregunta—. Gustaf, no seas crío. A mí no me gustan los champiñones y tú odias las anchoas. Además, Eric está sólo, ¿no te da lástima? —ronroneó traviesa apoyando su cabeza en el hombro del muchacho que estaba a su lado. Eric sonrió triunfal y Gustaf negó con efusividad. Ágata bufó, lo ignoró y pidió la cena para compartirla con Eric, dejándolo cenar solo. En cuanto el camarero tomó nota y la conversación siguió por dónde la habían dejado, Ágata se acercó hasta su oído para susurrarle:

—Te espero en los baños.

Ágata se levantó y al marcharse le acarició en la nuca con las yemas de los dedos. Gustaf carraspeó, tragó saliva y notó una presión molesta creciendo en su pantalón. Miró de soslayo, siguiendo el contoneo de Ágata. Durante unos minutos que se le hicieron eternos, aparentó prestar atención a uno de los chistes de Eric, y en cuanto éste terminó, se levantó y colocó la silla.

—¡Eh! Gustaf, te acompaño —dijo Igor. El carpintero lo ignoró, haciendo como si no lo hubiera oído y salió a grandes zancadas en dirección a los lavabos. Una vez allí, entró en el pequeño distribuidor y miró las dos puertas cerradas. Golpeó tres veces en el aseo de señoras. Los labios y el cuerpo ardiente de Ágata lo recibieron.

Gustaf abrió los ojos y sonrió al descubrir a Ágata a su lado. Estaba despeinada, con los labios entreabiertos y profundamente dormida. La luz de la mañana de aquel domingo diecinueve de octubre entraba por la ventana. La chimenea hacía horas que se había apagado, pero aún la habitación conservaba el calor.

El carpintero se removió bajo las mantas y alargó la mano en busca del calor del cuerpo de Ágata. La atrajo hasta él, despertándola sin querer.

—Buenos días —murmuró con ternura la cantante desperezándose.

Gustaf la observó embelesado. Los ojos de Ágata se abrieron, parpadeó arrugando la nariz a la par que se acostumbraba a la luz, sacándole una sonrisa a Gustaf.

En cuanto Ágata le regaló una sonrisa adormilada, el carpintero atrapó sus labios con los de él y paseó su lengua, pidiendo permiso para entrar. La cantante se lo dio y, con tranquilidad, el hombre la invadió, saboreando y bebiendo de sus besos.

Tras un rato en el que Gustaf dejó volar la mente, su cuerpo se relajó al sentir el calor del de

Ágata. Las uñas de ésta se clavaron en sus antebrazos. Sin previo aviso, la muchacha se separó de él y lo miró con el rostro desencajado. Gustaf levantó una ceja pero, antes de poder reaccionar, Ágata se levantó y se dirigió a toda prisa hacia el baño. La puerta se cerró de un golpe seco.

Gustaf parpadeó extrañado y se levantó sin saber muy bien qué hacer. Se mordió el labio inferior, se colocó un jersey de lana que siempre usaba para andar por casa y recogió la bata de Ágata. Se acercó al baño y dio un par de golpes en la puerta, esperando que la cantante respondiera. Dejó pasar unos segundos, pero la cantante no respondió. Gustaf torció el gesto y apoyó la oreja para oír.

Ágata jadeaba y parecía estar vomitando. Gustaf frunció el ceño y miró la habitación, esperando que desde las sábanas de la cama deshecha saliera la respuesta a su duda. Durante los siguientes minutos, en los que siguió prestando atención a los quejidos y arcadas que acosaban a Ágata, dudaba si debía o no entrar. Tomó aire y llevó una mano hasta el pomo de la puerta, pero, en el momento en que sus dedos lo tocaron, la puerta se abrió. Los ojos avellana de Ágata lo miraron entre asustados y llorosos. Estaba pálida y su frente estaba perlada por un leve sudor. Sin pensarlo dos veces, dejó caer la prenda que llevaba en la mano y cogió a la cantante en volandas, llevándola a la cama y tendiéndola entre las mantas.

—Estoy bien —dijo Ágata en un hilo de voz, apoyando la cabeza en su pecho—. Sólo he vomitado, nada más.

Gustaf gruñó molesto. Aunque la había visto vomitar en otras ocasiones, recordó que Ágata siempre se quejaba del dolor en las articulaciones, el cuerpo le temblaba y solía tener fiebre.

En un acto reflejo, Gustaf llevó el dorso de su mano hasta la frente de la cantante, pero se relajó al notar que no tenía la piel caliente. Se quedó pensando unos minutos mientras le acariciaba con ternura y la observaba descansar. El carpintero se percató de que hacía mucho tiempo que no sufría dolores, aquello hizo que se sintiera aún más inquieto. Buscó con la mirada las manos de la cantante y se dio cuenta que no le temblaban. Le acarició el rostro que ahora parecía haber recuperado parte de su color, Ágata lo miró y trató de forzar una sonrisa. El carpintero le tendió el teléfono con la intención de que entendiera su deseo de llamar al doctor. Ágata negó con la cabeza.

—Estoy bien. Vamos, deja que me levante —dijo la cantante tratando de incorporarse—. Estoy muerta de hambre.

Gustaf dejó caer los hombros y observó cómo se levantó, sólo para ver cómo, un segundo después salía corriendo hasta el aseo conteniendo una arcada. Tras un rato que al hombre se le hizo eterno, la cantante volvió a salir, esta vez con peor cara que antes y agarrándose el vientre.

—Dame el teléfono, llamaré al doctor Praymore.

Un par de horas más tarde, Ágata estaba sentada en la silla de extracciones con la cabeza laxa en el respaldo y los ojos cerrados. La enfermera que la atendió miraba con desprecio las cicatrices de los brazos de la cantante, y aquello hizo que Gustaf se mordiera el carrillo derecho enfadado. Deseaba preguntarle a aquella mujer quién era y con qué derecho se atrevía a mirar así

a Ágata. Gruñó apretando los puños observando con rabia cómo la enfermera desaparecía con el vial. La mano fría de Ágata se paseó por su antebrazo sacándolo de su trance.

—No le prestes atención —masculló cansada encogiéndose de hombros—. Yo ya no lo hago.

Gustaf tragó saliva y comprendió lo duro que debía haber sido para Ágata confesar ante todo el mundo su adicción. Se agachó a su lado y, tomando su mano, le regaló un beso tierno en el dorso. La cantante le sonrió.

—Buenos días, Ágata.

El doctor Praymore entró en la sala quitándose el abrigo y la bufanda que lo cubría. Gustaf se tranquilizó en cuanto se percató de que aquel hombre trataba con dulzura y mucha profesionalidad a Ágata. El médico se tomó su tiempo para auscultar a la cantante, le tomó la tensión, el pulso, le miró las pupilas, le examinó la lengua y la garganta, comprobó su equilibrio y la temperatura.

—Por lo que veo —dijo el médico rascándose el mentón y mirando a Ágata—, estás perfectamente. ¿Puedo saber por qué me has salvado de mi almuerzo familiar?

Gustaf levantó una ceja confuso.

—Siento mucho haberlo molestado, doctor —se disculpó Ágata mirando su regazo, luego levantó la mirada hasta Stellan—. Un momento, ¿ha dicho salvado?

El doctor dibujó una enorme sonrisa en su rostro y se carcajeó.

—Sí, la verdad es que no has podido llamar en mejor momento. No soporto pasar el domingo con mis suegros —dijo el médico resuelto—. Pero, dime, ¿qué te sucede?

—Pues... —Ágata torció el gesto y miró de reojo a Gustaf, que le sonrió y la animó a hablar con un ademán de cabeza—. He vomitado dos veces esta mañana, sé que es un síntoma del síndrome de abstinencia pero...

El doctor frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No, Ágata. Hace más de un año que comenzaste la rehabilitación y, por lo que sé, los síntomas no deberían reaparecer.

Gustaf tragó saliva con dificultad y sintió cómo el corazón se le paraba, la respiración se le dificultó y una sensación de pánico y vacío se alojó en su pecho. Miró a Ágata. Ésta frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Pero... ¿qué otra cosa podría ser? —preguntó la cantante mirando al médico. Éste zarandeó la cabeza y luego fijó su mirada en Gustaf.

—¿Es su pareja? —le interrogó, ignorando la pregunta de Ágata. Gustaf asintió—. Bien, si no lo fuera, tendría que pedirle que saliera de la consulta.

Gustaf dejó caer los hombros y miró a Ágata con el ceño fruncido, pensando que, tal vez ella no quería que estuviera presente.

—Quédate —le susurró tomándole de la mano.

—Está bien, además de vómitos, ¿tienes algún otro síntoma como temblores o dolores? —

Ágata negó.

—Siento una molestia en el vientre pero, creo que es de las náuseas —respondió llevándose una mano al abdomen.

—¿Estás segura?

—Bueno, también tengo hambre —dijo risueña, sacándole una sonrisa al doctor—. Tal vez sea eso.

Gustaf suspiró, el pellizco que tenía agarrado en su pecho no desaparecía y aquella broma no le ayudaba a sentirse mejor.

—Está bien, además de los análisis de siempre, solicitaré al laboratorio un par más de urgencia. Mañana tendremos los resultados y veremos qué ha podido causarte esos vómitos.

Ágata se levantó y enroscó sus manos al brazo de Gustaf. Al sentir el calor de su cuerpo a su lado, el carpintero se tranquilizó. La miró y le sonrió. Olvidándose de la presencia del médico, Gustaf le acarició el mentón con ternura, prometiéndose que, pasara lo que pasara, siempre estaría a su lado.

—¿Debo tomar algo, doctor? —preguntó la cantante. El médico tomó una carpetilla de su maletín y comenzó a leerla. Torció la boca y luego comenzó a hacer cálculos con la mano izquierda—. ¿Doctor?

—¿Qué? ¿Decías algo? —preguntó abrumado al saberse sorprendido.

—Le decía que si debo tomar algún medicamento.

El doctor volvió a sumirse en lo que decía en sus documentos. Rumió algo que Gustaf no alcanzó a oír.

—No tomes nada. Come con precaución. Nada de comidas copiosas hasta que no nos den los resultados de los análisis, y... —El médico levantó la mirada y la fijó seria en Ágata—. Según veo aquí, tenía que haberle bajado la regla hace un par de días, ¿es así?

Gustaf sintió cómo las manos de Ágata se cerraron sobre su brazo. Ágata negó con los ojos muy abiertos.

—No, aún no me ha bajado, doctor.

—Bueno —respondió sonriendo—. No tienes que preocuparte, es normal que tus ciclos no estén regulados, es otro síntoma del síndrome de abstinencia y, si le sumamos tus problemas hormonales, es lógico que te retrases. De todas formas, te daré cita para que te vea la ginecóloga y así podamos comprobar que todo está en orden.

—Pero... —replicó la cantante preocupada. Luego miró a Gustaf y éste se dio cuenta que estaba aguantando la respiración.

—¿Usan protección? —preguntó Stellan. La pareja asintió con efusividad—. En ese caso, no deben preocuparse. El preservativo tiene un dos por ciento de probabilidad de fallar. ¡Es casi imposible!

Gustaf se relajó al ver la seguridad con la que el doctor Stellan habló. Tras salir de la consulta con Ágata de la mano y la promesa de que recibirían los resultados en un par de días, no pudo

evitar el impulso de besarla y abrazarla. No podía negar que se había asustado, pero, al mirarla a los ojos, algo le decía a Gustaf que, si ese dos por ciento de probabilidades le tocaba a ellos, sería un hombre feliz.

Ágata entró en la pastelería con la bandeja redonda en las manos. Le sonrió a Elías y accedió hasta la cafetera para preparar un par de *cappuccinos*. En el momento en que la cantante se giró para dejar un platillo con unas pastas, su teléfono comenzó a sonar y vibrar en su mandil. Desbloqueó la pantalla y se fijó que era el doctor Stellan.

—¿Doctor?

—¿Ágata? *Por favor, es importante que pase ahora por mi consulta y, por favor, venga con su pareja. Tengo una noticia que darle.*

CAPÍTULO 43

Ágata se mordisqueaba una uña a la vez que miraba de reojo a Gustaf con preocupación. Tragó saliva con dificultad. Aquel hombre parecía estar tenso, pero, sin embargo, su mirada reflejaba una tranquilidad absoluta. Ágata tenía la sensación de que, una parte de Gustaf deseaba que su mayor temor se confirmara. Zarandeó la cabeza para quitarse la idea de la cabeza. Sin poder evitarlo, su mente divagó y volvió a un recuerdo que ya no volvería. Por puro instinto, se llevó una mano al vientre.

Gustaf aparcó el coche en el aparcamiento del pequeño hospital. La pareja se encaminó por las escaleras que daban a la entrada principal, pero, antes de cruzar el umbral, Ágata tomó la mano de Gustaf y lo paró, obligándolo a mirarla. Tomó aire y lo miró a los ojos.

—Gustaf —masculló—. Pase lo que pase, yo...

El carpintero llevó su mano hasta los labios de Ágata haciendo que guardara silencio. La estrechó entre sus brazos y siseó para calmarla. Ágata sintió cómo las lágrimas acudían sin remedio a sus ojos. Tomó aire con dificultad y se separó del hombre para tratar de seguir hablando. Pero antes de que pudiera abrir la boca, el carpintero tomó una de sus manos y se la llevó al pecho, la cantante podía notar el palpar de su corazón fuerte. Luego, mientras le sonreía dulce, llevó su mano grande de él hasta el vientre de la cantante unos segundos y se señaló a sí mismo. Ágata sintió un nudo en la garganta.

—Gustaf —susurró mirándolo a los ojos grises. Por respuesta, los labios del carpintero gesticularon un *te quiero* silencioso. Todos los miedos que la cantante sentía que asolaban su alma se evaporaron.

En silencio, sin palabras, Gustaf le decía que la amaba y que estaría a su lado en caso de estar

embarazada. Ágata se abrazó a él y trató de continuar el camino hasta la consulta del doctor Stellan.

Aunque sólo tuvieron que esperar unos minutos, Ágata sentía que llevaba esperando más de media vida.

El doctor Stellan los recibió con semblante serio y algo turbado, cosa que preocupó aún más a Ágata. Buscó la mirada de Gustaf, y cerró el agarre que tenía sobre la mano de él. Éste la miró y asintió con una sonrisa tierna, tratando de hacerle ver que él estaría allí pasara lo que pasara.

—Bienvenidos. Por favor, tomen asiento —dijo serio el doctor señalando las dos sillas que había delante de su escritorio. La pareja se sentó sin soltarse las manos y mirando a Stellan.

—¿Qué han dicho los análisis? —preguntó la cantante sin poder contener los nervios. Sentía los latidos de su corazón en su pecho. Su respiración entrecortada le impedía tomar aire.

—Ágata, ha sucedido algo. Le he dicho que viniera con su pareja —dijo el doctor mirando con preocupación a Gustaf—, porque va a necesitar a alguien a su lado.

Ágata tragó el nudo de su garganta y comenzó a traquetear el pie derecho.

—¿Puede hablar claro de una vez? —La cantante no era conocida por su paciencia, y aquella situación se estaba desbordando.

—Tranquílcese, por favor. Esto no es fácil, Ágata. —El doctor Stellan suspiró y se quitó las gafas, luego se levantó y se arrodilló frente a la cantante—. Anoche...

—¿Qué coño sucede, doctor? —preguntó mirando con el ceño fruncido a Stellan y sintiendo que perdía la paciencia.

—Ágata —dijo el médico, tras eso, se humedeció los labios y desvió la mirada unos segundos a Gustaf. Luego cerró los ojos y soltó aire—. Trate de mantenerse serena.

—No puedo mantenerme serena —respondió la cantante elevando el tono de voz—. ¿Qué es lo que sucede? ¿Quiere hablar de una vez?

—Anoche... —El doctor Praymore chasqueó la lengua y tomó una mano de Ágata entre las suyas—. Anoche encontraron a Klara en los baños de la residencia. Estaba inconsciente. —Ágata sintió cómo su corazón y sus pulmones dejaban de responderle. Miró a Gustaf, esperando que aquello no fuera real. El doctor le puso una mano sobre su rodilla y continuó—: La llevaron al hospital y trataron de reanimarla, pero, lamento decirle que no ha sobrevivido.

—¡No! —gritó levantándose y alejándose del médico—. ¡Está mintiendo! ¿Por qué miente? —Ágata buscó el cobijo de los brazos de Gustaf, que se había levantado también, y dejó que las lágrimas surcaran su rostro—. Gustaf, dime que no es cierto —gimoteó dejándose arrastrar por el llanto y la desolación.

Ágata sentía cómo una garra enorme y oscura le hacía jirones el alma y el corazón. Cómo una parte de ella caía irremediabilmente de nuevo en la espiral de dolor de la que estaba tratando de salir. Los ojos de Marco, inertes, fríos y sombríos la invadieron. Sentía el abrazo de Gustaf rodearle el cuerpo, sus labios besarla en la cabeza, podía ver los ojos tristes y preocupados del doctor Praymore observarla. Pero, no sentía que aquello lo estuviera viviendo ella.

Durante unos segundos, la cantante sentía como si todo lo que estaba sucediendo no le su, las

palabras que el doctor Stellan le había dicho, realmente no se lo hubiera dicho a ella, como si el corazón que latía muerto y vacío en su pecho, no fuera de ella. El calor la abandonó, y en su lugar, la sensación de ingravidez, de vacío y de una oscuridad impenetrable la inundó.

—*Moriré en la oscuridad si dejas de iluminarme.*

El susurro de aquellas palabras, de aquel viejo recuerdo, la trajo de nuevo al presente. En cuestión de un segundo, Ágata volvió a ser consciente del latir de su corazón, de la sangre caliente recorriéndole cada recoveco de sus venas, del calor que desprendía el cuerpo de Gustaf, del corazón acelerado del hombre tras aquel pecho en el que ella se escondía. Ágata fue consciente de las lágrimas saladas que le recorrían las mejillas, así como del temblor que asolaban sus extremidades.

Sin pensar, se llevó una mano a su vientre y tragó saliva. No sabía porqué, pero aquel pequeño gesto la tranquilizó. Buscó la mirada de Gustaf y, en el momento en que sus ojos grises se cruzaron con los de ella, Ágata rompió a llorar de nuevo, siendo más consciente de todo lo que sucedía a su alrededor. Sintió las manos grandes de Gustaf abrazarla y mecerla.

Ágata entró en el hospital a grandes zancadas. Había llamado al doctor Dawson y le había informado que llegaría al Sofiahemmet Hospital sobre las diez de la noche. Por desgracia, el tiempo no le había acompañado y terminó llegando al hospital pasada la una de la madrugada.

Gustaf la seguía de cerca con el rostro ceniciento, porque había sido él quien había estado conduciendo sin parar hasta llegar a la capital sueca. La cantante se acercó al mostrador de la entrada y preguntó por el doctor Dawson. Tal y cómo el médico le había confirmado, la enfermera la guio hasta un pequeño despacho en el sótano del centro hospitalario.

—Ágata —dijo el doctor levantándose del pequeño escritorio que había a un lado de la sala y estrechándola entre sus brazos—. ¿Cómo estás?

La cantante se encogió de hombros y aspiró con fuerza. Sentía que tenía los ojos hinchados al igual que el rostro, porque se había pasado gran parte del viaje llorando por su amiga. Tragó saliva y miró a Gustaf.

—Doctor Dawson, quiero presentarle a Gustaf —dijo, separándose del médico para sumergirse en el abrazo del carpintero. Éste le estrechó una mano al médico, y asintió con la cabeza a modo de saludo. Tras unos instantes, Ágata volvió a hablar—: ¿Qué ha sucedido?

—La encontraron en los baños de la residencia con una sobredosis de crack.

—¿Cómo ha sido posible? Hablé con ella hace un par de días y estaba bien —se lamentó la cantante.

—No estaba todo lo bien que creíamos, Ágata. He hablado con su compañera de habitación, y, al parecer, no terminaba de encajar. Algunos alumnos la trataban mal, y...

Ágata sentía cómo su corazón se encogía por momentos. Las lágrimas que creía desaparecidas volvían a empañarle los ojos. Negó con la cabeza y cerró sus puños sobre el abrigo de Gustaf.

—¿¡Qué clase de vigilancia hay en esa residencia!? ¿¡Quién demonios le consiguió la droga!?
—preguntó casi en un grito.

—No lo sé pero lo están investigando —respondió el médico con un suspiro cansado.

—¿Dónde está? —murmuró la cantante al entender que de nada le servía seguir gritando y preguntando cómo lo estaba haciendo.

El doctor Robert Dawson frunció el ceño y torció la cabeza.

—En la morgue, con el tanatopractor —respondió. Ágata levantó una ceja—. La están preparando. A las cinco la llevarán hasta el viejo cementerio de Uppsala.

—¿Quién ha dicho que la entierren allí? —preguntó enfadada.

—Su madre.

—¿Por qué la han llamado? Esa mujer la abandonó —escupió alzando la voz con desprecio.

—Ágata, cálmese. Usted no era la tutora legal de Klara y por ley hay que avisar a los familiares directos. Tuve que hacerlo —respondió calmado el doctor Dawson cruzándose de brazos.

Ágata enmudeció y bufó molesta. Aunque no estaba de acuerdo con la decisión tomada, aquello estaba fuera de su control. Sabía que estaba mal, pero comprendía que aquella mujer era su madre y, por lo tanto, la única persona con potestad y derecho para decidir con respecto a Klara. Finalmente, dejó caer los hombros, rindiéndose ante un hecho que no podía controlar.

—Lo siento —murmuró. Tras eso, miró al doctor—. ¿Podría verla antes de que se la lleven? El médico se humedeció los labios y suspiró.

—No debería permitirlo, pero... Vamos, te llevaré con ella.

Ágata siguió al doctor Dawson por los pasillos del sótano del hospital, cogida de la mano de Gustaf. Las luces parpadeaban y el silencio que les rodeaba le daba pavor. Casi podía oír el latir de su corazón por encima del ruido de sus zapatos. Un pellizco nervioso se coló en su estómago en cuanto el doctor Dawson se paró frente a una doble puerta metálica verde botella. El médico se acercó e inspeccionó el interior de la sala desde la pequeña ventanita de una de las puertas. Golpeó un par de veces el cristal y asintió. Acto seguido, un hombre escuálido, con unas gafas redondas y una bata blanca salió para recibirles.

—¿Es posible ver a Klara? —preguntó el doctor.

—Por supuesto, —respondió el hombre—. Aún no he terminado, debo vestirla y maquillarla, pero pueden pasar a verla si lo desean.

La voz del hombre era suave, casi siseante. Su sonrisa torcida hizo que a la cantante se le erizara la piel. El doctor llamó su atención.

—Ágata, puede pasar si quiere. —La cantante asintió y se acercó a la puerta entreabierta—. ¿Quiere que la acompañe?

—No —respondió al instante—. Quiero estar a solas con ella un rato, por favor.

—Por supuesto —respondió el tanatopractor—. Iré a tomar un café, tómese el tiempo que

necesite.

Ágata asintió y miró a Gustaf y a Robert. Éste último carraspeó y se removió inquieto.

—La esperaremos al fondo del pasillo, en la máquina de café —dijo el doctor señalando a su derecha. Ágata siguió su dedo y luego asintió.

En el momento en que los tres hombres se alejaron, la cantante cruzó el umbral.

La sala estaba sólo iluminada por una enorme lámpara de luz blanca sobre una camilla metálica. La cantante fijó la vista en la sábana que tapaba la camilla y llegaba casi hasta el suelo. Tragó saliva con dificultad y sintió cómo los pulmones se le cerraban, asfixiándola.

A pasos lentos y sintiendo el frío que habitaba en el lugar atravesándole el cuerpo, se acercó y tomó la sábana con las manos. Tiró de ella con cuidado, dejando expuestos el rostro, el cuello y los hombros de su amiga.

Ágata sintió su corazón romperse en mil pedazos, un pellizco de miedo se alojó en su espina dorsal y, por último, una garra de oscuridad y vacío se ciñó alrededor de su alma. Las lágrimas acudieron a sus ojos de nuevo.

Jadeó.

Sus manos se cerraron temblorosas en dos puños a los lados de sus caderas. Su cuerpo estático se alzaba lacio y casi ingrátido ante la visión del rostro de Klara. Un rostro frío como la noche en la que, ahora, su amiga se había sumergido para no volver.

Los jirones de recuerdos vividos junto a aquella muchacha fueron asaltando su mente en un vórtice de dolor y tristeza.

Ágata llevó una mano hasta la mejilla de Klara y paseó sus nudillos por su piel blanca e inerte. El labio inferior de la cantante tembló con violencia cuando trató de ahogar un jadeo. Un nudo enorme le apretaba y quemaba la garganta. Se fijó, entonces, en la tranquilidad que emanaba Klara. La cantante podía jurar que su amiga sólo estaba dormida. Deseó que fuera así, pero, al sentir cómo las lágrimas recorrían su rostro, se dio cuenta de la terrible realidad que estaba viviendo. Klara había muerto y no volvería a despertar.

Tragó saliva y un espasmo la asaltó.

La piel blanca de su amiga era suave al tacto, tanto, que la cantante creyó que aquella caricia podría hacerle daño a Klara. Apartó su mano con rapidez.

—Klara —masculló cayendo de rodillas. Un fuerte dolor le atravesó la columna hasta alojarse de nuevo en su roto corazón—. Lo siento tanto —murmuró rota por el llanto. Ágata se levantó lenta y acarició la cabeza de Klara, recolocándole los mechones que caían sobre su frente—. Perdóname —gimió dejando que el llanto se apoderara por completo de su cuerpo—. Yo tengo la...

—¡No!

Ágata levantó el rostro asustada ante la autoridad y la ira que desprendía aquella voz tan conocida.

Marco se alzaba serio ante ella, al otro lado de la camilla. Sus ojos verdes la observaban

rabiosos tras los mechones de pelo negro que caían sobre su rostro. Su mandíbula apretada unida a la blancura de su piel, iluminada en ese momento por el alógeno de la habitación, le daba un aspecto fantasmal. Ágata dejó caer los hombros y desvió la mirada laxa, de nuevo, hacia el rostro de Klara.

—La dejé sola. La abandoné —susurró. Las lágrimas seguían rodando por su rostro ahora vacío de expresión.

El calor del cuerpo de Marco la envolvió desde la espalda, Ágata podía sentir la suavidad de la mano de aquel hombre sobre su hombro. Su olor a colonia fresca la invadió, relajando y calmando un poco su corazón. Sin saber cómo, Marco se había trasladado y colocado tras ella.

—No es tu culpa, mi vida.

—Pero... —respondió la cantante.

—No la abandonaste. Como tampoco me abandonaste a mí.

Ágata cerró los ojos y se dejó arropar por el alma de Marco. Sentía su espíritu lamer el de ella, sanando parte de sus heridas.

—No hice lo suficiente —murmuró triste.

—Hiciste lo que pudiste, mi amor —respondió Marco casi en un susurro tras su oído.

—No la he salvado. Ni a ti tampoco —gimoteó Ágata sintiendo que el llanto volvía a controlar su cuerpo. La cantante cerró los ojos.

—No te tortures, por favor —suplicó la voz con un tono tan triste, que la cantante sintió resquebrajarse de nuevo su alma.

Ágata volvió a abrir los ojos y frunció el ceño mirando a Klara.

—¿Crees que me odia?

—Sé que no es así —Ágata pudo sentir cómo una sonrisa se dibujaba en los labios de su antiguo amor—. Confiaste en ella, le diste una vida, una oportunidad y la iluminaste con tu mirada. Igual que hiciste conmigo, mi vida.

—Te extraño tanto que me duele —Jadeó sintiendo las lágrimas recorrer de nuevo sus mejillas. La garra que oprimía su alma se cerró más fuerte aún.

—Lo sé.

—¿Vives aún en mis ojos, amor mío? —preguntó sintiendo como la garra de su alma se cerraba por completo y hacía jirones el resto de su ser.

—Eternamente, mi vida —respondió Marco en un suspiro en su oído. Ágata pudo sentir cómo se dibujaba, de nuevo, una sonrisa en aquellos labios que tantos besos le había regalado, que tanto había extrañado desde su partida.

Tras unos minutos de silencio. Ágata suspiró y se secó el rostro con el dorso de las manos. Sentía cómo la rabia, la ira y la impotencia, poco a poco, calentaba su sangre. Cada átomo de su cuerpo comenzaba a revolverse.

Deseaba gritar fuerte, expulsar el dolor y la rabia que se cernía sobre ella desde que viera a

Klara muerta frente a ella. Anhelaba que su amiga despertara de nuevo. Dar la vuelta al reloj, volver al momento que todo comenzó para cambiar el curso del tiempo y de su vida. Pero, sabía que aquello no era posible. Aquella certeza la desquiciaba hasta el punto de rozar la locura.

—Quiero... —murmuró rabiosa.

—Hazlo. —Y, tras decir eso, Marco desapareció como lo hace una pompa de jabón al explotarla con los dedos.

Sin pensarlo, y, dejando que su alma rota hablara por ella, Ágata salió corriendo de aquella sala. Se golpeó el hombro derecho al atravesar la puerta metálica. Tras avanzar unos metros por el largo pasillo tropicó y cayó de bruces. Sentía el sabor metálico de la sangre en su boca. Las lágrimas le empañaron la vista. Pero, la ira, la rabia y la impotencia eran superior a todo lo que su cuerpo sentía. Sólo había cabida en ese momento para el alma rota de la cantante. Se levantó y siguió corriendo.

Salió del hospital y corrió hasta que el calor que arañaba sus pulmones se transformó en una llamarada que la asfixiaba. El temblor de sus articulaciones aumentó hasta impedir su avance y, sin poder ni querer evitarlo, se dejó caer en mitad de la madrugada sueca.

Sentía el frío y la humedad del césped atravesarle la tela de los vaqueros. Cerró las manos sobre la hierba, arrancando parte de ella. Miró a su alrededor; la oscuridad la invadía, pero la luna estaba alta y pudo percatarse que había caído en mitad de un parque precioso.

Gritó.

Tomó aire y volvió a gritar, dejando salir todo lo que en su pecho amenazaba con enloquecerla.

Se abrazó a sí misma unos segundos, dejando que el llanto saliera. Y, en cuanto el desconsuelo la abandonó, volvió a gritar hasta sentir que la garganta le ardía y la voz moría apagada por el frío de la noche mientras el vapor de su aliento desaparecía, llevándose consigo las últimas fuerzas que le quedaban. Cuando sintió que el dolor la invadía y la rabia desaparecía con los últimos gritos, Ágata elevó la mirada vidriosa y sus ojos se clavaron en los verdes de Marco. Éste le sonrió dulce antes de asentir con la cabeza.

Ágata dejó caer los hombros y soltó un suspiro cansado. Tras eso, la cantante se derrumbó laxa y su mundo se oscureció por completo.

CAPÍTULO 44

Ágata tenía tensa la mandíbula. Su respiración era pausada y suave. Podía sentir su corazón latir fuerte en su pecho bombeando la sangre a través de sus venas. La gente se había marchado y ella le había pedido a Gustaf dejarla sola con su amiga un rato más.

Dos trabajadores del cementerio de Uppsala dejaban caer la tierra sobre el ataúd de roble que descansaba al fondo de aquel foso, justo frente a una preciosa lápida de mármol blanco. El olor a

hierba y tierra húmeda envolvía a la cantante. Suspiró y, en silencio, rememoró el calor del último abrazo que Klara le regaló.

El sonido de unos pasos, aplastando la hierba verde que cubría el camposanto, seguido del aroma empalagoso a perfume barato la sacó de sus pensamientos. Una mujer de más de cuarenta años vestida de negro y, con el pelo castaño recogido en un moño salpicado de canas, se paró a su lado. Ágata frunció el ceño al percatarse que era la madre de Klara. Aunque habían intercambiado varias miradas durante la ceremonia y el responso, ninguna de las dos se había acercado a la otra.

—Eres quien pagó el tratamiento de mi hija, la residencia y sus estudios —afirmó la mujer en un susurro suave más para ella que para Ágata. La cantante asintió dirigiendo la mirada hacia la lápida de Klara. Sentía la rabia corroerle el alma. No comprendía cómo una madre podía abandonar a su propia hija a su suerte en un centro como aquel—. Quería darte las gracias —dijo la mujer levantando la mirada y clavándola en Ágata.

—¿Por qué? ¿Por fallarle? —ladró la cantante rabiosa antes de volver la mirada a la madre de su amiga. Una oleada de rencor le atravesó la columna al ver el rostro impávido de la mujer.

—No le has fallado —respondió serena.

Ágata soltó el aire de sus pulmones y dejó que la ira se disipara con aquel suspiro.

—Se equivoca —dijo al fin—. La abandoné. Igual que lo hizo usted.

Tras eso, Ágata bufó y se giró sobre sus talones, pero, en cuanto quiso dar un paso, la mano de la madre de Klara se ciñó a su codo y le impidió el avance, obligándola a mirarla a los ojos.

—No se puede salvar a quien no desea ser salvado. Hiciste lo que pudiste, igual que yo —respondió seria, luego le regaló una sonrisa triste a la cantante—. No te culpes, yo no lo hago.

En aquellos ojos negros, Ágata pudo ver una tristeza y un vacío tan profundo y grande como el que ella guardaba en su corazón desde la muerte de Marco. Asintió sin mostrar apenas expresión en su rostro, tras eso, se deshizo del agarre de la mujer y se marchó de Uppsala de vuelta a Estocolmo.

Ágata se removió entre las sábanas. Los ojos verdes e inertes de Marco la observaban colándose en lo más profundo de sus pesadillas, impidiéndole conciliar un sueño tranquilo.

La cantante sintió un escalofrío recorrerle la columna. Extrañada por la sensación de vacío y tristeza que la asaltaba, Ágata extendió una mano y buscó a Gustaf entre las sábanas de la cama deshecha. Frunció el ceño y abrió los ojos al no encontrar el calor de su cuerpo.

La habitación estaba a oscuras salvo por un leve haz de luz que entraba por la puerta a medio cerrar. Ágata se incorporó y miró seria la cama vacía y fría. Aguzó el oído, pero ningún sonido había que pudiera indicarle dónde estaba Gustaf. Gruñó y salió de la cama arrastrando una de las mantas. Se la colocó sobre los hombros y salió del dormitorio sintiendo el peso de las últimas horas vividas.

Atravesó el largo pasillo que desembocaba en la estancia que hacía de salón, pero, antes de seguir avanzando, la cantante se quedó observando uno de los taburetes que había junto a la isleta de la cocina. Aquel en el que Klara se sentaba por las mañanas para desayunar. Una lágrima rodó por la mejilla de la cantante al sentir la fría ausencia de la muchacha. Tomó aire y se giró para buscar el cálido abrazo de Gustaf.

Al avanzar unos pasos, pudo dar con el carpintero. Se había quedado dormido en uno de los sofás orejeros que daban al enorme ventanal del salón. Se paró frente a él y lo observó dormir durante unos minutos.

La luz de la luna y las farolas de la calle iluminaban levemente el contorno de su rostro. Gustaf tenía la cabeza laxa sobre una de las orejas del sofá. Ágata sonrió ante la imagen que tenía delante. El carpintero siempre llevaba la barba larga, pero, ésta vez estaba algo más desaliñada, pues llevaban dos días fuera de su casa y aún no había tenido tiempo de arreglársela. Además, Gustaf estaba ojeroso por la falta de sueño, sin embargo, su expresión irradiaba tranquilidad y sosiego, lo que hacía que Ágata se sintiera protegida y a salvo a su lado.

La cantante siguió observándolo de arriba a abajo. La camisa del pijama estaba abierta hasta la mitad del abdomen, dejando expuesto el vello de su pecho. Ágata sabía que Gustaf dormía siempre sólo con los pantalones de pijama y sólo usaba la camisa para andar por casa, por lo que, aquel hombre había estado paseándose un buen rato por el apartamento. Sobre sus piernas, Gustaf tenía uno de los álbumes de fotos que la cantante guardaba en la estantería. Durante unos instantes, una oleada de pánico la abordó, pero, de la misma forma que llegó, desapareció. Ágata sabía que tarde o temprano tendría que confesarle a Gustaf quién era y a qué se dedicaba, siempre y cuando el hombre no lo hubiera descubierto ya. La cantante tenía muy claro que si Eric había podido llegar a la conclusión con una sola imagen y unos pocos recuerdos, Gustaf, lo más seguro, ya lo sabría también. Ágata se relajó al percatarse que, en el caso de que Gustaf lo supiera, prefería mantenerse en silencio y a la espera de que ella decidiera contárselo. Aquella certeza hizo que el cariño que sentía hacia Gustaf aumentara un poco más, porque aquel hombre la respetaba y esperaba con paciencia a que ella tomara la decisión de abrirse a él.

Con cuidado, le quitó el álbum a Gustaf del regazo y miró las fotos. En dos de ellas, Marco y ella reían y disfrutaban junto a varios amigos en una fiesta de cumpleaños. En otra, Marco tocaba de espaldas el piano vestido sólo con un viejo pantalón de chándal azul. Ágata recordaba que se había escondido tras la puerta del dormitorio y le había sacado aquella foto sin que él se percatara. En la última, Marco la abrazaba desde atrás en mitad de un parque de Múnich por el que solían pasear cuando vivían en Alemania.

En ese momento, Gustaf se removió en el sofá y abrió los ojos con pesadez. Ágata lo miró con el ceño fruncido y dejó el enorme álbum sobre la mesa auxiliar. Tras eso, se sentó en su regazo y colocó la manta de manera que los tapara a ambos, escondió la cabeza en su pecho e introdujo su mano bajo la camisa del carpintero, perdiéndose en la suavidad del vello de su pecho. Ágata aspiró su perfume a madera y campo, embriagándose de él.

Los labios de Gustaf le regalaron un beso tierno en la cabeza y luego otro en la frente. Sus ojos grises la observaban con ternura. En la comisura de sus labios se dibujaba una sonrisa cansada.

En aquel momento, la tristeza, el vacío y la oscuridad del corazón de la cantante desaparecieron, como siempre pasaba cuando Gustaf la acunaba entre sus brazos. Estar a su lado hacía que se sintiera en casa pero también la confundía. Ya no sentía que el apartamento que

había compartido con Marco fuera el hogar que una vez tuvo. Suspiró y miró a su alrededor: sus cuadros, sus fotos, sus recuerdos y todo cuanto atesoraba allí ya no eran suyos, ahora eran del pasado. Tragó saliva con dificultad.

Sabía que, ahora, su lugar estaba en Långträsk. Junto a Artur, trabajando en la pastelería con Elías, limpiando la capilla con Ingrid, dando clases de guitarra a Eric y los chicos de la catequesis, paseando junto a Adda por el lago. Ágata sentía que su hogar estaba en el regazo de Gustaf.

El carpintero levantó las cejas y la miró curioso. La cantante sabía que le estaba preguntando. Le sonrió dulce y le regaló una caricia en el mentón con ternura.

—Estoy bien —murmuró. Tras eso, se abrazó a su cuello y se acercó a sus labios.

La boca de Gustaf la recibió con ansiedad. Sus manos se ciñeron con rabia alrededor de la cintura de la cantante. Ágata se dejó manejar e invadir por él. Gustaf jugaba con su lengua, dejando ver cuánto deseaba y necesitaba beber de sus besos. La cantante correspondía bebiendo ella también de la ternura y el cariño de Gustaf. Sentía el calor que el hombre desprendía y la urgencia con la que aquel cuerpo le pedía su alma.

Sintiendo cómo en su corazón se enfrentaban en batalla: la oscuridad por la muerte de Klara y el sentir que ya no pertenecía a aquel lugar, contra la luz que desprendía el corazón de Gustaf y el sentimiento de sentirse en casa en Långträsk.

Tras unos minutos de besos clandestinos a la luz de la noche de Estocolmo, Ágata sintió que la guerra que se libraba en su interior tocaba a su fin. Había un vencedor.

—Llévame a casa, Gustaf —susurró en sus labios—. No puedo ni quiero seguir aquí.

CAPÍTULO 45

Ágata miró al doctor Stellan y esperó en silencio que terminara de leer el informe que tenía delante de él. Hacía más de una semana que había vuelto desde el entierro de Klara, y el médico la había citado para hablar sobre su rehabilitación. El hombre se quitó las gafas y las dejó a un lado de la mesa. Suspiró y Ágata agarró la mano de Gustaf con fuerza.

—He hablado con el doctor Dawson. Llevas más de un año en rehabilitación y has mejorado mucho —Stellan chasqueó la lengua y sonrió—. Hemos decidido cambiar las pruebas y la frecuencia con la que las hacemos. A partir de ahora, sólo haremos una prueba de detección rutinaria muy sencilla una vez cada dos semanas. De esta manera dejaremos de castigarte los brazos.

—¿Cómo será? ¿No tendrán que sacarme sangre? —Ágata miró con cierto alivio a Gustaf y luego sonrió al médico. Aunque sabía que era una buena señal, no se sentía todo lo feliz que debería.

—Bueno, es la misma prueba que suele hacer la policía en los controles. Sólo necesitaremos

un poco de saliva. Los análisis médicos los haremos una vez al mes para comprobar que tu estado de salud sigue en perfecto estado —respondió el doctor Praymore colocándose de nuevo las gafas—. Recuerda que el trato con el doctor Dawson sigue en pie hasta que termines la rehabilitación. Si estas pruebas dan positivo, tendrás que volver al centro con él.

Ágata asintió con una media sonrisa. Miró a Gustaf y éste le devolvió la sonrisa, así como un beso tierno en la frente. La pareja se quedó unos segundos mirándose a los ojos. Ágata sabía que, tras aquel gris claro como la luna, se escondía la seguridad de que todo saldrá bien, que, al lado de Gustaf nada malo podía sucederle. Un pellizco nervioso se instaló en su cuerpo, haciendo que llevara, de forma instintiva, la mano a su vientre. Gustaf frunció el ceño y miró al doctor, tras eso, con un ademán de su mano, solicitó un bolígrafo y un pedazo de papel que Stellan le entregó.

Tras escribir algo y entregarle al médico la hoja de papel, Gustaf sonrió a Ágata. Ésta lo miraba extrañada a la par que algo ausente, pues sus pensamientos, desde hacía días volaban lejos de su control, sin que la cantante pudiera retenerlos por mucho tiempo, haciendo que se abstraiera en una especie de trance silencioso.

Stellan leyó la nota de Gustaf y miró a Ágata con una ceja en alto, soltó el aire de los pulmones y luego miró de soslayo a Gustaf. La cantante siguió la mirada del médico y se dio cuenta que el carpintero tenía la mandíbula tensa.

—¿Sucedo algo, doctor? —preguntó desconcertada alternando la mirada entre Gustaf y el médico. No comprendía nada de lo que sucedía a su alrededor, aunque en aquel momento, sólo deseaba volver a casa y descansar.

El doctor Praymore buscó entre sus papeles y, en cuanto encontró los que buscaba, los leyó.

—No sucede nada importante, Ágata. Usted está bien. Los análisis que le hicimos hace unos días son normales y, por lo que veo, el mal cuerpo y los vómitos se debían a una intoxicación leve. Lo más seguro es que comió algo en mal estado, pero con todo el tema de su amiga y el cambio de tratamiento se me había olvidado decírselo. Supongo que, por el tiempo que ha pasado y que no ha vuelto a quejarse, se encuentra perfectamente.

Ágata se sintió confusa y extraña al recibir el resultado de aquellos análisis. Miró a Gustaf, que le devolvió una mirada igual de desconcertada. La cantante se humedeció los labios y tragó saliva. De golpe, había recordado los análisis que se había hecho y lo preocupada que había estado por ellos, al menos, hasta saber de la muerte de su amiga.

—¿No estoy embarazada? —preguntó con temor.

—¿Embarazada? —respondió el doctor con una ceja en alto—. Claro que no. Le dije que eso era prácticamente imposible. —Stellan sonrió pero, tras unos segundos, miró a la pareja con el ceño fruncido—. Es que, ¿acaso quieren tener hijos?

—¡No! —respondió Ágata tajante, tras eso negó con la cabeza y forzó una sonrisa tensa—. Claro que no eso sería... es decir... —Continuó mirando a Gustaf—. Estoy rehabilitándome, sería una locura.

El calor de la taza humeante de café le ayudaba a abstraerse de la realidad de tal manera, que la cantante se percató de la presencia de Gustaf cuando éste se sentó a su lado. Desvió la mirada de la chimenea hasta las volutas de humo que se disipaban desde la taza. Dio un sorbo a su *cappuccino* y lo dejó en la mesita auxiliar para poder recostarse sobre el pecho de Gustaf. Acercó su oreja al corazón de éste y posó su mano sobre su pecho, acariciándolo con ternura.

Tomó aire, tratando de evitar derramar las lágrimas que empañaban sus ojos. Desde que el doctor Praymore le había confirmado que no estaba embarazada se sentía extraña y confundida.

Sintió los dedos de Gustaf posarse en su mentón, pero, en cuanto sintió que éste quería que lo mirase, Ágata escondió la cabeza en su abrazo, cerrando la mano sobre el jersey verde de lana del carpintero.

—Estoy bien —masculló, aún sabiendo que él no se lo creería. Tras unos instantes suspiró de nuevo y miró a Gustaf.

El carpintero la observaba con media sonrisa tras su barba castaña, pero, en sus ojos grises, la cantante podía atisbar un halo de tristeza.

—Habría sido una locura —murmuró. Gustaf no se movió y Ágata volvió a esconderse en sus brazos—. Apenas llevamos unos meses juntos, es mejor así. —Los dedos de Gustaf se enredaron en la mano que ella tenía en su pecho, y, con el pulgar le acarició el dorso. Ágata sonrió dejando que una lágrima atravesara su rostro—. ¿Sabes? En parte estoy aliviada, Pero una parte de mí lo deseaba. —Cerró los ojos y resopló—. ¡Que idiota! ¿Qué clase de madre sería?

Gustaf se removió y tomó el rostro de Ágata entre sus manos. Capturó sus labios con los de él y le regaló un beso tierno, uno de esos besos que consuelan. Ágata sonrió y respondió a su beso. En cuanto se separaron, el carpintero le sonrió y negó con la cabeza, luego, tomó su mano y la llevó hasta su corazón, para acto seguido regalarle un beso en la palma de su mano. Ágata tragó saliva, aunque Gustaf no podía hablar, sus actos, sus miradas y sus caricias hablaban por él. Y, en aquel momento, Gustaf trataba de decirle que la quería, que él estaba a su lado. Ágata sonrió triste al recordar que Marco también la había consolado en un momento así. Sin pensar, miró a Gustaf y comenzó a hablar.

—No sé si aquello fue el principio de todo o, simplemente el final de nuestro matrimonio pero, antes de que Marco cayera en las drogas y antes de que diésemos por muerta nuestra relación, yo... —Ágata desvió la mirada hacia la chimenea y se recostó sobre el pecho de Gustaf—. El día que nos dijeron que estaba embarazada fue, junto al día de mi boda, el más feliz de mi vida. No podíamos dejar de sonreír. —Ágata sonrió dejando escapar las lágrimas. Se calló durante unos instantes, recreándose en los recuerdos que le asaltaban—. Todo era un caos, ¿sabes? No teníamos nada listo, nos cogió de sorpresa. Sin embargo, el mismo día que nos enteramos, Marco salió al balcón y gritó a todo el mundo que iba a ser padre. —Gustaf cerró el abrazo sobre ella y se acomodó en el sofá, haciendo que la cantante se recostara un poco más sobre él. Ágata elevó los pies y se estiró cuan larga era—. Sonreía como un niño con un juguete nuevo. Por las mañanas, me daba un beso en el vientre y por las noches, le hablaba de todos los planes que tenía para él, de cómo estaba quedando su nueva habitación... —Ágata se limpió el reguero de lágrimas con el dorso de la mano. Luego sonrió—. Decía que si era niña se llamaría Antonella, como su abuela, y si era chico, se llamaría Edmund, como mi padre. Creía que, cuando el bebé

naciera, podríamos volver a Trento y arreglar las cosas con mi familia, que un abuelo nunca se negaría a ver a su nieto —Ágata se calló un instante. Su rostro se ensombreció de la misma manera que lo hizo el tono de su voz—. Pero se equivocó. El bebé tenía un problema en el corazón. Lo perdí en el quinto mes. —Gustaf cerró su abrazo y le regaló un beso en la cabeza a la cantante—. Tras aquello, traté de quedarme embarazada de nuevo. Fuimos a un par de médicos en Estocolmo, pero, no sirvió de nada y... —Ágata suspiró—. Nuestra relación estaba mal antes de quedarme embarazada, pero creímos que, tal vez... Fuimos muy felices aquellos meses. —Ágata se giró en los brazos de Gustaf hasta mirarlo a los ojos—. Puede que esa sea una de las razones que llevaron a Marco a refugiarse en las drogas.

Gustaf negó con la cabeza, siseó para calmarla y la abrazó de nuevo contra su pecho. Ágata se dejó arropar por el llanto de nuevo.

—Gustaf, sé que no está bien que te hable de Marco, pero debes comprender que fue una parte muy importante de mi vida y, me cuesta mucho olvidarlo. —Ágata levantó la mirada y trató de sonreírle—. Te juro que eres importante para mí, Gustaf, pero necesito tiempo. Por favor, necesito que tengas paciencia —gimoteó dejando caer las lágrimas de nuevo.

Gustaf asintió, llevó una de sus manos hasta el mentón de la cantante y le acarició con ternura. Tras eso, se removió hasta colocarse encima de ella. Le sonrió y comenzó a besarla con tranquilidad, sin prisas y con cariño. Ágata sentía los labios suaves y cálidos de Gustaf atrapar los suyos, su lengua cariñosa se abría paso en su boca, explorando y saboreando sus besos. Sus manos grandes la acariciaban, y el calor de aquel cuerpo grande la arropaba. Todos los gestos del carpintero le decían que él estaba allí para cuidarla y quererla, que sería paciente y esperaría lo que fuera necesario. Ágata suspiró y dejó que aquel hombre curara las viejas heridas de su ajado corazón con su aliento y su silencio.

CAPÍTULO 46

Los días pasaban dando paso a las semanas. El frío aumentaba y todo el mundo se había sumido en la típica rutina invernal. Al menos, eso era lo que Gustaf siempre sentía cuando las nieves de noviembre blanqueaban la aldea. Bufó soltando el lápiz de dibujo con violencia sobre su mesa. Se quitó las gafas e hizo presión en el arco de la nariz. Hacía un par de semanas que las usaba y aún no se había acostumbrado a llevarlas. Las miró torciendo la boca en señal de disgusto. Ágata se había empeñado en que se hiciera una revisión en cuanto su madre le contó que, desde pequeño, siempre había necesitado gafas para leer pero que nunca se las ponía porque creía que le sentaban mal. Sonrió al recordar el despliegue de cariño y ternura con la que Ágata lo convenció para comprárselas y usarlas. El carpintero sabía que no podía negarle nada a aquella sonrisa tan sublime que alegraba sus días.

Gustaf se levantó de la mesa y retiró el plano que estaba terminando. Esa tarde estaba terminando de diseñar una cocina que le habían encargado, y, aunque sabía que podía usar cualquier programa de dibujo por ordenador, al carpintero siempre le relajaba sentarse a diseñar los planos en su vieja mesa de dibujo. Se dirigió a la cocina en busca de un vaso de agua. Fue al salir de allí cuando su madre entró por la puerta retirándose la bufanda y el gorro que llevaba.

—Buenos días —saludó Ingrid sonriendo con alegría antes de acercarse y tratar de regalarle un beso sonoro. Gustaf se apartó exagerando una expresión de asco, sabiendo que aquello enfadaría a su madre—. Pero, ¿qué significa esa cara? ¿No vas a darle un beso a tu madre?

El carpintero resopló, la miró con chulería y una sonrisa guasona antes de dejar que su madre le diera un beso en la mejilla. Pero, para su sorpresa, la mujer le asestó una cachetada en la otra mejilla. El carpintero frunció el ceño y se restregó la palma de la mano por el rostro.

—Así aprenderás a no reírte de tu madre —le regañó Ingrid con un tono burlón. Tras aquello, el carpintero se dirigió a la mesa de dibujo, dejando a su madre campar a sus anchas por la casa—. ¿Estás trabajando? —Le preguntó desde la cocina. Gustaf la miró y asintió—. ¿Te molesta que me quede un rato? —El carpintero se encogió de hombros y luego se sentó de nuevo frente al plano que tenía a medias.

Ingrid se terminó de desvestir y comenzó a moverse por la cocina, haciendo más ruido de lo necesario. Gustaf puso los ojos en blanco y comenzó a golpear con la punta del lápiz la mesa. Su madre sabía lo mucho que odiaba que lo interrumpieran cuando trabajaba, por lo que, estaba seguro que si Ingrid estaba allí, tenía algo que decirle. Esperó sentado a que su madre decidiera sacar el tema.

Tras unos minutos que se le hicieron eternos, su madre se acercó al umbral de la puerta con una taza de café en las manos y lo miró seria.

—¿Por qué no me acompañas y hablamos? —preguntó la mujer. Gustaf asintió, se levantó pesadamente y se quitó las gafas de nuevo. Siguió a su madre hasta la mesa de la cocina y se sentó frente a ella, aceptando la taza que le tendía. El carpintero la miró con una ceja en alto. —No me mires así —dijo Ingrid haciendo un mohín en su silla—. Ni que fuera a interrogarte.

«¿Qué quieres decirme?» preguntó el carpintero en lengua de signos.

Ingrid se humedeció los labios y su rostro se oscureció. Le dio un largo sorbo a su humeante taza antes de hablar.

—Cariño, estoy muy preocupada por Ágata y por ti. Por vuestra relación. —El carpintero frunció aún más el ceño y esperó a que su madre continuara—. Los dos sabemos que esto de las relaciones no se te da muy bien, y Ágata es una mujer que lo está pasando muy mal. Está en un momento muy delicado y...

Gustaf tomó una mano de su madre, pues, estaba cada vez más abrumada. La miró a los ojos y negó con la cabeza. Ingrid suspiró y asintió.

—Hijo, sé que ésta vez no vas a salir corriendo. Ya no eres un niño, eso me quedó muy claro cuando os pillé en esta misma mesa haciendo... —Gustaf abrió los ojos y sintió como el calor inundaba sus mejillas, su madre rio y negó con la cabeza divertida. Tras eso, suspiró y volvió a quedarse seria—. Pero, Ágata es muy diferente a Greta, cariño. Greta no luchaba contra las drogas, ni había perdido un marido. —Gustaf asintió serio—. Pero eso no es excusa para dejarla plantada a sólo un mes de vuestra boda sin explicaciones.

Gustaf resopló poniendo los ojos en blanco. Estaba cansado de recibir siempre la misma reprimenda con respecto a su historia con aquella muchacha. El carpintero apenas tenía veinte años, y aquella relación se le fue de las manos cuando la chica se ilusionó demasiado. Tras un

verano de relación, Greta había organizado su boda y él, asustado, había decidido marcharse a París a estudiar arquitectura sin decirle nada. Sólo una carta enviada desde Francia le bastó para dejarla con todos los preparativos en una mano y el corazón roto en la otra. Aunque abandonarla de esa manera había sido una decisión cobarde e inmadura, para Gustaf, no fue la última que tomó. Todas las relaciones que vinieron después habían sido de la misma manera. Chicas que sólo pasaban por su cama un par de veces. Tres o cuatro meses había sido la relación más duradera que el carpintero había tenido. Al menos, hasta que conociera a Ágata, una mujer tan rota como él y un bálsamo para su mudo corazón.

Gustaf resopló, la cantante había trastocado todo su mundo desde el momento en que entró en su taller. Con tristeza, clavó sus ojos grises en los de su madre.

—Hijo —Ingrid sonrió y le dio un par de palmaditas en el dorso de la mano—. Equivocarte con Greta era una cosa, pero con Ágata no puedes cometer errores. Esa mujer necesita de ti, de tu cariño, toda tu atención. Cualquier cosa podría hacerle recaer y no quiero que te culpes si algo malo le sucediera—. Ingrid le acarició el rostro. Gustaf dejó caer su cabeza en la palma de la mano de su madre—. Tienes que hacer todo lo que puedas por ayudarla. El padre Artur me ha contado que, la chica que murió, era una de las razones por las que Ágata trataba de superar su adicción y, al no estar, el padre cree que ha perdido toda la ilusión que le quedaba.

Gustaf se mordió el labio inferior, sintiendo cómo la impotencia y la tristeza lo invadía.

«*No sé qué hacer*» gesticuló antes de enterrar la cara entre sus manos desesperado. El llanto lo asaltó, y sin poder evitarlo, las lágrimas le humedecieron las palmas y el rostro. Gustaf sentía la rabia y la impotencia en el pecho. Desde la muerte de Klara, Ágata estaba muerta en vida, apenas hablaba ni sonreía. Nada de lo que él hacía parecía animarla, por las noches la oía llorar en silencio entre sus brazos. Temía, a cada momento, que la cantante cayera en una depresión tan profunda que la empujara de nuevo a las drogas.

—Gustaf —dijo Ingrid mirando su café ahora frío—. ¿Cuánto tiempo hace que estáis juntos?

Gustaf se secó los ojos y se encogió de hombros mirando a su madre confundido.

«*Seis meses*» respondió con el ceño fruncido. No comprendía la pregunta de su madre en aquel momento.

Ingrid chasqueó la lengua y tomó las manos de su hijo entre las suyas, acariciando el dorso con sus pulgares.

—Hijo, tal vez sea muy pronto, y una locura enorme. Sobre todo después de regañarte estos años por tu relación con Greta pero... —Ingrid hizo una pausa y miró a su hijo a los ojos con una sonrisa tierna—. ¿Y si le pides que viva contigo?

Gustaf parpadeó y se quedó aún más mudo, si aquello era posible.

Zarandeo la cabeza confuso y se zafó del agarre de su madre, levantándose y llevándose una mano a la nuca. Tras eso, se mesó la barba y miró a su madre de soslayo. Estaba sorprendido y muy confundido.

—Cariño, es muy pronto. Lo sé. Pero, no te he visto tan feliz desde que murió tu padre. —Ingrid se encogió de hombros y se miró las palmas de las manos—. Es una decisión que no se debe tomar a la ligera. El pueblo entero hablaría pero, ¿qué más da? —La mujer se levantó y

cogió a su hijo por los hombros rogándole con la mirada—. El padre dice que Ágata es un fantasma andante y sólo sonrío a tu lado, y a ti te pasa lo mismo. Sólo eres feliz a su lado.

El carpintero se mordió el labio inferior y se dejó caer en la encimera que tenía detrás, cruzando los brazos en el pecho. Resopló meditabundo.

Aquella decisión era difícil. Compartir la vida con Ágata, significaba hacer que aquella relación se hiciera más seria y formal, significaba, que aquello tendría un final que él siempre había temido. Gustaf tragó saliva y recordó, entonces, lo que sintió al recibir la noticia de que Ágata no estaba embarazada. Al igual que ella, sintió alivio y tranquilidad, pero, sólo en parte, pues un pellizco de decepción se había anudado a su pecho desde entonces. Miró a su madre y soltó el aire de los pulmones, sabía que aquella pequeña chispa de ilusión que había sentido, significaba que sus sentimientos por Ágata eran más fuertes de lo que había pensado. Su madre levantó las cejas, interrogándolo con la mirada. Por respuesta, el carpintero se encogió de hombros. Ingrid resopló poniendo los ojos en blanco. Con un ademán de su mano, le indicó a su hijo que se sentara de nuevo. Ella hizo lo mismo.

—Gustaf, sé que apenas os conocéis y que Ágata es viuda; joven, eso sí, pero viuda. Además de los problemas de drogas que tiene. Pero te hace feliz, ¿verdad? —Gustaf asintió con la cabeza—. Entonces, ¿por qué tienes que pensártelo tanto? Tienes treinta y seis años, hijo, estás más cerca de cumplir cuarenta de lo que piensas, y créeme que te arrepentirás si pierdes esta oportunidad con ella. Por favor, Gustaf, la soledad es muy mala. Arriégate, sé feliz con ella y deja que el tiempo haga su trabajo.

Gustaf se mordió el labio inferior. Sabía que, aunque olvidara el detalle del poco tiempo que llevaba junto a ella, Ágata aún quería a Marco, además de tener un pasado del que él no sabía apenas nada. Tragó saliva, sabía que ella, cuando estuviera lista, le contaría toda la verdad sin tapujos, pero, no estaba seguro que él pudiera borrar la huella de Marco de su corazón. Recordó entonces las palabras que Billy le dedicó en el bar la noche que Adda desapareció.

—*Nunca olvidará a Marco. Ágata tiene a ese cabrón grabado a fuego en la mente.*

En aquel momento, unos golpes en la puerta lo sacó a él y a Ingrid de sus pensamientos. En cuanto Gustaf abrió la puerta, los ojos avellana de Ágata le aclararon las ideas.

CAPÍTULO 47

—¡No voy a aprender nunca! ¡Soy un desastre!

Gustaf comenzó a carcajearse al ver el rostro congestionado de Ágata. Ésta le sacó la lengua e hizo un mohín, cruzándose de brazos. El carpintero se abrazó a ella y comenzó a besarle el cuello, sintiendo cómo se derretía bajos sus brazos. La cantante llevaba varios días tratando de aprender varias palabras en lengua de signos, pero no era capaz de recordar ni una sola de un día para otro. Su frustración y sus berrinches divertían a Gustaf, aunque, verla esforzarse tanto, lo enternecía y hacía que no pudiera dejar de besarla y abrazarla. Ninguna otra mujer había hecho ese esfuerzo por él. Aunque tampoco había tenido una relación tan profunda con ninguna, como

la que tenía con Ágata. Tras un rato de besos y cariño, Gustaf comenzó a hacerle cosquillas, esa mañana de sábado había despertado algo más contenta, y el carpintero deseaba oírla reír.

—¡Estate quieto! —gritó soltando una risa histérica y removiéndose entre sus brazos. Gustaf sonrió y la tumbó en la cama, colocándola bajo su cuerpo. Sus besos buscaron de nuevo sus labios. Cuando el rato de diversión pasó a relajarse, y la ternura se apoderó de ellos, Gustaf paseó la yema de su pulgar por el labio inferior de la cantante.

—Gracias por hacerme feliz —susurró Ágata, haciendo que el corazón del carpintero se parase en ese momento. Era la primera vez que oía aquella frase en sus labios. La felicidad embargó su alma al saber que, ahora, era él quien la hacía feliz. Sintió entonces que, con el tiempo, el recuerdo de Marco podía borrarse si él tenía la paciencia suficiente—. Tengo hambre —Añadió la cantante empujándolo con cariño para tratar de levantarse—. ¿Tú no? ¿Nos duchamos y luego desayunamos o al revés?

Gustaf asintió y tiró de ella hasta llevarla a la ducha, donde le hizo el amor. Tras vestirse, Ágata rebuscó entre los estantes de la cocina y se acercó a él con el bote dónde Gustaf guardaba el café vacío.

—Creo que hay que hacer la compra —dijo. Gustaf la agarró por la cintura y le regaló un beso en la frente. Esa mañana, Ágata parecía haber vuelto de nuevo, aunque en sus ojos aún se podía atisbar la tristeza por la muerte de su amiga—. ¿Quieres que desayunemos con tu madre? Hace mucho que no tomo café con ella.

Gustaf apretó los labios en una fina línea y la miró con fastidio. Aquella mañana la deseaba sólo para él, pero, también sabía que negarle algo podría hacer que aquella alegría desapareciera. El carpintero terminó aceptando en cuanto Ágata lo besó con pasión.

La pareja pasó por la pastelería con la intención de llevarle unos dulces a Ingrid, pero, ver cerrada la pastelería un sábado a las diez de la mañana extrañó a Ágata más de la cuenta.

—Qué raro —dijo mirando a todas partes, Gustaf hizo lo mismo. No recordaba que Elías cerrase la pastelería salvo los lunes por descanso—. No recuerdo que Elías me dijera que hoy iba a cerrar. ¿Crees que ha pasado algo?

Gustaf se encogió de hombros, le regaló un beso en la frente y la guio a casa de su madre, olvidándose del escalofrío que le recorrió la columna.

Cuando sus pasos, amortiguados por la nieve, llegaron a la puerta de entrada de la casa, Gustaf tomó por la cintura a Ágata y la acorraló. Rompió la distancia que separaba sus labios de los de ella e invadió su boca con ansiedad. Sentía las manos cálidas de Ágata abrazarlo por el cuello, su nariz fría en su rostro, y el calor de su lengua jugar con la de él.

—Vamos —dijo con una sonrisa.

Gustaf sacó las llaves y abrió la puerta, pero Ágata lo apartó a un lado, entrando antes que él.

—¿Ingrid? —preguntó. Se asomó al salón y se quitó el abrigo. Gustaf comenzó a quitarse la gorra y la bufanda que colgó en el perchero—. Ingrid, ¿dónde estás? —gritó de nuevo la cantante, que salió a la entrada y lo miró encogiéndose de hombros. Gustaf señaló al final del pasillo, pues, aunque no era normal, tal vez su madre estuviera en la cama. Ágata asintió y se giró, siguiendo la dirección que le había marcado. Gustaf consultó la hora de su reloj, y torció la boca al ver que eran más de las diez de la mañana y su madre aún no se había levantado. Sin quitarse el abrigo, siguió a Ágata, pero, una voz tras la puerta del dormitorio de su madre lo frenó.

La cantante lo miró con los ojos abiertos y una expresión tan sorprendida como la de ella. Gustaf había oído la voz de un hombre tras aquella puerta. En aquel momento, pudo oír también la risa de su madre. Gustaf sentía que su corazón se aceleraba, su madre no estaba sola en aquel dormitorio. Se encaminó hecho un basilisco al saber que había otro hombre en la vida de su madre, pero en cuanto alargó una mano para abrir la puerta, Ágata lo paró.

—Tal vez... —tartamudeó la cantante—. Tal vez no esté en casa. ¿Y si volvemos luego? Es posible que esté en la capilla.

Gustaf la miró enojado, sabía que había alguien con su madre tras aquella puerta. Y también sabía, por el miedo que reflejaba la mirada de Ágata, que ella lo había oído. Trató de avanzar, pero la cantante puso sus manos en su pecho y empujó.

—Vamos, Gustaf, ¡No seas crío! —gritó histérica, haciendo que el carpintero se enfadara aún más—. Hemos llegado muy temprano, seguramente está dormida.

En el momento en que la cantante tiraba de su brazo, tratando de guiarlo hasta la entrada de nuevo, la puerta del dormitorio de su madre se abrió e Ingrid salió seguida por Elías.

—¡Basta, Ágata! Es hora de que mi hijo lo sepa.

Gustaf abrió los ojos al ver al pastelero tras su madre. Ingrid tomó la mano de Elías y miró a su hijo seria. Gustaf no daba crédito a lo que estaba sucediendo en aquel momento. Miró a Ágata a los ojos, rogándole que aquello no fuera verdad, pero la cantante dejó caer los hombros y miró la punta de sus zapatos. Gustaf negó enfadado al percatarse de que la cantante sabía lo que estaba sucediendo y se lo había ocultado.

—Gustaf —murmuró Ágata tratando de tomar una de sus manos. El carpintero se zafó de ella y miró a su madre con el rostro congestionado.

—Hijo, esta no es la mejor de las maneras pero, algún día tendrías que saberlo. Elías y yo estamos juntos —aclaró Ingrid tratando de mantener la compostura, pero su voz se rompía con cada palabra que salía de sus labios. Gustaf miró al pastelero que lo observaba en silencio.

Sin poder soportarlo, sin entender cómo era aquello posible, el carpintero se giró sobre sus talones y salió de la casa de su madre.

Gustaf anduvo hasta llegar a las afueras de la pequeña aldea, dirigiéndose hasta el pequeño muelle donde estaba varado el velero de su padre. Una vez llegó hasta allí, miró la embarcación cubierta por una lona, luego, dirigió la mirada hasta el cielo: estaba gris y se anunciaba una tormenta que descargaría con furia en un rato. Gustaf bufó y le dio una patada al noray,

haciéndose daño en el pie. Se agachó agarrándose la punta del zapato y maldijo en silencio. Sabía que su madre estaba muy sola, y que aún podía rehacer su vida. También sabía que Elías era un buen hombre, viudo como Ingrid y que, a su lado, a su madre nunca le faltaría nada. Pero, no podía dejar de sentir que estaba traicionando a su padre. Sabía que era egoísta pretender que su madre guardara luto por su padre hasta el día de su muerte, pero, no podía evitarlo. Salió andando del muelle y comenzó a pasear por el pequeño camino que le llevaría hasta la pradera del viejo Mäkinen, uno de los ovejeros más viejos de la zona. Cuando llegó hasta la valla de madera, se apoyó en ella con los codos y repasó el horizonte. Resopló.

La imagen de ver a su madre con aquel hombre le cruzó la mente de nuevo, haciendo que su sangre hirviera. Sin pensarlo, miró a su alrededor y cogió una piedra que lanzó contra un árbol que había, pero, erró el tiro y golpeó sin querer el trasero de una oveja que salió disparada balando y lloriqueando.

—¿Es necesario que descargues tu enfado contra el culo de una oveja? —La voz de Ágata lo sorprendió e hizo que se encogiera de hombros avergonzado. No era su intención acertarle al animal. La miró de soslayo, pero Ágata le regaló una sonrisa y se colocó a su lado, mirando el mismo paisaje que él—. Sé que ha sido un accidente —murmuró empujándolo con su cadera—. ¿Quieres que hablemos?

Gustaf negó con la cabeza y soltó el aire de los pulmones, volviendo a apoyarse en la valla.

—¿No? Está bien. En ese caso, seré yo la que hable y tú sólo escucharás —respondió la cantante girándose y elevándose sobre la madera hasta sentarse en la valla. Tras eso, Ágata suspiró y se miró las palmas de las manos—. Es normal que te sientas traicionado pero, que tu madre se enamore de nuevo, no significa que el amor hacia tu padre desaparezca. Es diferente, ¿comprendes?

Gustaf se movió colocándose delante de la cantante, apoyó las manos en la valla, una a cada lado de Ágata y la miró con el ceño fruncido. La verdad era que no la comprendía. Negó con la cabeza.

—Gustaf, tu madre tiene derecho a rehacer su vida. Elías es un buen hombre y la hace feliz. ¿De verdad crees que debe guardar luto a tu padre hasta el fin de sus días?

Gustaf tragó saliva y sin darse cuenta, asintió con la cabeza. Sabía que estaba siendo egoísta, pero, no podía dirigir su corazón. El rostro de Ágata se ensombreció, sus labios se cerraron en una línea fina y apretada. De un salto, se bajó de la valla y dio dos pasos en dirección a la aldea, tras eso, se paró y lo miró de nuevo.

—En ese caso, lo nuestro termina aquí.

Gustaf abrió los ojos de par en par, el corazón se le paró y los pulmones dejaron de funcionarle. La boca se le secó y las manos comenzaron a temblarle. Ágata estaba rompiendo con él, estaba perdiendo a la única mujer con la que deseaba terminar su vida. Aquello lo desquició. Sin pensar, en dos zancadas, se plantó frente a ella y la abrazó contra su pecho, las lágrimas de dolor, pánico y tristeza recorrieron el rostro de Gustaf, muriendo en su barba.

Negó con la cabeza y miró a la cantante. Desesperado, tomó una de sus manos y la llevó hasta su pecho, la necesitaba, la quería a su lado a diario, no podía perderla.

—¿Por qué? —preguntó Ágata en apenas un murmullo. En aquel momento, el sonido de un

trueno rompió el silencio—. ¿Por qué deberíamos seguir juntos? —Gustaf desesperado, sólo pudo gesticular un *te quiero* silencioso, esperando que aquello fuera suficiente para que Ágata recapacitara—. Pero yo también soy viuda, Gustaf. Si tu madre debe guardar luto por tu padre, en ese caso, yo debería hacerlo también por Marco. Según tu forma de pensar, no está bien que me enamore de ti —Gustaf negó, y apretó la mano de Ágata contra su pecho—. ¿Por qué es diferente?

El carpintero no sabía qué hacer ni qué pensar. Ágata lo había puesto entre la espada y la pared. Ágata se deshizo de su agarre con suavidad y llevó su mano hasta su mentón, acariciándolo con ternura. Una sonrisa tierna se dibujó en su rostro.

—Gustaf, nunca olvidas al amor de tu vida. Puedo asegurarte que tu madre quiere a tu padre con todo su corazón y que lo hará siempre. Lo que siente por Elías es diferente, pero no por ello deja de ser amor. Y tampoco eclipsará el amor que siente por tu padre, porque es, sencillamente, un amor diferente. Deja que vuelva a ser feliz.

Gustaf tragó saliva, y la miró extrañado. No se lo había planteado nunca así, pero sentía que Ágata tenía razón. Estaba seguro que le costaría mucho aceptar ver a su madre al lado de otro hombre, pero, la cantante tenía razón, debía dejar a su madre ser feliz de nuevo, aunque fuera en los brazos de otro hombre. Asintió tratando de sonreír.

Ágata se acercó hasta él y le regaló un beso tierno. Gustaf la agarró por la cintura atrayéndola hasta él, bebiendo de sus besos, calmando así su alma atormentada. El miedo que había sentido al pensar que podía perderla casi lo había vuelto loco. En aquel momento, un segundo trueno avisó la descarga de una lluvia helada que los comenzó a empapar.

Preocupado, Gustaf miró a su alrededor, tomó la mano de Ágata y tiró de ella. Saltaron la valla de madera y atravesaron el prado.

—¿A dónde me llevas? —le gritó Ágata y señaló en dirección opuesta—. El pueblo está por allí.

Gustaf la ignoró y siguió corriendo con ella de la mano hasta llegar al viejo pajar de Mäkinen. Abrió el portalón y dejó que la cantante entrara primero. La siguió, cerrando tras de sí. La tomó por la cintura y la giró, empujándola contra una escalera de madera que daba a la parte alta del pajar. Sus labios se fundieron en un beso de nuevo. Ágata olía a lavanda, a hierba mojada y a agua de lluvia, su cuerpo temblaba bajo aquel abrigo, Gustaf enredó sus dedos en el corto cabello de ella. La mordía y la besaba con pasión.

El repiqueteo de la lluvia sobre el techo de madera era, junto a algún trueno lejano, lo único que se oía. Ágata gimió en sus labios en cuanto Gustaf introdujo una de sus manos bajo su ropa interior, por debajo de su falda. Ágata estaba esperando sólo que él la invadiera y la llevara al cielo con sus besos y su cuerpo. Gustaf estaba dispuesto a aquello y mucho más a su lado. En el momento en que el carpintero comenzó a deshacerse del abrigo de la cantante, la voz del ovejero sonó en la entrada.

—Vamos Clay, tráelas —dijo el viejo Mäkinen a su perro para que reuniera a las ovejas. Gustaf miró a Ágata y señaló la parte alta del pajar. La cantante asintió y subió por la escalera de mano sobre la que estaba apoyada. El carpintero miró su contoneo mientras ella se elevaba peldaño a peldaño. No pudo evitar gruñir al ver su desnudez bajo la falda, pues Gustaf tenía, desde hacía rato, su ropa interior en su poder. La siguió rauda, escondiéndose al fondo de la

pequeña estancia.

Gustaf la tumbó con cuidado y cariño sobre una montaña de paja, se quitó su abrigo y se tumbó sobre ella. Con una tranquilidad exasperante, el carpintero la besó, recreándose en la suavidad de sus labios. En aquel momento, el viejo ovejero abrió el portalón, dejando entrar al rebaño de ovejas en el cubil. La pareja se quedó quieta y en silencio, sonriéndose el uno al otro. En cuanto el viejo Mäkinen se marchó con su perro, Gustaf comenzó a desnudar a Ágata, besándola, mordiéndola, acariciando cada uno de los rincones de su cuerpo, y, sobre todo, saboreando su alma en cada segundo que pasaba a su lado.

CAPÍTULO 48

Ágata se dejó caer sobre el sofá de cuero. Aún seguía muy deprimida desde la muerte de Klara, y, aunque había pasado un mes, era muy rara la noche que no se despertaba llorando su pérdida. Aquel día, no era muy diferente al resto salvo por una cosa, era su trigésimo segundo cumpleaños y, aunque no le apetecía celebrarlo, Adda y Eric la habían convencido junto a Gustaf para salir a merendar.

Ágata suspiró y miró a Adda. Ésta sonreía dulce siguiendo con la mirada a Alex, el chico con el que salía desde la boda de Igor. La cantante se sentía algo mejor al saber que había recuperado por completo la amistad con aquella muchacha. Adda la miró y le acarició la rodilla con cariño.

—Os va muy bien —dijo Ágata señalando al novio de su amiga con la cabeza.

—Sí. Alex es un cielo de hombre. Soy muy feliz desde que estoy con él —respondió Adda dejando caer la cabeza en el hombro de la cantante—. Tenías razón, Ágata. Creo que me estoy enamorando de él como una tonta.

Ágata sonrió y le regaló un beso en la cabeza.

—Me alegra que seas feliz —murmuró.

En ese momento, Eric apareció por la puerta de la cafetería con un enorme paquete entre las manos. Ágata lo miró con una ceja en alto, siguiéndolo con la mirada, pero el muchacho la ignoró, dirigiéndose hasta la barra junto a Igor, Gustaf y Alex.

—¿Qué narices lleva Eric en las manos? —preguntó señalando al chico con gafas. Adda se incorporó y al mirarlo, resopló poniendo los ojos en blanco.

—Este tío es imbécil —dijo Chrystal cruzándose de piernas y mirando a Adda. Ésta dirigió su mirada celeste con temor hasta Ágata y levantó las manos.

—Ágata, por favor, no te enfades, le dijimos que no lo hiciera, de verdad.

—¡Cumpleaños feliz! ¡Cumpleaños feliz! —Interrumpió Eric, cantando a voz en grito, mientras se acercaba con una enorme tarta de merengue entre las manos y una vela encendida en el centro.

Ágata se levantó de un brinco hecha una furia. Pero, en cuanto el muchacho se acercó a ella entonando las últimas estrofas de su canción de cumpleaños, la cantante dirigió la mirada hacia el dulce que le ofrecía. Era una sencilla tarta casera de limón con merengue y trazas de piñones en la cobertura, su favorita. Sin poder evitarlo, Ágata sonrió ilusionada, aquella era la tarta que su madre le preparaba cuando era una niña y, desde que saliera de Trento con Marco, no recordaba haberla vuelto a probar el día de su cumpleaños.

—Vamos, pide un deseo —le dijo Eric con una sonrisa tierna.

Ágata miró a Gustaf, que observaba preocupado a su amigo, y le sonrió. Tras eso, volvió a mirar al muchacho con alegría, pues, con ese pequeño detalle le había alejado toda la tristeza de su corazón, al menos, durante unas horas. Sopló la vela sin despegar la mirada de sus amigos.

—Mi deseo se cumplió el día que os conocí a todos —dijo con una sonrisa repasando a todos sus amigos. Adda fue la primera en abrazarla, tras ella, llegaron los cálidos brazos de Gustaf. Eric dejó la tarta sobre la mesa auxiliar y comenzó a cortarla para entregar un trozo a cada uno. Ágata se sentó de nuevo en el sofá con su platillo, disfrutando del delicioso sabor a limón de aquel postre.

—Y dinos, Eric, ¿a qué pobre alma cándida has mentido para que haga esta tarta? —preguntó Igor con un tono burlesco.

—A nadie, la he preparado yo con estas manitas —respondió orgulloso mostrando las manos a todo el mundo. Ágata relamió traviesa la cuchara que tenía mirando a Gustaf con picardía. Éste se atragantó con su café y terminó por tirarlo.

—¡Joder, Gustaf! —gritó Igor levantándose en el acto, pues le había salpicado el pantalón—. ¿Qué narices te pasa? Últimamente estás muy torpe, ¿te has mirado los nervios?

Gustaf bufó mirando al techo, tras eso, sus ojos grises se clavaron en los de Ágata, sacándole una sonrisa aún más pícara a la cantante.

—Por favor, Igor, deja de quejarte —le regañó Chrystal. Le pasó una servilleta de papel para que se limpiara—. Venga, dame el regalo para Ágata, que después de la tarta es el momento de abrirlos.

—¿Qué regalo? —preguntó serio y con una ceja en alto.

—Pues, el que dejé en la mesa de la cocina —respondió su esposa con los ojos abiertos y el rostro desencajado. Igor se rascó la cabeza y se encogió de hombros—. El que tenía un lazo rojo y que te dije, claramente, que traieras.

—Ah... ese regalo —respondió sonriendo azorado—. Pues... lo olvidé.

Ágata rio, soltando en cada carcajada la tristeza y la pena en la que llevaba sumida tanto tiempo. Dio las gracias en silencio a Adda por convencerla de salir aquella tarde a merendar con todos sus amigos.

—Bueno, ya te lo darán. Vamos —dijo su amiga sacando una caja blanca de su enorme bolso y se la tendió—. Abre el mío.

Ágata dejó el plato con el resto de su tarta en la mesa, se limpió las manos y quitó el lazo verde a la caja, levantó la tapa y sacó de ella una preciosa bufanda hecha a mano, en tonos verde

aguamarina, con un valknut tejido en negro en uno de sus extremos..

—Puf, prepárate para recibir más de una bufanda por tu cumpleaños, creo que es lo único que mi hermanita sabe tejer —se rio Igor, ahora sentado de nuevo. Adda bufó y le sacó la lengua.

—Es preciosa —dijo la cantante abrazando a su amiga—. Muchas gracias.

Tras eso, Eric se limpió las manos y le tendió una pequeña cajita a la cantante.

—Ahora abre el mío, vamos —sonrió mostrando todos sus dientes.

Ágata tomó la pequeña cajita roja y la abrió. Tragó saliva en aquel momento al descubrir lo que contenía. Una preciosa púa de nácar blanca con una margarita pintada en el centro. La cantante sonrió y le regaló un beso al hombre en la comisura de los labios.

—Gracias, Eric. Es un detalle precioso.

En ese momento, Gustaf se levantó de su asiento y le tendió una mano a la cantante, ésta la aceptó. Sus ojos conectaron con los grises del carpintero y, sin saber por qué, sus manos comenzaron a temblar. Gustaf sonrió y la abrazó, regalándole un beso tierno delante de todos sus amigos. Tras eso, Gustaf sacó un sobre del bolsillo trasero de su pantalón y se lo tendió a Ágata. Ésta lo abrió y sacó un panfleto con la reserva para dos noches en el hotel *Golden Crown-Levin Iglut*, un precioso hotel en la Laponia finlandesa cuyas habitaciones son iglús de cristal, fabricados en medio de una llanura, dispuestos para poder ver la aurora boreal. Ágata se quedó sorprendida por el regalo, pues la fecha de la reserva estaba confirmada para el día siguiente.

—Gustaf, esto... —tartamudeó levantando la mirada al carpintero—. Debe haberte costado una fortuna, es temporada alta y es difícilísimo hacer una reserva en ese...

Gustaf la calló con un beso, ciñendo sus grandes manos a la cintura de la cantante y atrayéndola hasta su cuerpo cálido. Ágata se perdió en su abrazo.

Ágata se recostó sobre la cama, observando en silencio los haces de luz verde que bailaban al otro lado de la bóveda de cristal. La habitación que Gustaf había reservado era de las más alejadas de todo el complejo hotelero. El iglú más próximo estaba a más de cincuenta metros, por lo que Ágata sentía que estaban solos en la inmensidad de aquel lugar. Se recostó sobre el pecho de Gustaf en cuanto éste se acomodó a su lado.

La pareja se quedó allí, en silencio, durante más de una hora, observando el vaivén de las auroras boreales que pintaban de verde y violeta el estrellado cielo del norte. Cuando los ojos de la cantante comenzaron a cerrarse, Gustaf le acarició con ternura para despertarla. Ágata zarandeó la cabeza y se incorporó, molesta.

—Es tarde, vamos a dormir —dijo desperezándose. Gustaf negó con la cabeza y le entregó un sobre cerrado y un ramillete de lavanda. Ágata sonrió cansada, lo cogió y le regaló un beso en los labios—. Tengo sueño, ¿no puede esperar a mañana?

Gustaf negó de nuevo y frunció el ceño. Ágata suspiró y abrió con cuidado el sobre, sacando

de ella una carta manuscrita y una llave. Miró con una ceja en alto a Gustaf unos segundos antes de leerla.

Ágata, eres la voz que llena mis silencios, lo que necesito, lo que merezco.

En estos meses he caído a tus pies: rendido, enamorado. Tu ausencia me duele y tu tristeza me mata. Ver tu sonrisa me da vida, sentir tus besos sobre mi cuerpo me da la fuerza que me falta. El mejor momento del día es cuando despiertas a mi lado, es sentir tu aliento sobre mis labios cuando duermes entre mis brazos. No quiero ni deseo alejarme un segundo de ti.

Por eso, con esta carta, quiero pedirte que despiertes todas las mañanas conmigo, que duermas todas las noches a mi lado. Ágata, quiero ser uno contigo el resto de mi vida. Por favor, hazme el hombre más feliz del mundo compartiendo tu vida conmigo.

Tuyo desde el amanecer y para siempre.

El corazón de la cantante se paró, sus pulmones dejaron de tomar aire y su boca se secó. Una lágrima rebelde comenzó a surcar su mejilla izquierda. Miró con tristeza la llave que había sacado del sobre y reconoció en aquel instante la cerradura que abría.

—¿Quieres que viva contigo? —preguntó casi en un murmullo mirando a Gustaf a los ojos. Por respuesta, el carpintero sonrió y tomó una de sus manos, llevándosela hasta su pecho. Ágata podía sentir el latir fuerte de su corazón. Tragó saliva y tomó aire antes de hablar.

—Gustaf —balbuceó insegura, tras eso, resopló—. No puedo vivir contigo—. Los ojos de Gustaf se entristecieron, sus hombros cayeron y desvió su mirada hacia su regazo. Ágata acunó su rostro con sus manos y le dio un beso tierno—. Gustaf, yo... ésto sólo se lo he dicho a un hombre en mi vida, y... —Ágata resopló y se llevó una mano hasta la sien. Esperó unos segundos y zarandó la cabeza; sonrió volviendo a mirar a los ojos del carpintero—. No puedo seguir negando lo que siento por ti. Te amo. —Gustaf sonrió y, de un movimiento rápido se lanzó sobre ella, tumbándola en la cama y besándola con una pasión desmedida. Tras un rato de besos, Ágata se separó de sus labios y siguió hablando—: Estoy enamorada de ti y quiero compartir mi vida contigo, Gustaf. Pero quiero hacerlo bien.

Ágata se incorporó, sentándose de nuevo frente a Gustaf. Sentía su corazón rebosante de alegría, pues, después de muchos años, por primera vez, se sentía viva de nuevo. Tomó las manos de Gustaf y suspiró.

—Mi relación con Marco fue maravillosa pero carente de sentido. Nos casamos sin pensar y sin conocernos. Con el tiempo, aunque nos amamos sin medida, nuestra relación se fue marchitando. —Gustaf desvió la mirada hacia la bóveda de cristal y suspiró. Ágata le agarró el mentón con dulzura y lo obligó a mirarla de nuevo. Le regaló una sonrisa y se abrazó a su cuello, besándolo con suavidad—. No quiero repetir los errores del pasado. No contigo, Gustaf. Mereces lo mejor que puedo darte. Y estoy dispuesta a darte mi música y mis silencios, mis miedos y mis alegrías. Te daré todo porque te quiero con toda mi alma. —. Gustaf levantó una ceja confuso—. Pero, dame un poco más de tiempo, hay algo que aún no sabes de mí y que, cuando esté lista, te mostraré. Si cuando conozcas todos mis recovecos, aún deseas que viva contigo, te prometo que me trasladaré en ese momento. ¿De acuerdo? Gustaf asintió con una sonrisa antes de capturar sus

labios con los suyos en un beso sin final. Aquella noche, el carpintero se durmió en los brazos de la cantante arropado por el sonido de aquellas dos palabras que Ágata no podía dejar de repetir mientras hacían el amor.

—Te amo.

CAPÍTULO 49

Las semanas se sucedían, dando paso a diciembre, y con él, los adornos y el ambiente navideño. Aunque extrañaba a Klara, Ágata había vuelto a hacer, poco a poco, su vida normal. Aún le costaba sonreír, y lloraba de vez en cuando al recordarla, pero, al menos, había dejado de despertarse por las noches con el corazón en un puño.

La cantante se terminó de secar el pelo y entró en su habitación, se vistió con unos preciosos vaqueros, unas botas para la nieve y un enorme jersey de lana blanco. Se peinó con las manos, y se sentó en la orilla de la cama con su joyero de plata. Encajó el valknut que llevaba al cuello y sacó un par de fotos que guardaba de Klara, así como sus cartas. Suspiró al ver los ojos negros de Klara observarle tras una radiante sonrisa. Tragó saliva y dejó la foto en la cama, repasando así otros momentos pasados que no volverían. Sentía una lágrima recorrerle la mejilla cuando su puerta se abrió de par en par, dando paso al rostro serio de Artur.

—Perdona, Adda está aquí.

Ágata guardó sus recuerdos y cerró el joyero, se levantó y lo dejó de nuevo en su sitio.

—Dile que entre —pidió forzando una sonrisa.

Sin que al cura le diera tiempo a apartarse, Adda entró a trompicones lanzándose a sus brazos. Ágata abrió los ojos y, tras unos instantes en los que no supo reaccionar, se pudo dar cuenta que su amiga estaba llorando desconsolada. Artur se encogió de hombros y cerró la puerta, dejando a las dos amigas solas.

Ágata acunó en silencio a Adda hasta que ésta se calmó.

—Vamos, siéntate y cuéntame qué ha pasado.

Adda se secó las lágrimas con el dorso de la mano y aspiró con fuerza. El labio inferior le temblaba con violencia, tenía los ojos hinchados y la nariz roja.

—Pues, es que... —balbuceó tratando de no llorar de nuevo. Ágata le acarició el pelo.

—Tranquila, ¿ha sido Alex? —preguntó, tal vez, más seria de lo que pretendía en realidad. Sabía que la chica estaba muy ilusionada con aquella relación y verla tan destrozada sólo podía significar una cosa. Adda asintió justo antes de romper a llorar de nuevo.

—Me ha dejado —gimoteó—. Me dijo que lo nuestro no estaba funcionando. Que... Que... —Ágata la abrazó y siseó para que se calmase.

—Vamos —susurró a su oído.

Adda le contó a Ágata que Alex la había dejado porque la veía como a una niña infantil, incapaz de madurar y mantener una relación adulta. La chica lloraba a moco tendido abrazándose a ella cada dos por tres. Ágata sintió el corazón encogerse al verla tan desolada, aunque, en parte sabía que Alex podría tener razón, pues Adda era muy inmadura para algunas cosas, creía injusto todo lo que aquel muchacho le estaba haciendo pasar a su amiga. La consoló todo cuanto pudo durante más de una hora.

—¿Qué hago ahora? —preguntó la chica aún con el rostro congestionado por el llanto.

—No lo sé —respondió en un murmullo la cantante encogiéndose de hombros. Ella no sabía lo que se sentía cuando alguien te dejaba de aquella manera, pues, para su suerte, había sido ella la que había dejado a Marco y luego a Billy.

En ese momento, el padre Artur dio unos toques a la puerta y luego entreabrió para poder asomar su cabeza.

—Adda, la procesión empezará en unos minutos. ¿Estás lista?

—¡No! Yo... —respondió en un grito histérico levantándose de la orilla de la cama y comenzando a deambular nerviosa por la habitación.

Ágata chasqueó la lengua y la siguió, acariciándole la espalda.

—Estará lista, danos unos minutos —le respondió al cura mientras, con ternura, miraba a su amiga a los ojos. Adda negó en un murmullo silencioso.

El padre Artur asintió y cerró la puerta, dejando a las amigas de nuevo solas.

—¡¿Estás loca?! ¡No puedo salir! Estoy hecha un desastre, Alex me ha dejado... Y yo.... —Adda se llevó las manos a la cabeza y se sentó de nuevo en la cama, balanceándose y rompiendo a llorar—. No quiero hacerlo, por favor... —rogó—. No quiero salir.

Ágata tomó aire, tratando de serenarse. Cuando su amiga se ponía así, no podía hacer otra cosa que no fuera darle la razón a Alex. Se sentó a su lado.

—¿Y qué vas a hacer? Has sido elegida por el alcalde para encabezar la procesión de *Santa Lucía*. Comenzará en un rato y, ¿dejarás a todo el pueblo sin su procesión, sólo porque estás enfadada con Alex?

Ágata no solía ser cruel, pero sabía que si Adda veía la realidad, cambiaría de parecer. Su amiga era inmadura e infantil, pero también responsable. Estaba segura que conseguiría hacerla cambiar de parecer. Adda suspiró y se mordió con saña el labio inferior durante unos instantes. Luego, levantó la cabeza y miró su reflejo en el espejo de pie que la cantante tenía, para, acto seguido, mirar la bolsa de deporte que había dejado tirada en un rincón.

—Tú y yo tenemos la misma talla —Ágata levantó una ceja incrédula al recibir la mirada de Adda—. Ve tú. Encabeza la procesión por mí.

—¿Qué? ¿Me estás vacilando? —respondió la cantante mirándola exasperada. —Por favor, nadie se dará cuenta.

—Adda, somos muy diferentes, usamos tallas distintas y, si lo hago, le estarás dando la razón a Alex, ¿es que no lo ves? —respondió con las manos extendidas.

En el momento en que la cantante pronunció el nombre del muchacho, el rostro de Adda se endureció. Ágata parpadeó, sintiendo que aquello la había hecho reaccionar, si algo tenía Adda era orgullo, y parecía que la cantante había tocado la tecla clave para convencerla.

—Tienes razón —respondió tras unos instantes de silencio—. No pienso darle la razón a ese imbécil —escupió poniéndose en pie y buscando la ropa para la ceremonia dentro de su bolsa—. No soy una niña inmadura que sale corriendo cuando un tío la deja.

—¡Esa es la actitud! —respondió Ágata tratando de forzar una sonrisa, aunque sabía que su expresión era de total asombro ante el repentino cambio de parecer de su amiga. Adda sacó la larga túnica blanca y la bufanda roja que debía llevar, pero en cuanto se quitó el jersey se quedó en silencio, seria, mirando la nada. Ágata se acercó y la abrazó por la espalda, regalándole un beso en la cabeza.

—Todo saldrá bien, yo te seguiré todo el camino, ¿de acuerdo? No estás sola —susurró abrazándola con cariño.

La procesión salía desde la iglesia, aproximadamente, a las diez de la noche, tras eso, pasaba por todo el pueblo, parándose, de vez en cuando, para recitar unos cantos. A media noche todos volvían a la iglesia, entonando allí la última de todas las canciones dedicadas a *Santa Lucía*, y dando comienzo una misa en la que Ágata tocaría el piano.

Adda llevaba una preciosa toga blanca, típica de la procesión, con una bufanda roja que llegaba hasta el suelo, un abrigo de piel de cordero marrón y una preciosa corona de velas, iluminando las calles, junto a las pequeñas velas que llevaban el resto de la comitiva y algunos asistentes a la procesión.

Los ojos de Adda estaban hinchados y aún rojos, así como su rostro congestionado. Y, aunque Ágata había tratado de maquillarla para que no se notara que había llorado, no pudo ocultárselo a su hermano cuando éste se puso a su lado.

—¿Mi hermana ha llorado? —le preguntó casi al oído, tratando de que nadie lo oyera.

—Alex la ha dejado —susurró Ágata. En cuanto sus ojos se cruzaron con los de Igor. Ésta pudo notar cómo se le tensaba la mandíbula y le chirriaban los dientes por la rabia. Aquello le hizo sonreír, sentía que Adda tenía mucha suerte con su hermano mayor. En el momento en que la comitiva avanzó, la cantante se zafó de Igor y Chrystal, y se fue abriendo paso entre la gente, siempre buscando la mirada de Adda. Pues, en cuanto la muchacha parecía perderla de vista, su rostro se tornaba serio y sus ojos se abrían preocupados. Cuando sus miradas se cruzaban, Ágata le sonreía y aquello parecía calmar a la muchacha. Algo le decía que Adda temía encontrarse con Alex, y si aquello sucedía, ella estaría allí para apoyarla y darle ánimos.

Tras más de una hora de caminata, las manos de Gustaf se posaron en su cintura, y sus labios dulces le regalaron un beso en la curva de su cuello. Ágata sonrió y buscó besarlo, sin importarle quién pudiera verlos.

—Te he echado de menos —susurró a sus labios. Por respuesta, el carpintero tomó su mano

derecha y le dio un beso en el dorso. En ese momento, la procesión avanzó unos metros, y los ojos tristes de Adda se cruzaron, apenas un instante, con los de Ágata, recordándole que esa noche, era su amiga quien necesitaba su atención y no el hombre que tenía frente a ella—. Tengo que ir con Adda, luego nos vemos.

Gustaf torció la boca y la agarró, evitando que se zafara de él. Negó con la cabeza y le regaló otro beso, reclamándola y haciendo que Ágata se derritiera entre sus brazos. Un escalofrío caliente recorrió su columna y se alojó en su bajo vientre. Sonrió y respondió a su beso, pero en cuanto notó que la procesión seguía avanzando, se zafó de él sin miramientos.

—Prometo compensarte esta noche —le dijo pícara con una sonrisa antes de lanzarle un beso al aire. Gustaf le regaló media sonrisa sexi que encantaba a Ágata.

La cantante siguió hasta llegar de nuevo a la capilla, siempre cerca de su amiga. Por suerte para Adda, Alex no se había dejado ver, cosa que agradeció en silencio, pues no estaba segura de cómo su amiga reaccionaría al verlo. Estaba muy afectada y sabía que era como una bomba de relojería a la espera de detonar.

La comitiva entró en la capilla seguida por Artur, Ágata y el resto de asistentes que deseaban oír la misa. Una homilía diferente, pero sencilla y bonita. Era la primera vez que Artur celebraba la tradición sueca de *Santa Lucía* en aquel pueblo, y Ágata esperaba que no fuera la última que ella viviera allí. Pues se sentía en casa desde que había vuelto. Se acercó con disimulo de no ser vista hasta el piano, le regaló una sonrisa a Adda, y cuando le tocó el turno, comenzó a tocar la suave melodía de *Santa Lucía*, una canción que conocía de memoria la cantante por tocarse también en Italia, y que siempre entonaba junto a Marco todos los trece de diciembre, como también decía la tradición italiana.

Fue a la salida de la misa cuando todos los amigos se reunieron, a excepción de Adda, que había entrado al dormitorio de la cantante para cambiarse.

—Ha sido una canción preciosa —dijo Eric sonriendo a Ágata. La cantante asintió con la cabeza.

—El próximo año podrías tocarla tú.

—¿Yo? ¿Vas a enseñarme a tocar el piano? Eso significa más horas juntos y solitos —respondió el muchacho levantando las cejas y sonriéndole pícaro a Gustaf. Ágata sonrió y buscó el abrazo del carpintero. Sabía cuánto adoraba Eric incordiar a Gustaf con respecto a las horas que pasaban solos en las clases de guitarra.

—Ágata. —La reclamó Igor serio—. ¿Qué ha pasado con mi hermana? ¿Qué significa que Alex la ha dejado?

La cantante torció el gesto y dejó caer los hombros.

—Significa que ya no estamos juntos —respondió la voz de Adda seria tras su hermano. Éste se giró y la miró sin apenas expresión en el rostro. Chrystal se acercó a ella y la abrazó:

—¿Estás bien, tesoro? —preguntó. Adda asintió y sonrió triste a Ágata—. Sé que te gustaba mucho, pero... Mira, si no era para ti, es mejor así.

—Quiero irme a casa —respondió en un murmullo.

—Te acompañaremos. —Se ofreció Igor colocándole una mano a su hermana en el hombro. Ágata torció el gesto al ver lo agobiada que comenzaba a mostrarse Adda con las atenciones de su cuñada y la mirada seria, casi de reproche, de Igor. Al cruzar sus ojos con los azules de su amiga, la cantante reconoció el ruego de Adda.

—Igor, es tarde —comenzó Ágata, acercándose a Adda—. Tenéis que conducir hasta casa, Gustaf y yo la acompañaremos.

Adda se zafó de Chrystal y se agarró al brazo de Ágata con una sonrisa.

—Gracias.

Tras más de media hora de conversación, Adda pudo convencer a Igor de volver con Ágata y Gustaf. Chrystal, Igor y Eric se despidieron y se marcharon. Emprendiendo así la pareja el camino a casa de Adda en mitad de una noche fría y estrellada. Al llegar, Ágata se percató de que la casa tenía las luces apagadas. Torció el gesto mirando a Gustaf, pero, en el momento en que Adda abrió la puerta, Ágata la frenó.

—Adda, ¿dónde están tus padres? —preguntó mirando la oscuridad que se cernía tras la puerta y la muchacha. La chica se encogió de hombros y desvió la mirada a la punta de sus botas para la nieve.

—En casa de unos familiares.

—¿Estás sola en casa? —preguntó mirando preocupada a Gustaf. La chica asintió. Su amiga acababa de pasar por una ruptura, y, por lo que le había contado, había sido muy desagradable. Suspiró y apretó la mano de Gustaf con cariño—. Gustaf, ¿te importa si me quedo esta noche con Adda?

Gustaf frunció el ceño y torció la boca en señal de disgusto. Hizo presión en la mano de Ágata para tratar de convencerla sin que Adda lo viera, pero Ágata sonrió.

—No es necesario —dijo azorada la chica encogiéndose sobre sí misma.

—Claro que es necesario, las amigas estamos para estas cosas, ¿recuerdas? —dijo Ágata alegre—. Vamos, prepara un chocolate caliente y enciende la estufa, en unos minutos voy yo.

Adda asintió sin poder esconder una sonrisa y se adentró en la casa, encendiendo las luces de allí por donde pasaba. Ágata suspiró y se plantó en el umbral de la entrada, frente por frente de Gustaf. Lo miró unos instantes, el carpintero la observaba triste y con los labios apretados formando una fina línea.

—¿Estás enfadado? —preguntó coqueta abrazándolo por el cuello. El carpintero la asió por la cintura. Torció la cabeza, pensativo antes de asentir con una expresión exagerada de fastidio—. Vamos, no seas crío. La acaban de dejar y está sola en casa, ahora necesita una amiga.

Como respuesta, Gustaf se señaló a sí mismo con una sonrisa traviesa, y, acto seguido, clavó las uñas de las dos manos en el trasero de Ágata, apretándola contra su cuerpo. La besó pícaro, invadiendo su boca con premura y ansiedad. La cantante se derritió en sus brazos, dejando que sus labios y sus manos hicieran con ella lo que él quería. Tras unos deliciosos minutos, cuando sentía la erección de Gustaf bajo su pantalón, la voz de Adda los asustó.

—¿Quieres chocolate amargo o con menta? —gritó la muchacha desde la cocina, haciendo que

Ágata se separarse a regañadientes de Gustaf.

—Tengo que marcharme —le susurró a Gustaf a los labios acariciándole el mentón y regalándole un último beso en la punta de la nariz—. Mañana te compensaré por esto, te lo prometo.

Tras cerrar la puerta y con una sonrisa, Ágata se encaminó a la cocina en busca de su amiga.

CAPÍTULO 50

Adda apenas se había separado de Ágata. Aunque su amiga estaba mejor con respecto a su ruptura, no quería estar sola ni un segundo, de manera que pasaba a buscarla al salir de su trabajo. Ágata la acompañaba hasta su casa y, al menos dos noches más, se había quedado a dormir con ella. Aquel lunes, a sólo cuatro días de nochebuena, la cantante había aprovechado para escaparse de su amiga y visitar a Gustaf, pues, apenas lo había visto desde la noche de Santa Lucía. Pronto llegaría navidad y no habían acordado si celebrarlo juntos o no. Por lo que Ágata, aprovechando que había terminado las clases con los chicos del coro de la iglesia, se acercó al taller.

Entró tratando de no hacer ruido. Gustaf estaba trabajando sobre su mesa, tallando lo que parecía una filigrana para un mueble, tenía puestos unos pequeños auriculares y traqueteaba el pie derecho al son de la música. Ágata sonrió y se acercó a él desde atrás, posando las manos en sus pectorales y dejando la cabeza apoyada en su espalda. Gustaf suspiró bajo su abrazo y comenzó a girarse, la cantante se separó de él para darle espacio, pero en el momento en que sus ojos conectaron, éste la asió por la cintura y le regaló un beso. Ágata se dejó manejar hasta terminar encima de la mesa de trabajo de Gustaf con la camisa a medio desabrochar.

—¿Me has echado de menos? —susurró en sus labios con una sonrisa. Gustaf asintió y capturó su labio inferior con sus dientes. Ágata lo besó de nuevo y se agarró a su cuello, tras eso, el carpintero la elevó y la llevó hasta el salón, soltándola en la alfombra, justo bajo su cuerpo. La sesión de caricias y besos, comenzaba a acompañarse de gruñidos y jadeos. La ropa caía prenda a prenda por el suelo. Las manos de Gustaf le acariciaban los costados y los muslos, mientras las de Ágata luchaban con el botón de su vaquero. En el momento en que pudo desabotonar el pantalón, unos golpes sacaban a Gustaf un gruñido molesto.

—Gustaf, soy Adda, ¿está Ágata aquí? —La voz de la muchacha llegaba amortiguada desde la entrada, seguida por tres golpes más sobre la madera de la puerta.

El carpintero la ignoró e interceptó la boca de Ágata cuando ésta quiso incorporarse. La cantante dejó que la invadiera, olvidándose que su amiga seguía tras la puerta. Pero, en cuanto los golpes volvieron a sonar, Ágata empujó a Gustaf hasta conseguir separarse de él. Éste resopló, cogiendo su camisa y mirándola enfadado.

—No seas crío —susurró Ágata gateando hasta dar con su jersey. Tras sacarlo de debajo del sofá, miró al carpintero y señaló la puerta de entrada—. La han dejado hace una semana, es normal que no quiera estar sola.

Gustaf puso los ojos en blanco y se levantó, acercándose a la puerta con la camisa en la mano. Ágata lo miró incrédula, pues no creía que fuera a abrir la puerta a medio vestir. Antes de girar el pomo, Gustaf le regaló una mirada descarada, levantando una ceja y dibujando una sonrisa torcida bajo su barba. Ágata se puso el jersey, se levantó y trató de acercarse a él, para evitar que Adda lo viera medio desnudo. Pero, antes de poder llegar, el carpintero abrió la puerta y miró a Adda con las cejas en alto. Ágata se paró y escondió la cara entre las manos, avergonzada por el comportamiento infantil de Gustaf.

—Eh... ¿está Ágata? —preguntó Adda azorada sin saber bien dónde mirar. Ágata empujó a Gustaf, colocándose ella delante de su amiga.

—¡Ve a vestirme! —le dijo señalando la escalera que daba a la habitación del carpintero y sentía cómo el calor de la vergüenza le recorría cada esquina de su cuerpo. Gustaf se alejó por las escaleras con malos humos mientras se ponía la camisa. Ágata suspiró y forzó una sonrisa—. Siento la escena. Gustaf y yo...

Adda, que había seguido con descaro cómo Gustaf se marchaba molesto, sonrió y se balanceó sobre sus talones.

—Tranquila, no pasa nada. Sois novios, es normal que vosotros... —Adda desvió la mirada nerviosa—. Ya sabes.

—¿Querías algo? —preguntó Ágata tratando de cambiar el tema. Bastante bochornoso era el espectáculo que Gustaf había montado, como para encima, tener que seguir hablando de lo que iban a hacer.

—Sí, bueno... —balbuceó la chica—. La tarde está soleada, y aprovechando que no tenías que trabajar, había pensado dar un paseo. ¿Quieres venir?

Ágata dejó caer los hombros, se olía que su amiga había ido a buscarla para pasar la tarde, como todas desde que discutiera con Alex, pero, en el fondo creía que, tras ver a Gustaf enfadado y de aquella guisa, la chica comprendería que necesitaba estar a solas con su pareja. Por desgracia para Gustaf y para ella misma, no parecía haberse dado cuenta.

Ágata sonrió cuando Elías entró en la casa del cura con un enorme pastel, seguido por su hija, su yerno y el pequeño bebé que hacía poco habían tenido. Aunque hacía un mes que él e Ingrid habían formalizado la relación y se lo habían dicho a la hija del pastelero, la noche del veinticuatro de diciembre, sería la primera vez que ambas familias cenarían juntas. El padre Artur había ofrecido su casa para que así, ni él ni Ágata tampoco pasaran sus primeras navidades solos.

La cantante tomó el enorme pastel entre sus manos y se acercó a la cocina, donde Gustaf la esperaba serio, apoyado contra la encimera de la cocina. Frida cacareaba por medio de sus pies, pero, al entrar Ágata, ésta revoloteó y aprovechó para salir hasta el salón con el resto de asistentes a la cena. El carpintero la miró de soslayo sin salir de su ensimismamiento.

—¿Estás bien? —preguntó Ágata tras guardar el dulce en la nevera. Gustaf se encogió de

hombros y ésta a él, abrazándolo con ternura—. Vamos, dale una oportunidad —susurró tirando de él hasta llevarlo al pasillo desde donde podían ver cómo Ingrid cogía al nieto de Elías y le hacía gorgoritos junto al pastelero—. Mírala. Es feliz, ¿no te alegra?

El carpintero observó durante unos segundos la escena con atención, tras eso, abrazó a Ágata y le regaló un beso en la sien, dibujando una sonrisa tímida bajo su barba. Señaló a Ágata con el índice, luego, a sí mismo y, por último, sus manos dibujaron una de las palabras que Ágata había aprendido, sacándole una sonrisa a la cantante.

—Sí, Gustaf. Algún día formaremos una familia —susurró la cantante acercándose a sus labios.

La cena siguió sin sobresaltos, a excepción de las tres veces que Frida había saltado a la mesa para picotear el pan y la cena de Artur. El reverendo trató de espantarla, pero el animal seguía tratando de acercarse a él, hasta que, una vez terminada la cena, el hombre terminó por recoger al animal y colocarlo en su regazo. La hija de Elías y su marido se marcharon pronto, pues el pequeño estaba cansado y necesitaba dormir.

—Y, ¿vais a hacer algo esta noche? —preguntó Ingrid removiendo su *cappuccino*. Se sentó al lado de Elías que le sonrió con ternura. Gustaf se encogió de hombros.

—No habíamos pensado nada —Ágata se recostó sobre el pecho de Gustaf, que la recibió acariciándole la cabeza. La madre del carpintero los miró orgullosa y feliz.

En ese momento, la puerta sonaba y el ruido de las voces desafinadas de Igor y Eric les llegó amortiguadas.

Ágata se levantó y los dejó pasar, los amigos entraron cargado con dos bolsas de regalos, cantando *Adeste Fideles*, con el rostro congestionado por el alcohol. Tras ellos, Adda entraba avergonzada y Chrystal, enfadada por el comportamiento de su marido.

—¡Feliz Navidad, Bella Julieta! —gritó a pleno pulmón Eric soltando soltaba las bolsas en la mesa del salón y se acercaba a ella, envolviéndola en un efusivo abrazo. Sin que la cantante le diera tiempo a reaccionar, el muchacho le regaló un beso rápido en los labios, luego se acercó a Ingrid, tambaleante—. Tranquila, señora Tystnad, no se ponga celosa —dijo arrastrando las palabras con una sonrisa pícara, luego se sentó a su lado y acunó su rostro con las manos, besándola en la comisura de los labios—. Para usted también hay beso.

La mujer abrió los ojos y abofeteó al muchacho, haciendo que cayera al suelo, pues apenas podía mantenerse en pie. Tras eso, Ingrid se llevó una mano a los labios asustada.

—¿Te has hecho daño? —preguntó arrepintiéndose de haber golpeado tan fuerte al muchacho.

—No, no —dijo tratando de ponerse en pie, pero, al ver que no lo conseguía, se acomodó en el suelo y sonrió ebrio—. Aquí se está estupendamente, ¿no creen? ¡Vamos, Igor, siéntate!

Igor lo siguió a pesar de los quejidos de su mujer y se sentó en el suelo con su amigo. Se quitó el abrigo con bastante dificultad.

Tras aclarar que la pareja había estado bebiendo desde las seis de la tarde, y recibir una reprimenda por parte de Ingrid, Artur y Chrystal, ambos amigos comenzaron a rebuscar entre las bolsas que traían con ellos.

—¡Vamos! No sean tan aguafiestas, es Navidad y ¡Es la hora de abrir los regalos! —dijo Igor con una sonrisa y los ojos casi cerrados—. El primero es para... —Durante unos segundos trató de fijar la vista en el pequeño nombre que había anotado en la etiqueta de la cajita. Se acercó a Eric—. Tío, ¿qué narices pone aquí?

—Eh... —Eric se ajustó las gafas—. Adda. No. Ágata. No, espera, espera. Adda, pone Adda. —Tras eso, miró bien el regalo y se lo arrebató—. ¡Pero este es el mío! El tuyo está en esa bolsa. Vamos, Addita, preciosa, te voy a dar mi regalo de Navidad.

Eric le tendió una mano, y en cuanto la chica la tomó, éste tiró fuerte de ella, haciendo que cayera en su regazo. La chica sonrió y Eric le regaló un beso rápido.

—¡Eric! —Rió la chica avergonzada.

—¿Qué? Eres una de las chicas más guapas y la única solterita. Ahora que tu hermano está borracho puedo besarte sin que me arranque una oreja, como a Jan.

—¡Eh! —respondió Igor molesto—. No le arranqué la oreja. Pero porque salió huyendo, el muy cobarde.

Todos rieron a carcajadas. Adda, sin levantarse del regazo de Eric, abrió la cajita que éste le había entregado bajo la mirada atenta del muchacho. Ágata, que se había sentado en el sofá al lado de Gustaf, miró con picardía a Chrystal, quien asintió con una sonrisa socarrona. Sin palabras, las dos amigas se comunicaban como sólo las chicas saben hacer. Adda se quedó asombrada al ver el colgante que Eric le había regalado.

—Eric, es...

—¿Te gusta? —preguntó el muchacho sonriéndole—. Vamos, te lo voy a poner —dijo quitándole el colgante y colocandoselo al cuello. El diseño era una media luna invertida de plata con una cadena muy fina y elegante.

En cuanto Adda acarició la media luna, le sonrió a Eric y le regaló un beso tierno en la mejilla, mirando de reojo a Gustaf y Ágata.

—Es muy bonito, muchas gracias.

Tras aquello, todos fueron abriendo sus regalos, uno tras otro, hasta que sólo quedaron dos personas por entregar sus regalos.

—Gustaf, Ágata, quedáis vosotros —dijo Igor abrazado a su esposa que lo miraba embelesada y agradecida por el precioso bolso de diseño que le había regalado.

—Sí, eso, eso. ¡Yo quiero mi regalo! —respondió Chrystal con efusividad.

La pareja asintió y cada cual fue a buscar los regalos que tenían, una en su dormitorio y el otro en el coche.

Ágata entregó a Chrystal e Igor un disco de vinilo con la canción que les había regalado en su boda. Eric le había ayudado a tocarla de nuevo en la capilla y grabarla en un cd, para que un viejo conocido de la cantante lo pudiera remasterizar y pasar al viejo formato; Gustaf le regaló a la pareja una talla en madera con varios símbolos nórdicos del amor. A Adda, la cantante le regaló un vestido que tenía antojado desde hacía mucho. La chica se abrazó fuerte a su amiga y le regaló un beso. Gustaf, en cambio, le regaló un precioso joyero de madera con un bonito

corazón de nácar en el centro. La muchacha le dio un beso y un abrazo en cuanto abrió su regalo. A Eric, Gustaf le entregó un juego de libros que el muchacho tenía pendiente por leer, cosa que agradeció con una sonrisa.

Ágata se levantó de nuevo, saliendo del salón y volviendo unos instantes después con la funda de cuero de su vieja guitarra en las manos. Miró a Eric con una sonrisa nostálgica en los labios.

—Eric, éste es mi regalo. Cuídalo por mí, ¿vale? —Ágata sacó la vieja guitarra de Marco y se la tendió al muchacho que tragó saliva al verla.

—No puedo aceptarla, era de...

—Marco se fue y ésta guitarra reclama unas manos que la hagan sonar de nuevo. Por favor, Eric, quiero que la tengas tú —dijo sintiendo cómo una lágrima caía por su mejilla. Tomar aquella decisión le había costado mucho, pero en aquel momento, supo que era lo correcto.

—Gracias —dijo Eric abrazándose a ella.

—Gracias por estar a mi lado, Eric —susurró a su oído sin que nadie más que él, pudiera oírla.

Tras eso, Ágata se sentó de nuevo al lado de Gustaf, y le tendió una caja que llevaba guardada en el fondo de su armario desde septiembre. En cuanto el carpintero la abrió, sus ojos se abrieron ante un precioso reloj. Miró sorprendido a la cantante.

—¿Te gusta? —Gustaf asintió y le regaló un beso en la frente—. Dale la vuelta, tiene una inscripción.

El carpintero hizo lo que le pidió y tragó saliva al leer lo que la muchacha le había escrito sólo para él.

Tuya desde el amanecer, ahora y siempre.

Una vez que el carpintero se puso el reloj, se fundió en un beso apasionado con ella. Sin importarle estar siendo observado por sus amigos, su madre, Elías y el padre Artur. Ágata se separó de él sonrojada.

—¿Y el mío? —preguntó con una sonrisa. El carpintero sonrió mostrando todos sus dientes blancos bajo su barba castaña. Se levantó para volver unos instantes después al salón con una enorme funda de cuero negro.

Ágata sintió cómo el corazón se le paraba en ese momento, pues la forma de aquella funda sólo podía ser de un instrumento muy concreto. Llevó las manos temblorosas hasta los cierres y los abrió. Descubriendo un precioso violonchelo hecho por él mismo. La cantante lo miró con lágrimas en los ojos.

—Gustaf... —Sin poder contener el llanto, la cantante se lanzó a sus brazos, buscando desesperada sus labios. Ágata lo besó con anhelo, aquel era el regalo más bonito que nadie le había hecho en su vida—. Te amo.

Tras separarse de él, el padre Artur fue quien habló primero:

—Vamos, Ágata, ¿por qué no tocas algo?

Ágata se secó el reguero de lágrimas y tomó el chelo nuevo, olía a madera y barniz, su peso y tamaño era perfecto para sus manos y su cuerpo. La cantante tomó una silla y se colocó el instrumento entre las piernas, acarició las cuerdas con nostalgia. Sentía su corazón palpar fuerte en su pecho. Tragó saliva y con la mano derecha tomó el arco que Eric le tendía. Se humedeció los labios y miró a Gustaf, que le lanzó un beso desde el sofá en el que se había sentado.

—Está bien. Hace muchos años que no toco. Espero no haber olvidado nada o si no mi profesora del conservatorio me mataría —dijo tímida.

Tras eso, cerró los ojos y recordó la melodía que tocó en Florencia junto a Marco el día de su debut. Una canción suave, triste y elegante, una canción que la pareja había llenado de amor delante de cientos de personas aquella noche. La noche que su vida cambió para siempre. Sonrió nostálgica, recordando que aquella canción comenzaba con las primeras notas del piano de Marco.

Sintió volver a aquella noche de nuevo, cientos de ojos expectantes los observaban, sentía el temblor de los nervios en sus manos, pero, la sonrisa de Marco la calmaba. Ahora, era la sonrisa de Gustaf la que hacía que su corazón se relajara. Sin dejar de sonreír, y, con los ojos aún cerrados, las manos de la cantante se dejaron llevar por el recuerdo de aquella melodía, de las notas tocadas en una lejana noche en Florencia. La melodía salía triste, anhelada y segura de sus manos, de su corazón.

En cuanto la melodía cesó, y una lágrima rodó hasta su cuello, Ágata abrió los ojos, repasando la mirada de todos y cada uno de sus amigos, terminando en la de Gustaf.

—Es precioso —dijo Ingrid secándose una lágrima. Ágata sonrió apoyándose en su nuevo violonchelo.

A las dos de la madrugada, todos se fueron marchando. Ágata y Artur se fueron despidiendo de todos y cada uno de ellos, aunque sabían que al día siguiente volverían a verse, pues habían decidido almorzar juntos el día de Navidad.

—Adda, ¿estás bien? —preguntó Ágata cuando su amiga, una vez ataviada con su abrigo, salía por la puerta—. Has estado muy seria y callada.

—Eh... Estoy bien —balbuceó la muchacha desviando su mirada—. Es sólo que, bueno, todos estáis tan felices y yo... —Ágata la abrazó y le regaló un beso en la sien—. Me hacía ilusión pasar esta noche con Alex —susurró a su oído.

Ágata asintió y le regaló una sonrisa.

—Te recuperarás, ya lo verás.

CAPÍTULO 51

Tras la cena de año nuevo, toda la aldea se reunió bajo el campanario del ayuntamiento a la

espera de las campanadas que anunciarían la llegada del nuevo año. Eric señaló a Igor y Chrystal cuando llegó a la plaza acompañada por Ágata, Gustaf y Adda.

—Están allí —dijo Eric encabezando la marcha.

El grupo de amigos se reunió en un rincón de la plaza que parecía más tranquilo. Tras un breve discurso del alcalde, toda la aldea se paró a mirar el reloj del campanario que estaba próximo a dar las doce.

—¿Estáis listos? —preguntó Igor mientras abrazaba a su esposa—. En un par de minutos comenzará el año nuevo.

—¿Ya habéis pensado vuestros propósitos? —preguntó Adda con una sonrisa al grupo—. Yo quiero aprender francés —dijo orgullosa de sí misma.

—Yo voy a tocar en público al menos una vez —dijo Eric con un dedo en alto.

—¿No es mejor que pierdas algo de peso? —soltó Igor mordaz para darle un par de palmadas en la barriga a su amigo, éste se encogió—. Últimamente estás echando algo de tripa.

—Está bien —resopló Eric—. Y me apuntaré en un gimnasio al salir de las clases.

—Nosotros trataremos de quedarnos embarazados —soltó Chrystal haciendo que Igor se atragantara con su propia saliva.

—¿Qué?! —exclamó pálido del susto.

—Bueno, es que ya tenemos una edad, y, después de la boda, es lo que toca, ¿no? —respondió Chrystal encogiéndose de hombros con fingida inocencia.

—No veas la cara que se te ha quedado, Igor —dijo Eric carcajeándose.

—Creo que eso mejor lo dejamos como propósito para dentro de tres o cuatro años. O nunca.

En ese momento, la primera campanada sonó, haciendo que el grupo y todos los asistentes de la plaza prestara atención al reloj, iniciando la cuenta atrás.

—¡Feliz año nuevo! —gritó al unísono todo el mundo. El atronador ruido de los fuegos artificiales dieron pie al comienzo de la celebración. La música comenzó a sonar y todos comenzaron a perderse entre el gentío. Tras una hora de charla, baile y diversión, Adda se disculpó y se marchó para saludar a unas amigas que habían vuelto a la aldea y hacía tiempo que no veía, Eric desapareció siguiendo el rastro de los ojos negros de una camarera, Chrystal e Igor se abrazaron, bailando al son de la música que sonaba.

Gustaf se abrazó a Ágata, siguiendo los pasos de Igor y Chrystal. La cantante pasó los brazos por su cuello y le sonrió feliz. El aroma a lavanda de ella lo embriagó.

—¿Tú también te has propuesto algo para este año nuevo? —preguntó Ágata.

Gustaf asintió y la arrimó mucho más a él, apoyando su frente sobre la de ella, y cerrando sus ojos, dejando que la música y la noche los acunara, haciéndolos volar muy lejos de allí. En la mente de Gustaf sólo había un propósito para este nuevo año, y el resto de su vida, despertarse al lado de Ágata todos los días. Suspiró. Tras unos minutos, Gustaf abrió los ojos y enarcó las cejas, preguntándole a la cantante. Ágata sonrió.

—Mi propósito de año nuevo es desnudarme por completo ante ti —susurró a sus labios. Tras eso, rompió la distancia y lo besó. Gustaf bajó las manos hasta su trasero y la arrimó a la erección que poco a poco se hacía notar en su pantalón. Ágata gimió en su boca, excitándolo aún más—. Cuando he dicho desnudarme, no me refería a eso —dijo con socarronería. Por respuesta, el carpintero le mordió el labio inferior, la deseaba en aquel momento, deseaba su cuerpo, su perfume, sus besos y su alma junto a la de él—. Está bien, no seré yo quien se niegue. —se rindió Ágata tirando de él.

El carpintero se dejó guiar por la mujer que lo volvía loco desde hacía meses. A cada día que pasaba, más seguro estaba que era la mujer de su vida. Sonrió y, en cuanto cruzaron la plaza y doblaron la esquina, la agarró, aprisionándola entre su cuerpo grande y la pared de piedra del ayuntamiento. Sus labios buscaron los de la cantante desesperados y sus manos acunaron su rostro.

Gustaf se deleitaba con sólo mirar aquellos ojos avellana, el tacto suave de su pelo corto y siempre despeinado. Su piel blanca iluminaba sus días, y su sonrisa alegraba su maltrecho corazón. Con ella a su lado nada importaba, ni siquiera el mutismo perpetuo en el que estaba condenado a vivir. Ella era la melodía, el sonido y la voz que acallaban los gritos de su silencio.

Aunque entre la plaza y su cama apenas había unos cuantos cientos de metros, la pareja tardó más de una hora. Tal vez era debido a las copas que había tomado, o al efecto que aquella mujer provocaba en él, pero el carpintero era incapaz de mantenerse alejado de sus besos.

La tenue luz de la mañana del uno de enero se coló por la ventana, despertando a Gustaf. Se desperezó cuan largo era y se giró en busca de Ágata. La cantante dormía bajo las mantas agazapada y encogida. El carpintero torció el gesto y reacomodó las mantas para darle más calor. La besó con cuidado en la frente y buscó su sudadera. Una vez Gustaf salió de la cama, terminó de cerrar la cortina para que la luz no perturbara el descanso de Ágata. Un escalofrío recorrió su espalda, miró la chimenea que yacía apagada desde hacía un par de horas. Se acercó al termómetro que había a su lado y gruñó disgustado. La pasión de la noche había hecho que olvidara encenderla, y ahora la habitación estaba a poco más de quince grados. Miró a Ágata, y luego se arrodilló para encender la chimenea y calentar la casa un poco más. Tras eso, Gustaf bajó las escaleras con cuidado de no hacer ruido, entró en la cocina y se encerró en ella. Cocinar no era una de las cosas que se le daban bien, pero preparar café y unas tostadas no requerían mucho trabajo, de manera que se arremangó y se puso manos a la obra. Deseaba empezar ese año haciendo algo que nunca había hecho, cocinar para alguien. El carpintero rebuscó entre los estantes el bote donde siempre guardaba el café, al abrir la despensa se topó con que el bote no estaba donde siempre lo dejaba, pues Ágata había reorganizado toda la cocina. Cuando dio con el estante correcto, se fijó en que todos los botes que tenía, estaban ordenados por tamaños y tenían unas pequeñas pegatinas con el nombre de lo que contenían. Sonrió al darse cuenta de la diferencia entre ambos. Mientras él era un completo desastre a la hora de organizar la despensa y los cajones, la cantante era meticulosa y muy ordenada.

Tras eso, sacó el pan que Ágata había guardado en una preciosa bolsa de tela, Gustaf se

preguntó de dónde la había sacado, pues no recordaba tener nada de eso. Luego miró bien el bordado de la bolsa, era su antigua bolsa de la merienda que siempre llevaba al colegio cuando era niño, y que él tenía en un cajón del salón con todas sus canicas. Puso los ojos en blanco preguntándose dónde habría metido aquella mujer sus preciosas canicas, pero no tardó en dar con ellas, pues Ágata las había colocado en un cuenco de cristal que ahora reposaba en la mesa de la cocina. Gustaf no se había dado cuenta de los pequeños cambios que Ágata había estado haciendo en su casa durante los últimos meses. Sonrió al descubrir que deseaba que aquellos cambios continuaran, marcando así el inicio de una vida en común.

Cuando Gustaf terminó de preparar el desayuno y volvió a la cama con la bandeja, Ágata se estaba despezando. Gustaf le sonrió y dejó la bandeja en la mesita de noche antes de sentarse en la orilla de la cama y acariciarle el pelo.

—Buenos días —dijo Ágata con una sonrisa incorporándose—. ¿Y esto?

Gustaf tomó la bandeja y se la dejó sobre las piernas, tras eso se removió hasta sentarse a su lado y abrazarla.

—Vaya, vaya, desayuno en la cama, esto sí que es empezar el año con suerte. —El carpintero sonrió y cogió una de las tostadas con mermelada, dándole un bocado—. ¡Eh! Que eso es mío.

Tras desayunar y darse una ducha. La pareja se recostó en el sofá del salón. Ágata había puesto el vinilo que le había regalado de fondo mientras Gustaf le enseñaba unas cuantas palabras más en lengua de signos. Pasando así más de una hora entre risas. Fue llegada la hora del almuerzo cuando alguien llamó a la puerta, sacando a Gustaf de su pequeña burbuja de felicidad. Se levantó molesto por la intromisión y se acercó a la puerta. Tras el umbral, los ojos azules de Adda lo miraban con una sonrisa cansada. Gustaf torció la cabeza y sonrió tenso, señalando hacia el sofá y apartándose un poco para dejar que la muchacha pasase.

—Gracias —dijo la chica con una sonrisa. Su perfume a rosas frescas y jabón lo envolvieron, su melena rubia ondeó un poco cuando se adentró y en dos zancadas se plantó junto a Ágata. — ¡Buenos días, Adda! —saludó feliz la cantante. Adda se sentó a su lado y Gustaf se acercó hasta la mesa auxiliar, recogiendo los vasos de zumo que se habían tomado durante la mañana.

—He venido a traerte tus cosas, te las olvidaste en mi bolso, ¿recuerdas?

Gustaf dejó a las chicas en el salón y se quedó tras el umbral, por alguna razón la presencia de Adda, lo molestaba. Sabía que era una buena chica, y no le parecía bien las excusas que Alex le había dado para dejarla, pero le molestaba que siempre apareciera y le robara la poca intimidad que tenía con Ágata.

—Gracias —respondió Ágata.

Gustaf fregó los vasos y los devolvió a su estante, Ágata le regañaba de la misma manera que lo hacía su madre cuando dejaba las cosas sin fregar. Tras secarse las manos, volvió y se sentó al lado de la cantante, pasándole un brazo por los hombros.

—Bueno... yo... —dijo Adda distraída revisando su teléfono—. Tengo que marcharme, he quedado con unas amigas para almorzar, una de ellas vuelve a Öbrero mañana.

Tras despedirse con un beso a cada uno, Gustaf la acompañó a la puerta, pero antes de salir, la chica se giró hacia Ágata.

—Por cierto, anoche te llamaron unas cuantas personas —dijo con el ceño fruncido—. Uno dijo que, por favor, lo llamaras, que quiere comentarte sobre un asunto pendiente. Creo que se llamaba... ¿Coco? —Adda zarandéo la cabeza y se rascó la nuca pensando—. Bueno, no lo sé. Con la música apenas me enteré de nada. Tienes las llamadas registradas, el último es de quien te hablo.

El rostro de Ágata se ensombreció en el momento en que oyó aquel nombre y Gustaf torció la boca en señal de disgusto. Se despidió de Adda con un movimiento de su mano y cerró tras ella. El carpintero dejó caer los hombros y soltó un suspiro, miró a la cantante de soslayo y se percató de que se había quedado seria mirando la pantalla apagada de su teléfono. El carpintero sabía que algo rondaba sus pensamientos, algo la preocupaba y ese tal Coco era el foco. Gustaf trató de recordar el nombre del cantante con el que durmió Adda en verano, pero era muy torpe para memorizar los nombres de las personas, de forma que abandonó la idea y se sentó a su lado, a la espera de que ella decidiera si quería contárselo o no.

—Gustaf, ¿por qué no vas a la cocina y empiezas a preparar el almuerzo? Voy a hacer una llamada —dijo levantándose con el teléfono en las manos y saliendo en dirección al dormitorio.

Gustaf la observó hasta que desapareció escaleras arriba. Un extraño escalofrío le recorrió la columna al carpintero que se levantó para hacer lo que le había pedido. Tras media hora en la que apenas había limpiado un par de hortalizas, Ágata apareció por el umbral de la cocina con una enorme sonrisa.

—¿Aún no has preparado nada? —preguntó alegre, como si el extraño pensamiento que se arremolinaba en su cabeza hacía un rato que no existiera—. Eres un desastre, vamos, te ayudaré.

Ágata lo apartó con un golpecito de su cadera, le quitó el cuchillo y la patata que tenía, comenzando a mondarla. Sus ojos avellana conectaron un segundo con los grises de Gustaf, y éste pudo percibir un extraño brillo en su iris.

CAPÍTULO 52

Gustaf seguía los pasos de Eric entre el gentío que había en aquel pabellón. Una mueca de disgusto se dibujó en su semblante desde que había amanecido ese trece de marzo. Ágata le había dicho que se marchaba a pasar el día con un amigo de Estocolmo que había ido a verla, y desde que le diera un beso y saliera por la puerta, no le había contestado a ninguno de sus mensajes.

Pero no era el hecho de que pasara el día fuera con un misterioso amigo del que no le había hablado lo que preocupaba a Gustaf, sino, lo extraña que la mujer se había mostrado desde que comenzara el año. Ágata había pasado casi todas las tardes en la capilla o en su habitación, encerrada sin apenas salir. Casi no lo visitaba y muy rara vez dormía con él, además, las pocas horas que pasaban juntos a la semana, la muchacha estaba ausente.

En ese momento, un muchacho tan algo como Gustaf lo golpeó en el costado, empujándolo y

haciéndolo tropezar. Éste lo miró con el ceño fruncido, y el joven se acercó a él con el rostro torcido en una mueca enfadada.

—¿A dónde crees que vas? Algunos llevamos más de tres horas haciendo cola para que te cueles —dijo con los dientes apretados mientras empujaba a Gustaf. El carpintero gruñó molesto, no le gustaban las peleas, pero ese día estaba demasiado ofuscado para evitar el conflicto. Cerró los puños y se encaró al muchacho.

Las manos de Eric se interpuso entre los dos altos hombres que se medían mirándose a los ojos con desprecio y chulería.

—¡Eh! ¡Tranquilos! —dijo llevándose a Gustaf hasta un lado, luego sacó dos tarjetas con una cinta cada una de color celeste, una se la entregó al carpintero y la otra la acercó al chico que lo miraba cada vez más enfadado—. Mira tío, somos *VIPs*, ¿vale? Ahora, deja en paz a mi amigo.

Tras aquello, cogió a Gustaf del brazo y escuchando cómo aquel muchacho y sus amigos los maldecían, siguieron andando. Gustaf miró la tarjeta que Eric le había entregado. Era un pase *VIP* para pasear a sus anchas por todo el *backstage* del concierto. Se preguntó cómo lo había conseguido su amigo, pero, en cuanto llegó a un reservado, justo delante del enorme escenario y vio en ella al resto de sus amigos, el padre Artur, Elías y su madre, sus preguntas pasaron a ser de otra índole. No comprendía muy bien qué estaba sucediendo, pero, un escalofrío que le recorría la columna en ese momento le decía que, esa noche, todo cambiaría para él.

En cuanto Gustaf se colocó al lado de su madre, y ésta le dedicó una sonrisa confusa, las luces se apagaron. La oscuridad era apabullante, y, poco a poco, los murmullos que el gentío provocaba se fueron apagando, hasta que un silencio sepulcral inundó el lugar. Tras unos segundos, una palabra comenzó a oírse. Uno a uno, los asistentes comenzaban a sumarse a aquella extraña llamada. El carpintero trató de prestar atención, pero apenas podía descifrar lo que decían. Algunos *flashes*, procedentes de cámaras de fotos y teléfonos móviles, rompían con la oscuridad. La llamada iba aumentando en fuerza hasta hacerse comprensible a los oídos de Gustaf.

—¡Valkiria! ¡Valkiria! ¡Valkiria! —Aquella palabra pronunciada por tantas personas a la par, hizo que le diera un vuelco al corazón de Gustaf.

Sin previo aviso, un haz de luz se encendió en el centro del escenario, iluminando a un hombre rechoncho que se acercaba, con una sonrisa triunfal, al micrófono que había frente a él.

—¡Damas y caballeros! Hoy, después de más de un año de silencio, es para mí un placer devolver a los escenarios a una grande entre las grandes —dijo con orgullo y una voz grave que reverberaba en todos los rincones del pabellón—. Con todos vosotros, de nuevo, una vez más. ¡Valkiria!

El gentío rompió en gritos, aplausos y vítores, sin embargo, el haz de luz se apagó y el lugar volvió a sumirse en una oscuridad impenetrable. Gustaf miró a su alrededor: su madre le dedicó una sonrisa antes de dirigir de nuevo la mirada al escenario, Artur sonreía tranquilo, Adda se mordía nerviosa el labio inferior, parecía estar tan confusa como Igor, Chrystal y él mismo, sin embargo, Eric, al igual que Artur, sonreía sabedor de lo que estaba sucediendo. Aquello, sin saber por qué, irritó a Gustaf.

Tras unos instantes que se le hicieron eternos, las voces del público se callaron y los aplausos

cesaron de nuevo, haciendo que el corazón de Gustaf se acelerara. Sabía que aquella era la calma que precedía a la tormenta. En ese momento, una voz suave, conocida y dulce, una voz que lo envolvía y lo había enamorado las pocas veces que la había podido oír a escondidas, comenzaba a entonar unos versos suaves y lentos. Gustaf dejó de respirar en el momento en que, la gente, poco a poco comenzaba a cantar a la vez que aquella voz.

Las luces seguían apagadas, y la voz, poco a poco, comenzó a ser acompañada por un piano, hasta que, en el cuarto acorde, una guitarra eléctrica rompía la suavidad de la canción, abriéndola en una más rápida. La luz se encendió de golpe, iluminando a varios músicos, un par de guitarras, un bajo, un par de teclados y una batería. Pero, la única persona en la que Gustaf pudo fijarse, era Ágata.

La cantante estaba en el centro del escenario, frente al micrófono que sujetaba con dulzura, su voz fuerte, casi rasgada al final, sonaba segura y feliz. En cuanto sus ojos avellanas conectaron con los de Gustaf, una sonrisa se dibujó en aquellos labios que pintaban melodías al aire. El carpintero sentía su corazón parado en el pecho, de todas las cosas que había imaginado sobre Ágata, aquella era la única que nunca se le habría pasado por la cabeza. Un escalofrío lo recorrió en cuanto la última nota de aquella canción con la que abría el concierto murió ahogada por los aplausos del público y sus amigos.

—Muchas gracias —dijo, casi tímida, Ágata cogiendo el micrófono y separándolo del pie que lo sostenía. Tras eso, se movió por el escenario a la espera de que el público se calmara—. Esta noche, quisiera dar las gracias a mucha gente. Algunas de éstas personas, están aquí, a mi lado. —Continuó mirando a Artur, Eric y el resto del grupo de amigos con una sonrisa radiante—. Otras personas, lamentablemente, hace mucho que se marcharon.

—¡Berserker! —gritó un fan que estaba muy cerca del escenario.

—¡Nunca le olvidaremos! —gritó otra.

Ágata sonrió con tristeza.

—Sí, nunca olvidaremos a Berserker. A Marco —dijo triste mirando el horizonte—. Porque uno no olvida al amor de su vida, pero... —Ágata sonrió de nuevo, y clavó sus ojos avellana en los de Gustaf—. El amor nunca nos abandona. Y el vacío que Marco ha dejado, lo ha llenado otro hombre, un hombre maravilloso al que le prometí un alma desnuda. Y eso es lo que voy a hacer, Gustaf. Hoy, ante todas estas personas, voy a desnudar mi alma. —Ágata extendió la mano que tenía libre y señaló todo el escenario—. Esta soy yo, tú has conocido a Ágata, y hoy, te mostraré a Valkiria.

Gustaf tragó saliva, incapaz de reaccionar ante el discurso de la cantante. Y, sin darle tiempo a reaccionar, Ágata se giró, haciéndole una señal a uno de los músicos, comenzando así un maravilloso concierto, donde le regalaba cada una de las notas y estrofas a Gustaf.

El carpintero estaba absorto, sus ojos eran incapaces de separarse de la visión de Ágata sobre el escenario. Aquella mujer se sentía en su elemento, se movía como pez en el agua, su voz era fuerte y estable, su sonrisa, radiante y orgullosa. Aquel era su lugar, y Gustaf se había dado cuenta. La gente seguía sus pasos, su voz los guiaba a todos, cantaba con el público. Sus dedos se movían por la guitarra de manera magistral. El carpintero sentía que aquella mujer era una guerrera y su voz era su arma. Ágata era una Valkiria en pleno vuelo sobre la batalla. Cuando había pasado más de una hora y media, Ágata seguía tan feliz como al principio, aunque su

frente y su cuerpo estaba perlado de sudor, el brillo de su mirada no se podía disipar. Su sonrisa parecía más grande a medida que avanzaba el tiempo, y Gustaf sólo deseaba poder besarla. En ese momento, un hombre entró al pequeño recinto. Gustaf se percató de su presencia cuando Igor se movió y se enfrentó a él. El carpintero se giró y reconoció al cantante que había abandonado a Adda y había estado enamorado de Ágata. Gustaf sintió la tensión enredarse en el ambiente que les rodeaba. Adda corrió y se colocó entre los hombres.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo te atreves? —dijo Igor enfadado y tratando de apartar a su hermana. Chrystal lo asió por un brazo.

—Igor, tranquilízate.

Gustaf se acercó a su amigo y le puso una mano en el hombro, tratando de hacerle ver que estaba allí, apoyándole.

Billy tomó una mano de Adda y le acarició el dorso. Estaba serio, y ya no quedaba nada de aquella expresión chulesca con la que Gustaf lo recordaba.

—Adda, quería disculparme contigo. Val me dijo que estás mejor... yo...

—Tranquilo —respondió Adda, con una sonrisa tímida—. Yo también te pido perdón, si te hubiera hecho caso... —Adda suspiró—. Olvidemos lo que ha pasado.

Billy asintió dedicándole una sonrisa dulce a ella, y luego se giró para oír a Ágata.

—Para terminar este concierto, quisiera tocar una nueva canción en la que he estado trabajando —dijo con una sonrisa dulce. Luego, la cantante alargó la mano hasta un ayudante que le tendió su violonchelo y le colocó luego una silla. Ágata se sentó con el instrumento entre las manos, esperó paciente hasta que el ayudante colocó dos micrófonos, uno para ella y otro para el instrumento—. Gustaf, ¿dónde estás? —Ágata buscó con la mirada hasta encontrarlo, y le dedicó una sonrisa—. Ésta canción es para ti. Se titula: *Semplicemente, io ti amo*.

El corazón de Gustaf comenzó a rebosar alegría. La sonrisa de Ágata era ahora sólo para él, aunque había pasado todo el concierto cantando para el público, aquella canción, la última, era la suya. El carpintero se olvidó entonces de todo cuanto le rodeaba. Las manos de la cantante comenzó a sacar de aquel violonchelo una melodía que comenzó a envolver a todo aquel que la oía.

—Vaya, vaya —la voz de Billy, a su lado, lo sacó de su burbuja—. Esa canción es nueva, y parece que te la ha dedicado. —El tono del cantante era cínico, una sonrisa torcida se dibujó en sus labios—. Es maravillosa, ¿verdad? Te lo dije, es fácil perder la cabeza por ella. —Billy se acercó a su oído y le posó una mano en su hombro, apretándole hasta clavarle las uñas en la clavícula a través de la tela. Su tono de voz se volvió ahora brusco y amenazante—: Te lo advierto, tío. Marco me la robó una vez, y, ahora que ha vuelto, no pienso dejar que un carpintero mudo me la arrebate, ¿me has oído? —Gustaf se deshizo de su agarre con violencia y se enfrentó a él. La mirada amenazante de Billy lo invitaba a golpearlo.

En ese momento, una chica con unos auriculares y una tablet se acercó hasta la entrada del recinto *VIP*.

—¡Billy! ¡Entras en un minuto!

El cantante asintió y se separó de Gustaf, pero antes de salir se giró de nuevo hacia él.

—¿Has visto a dos almas gemelas brillar? —preguntó con una amplia sonrisa y chulería en la mirada. El cantante se giró y salió siguiendo a la chica con auriculares. Su madre se acercó a él:

—Gustaf, ¿de qué iba eso? —El carpintero negó con la cabeza y dirigió su mirada de nuevo al escenario, donde Ágata seguía cantando.

Il tuou silenzi mi parlano, il tuo silenzi mi gridano, cantano per me. Tu me dai la vida, sei la mia felicità. Semplicemente, tu mi ami e io ti amo.

La mia musica è tua Il tuo silenzio è mio.

Ágata abrió los ojos y volvió a buscarlo, sonriéndole con el violonchelo entre las manos. Gustaf sonrió, agradeciendo que Ágata no se hubiera percatado de su enfrentamiento, pero las palabras y la amenaza de Billy habían calado en su corazón, agriándole el momento.

Al terminar, la cantante se levantó, pero, en cuanto fue a tomar el micrófono para despedirse, el mismo hombre que la había presentado, salió de un lado del escenario y comenzó a hablar.

—Antes de que te despidas, Val, quiero decirte que éste concierto no ha llegado al final. Tengo una sorpresa para ti —dijo sonriendo a la par que, con el movimiento de un brazo, señalaba a los músicos que acababan de entrar.

—¡Somos tus guerreros! ¡Llévanos contigo al Valhala! —gritaron los tres hombres al unísono.

Gustaf rechinó los dientes al ver a Billy con la guitarra eléctrica y una sonrisa triunfal en el escenario. A los otros dos, uno de pie frente al teclado y otro sentado en la batería, no les prestó atención hasta que se movieron para abrazar a la cantante.

Ágata sonreía y lloraba a partes iguales, los otros dos músicos la miraban embelesados mientras se turnaban para abrazarla y colmarla de cariño. Aunque Gustaf no podía oír lo que se decían, intuía que eran viejos amigos de Ágata.

—Hoy —dijo con alegría el hombre que la había presentado—. Después de cinco años de silencio, y sólo por ésta noche, Krigare Av Musik volverá a los escenarios.

El público enloqueció al oír aquello. Gustaf miró desorientado a todos lados. Pero, Eric se acercó a él con una sonrisa, explicándole que K.A.M. era el grupo de música formado por aquellos dos muchachos, Marco y Ágata, y que, tras la muerte de éste se había disuelto. Gustaf miró de nuevo a la cantante, asimilando que Marco no sólo era el amor de su vida aquel hombre, era su compañero en todos los aspectos de su vida. Comprendiendo así cuán doloroso debía ser para Ágata enfrentarse a su vida tras perder a su marido.

—¿Dónde están las voces? ¿Dónde están los guerreros de la música? —gritó Ágata cuando todos se posicionaron—. Pero, me falta un guerrero —dijo con una sonrisa. Tras eso, dirigió su mirada hasta Eric—. Eric, ¿quieres subir, por favor?

El muchacho se recolocó nervioso las gafas, sin creerse que Ágata lo estaba llamando para que tocara delante de tanta gente. Gustaf sonrió, pero, cada vez que su mirada se topaba con la de Billy, una garra oscura le apretaba el corazón.

Eric subió al escenario, acompañando al grupo con la canción que los llevó al estrellato, *Vivir en tus ojos*. Tras eso, le siguieron todos los éxitos y varias canciones que nunca vieron la luz, y que Ágata, pidió a sus compañeros.

Gustaf la miraba embelesado de nuevo, pero, una punzada de celos se cernía a él cuando observaba cómo Billy se acercaba a ella, cómo le acariciaba en las canciones lentas, cómo sus voces se hacían una sola en los estribillos. Los puños de Gustaf estaban cerrados con tanta fuerza que los nudillos se habían quedado blancos y en la palma de sus manos se marcaban las uñas, al percatarse de cómo brillaban aquellas dos almas. Zarandéo la cabeza para espantar aquellos pensamientos oscuros que amenazaban con enloquecerlo. Tras dos horas más de concierto, en las que Gustaf no estaba seguro si disfrutaba de ver cantar a Ágata o sufría por ello, el concierto tocaba a su fin.

En la última canción, una balada suave que hablaba de seguir adelante, mientras los coros seguían a media voz, Ágata comenzó a despedirse:

—Y, ahora sí, quiero deciros que ha sido una noche maravillosa. Ha sido todo un lujo teneros tan cerca de nuevo. Gracias Långträsk y ¡gracias Suecia! Todo el cariño de Krigare Av Musik para vosotros.

Tras eso, Ágata entonó de nuevo los últimos versos con el coro, a la par que bajaba por las escaleras, acercándose poco a poco al recinto de la zona *VIP*. Los ojos de Gustaf no podían dejar de observar los de ella, su sonrisa dulce y aquella voz que acallaba su silencio, que levantaba su corazón enamorado. Gustaf salió del recinto acercándose a ella. La gente fue abriendo un pequeño pasillo, hasta que la pareja se encontró. La música cesó, la gente se quedó en silencio, expectante a ellos dos. Gustaf tragó saliva y llevó las manos temblorosas hasta la cintura de Ágata.

—Ésta soy yo, Gustaf. Desnuda, ante ti, sin recovecos ni rincones, sin mentiras ni secretos. Sólo yo, sólo Ágata —dijo de manera que sólo él la podía oír. Luego, la cantante llevó una mano hasta el bolsillo del pantalón y sacó una llave. Gustaf la reconoció al instante, ya que era la copia que le había regalado por su cumpleaños—. Si aún lo quieres... Deseo compartir el resto de mi vida contigo.

Gustaf sonrió y, olvidándose del mundo, se fundió con Ágata en un beso apasionado. El gentío rompió en un aplauso atronador. Pero, el carpintero estaba tan absorto en aquel beso que no le importaba todo lo que le rodeaba en aquel momento. Sólo podía sentir el calor del cuerpo de Ágata en su abrazo, su lengua suave y dulce jugando con la suya, el aroma a lavanda y su pelo suave entre sus dedos. Si había un cielo, Gustaf estaba seguro que sólo podía estar en la piel de Ágata.

CAPÍTULO 53

En una semana, Ágata se había trasladado a la casa de Gustaf, ocupando la buhardilla que el

carpintero tenía en desuso y transformándola en su nuevo estudio para componer. Raymond le había hecho llegar su guitarra eléctrica, un teclado y un chelo eléctrico con el que comenzaría a trabajar, así como su ordenador y el resto de aparatos que solía utilizar para tratar de darle ritmo a sus canciones.

Ágata se sentía feliz y completa tras mucho tiempo, y lo demostraba a diario sentándose durante más de seis horas frente al nuevo chelo, con sus auriculares y un cuaderno de pentagrama donde comenzaba a tomar forma poco a poco los nuevos sencillos que formarían su primer disco tras su recuperación.

Mayo había llegado, trayendo consigo unas temperaturas más agradables, y, alargando los días. Las manos grandes de Gustaf se ciñeron a sus hombros, y sus labios silenciosos le regalaron un beso tierno en la curva de su cuello, haciendo que Ágata sonriera y se encogiera ante la sensación que le provocaba.

Apartó el violonchelo, se quitó los auriculares, dejándolos sobre la mesa, se levantó y se giró, buscando el abrazo del hombre con quien, ahora, compartía su vida. Gustaf le sonreía enredando las manos a su cintura, Ágata rodeó su cuello y selló su sonrisa con un beso apasionado.

—Hola —susurró en su boca—, ¿has terminado en el taller? —preguntó la cantante con una sonrisa. Gustaf asintió y levantó las cejas, tras eso, zarandeó la cabeza señalando la puerta que llevaba a su dormitorio. Ágata suspiró y miró su violonchelo—. Estoy componiendo —masculló con cara de tristeza—. ¿Por qué no me esperas y bajo en media hora?

Gustaf frunció el ceño y gruñó molesto. Ágata tragó saliva, desde que firmó su vuelta había estado muy inspirada, y, en casi dos meses, había compuesto, preparado y enviado a Ray diez de las doce canciones que formarían su nuevo sencillo. Sabía que en ese último mes había descuidado un poco su relación con el carpintero, de manera que, soltando todo el aire de sus pulmones y, haciendo de tripas corazón, se enredó en otro beso.

—Está bien. —Cedió, sacándole una sonrisa a Gustaf. Éste la agarró y la elevó sobre su cintura, haciendo que Ágata enredara sus piernas alrededor de sus caderas y se dejara llevar hasta la cama—. Contigo jamás podré terminar de componer, ¿lo sabes? —dijo divertida mientras el carpintero la desnudaba entre besos.

Ágata jadeó al sentir las manos frías de Gustaf sobre su piel, pero, poco le importó en cuanto la llama de la pasión comenzó a calentar sus cuerpos.

La cantante se movía a horcajadas sobre Gustaf, jadeando y gimiendo al ritmo que éste marcaba. Sentía las manos grandes y fuertes de él sobre sus caderas, su aliento cálido le hacía cosquillas en su cuello. Sus labios se fundían en un millón de besos, la lengua de Ágata lamía cada centímetro de piel del cuello de Gustaf, mientras los dientes de éste arañaban su hombro.

Entre besos, caricias y un amor que, poco a poco, iba creciendo fuerte entre ambos, el clímax les llegó, primero a Ágata, y luego a Gustaf, que se abrazó a la cantante unos minutos.

Ágata le acariciaba el pecho y le sonreía con dulzura. No sabía cuándo, ni cómo había sucedido, pero aquel hombre la había hecho renacer de nuevo. Un miedo irracional se coló en su corazón al darse cuenta que sin Gustaf, la vida no sería igual.

—Te amo, Gustaf —le susurró al oído antes de besarlo con suavidad—. No dudes nunca de cuánto te quiero.

El carpintero sonrió y enredó sus dedos a los de ella, dejando caer la cabeza en la almohada. Ágata se recostó de nuevo sobre su pecho y dejó que el sueño la atrapara en sus redes. Pero, en cuanto sus ojos se cerraron, el sonido de una llamada entrante los despertó, haciendo que dieran un respingo en la cama.

Ágata se incorporó y tomó el teléfono que Gustaf le tendía molesto. Al reconocer el nombre de Ray en la pantalla, comprendió su expresión de disgusto. Su representante la llamaba casi a diario para preguntarle por cómo le iba, y, normalmente, solía hacerlo a altas horas de la noche. Aunque Ágata estaba acostumbrada a las excentricidades de su representante, para Gustaf, aquello suponía un martirio. Pulsó la tecla para responder la llamada y le regaló un beso en la punta de la nariz.

—Te quiero —susurró llevándose el teléfono al oído. Gustaf cambió la expresión del rostro, pero el enfado no se esfumó del todo—. Hola, Ray —respondió cansada—. ¿No tenías otra hora para llamar? Estoy en la cama.

—*¿En la cama? Val, digo... Ágata, sabes que siempre llamo a esta hora, ¿de qué te sorprendes?* —preguntó la voz al otro lado del auricular. Ágata puso los ojos en blanco y se dejó caer sobre la almohada, paseando la yema de sus dedos sobre el vello del pecho de Gustaf.

—De nada, Ray —suspiró molesta—. Pero suelo dormir a esta hora y me molesta que me despiertes.

—*Preciosa, no te ha molestado en la vida, ¿a qué viene este cambio? ¿Es por tu nuevo novio? Tranquila, ya se acostumbrará.*

Ágata bufó, sabiendo que Gustaf nunca se acostumbraría a esas llamadas, que, por otra parte, a ella también le molestaban cada vez más. Se prometió que hablaría con Ray sobre aquello.

—Está bien, Ray, ya hablaremos de eso. Ahora dime, ¿qué querías?

—*Tesoro, ya tengo todo listo para grabar y, de paso, te hagas una sesión de fotos. Si todo sigue como va, en dos meses podremos tener listo el sencillo y anunciaremos tu vuelta como Ágata Schmollend.*

—Y, ¿cuándo se supone que vendréis para grabar y hacer la sesión? —preguntó distraída y arqueó la espalda bajo el contacto de los dedos de Gustaf.

—*¿Ir? No, Ágata, tienes que venir. No puedo montar un estudio de grabación en un pajar. —Rio Ray—. He hablado con tus médicos, dicen que puedes viajar a Estocolmo. Dime, ¿te consigo el billete de tren o te mando a alguien a buscarte?*

Ágata parpadeó y suspiró cansada. Odiaba tener que dejar a Gustaf, pero, parte de su trabajo como cantante también incluía tareas que solía no gustarle, como los reportajes fotográficos, o viajar de arriba abajo cada vez que su representante lo requería.

—Prefiero el tren —respondió.

—*Perfecto, en ese caso, saldrás para Estocolmo en tres días. Sólo da mi nombre en la ventanilla y ellos te acomodarán. En primera clase, por supuesto. ¡Lo mejor para mi Valkiria!* —respondió el representante orgulloso de su labor ya realizada.

Ágata abrió los ojos y se incorporó de un rápido movimiento. Sentía un sudor frío recorrerle la

espalda.

—¿Cómo?! ¿Tres días?!

—Claro, todo está preparado.

—Pero... No puede ser. Tengo que volver aquí, Ray —balbuceó nerviosa.

—Tranquila —respondió Ray con una sonora carcajada—. *Sólo estarás en Estocolmo cuatro días. Luego, volverás a casa con tu carpintero. Sé que no puedes estar separada de él mucho tiempo* —dijo con un tono burlón.

Tras aquello, Ray le dio a Ágata las indicaciones y el horario, le explicó cómo trabajarían durante los cuatro días, le habló sobre el fotógrafo que le haría la sesión y se despidió de ella. La cantante bufó molesta y dejó el teléfono sobre la mesita de noche. Aunque le gustaba su vida como cantante, odiaba que le programaran todo lo que debía hacer con tan poca antelación. Miró a Gustaf con tristeza, pero éste había oído toda la conversación y negó desviando la mirada al techo.

—Lo siento —murmuró Ágata encogiéndose entre las mantas y se abrazaba a su pecho. Tras unos minutos, sintió los labios de Gustaf regalarle un beso en la cabeza, calmando así su corazón. Volver a los escenarios suponía mucho trabajo y sacrificios, y sabía que Gustaf trataba de aceptarlo, pero no podía ocultar lo difícil que se le hacía. Ágata se durmió deseando que su vuelta no estropeará la relación que tenía con aquel hombre.

Ágata se desperezó sobre la silla de la peluquera y tomó el teléfono, leyendo el mensaje que acababa de entrar.

De: Gustaf.

Te extraño, ¿cuándo volverás?

Ágata tecleó la respuesta y pulsó enviar.

Para: Gustaf.

Y yo a ti. Mañana estaré en casa de nuevo. Te quiero.

Tras eso, se quedó mirando la foto que tenía de fondo de pantalla. Gustaf sonreía bajo aquella barba castaña, sus ojos grises mostraban una mirada misteriosa y su gorra *ascot* le daba ese toque sexi que tanto adoraba.

—Vaya, ¿ahora sales con un modelo? —preguntó la estilista que la terminaba de peinar. Ágata

sonrió apagando la pantalla de su teléfono.

—Gustaf es carpintero —respondió con una sonrisa.

—Es muy guapo, ¿por qué no lo traes contigo? —preguntó la chica con una ceja en alto y una sonrisa pícaro.

—Tiene que trabajar —dijo encogiéndose de hombros.

—Y para mí eso es toda una suerte. —La voz de Billy hizo que Ágata diera un respingo sobre su silla. Lo miró sorprendida entrar con aquella sonrisa chulesca que tanto lo caracterizaba—. No me mires así, nena, aún tengo esperanzas de conquistarte de nuevo.

Billy le hizo una señal a la estilista, y sin mediar palabra, ésta se disculpó y salió cerrando la puerta tras de sí. Ágata dejó caer los hombros y se levantó de la silla en busca de su bolso, había sido una sesión larga y deseaba llegar a su casa para poder descansar. En cuanto lo cogió, se lo colocó al hombro y le sonrió a Bill.

—¿Cómo estás? Te veo mucho mejor.

Ágata lo repasó con la mirada. No estaba segura de qué podía ser, pero algo en Billy había cambiado, su mirada era más clara y su sonrisa radiante.

—Estoy en rehabilitación, en la misma clínica donde estuviste tú. Me va muy bien —respondió metiéndose las manos en los bolsillos. Una sonrisa sexi se dibujó en su semblante y, tras eso, le guiñó un ojo a Ágata—. ¿Has terminado la sesión? Si quieres, podemos ir a cenar algo.

Ágata tragó saliva y se agarró a la cinta de su bolso.

—Mañana tomo el tren de vuelta. —Suspiró cansada, pero en ese momento, una mano esbelta y suave del hombre le acarició en el brazo.

—Entonces, te acompañaré a casa. Seré bueno, lo prometo.

Ágata asintió y dejó que Bill la llevara hasta su casa en su *Aston Martin*. Se había pasado todo el camino hablando, muy animada, de los últimos conciertos del hombre, de manera que, no se dio cuenta que Bill había subido con ella, hasta el momento en que éste cruzó el umbral de su casa y se sentó en un taburete de la cocina. Se mordisqueó una uña nerviosa.

—¿Ocurre algo? —preguntó el hombre mirándola con curiosidad.

—No, es sólo que... —Ágata se rascó la nuca desviando la mirada hacia uno de los sofás que daba a la ventana. Tras unos instantes, la mano de Billy le acarició el pómulo, y sus ojos negros conectaron con los de ella. Sin darse cuenta, aquel hombre se había colocado frente a ella.

—Sólo quiero una oportunidad, eso es todo.

Ágata sentía que el corazón se le paraba en aquel momento. Bill había sido un hombre muy importante en su vida, pues le había demostrado que podía seguir adelante sin Marco. Pero, en ese momento, su corazón ya no era de Bill, ni tampoco de Marco. En aquel momento, su corazón sólo pertenecía a Gustaf, y no quería que el cantante que tenía delante se equivocara. —Bill, escúchame.

El hombre selló sus labios con la yema de sus dedos y siseó para callarla. Pasó sus manos por

su cintura y la atrajo hasta él. El olor a *after shave* y a cuero la envolvió, haciendo que ahogara un gemido. Ágata desvió la mirada hacia otro lado, pero el hombre atrapó su mentón, obligándola a mirarlo de nuevo.

—Nena, por favor, sé que lo sentiste. Estamos hechos para brillar juntos, dentro y fuera del escenario. No puedes negar que hay química entre nosotros.

Ágata sabía que era verdad, entre ellos había la misma química que hubo una vez entre Marco y ella, pero, por su parte, ya no la había fuera del escenario. Sin darle tiempo a reaccionar, los labios de Billy atraparon los suyos. Ágata abrió los ojos sin saber qué hacer, no quería hacerle daño a aquel hombre, pero tampoco deseaba sus besos. La lengua de Billy se paseó por su labio inferior, pidiendo permiso. Fue, entonces cuando Ágata se revolvió en sus brazos, apartándolo de un empujón.

—Billy, por favor —gimoteó abrazándose a sí misma.

—¿Qué te sucede? Yo lo sentí, nena, o ¿vas a decirme que no tenemos química?

Ágata negó con la cabeza, sentía mil agujas atravesarle el alma.

—Claro que lo sentí, Bill. Claro que tenemos química, pero... —Ágata lo miró preocupada, no quería hacerle daño, y más después de saber que se estaba recuperando de sus adicciones—. Sólo tenemos química en el escenario. Entre nosotros no hay nada. Ya no.

Billy se acercó a ella y trató de abrazarla, pero Ágata se zafó de su agarre.

—Claro que sí, nena. Por favor, dame una oportunidad.

Ágata negó cansada.

—Quiero a Gustaf con toda mi alma. Así que, por favor, déjame en paz.

Bill dejó caer los hombros, se mesó el cabello y se acercó a la puerta cabizbajo. Pero, en cuanto salió y Ágata quiso cerrar la puerta, éste se giró, agarró la puerta y la miró serio.

—Lo nuestro no acabó. Lo sé, tú y yo estamos hechos para brillar, nena, y te lo demostraré.

CAPÍTULO 54

Unos días después de su regreso a Långträsk, y tras discutir con Ray, Ágata tuvo que volver a Estocolmo para repetir la sesión de fotos y terminar de grabar el disco.

La cantante se llevó una mano hasta el arco de la nariz para hacer presión.

—Lo siento, Gustaf —dijo cansada, tras eso, metió furiosa un jersey en la maleta de viaje—. El estúpido del fotógrafo dice que no hay ni una sola fotografía buena y que tengo que repetir la sesión.

Gustaf se abrazó a ella desde atrás, besándola en la cabeza y meciéndola con ternura.

—Sólo será una semana. Terminaré de grabar y maquetar las últimas canciones, me haré el dichoso reportaje —dijo escupiendo con ira las últimas palabras—, y volveré a casa. —Ágata se giró en su abrazo y enredó sus manos al cuello de Gustaf. Lo miró con tristeza, la fiesta de primavera sería en unos días y estaba deseando ir con él y sus amigos—. Te prometo que volveré para la fiesta de primavera. Pase lo que pase.

Gustaf asintió con tristeza. Ágata sentía la ira hervir su sangre, desde que había aceptado volver a los escenarios, Ray le hacía la vida imposible, y sentía que su relación con Gustaf se estaba tambaleando poco a poco.

—Cuando termine la rehabilitación nos iremos lejos —dijo susurrando a los labios del carpintero—. Unas vacaciones, los dos solos, ¿qué te parece?

Gustaf asintió con una sonrisa tímida y, tras eso, rompió la distancia que los separaba fundiéndose en un beso cálido y consolador. Ágata se dejó mimar durante los últimos minutos antes de volver a coger el tren que la llevaría a Estocolmo de vuelta.

Tras dos días de grabación, en los que había dejado listo todo el sencillo que sacaría a la luz, la cantante se preparó para una nueva sesión de fotos que duraría al menos tres más.

Por suerte, Ray había contratado una fotógrafa diferente, mucho más paciente y dulce que el anterior. La mujer le explicaba y trataba con cariño, graduaba incluso la temperatura del estudio para que aquello no supusiera un calvario aún mayor del que ya era.

—Bien, Ágata —dijo con alegría la fotógrafa antes de empezar a retirar uno de los focos—. Hemos terminado la sesión al completo. En unos días enviaré las fotos a tu representante y podréis elegir las que más os gusten para el disco.

Ágata sonrió satisfecha, deseando regresar a casa a descansar, pues a la mañana siguiente, tomaría el tren de vuelta a casa.

—Gracias por todo.

La fotógrafa se acercó a ella con un sobre entre las manos. Se lo tendió con una sonrisa.

—Toma, esto es para ti.

Ágata lo abrió y sonrió al ver unas imágenes que la fotógrafa había tomado mientras miraba su teléfono. Sabía que, en esa fotografía, había recibido un mensaje de Gustaf, y se fijó en el brillo de su mirada y la ternura con la que sonreía al responder a aquel mensaje. Estaba enamorada y no tenía manera de esconderlo.

—Muchas gracias —dijo guardando el sobre en su bolso—. Estoy deseando llegar a casa.

Al salir del estudio, Ágata recibió un mensaje de Ray con el billete de tren que la devolvería al día siguiente con Gustaf. Por suerte, había terminado antes de tiempo y podría darle la sorpresa al carpintero con su llegada.

El *Aston Martin* de Billy paró frente al estudio en cuanto Ágata dio dos pasos en busca de un taxi. Se quedó serio mirando el coche, a la espera de que su dueño saliera de él. Cuando Bill salió, la miró preocupado.

—Ágata, ¿podemos hablar? —Ágata suspiró y asintió. Billy dio la vuelta y le abrió la puerta del coche—. Por favor, cenemos juntos.

La cantante entró en el coche y se abrochó el cinturón. A pesar de todo, Billy seguía siendo un viejo amigo y un hombre muy importante en su vida. No podía cerrarle la puerta de su corazón tan fácilmente.

El cantante la llevó hasta un precioso restaurante de *Stureplan*, una de las zonas más de moda de la capital sueca. Lugar que Ágata conocía casi de memoria, pues era asidua a sus discotecas cuando aún compartía la vida con Marco.

Al entrar en el restaurante que Billy había elegido, el camarero los acompañó hasta una mesa apartada de la gente. Aunque su llegada no había pasado desapercibida, pues Ágata sentía todas las miradas puestas en ella y en su acompañante. Como siempre había hecho, los ignoró levantando la cabeza orgullosa y sonriendo a aquellos que le sonreían.

Cuando la pareja se sentó, el camarero les tomó nota, les sirvió un vaso de agua a cada uno y los dejó solos. Ágata le dio un sorbo a su vaso y suspiró, esperando que Billy hablara.

—Quiero disculparme. —Comenzó a decir el hombre doblando su servilleta sobre sus piernas, sin mirarla a la cara—. No tenía ningún derecho a irrumpir así en tu vida, lo siento.

Ágata sonrió, pues sabía que aquella disculpa era sincera. Alargó una mano sobre la mesa y esperó que él le cediera la suya. Agarró fuerte los dedos de Billy y le miró a los ojos.

—Tranquilo. Todo olvidado.

Billy asintió con una tímida sonrisa asomando por la comisura de sus labios.

—Y, ¿cómo te va con la grabación del disco?

Ágata se encogió de hombros y se soltó de su agarre para acodarse en la mesa.

—Me va bien, algo cansada de ir y venir, pero creo que, en un par de meses, anunciaré mi regreso —respondió.

El camarero llegó en ese momento con los entrantes que habían pedido.

—¿Volverás a instalarte aquí? —preguntó Bill tomando el tenedor y pinchando un poco de su ensalada.

Ágata negó mientras tomaba entre los dedos una de sus *bruschettas* de queso y tomate. Le dio un bocado, saboreando con deleite aquella exquisitez. Tragó y suspiró.

—No creo que regrese, Gustaf tiene su vida allí y no sería justo que se la arrebatara. Además, —respondió agarrando otra *bruschetta*—, aquello es precioso. Me he acostumbrado a la tranquilidad de Långträsk, no creo que pueda volver a la ciudad.

Bill asintió serio, desviando su mirada hacia su plato.

La cena avanzó tranquila, con una conversación amena en la que ninguno de los dos trató de profundizar demasiado, quedándose siempre en temas banales y poco comprometedores, tales como el trabajo, los reportajes fotográficos y los futuros planes que Raymond tenía para ambos cantantes.

—Tal vez podamos hacer algún disco colaborativo, ¿no te parece? —dijo Bill y sacó la cartera para pagar.

—Dime cuánto es mi parte —respondió Ágata girándose para coger su bolso.

El cantante negó con una sonrisa y agarró a Ágata de una mano, impidiendo que siguiera buscando su cartera en el interior de su bolso. Le acarició con el pulgar el dorso de la mano y le sonrió triste.

—No, tranquila. La siguiente cena la pagarás tú.

Ágata asintió suspirando. Sabía que de nada le serviría tratar de convencerlo, y tampoco le apetecía discutir por algo tan tonto como pagar una cena.

—Está bien. Te debo una cena —sonrió.

Tras unos instantes en los que ambos se quedaron mirándose a los ojos, el teléfono de Ágata anunciaba la entrada de un mensaje.

—Ágata, te ha llegado un mensaje —dijo Billy sin dejar de acariciar el dorso de su mano. Ágata dio un respingo y se soltó azorada de su agarre. Tras eso, se disculpó y se levantó en dirección al aseo.

Respondió al mensaje que Gustaf le había enviado, deseándole buenas noches al carpintero y recordándole cuánto lo quería. Tras eso, entró al servicio y, luego, se acercó al tocador. En el momento en que se estaba lavando las manos, una jovencita se acercó a ella.

—Disculpa, ¿eres Valkiria? —preguntó arrastrando las palabras. Ágata asintió con una sonrisa —. ¿Te importa hacerte una foto conmigo?

Ágata salió del aseó y acompañó a la chica hasta su mesa. Allí saludó a sus amigos, firmó un par de autógrafos y se hizo un par de fotos más. Tras eso, la mano de Billy la tomó por el codo y le sonrió.

—Me ha llamado Corey, mi compositor. Dice que están en el Sturecompagniet, en el reservado, tengo que llevarle una maqueta que tengo en el coche, ¿te importa si nos pasamos antes de que te acerque a casa? —preguntó y le tendió su bolso y su abrigo. Tras eso, entrelazó su mano a la de Ágata y tiró de ella hasta la entrada del restaurante.

Ágata se llevó la mano libre hasta los labios, mordisqueándose la uña del pulgar. A la mañana siguiente debía tomar el tren de vuelta a casa, pero la velada había sido perfecta y si se negaba, podía parecer una desconsiderada con Bill. De manera que, encogiéndose de hombros, aceptó.

—Está bien pero quisiera estar en casa pronto. Debo madrugar. —Billy asintió y sonrió.

—Sólo le daré la maqueta, lo saludaré y te llevaré a casa.

La pareja salió del restaurante. Ágata se deshizo de su agarre, pero un escalofrío le recorrió la espalda, de manera que, sin ser consciente de lo que hacía, se acercó al cuerpo de Billy. Éste, le pasó un brazo por los hombros y le sonrió, señalando con la mano la dirección hacia el aparcamiento donde había dejado el deportivo.

La noche se cernía cerrada sobre Estocolmo. Al ser viernes, la mayoría de los aparcamientos privados estaban completos, de manera que Billy, tuvo que aparcar a bastante distancia de la discoteca. Ágata torció el gesto en cuanto se percató de la larga caminata que le esperaba. No se había cambiado y los tacones le estaban destrozando los pies.

—¿Estás bien? —preguntó Billy cuando apenas quedaban unos metros para llegar.

—Sí, es sólo que estos zapatos me están matando —respondió tratando de borrar la mueca de dolor de su rostro.

—Sólo será unos minutos y te llevaré a casa.

Ágata asintió y siguió caminando, aunque sentía que le costaba cada vez más. Suspiró deseando llegar a casa y poder ponerse sus zapatillas con forma de vaca. Sabía que eran horteras y que estaban muy viejas, pero adoraba su comodidad. La pareja entró en la discoteca cuando Billy preguntó al portero por Corey.

Corey se abrazó a Ágata en cuanto ésta atravesó el reservado.

—No me lo puedo creer, la gran Valkiria. ¿Cómo estás, bombón? —preguntó mientras le daba un beso en la mejilla y la repasaba de arriba a abajo. Ágata no pudo reprimir una mueca de asco al sentirse observada por aquel hombre borracho.

Billy la agarró por los hombros y la apartó de aquel hombre.

—Te he traído la maqueta —dijo tendiéndole un *PenDrive* negro a Corey, que lo miró con los ojos entornados. Tras unos instantes de silencio, Corey reaccionó.

—¡Bien! ¡Perfecto! —exclamó y tomó el *PenDrive* para guardarlo en el bolsillo interior de su

chaqueta—. Y ahora, ¿queréis algo? ¿Una copa? ¿Algo más fuerte? Me ha llegado algo que seguro os gustará.

Ágata miró preocupada a Billy, esperando que se diera cuenta de cuánto deseaba salir de allí. La música tan alta, las luces y el calor de aquella sala unido al cansancio acumulado y su dolor de pies, comenzaba a agobiarla.

—No, gracias —respondió Bill serio mientras trataba de dirigirse a la salida.

—¡Eh! ¡Vamos! ¿Adónde vais? La noche es joven y hace mucho que no nos vemos, ¿por qué no os quedáis un poco? —Corey se sentó y con un ademán de su mano, los invitó a sentarse—. Vamos, Valkiria, sé que diste un concierto en febrero. Dime, ¿vas a volver? —Ágata miró de nuevo a Billy, deseaba marcharse, pero aquellos habían sido también sus amigos durante muchos años, por lo que, decidió quedarse un rato.

La pareja salió de la discoteca pasadas las dos de la madrugada. Aunque había pasado un buen rato, estaba cansada y sólo deseaba volver a casa. Los ojos se le cerraban, rindiéndose al sueño. Ágata sonrió al asimilar cuánto adoraba su nueva vida en aquel pequeño pueblo, y lo poco que extrañaba las salidas nocturnas. Tan ensimismada iba, que no reparó de la rejilla que había bajo sus pies, metiendo por error uno de los tacones entre las pequeñas aberturas y rompiendo así uno de sus zapatos favoritos.

Ágata cayó al suelo, propinándose un fuerte golpe en la cabeza y arrastrando con ella a Billy, pues, al sentir que perdía el equilibrio, se había agarrado a su brazo, haciendo que él cayera de bruces sobre ella.

El peso del cuerpo de aquel hombre la aplastó, dejándola sin aire durante unos segundos. Tras eso, el hombre se movió rápido y trató de levantarla.

—¿Estás bien? —le preguntó abrazándola para asegurarse que no volvería a caer. Ágata se llevó una mano hasta la sien donde se había golpeado, paladeando el sabor ferroso de la sangre en su boca—. Te has roto el labio y te has cortado, vamos. Te llevaré al hospital. Tras un par de segundos, Ágata se acarició la mejilla, sintiendo una punzada, luego trató de limpiarse el hilo de sangre que corría hasta la barbilla, amenazando con ensuciar el jersey de lana blanco que llevaba.

—Estoy bien —dijo, luego miró al suelo y se dio cuenta del estado de su zapato. Se agachó y lo cogió con tristeza—. Era mi favorito.

—¿En serio? ¿Tienes la cara hecha polvo y sólo piensas en tus zapatos? —preguntó el cantante incrédulo con una ceja en alto. Ágata se sonrojó, avergonzándose por su reacción, pero, aquellos zapatos eran los primeros que se había podido comprar tras su triunfo con K.A.M. y le tenía especial cariño. Billy sonrió—. Las mujeres sois muy raras.

Ágata rio y dejó que Bill le ayudara a andar. Sentía una fuerte punzada cada vez que apoyaba el talón en el suelo. Se había doblado el tobillo, no estaba roto, pero sabía que tardaría unos días en recuperarse. Bufó molesta con ella misma por su torpeza.

Pero, en el momento en que la pareja avanzó un par de metros, los flashes de una cámara de fotos los sorprendió, haciendo que Ágata se desorientara durante unos segundos.

—Valkiria, ¿es cierto que ha vuelto a los escenarios? ¿Ha vuelto también a las drogas? —con cada pregunta que el recién llegado *paparazzi* hacía, la cámara que llevaba entre las manos

sacaba una foto, desplegando un fogonazo potente que hacía que Ágata le costara enfocar la vista —. Por favor, Billy, ¿es cierto que han vuelto a retomar su relación donde la dejaron? ¿Podrían responder a alguna pregunta para la revista *Härt*?

Ágata se sentía desorientada y dolorida, pero al reconocer el nombre de aquella revista, le gritó al paparazzi:

—¡Lárguese! ¡Déjeme en paz!

El paparazzi se acercó y soltó una ráfaga de fotos a la pareja. Billy soltó a Ágata y, con dos zancadas, se plantó frente al periodista, arrancándole la cámara de las manos. Con un movimiento rápido la tiró al suelo, haciéndola añicos y, sin darle tiempo a reaccionar, cogió al muchacho por la solapa del abrigo y lo golpeó en la cara.

—¡Te ha dicho que te largues, desgraciado! —dijo con rabia empujándolo y elevando el puño para volver a golpearlo.

Ágata reaccionó en ese momento al ver cómo la nariz del paparazzi comenzaba a sangrar. Éste se agarraba el rostro y se quejaba mientras daba un par de pasos hacia atrás. La cantante agarró el brazo de Billy, frenándolo en su ataque.

—¡No! ¡Déjalo! —gritó asustada. El recuerdo de Gustaf embravecido a punto de golpear a aquel viejo drogadicto la asaltó. Aunque, aquella situación era diferente, no podía dejar de sentir lástima por aquel muchacho.

—¡Lárgate! —gritó Billy y observó con desprecio cómo el muchacho recogía los restos de su cámara y asentía asustado.

—¿Por qué le has golpeado? Puedes buscarte un problema —dijo Ágata asustada cruzándose de brazos encogida por el dolor de su tobillo. Billy se acercó hasta ella y sin dejarla reaccionar, la cogió en brazos, cargándola hasta el coche y evitando así que la hinchazón de su tobillo aumentara.

CAPÍTULO 55

Gustaf se levantó del sofá, apagó el televisor y se desperezó cuan largo era. Miró a su alrededor. Hacía seis días que Ágata había vuelto a Estocolmo y la casa le parecía vacía y oscura sin ella. Chasqueó la lengua molesto y se restregó los brazos para entrar en calor, tras eso, se dirigió a las escaleras que daban a su dormitorio. Pero, en el momento en que puso un pie en el primer peldaño, el sonido de unas llaves abriendo una cerradura lo pararon. Aguzó el oído y cayó en la cuenta de que el sonido venía de la puerta de la cocina, aquella que daba al patio trasero. En cuanto el carpintero atravesó el umbral, la sonrisa cansada de Ágata lo saludó.

—Hola —dijo casi en un susurro la cantante cerrando tras ella la puerta—. ¿No vas a darme un beso?

Gustaf sonrió y la agarró por la cintura aspirando su aroma a lavanda. Su lengua cálida y dulce

bailaba con la de él, su piel le transmitía un océano de sensaciones, cuánto la había extrañado aquellos días. La pasión fue, poco a poco, tomando el cuerpo del carpintero, que, sin pensar, le arrebató la bolsa de viaje y la tiró a un lado, le arrancó el abrigo a Ágata y la elevó sobre la encimera de la cocina, desnudándola con ansiedad. Pero, en cuanto sus manos acunaron su rostro y mordió su labio inferior, la cantante gritó y se removió alejándose de él.

El carpintero abrió los ojos y la miró preocupado. Un leve haz de luz, procedente de una farola que había en el exterior acariciaba el rostro de la cantante, mostrando un corte en el pómulo. Gustaf la acarició, percatándose de que su labio inferior comenzaba a sangrar. Aquello lo alarmó aún más, haciendo que cogiera el paño de cocina y se lo colocara en la boca, tratando de parar la hemorragia. Ágata suspiró y aguantó el paño, acariciando su mano con ternura mientras trataba de sonreírle. El carpintero frunció el ceño.

—Estoy bien. Me caí. Soy una torpe —dijo sonriendo y quitándole hierro al asunto.

Tras ayudarla a bajar de la encimera, Gustaf la siguió hasta el dormitorio, fijándose en la leve cojera que Ágata presentaba. El carpintero sentía un vacío en el pecho, una urgencia que le decía que algo había sucedido. Tras meterse en la cama ya en pijama, Gustaf se abrazó al cuerpo cálido de Ágata y la besó en la frente.

«¿*Qué ha pasado?*» preguntó en lengua de signos. Aunque Ágata no la dominaba muy bien, había aprendido algunas frases sencillas con las que comunicarse con Gustaf. Ésta le sonrió y le acarició el mentón.

—Sólo me he tropezado y me he caído —respondió acurrucándose en sus brazos. Ante la respuesta, Gustaf trató de insistir—. Gustaf, no seas crío. Estoy bien, por favor, vamos a dormir. Estoy muy cansada.

El carpintero se removió molesto, pero, en cuanto la respiración de Ágata se ralentizó, Gustaf le acarició el pómulo herido con ternura. Sentía que, desde que su vida en común había comenzado, un muro enorme comenzaba a separarlos. Una punzada de culpabilidad se coló en su pecho al darse cuenta que, en parte, deseaba que Ágata abandonara la vida de artista y volviera a su lado, siendo la muchacha dulce y tierna que trabajaba en la pastelería y luego lo abrazaba por las noches, susurrándole una canción de amor tierna al oído. Zarandeó la cabeza borrando aquellos pensamientos, pues sabía que Ágata era feliz, y, aquello, era lo único que debía importarle.

—¡Eh! Ágata, ¿por qué no bailas conmigo? —preguntó Eric con una sonrisa enorme mientras tiraba de ella y se la arrebató a Gustaf de los brazos. El carpintero la miró con el ceño fruncido. Aunque Ágata le había dicho que estaba bien, la había visto cojear al salir del baño y, cuando ésta se terminaba de poner de loción hidratante, se había fijado en el feo moretón que tenía en el tobillo.

—Estoy bien, puedo bailar. —Le sonrió regalándole un beso en la punta de la nariz. La cantante desapareció entre el gentío de la mano de Eric, dejándolo sólo con Adda. Ésta la miró con una sonrisa tímida, pero el carpintero la ignoró dándole un largo trago a su cerveza.

Tras dos canciones, Ágata seguía sin aparecer, y Adda no dejaba de mirarlo de soslayo. Cuanto más tiempo pasaba con aquella muchacha a su lado, más nervioso se ponía. Gustaf miró la hora en su reloj, pasaban las dos de la madrugada. Sentía el cansancio en el cuerpo entumecerle los músculos, y le molestaba un poco su vieja cicatriz, con parsimonia y tranquilidad, se acercó a una papelería para tirar el vaso de plástico. Fue al girarse cuando se encontró con los ojos azules de Adda.

—Gustaf —masculló retorciéndose con el dedo un mechón rubio de su pelo—. Tengo que decirte algo.

Gustaf torció el gesto, la última vez que la chica le dijo algo así, se había lanzado a sus brazos, abordándolo y besándolo delante de su hermano. Por instinto, el carpintero dio un paso atrás, y cruzó los brazos sobre el pecho. No deseaba tener que volver a rechazarla. Levantó las cejas y con un ademán de su cabeza, la invitó a seguir hablando.

—Es que, no sé si debería decírtelo, pero... —Adda se retorció el pelo y miraba preocupada a todos lados. En el momento en que la muchacha abrió de nuevo la boca para hablar, Eric se acercó con Ágata en sus brazos, abriéndose paso entre la gente.

—¡Gustaf! ¡Gustaf, ayúdame!

Ante la llamada de su amigo, corrió y tomó a Ágata, mirándola preocupado. Ésta se revolvió tratando de soltarse del agarre del carpintero y apoyándose en él con una mueca de dolor.

—Estoy bien, sólo me duele un poco el tobillo —dijo restregándose la pantorrilla. Trató de sonreír. Gustaf negó y, haciendo oídos sordos, la asió por la cintura y se la colocó al hombro, como si de un saco de patatas se tratara—. ¡Gustaf! ¡Gustaf, suéltame! —se rio la cantante.

—Eso te pasa por no dejar que te lleve yo, bella Julieta —le dijo Eric a Ágata entre carcajadas.

Ágata bufó, para luego meter las manos en los bolsillos traseros de Gustaf y amasar sus glúteos.

—Al menos las vistas desde aquí no están nada mal —dijo con picardía antes de propinarle un bocado en el trasero a Gustaf. Éste le dio un azote sonoro en el de ella—. Me las vas a pagar, Gustaf.

Cuando el carpintero soltó a la cantante en la cama, la descalzó con cuidado y miró preocupado el estado de su tobillo. Tenía un hematoma violeta que cubría el tobillo, por suerte, al mirarlo detenidamente, intuyó que sanaría bien. Le dio un beso en la planta del pie, haciéndole cosquillas a la cantante. Ésta le sonrió con picardía. Gustaf se metió en la cama con ella, disfrutando de su aroma, de su calor y, sobre todo, de volver a tenerla para ella después de una larga semana de ausencia.

A la mañana siguiente, Gustaf se sentó en la mesa de la cocina a la espera que Ágata bajara para desayunar. El café humeaba desprendiendo un delicioso aroma, las tostadas estaban calientes y, con ternura, le colocó un pequeño ramillete de lavanda al lado de su taza de café. Ágata entró restregándose los ojos y cojeando.

—Buenos días —dijo y le regaló un beso en la cabeza—. Estás muy suavecito, ¿te has afeitado hoy? —preguntó con una sonrisa mientras paseaba sus labios por la cabeza del carpintero. Aunque aquello no le hacía gracia, adoraba sentir los labios cálidos de Ágata sobre su piel.

Gustaf asintió y la cogió por la cintura, obligándola a sentarse en su regazo.

La cantante sonrió y cogió su taza de café.

—¿Tienes algún antiinflamatorio? Me duele mucho el tobillo.

Gustaf asintió y le regaló un beso en la nariz. Se removió, obligando a la cantante a sentarse en otra silla y, tras eso, se levantó para buscar el medicamento, entregándoselo a Ágata con un vaso de agua.

—Gracias —respondió la mujer, tragándose la pastilla antes de comenzar a devorar su desayuno—. ¿Qué vas a hacer hoy? —preguntó.

«*Taller*» Respondió en lengua de signos.

—¿Trabajarás hasta muy tarde? Me gustaría seguir aprendiendo más palabras.

Gustaf asintió con una sonrisa. A pesar de lo ocupada que había estado los últimos meses, Ágata siempre sacaba un rato para aprender la lengua de signos, y aquello hacía que se sintiera muy orgulloso de la mujer que tenía a su lado. Le acarició el mentón y se enredó en un beso apasionado. Pero, en mitad de aquel beso, el teléfono de Ágata sonó. La cantante alargó la mano y cogió el teléfono sin despegar sus labios de Gustaf, pero enseguida se separó de él.

—Es de la consulta del doctor Praymore, tengo que responder —susurró a sus labios. Gustaf se separó a regañadientes, pero prefería a Stellan mil veces, antes que las llamadas de su representante—. Buenos días, —respondió Ágata con una sonrisa. Gustaf se levantó, recogiendo el resto del desayuno. Sonrió a Ágata antes de girarse y comenzar a fregar las tazas.

—No vi el mensaje, lo siento. Iré enseguida, gracias. ¿Me verá el doctor Stellan? —preguntó Ágata con una ceja en alto—. ¿De vacaciones? Entiendo... Está bien... El doctor Strike en ese caso—. Gustaf se giró con una ceja en alto al oír cómo se levantaba para salir de la cocina. Tras unos minutos, la cantante bajó cojeando se acercó de nuevo y le dio un beso en la mejilla—. El doctor Stellan está de vacaciones, al parecer me adelantaron la cita, pero con todo lo del disco no he visto el mensaje.

Gustaf la miró con el ceño fruncido. Ágata nunca había olvidado una cita con el doctor Praymore y mucho menos cuando se trataba de las pruebas antidrogas. El carpintero se quedó serio mientras la observaba salir de la casa.

Tras su marcha, Gustaf terminó de recoger la cocina, bajó las escaleras y se metió en su taller. Pero no había pasado ni media hora cuando Adda entró con una revista entre las manos. Sus ojos azules se clavaron serios en los grises de Gustaf, la boca de la muchacha dibujaba una fina línea apretada.

—Gustaf, tengo que decirte algo. —La voz de la muchacha se fue quebrando a medida que las palabras salían de sus labios—. Es sobre Ágata.

Adda se encogió de hombros y se llevó al pecho la revista que tenía entre las manos. Gustaf frunció el ceño, entre curioso y molesto. Tras unos instantes en los que el carpintero comenzaba a desesperarse, levantó las cejas e hizo un ademán con la mano derecha, invitándola a hablar.

—Pues... —Adda tomó aire y cerró los ojos—. Te está engañando.

Gustaf frunció el ceño y bufó. Sabía que Adda aún podía sentir algo por él, ya que había

notado sus miradas y sonrisas furtivas cuando Ágata se daba la vuelta, pero no podía creer que inventara aquellas mentiras para separarlo de la mujer que amaba. Molesto y sin ganas de escucharla, señaló la puerta por la que la muchacha había entrado.

—No te estoy mintiendo —masculló la muchacha mirándolo a los ojos—. Tengo pruebas. Lleva engañándote desde febrero, todas las veces que Ágata ha ido a Estocolmo se ha estado viendo con Billy.

Adda abrió la revista que tenía entre las manos y le mostró unas imágenes al carpintero. Gustaf negó de nuevo tratando de apartar aquella revista, pero, sin poder evitarlo, tomó la revista le tendía y observó las fotografías, haciendo que se le parase el corazón.

Valkiria y Billy McTaylor ¿Juntos de nuevo?

Gustaf abrió los ojos y se sentó en un taburete que había próximo para mirar las fotografías que había. En una de ellas se veía a Ágata pasear charlando con Billy y éste le sonreía de vuelta. En otra, el cantante le abría la puerta del bloque de viviendas en la que Ágata residía en la capital, dejándola pasar a ella antes. En otra imagen se veía a la pareja salir agarrados del brazo de una discoteca. Tras esa, se veía a la cantante tirada en el suelo, tratando de levantarse.

Valkiria cae al suelo, mostrando signos de haber ingerido algo más que alcohol. ¿Ha vuelto a las andadas tras la rehabilitación?

Aquel pie de fotografía enloqueció a Gustaf. Pero lo que más le dolió fue la última imagen, aquella en la que Billy llevaba en volandas a Ágata hasta el coche, mientras el pómulo de ella sangraba. Eso le confirmaba que había pasado hacía sólo un par de días. Parpadeó incrédulo ante la visión de lo que sus manos sujetaban, pero, algo en su corazón le decía que no era cierto. Sabía bien que las revistas de prensa amarilla mentían y distorsionaban la realidad, con la única intención de destruir las reputaciones de los famosos. Miró con desprecio a Adda, tras eso, señaló la puerta de nuevo.

—¡Está todo ahí! —dijo la muchacha. Gustaf negó de nuevo y dejó la revista con un golpe violento sobre la mesa de trabajo, haciendo que Adda diera un respingo, asustada. Volvió a señalar la puerta con la mandíbula apretada. Adda lo miró rabiosa—. ¿Por qué no quieres verlo? Es una mentirosa. ¡No merece que la quieras! —le gritó malhumorada y roja por el enfado. Tras eso, se calló y desvió la mirada al suelo dejándose llevar por el llanto—: Mereces a alguien mejor —Adda levantó sus ojos azules—. Yo te quiero, Gustaf. Estoy enamorada de ti desde que era una niña. ¿¡Por qué no te das cuenta de que ella no te conviene!?

Gustaf se levantó del taburete y la miró con desprecio. Adda estaba tratando de utilizar las mentiras de aquella revista para sembrar la duda y separarlo de Ágata. Aquello lo enfadó mucho más, haciendo que un profundo desprecio le corroyera la poca estima que le quedaba por aquella muchacha. Ágata lo amaba, se lo había dicho muchas veces y se lo demostraba a diario. Las palabras hirientes de Adda no eran más que el berrinche de una niña que lloraba por aquello que

no podía tener. Gustaf volvió a negar, y, cerrando su mano grande alrededor del delgado brazo de la muchacha, la zarandeó con violencia guiándola hasta la mesa de trabajo. Allí cogió un trozo de papel y un lápiz, escribió unas líneas y se lo tendió. El rostro de Adda daba paso a una mueca dolorida con cada palabra que leía.

Amo a Ágata y no la voy a dejar. Deja de inventar mentiras.

Las lágrimas surcaban el rostro de Adda, su nariz se enrojeció y su labio inferior comenzó a temblar con violencia. Arrugó la nota y la tiró al otro lado de la habitación.

—¡No son mentiras! ¡Te engaña y ni siquiera se molesta en ocultarlo! —gritó arrastrada por un llanto desconsolado, antes de salir corriendo por la misma puerta por la que había entrado.

Gustaf bufó molesto y cerró la puerta del taller con un portazo para tratar de soltar la rabia que se había colado en su corazón. Tres horas más tarde, la voz dulce y alegre de Ágata lo sacó de sus pensamientos.

CAPÍTULO 56

—¡Estoy en casa! —gritó la cantante con alegría. Gustaf salió del taller y se dirigió a la cocina, encontrándose a Ágata cojeando mientras cargaba con varias bolsas muy pesadas—. He aprovechado para hacer la compra —dijo sonriéndole.

El carpintero se movió rápido y le quitó todo el peso, tras eso, Ágata se sentó en una silla para recuperar el aliento y restregarse el tobillo.

—El doctor Strike dice que tengo un esguince. Se me pasará, pero debo quedarme quieta y no andar —dijo con una mueca de desagrado en la boca. El carpintero se arrodilló frente a ella y la besó con ansiedad. El mal rato que Adda le había hecho pasar, más la multitud de pensamientos y miedos que lo asaltaban desde entonces, lo corroían. Necesitaba el calor y el consuelo que sólo las manos y la voz de Ágata podían darle. La cantante lo abrazó y acunó su rostro con sus manos—. ¿Qué te pasa? No he tardado tanto. —Sonrió. El carpintero la abrazó y la tomó entre sus brazos, llevándola hasta el sofá.

Gustaf se pasó todo el día cuidando de Ágata, mimándola y evitando que se moviera en exceso. La pareja pasó la tarde tumbada viendo un par de películas alemanas que Ágata adoraba. Tras eso, Gustaf se dedicó a enseñarle unas cuantas palabras más en lengua de signos, terminando la jornada sentados en la alfombra abrazados, escuchando soul.

Ágata se levantó y se desperezó bajo la mirada reprobatoria de Gustaf. Tras eso le sonrió traviesa.

—Adoro a *Ray Charles* y su *The Road Jack*, pero ya es tarde —dijo recogiendo los restos de la cena en una bandeja. Gustaf se levantó para arrebatarla y señalar las escaleras con la cabeza—.

Está bien —respondió la cantante regalándole un beso en la mejilla—. Te espero en la cama.

El carpintero dejó los restos de la cena en el fregadero y suspiró. Apagó las luces de la cocina y el salón, pasando por la puerta que daba al taller. Se quedó mirando al interior de su lugar de trabajo, fijando la vista en la revista que había sobre la mesa de madera. Se acercó a ella y la tomó, observando de nuevo las imágenes. Sabía que la mujer que en su dormitorio lo esperaba lo quería, se había desnudado en cuerpo y alma ante él, le había regalado su cariño y sus miedos, había visto lo mejor y lo peor de ella. En su corazón, Gustaf sentía que todo estaba en orden, de manera que tiró la revista a la papelera y subió en busca del amor de su vida.

Ágata se había puesto un pijama celeste decorado con corazones rojos. Gustaf la miró con una ceja en alto, y ésta le respondió con una sonrisa.

—¿Qué? ¿No te gusta mi nuevo pijama? —preguntó extendiendo los brazos y girándose para mostrarle todo su atuendo—. La chica dijo que es lo último en ropa erótica. —Agregó con un tono burlón. El carpintero se acercó a ella divertido, propinándole un azote en el trasero. Ágata dio un respingo y lo miró con el ceño fruncido—. Últimamente te gusta demasiado mi trasero, ¿no te parece?

Gustaf le sonrió, había conseguido que se ofuscara y eso le encantaba. Ver el brillo de sus ojos, cómo lo miraba con las cejas en alto y elevaba el mentón fingiendo estar herida en su orgullo. En cuanto la cantante se metió entre las mantas, Gustaf se desnudó y se puso el pantalón de pijama, acomodándose a su lado. Ágata se acercó y comenzó a acariciarle el pecho con suavidad, acto que le decía al carpintero que aquella noche, era sólo para descansar. Gustaf enredó sus dedos en el pelo corto de la cantante y le regaló un beso en la frente. Pero, en cuanto ésta se recostó sobre la almohada, Gustaf no pudo evitar preguntarle.

«Viaje»

—¿Quieres saber cuándo me voy de nuevo? —preguntó la cantante con una mueca de disgusto en la boca. Gustaf negó y se giró, buscando un pequeño cuaderno y un lápiz que siempre guardaba en la mesita de noche, anotó un par de palabras en él y se lo tendió a Ágata. Ésta lo leyó y lo miró seria, casi preocupada—. He estado trabajando, terminé de grabar el disco y me hice un reportaje nuevo. Tras eso, volví —respondió antes de acomodarse de nuevo.

Gustaf volvió a escribir en el cuaderno y a tendérselo a Ágata.

—Claro que he visto a gente allí: a Ray, a los chicos que tocarán, no sé... —Ágata chasqueó la lengua molesta—. No me apetece seguir hablando de mi trabajo.

«¿Amigos?»

Ágata lo miró extrañada. Gustaf se sentía cada vez más frustrado. Deseaba saber qué había hecho y con quién, necesitaba saber que esas imágenes que había visto no eran reales y que todo era un montaje de la prensa; sin embargo, la cantante no le decía nada.

—¿Quieres que hablemos de nuestros amigos? —preguntó Ágata. Gustaf negó y la señaló—. ¿Quieres hablar de mis amigos? —Gustaf asintió y luego gesticuló la palabra “viaje” de nuevo—. ¿Quieres saber si he estado con mis amigos en Estocolmo?

Gustaf asintió aliviado en cuanto la cantante lo entendió, de manera que se dejó caer sobre la almohada y esperó paciente a que Ágata hablara. La cantante le contó que los componentes de

K.A.M. habían pasado a saludarla durante el reportaje fotográfico, le relató los aburridos almuerzos con su representante, que había pasado a ver al doctor Dawson, también que había dejado unas flores en la tumba de Klara en Uppsala. Y por último, cuando Gustaf sentía que su corazón se le arrugaba a causa del miedo y los celos, Ágata le habló de Billy.

—Cenamos en uno de mis restaurantes favoritos, quería disculparse por... —Ágata titubeó y luego suspiró—. Por una tontería. Tras eso, lo acompañé a una discoteca donde lo esperaba su compositor, le entregó una maqueta y al salir de allí, me tropecé y me caí. Luego, Billy golpeó a un paparazzi y me llevó a casa.

Gustaf sentía que su corazón volvía a latir, haciendo que la culpa por dudar de ella lo invadiera, ahogándolo en cuestión de segundos. Sin poder evitarlo, se abrazó a ella y le regaló un beso.

Gustaf apagó el despertador y bufó molesto. Al ver que apenas eran las siete de la mañana, se giró en la cama y buscó el calor de Ágata. Al no encontrarla se incorporó, buscándola por la habitación, se tranquilizó cuando la cantante apareció con una enorme taza de café en las manos y se sentó en la orilla de la cama.

—Buenos días —dijo cariñosa entregándole el *cappuccino* que le había preparado. Gustaf se acomodó y le dio el primer sorbo. Ágata lo miró preocupada—. Anoche te removías mucho, ¿has tenido alguna pesadilla?

Gustaf le dio otro sorbo a su café, evitando responder a la pregunta. Había tenido una pesadilla horrible que no dejó de repetirse en toda la noche. Aunque estaba más tranquilo desde que Ágata le contó acerca de su salida con Billy y cómo se había caído, su mente no dejaba de divagar e imaginarse a la cantante en brazos de aquel hombre. Sintió un pellizco de culpa en el pecho que lo obligó a dejar la taza en la mesita de noche y abrazarse a la cantante. Ágata soltó una carcajada de sorpresa antes de romper la distancia que los separaba y besarlo.

—Te quiero.

Tras desayunar, ducharse y vestirse, el carpintero le regaló un beso a Ágata antes de meterse en su taller y tratar de adelantar todo el trabajo atrasado del día anterior. De vez en cuando, miraba de reojo la papelera donde había arrojado la revista, sintiendo una punzada de culpa cada vez que lo hacía.

Fue a las once de la mañana cuando alguien llamó al timbre, haciendo que Gustaf dejara su trabajo para abrir la puerta. El carpintero se sacudió el serrín, se quitó el mandil que se había puesto y accedió al salón. En ese momento, Ágata bajaba por las escaleras. Gustaf abrió la puerta, encontrándose con la mirada seria de un hombre que no había visto antes.

—¿Puedo hablar con Ágata? —preguntó el hombre para restregarse las manos. Gustaf asintió y se apartó, dejando que pasara.

—Doctor Strike —dijo Ágata mientras terminaba de bajar cojeando, tras eso, sus ojos se cruzaron con los de Gustaf. En su iris avellana, el carpintero pudo vislumbrar un atisbo de pánico

—. ¿Sucedó algo?

La cantante se acercó hasta sentarse en el sofá, tras ella, lo hizo el médico. Gustaf trató de cerrar la puerta, pero la mano grande de un hombre ataviado con un uniforme de enfermero lo frenó y entró en la casa, siguiendo los pasos del doctor. Gustaf frunció el ceño molesto, cerrando la puerta y acercándose a Ágata.

—Ágata, ¿has tomado heroína o cualquier droga durante los tres días previos a los análisis? —preguntó el sustituto de Stellan sin rodeos y mirando a los ojos de la cantante. Ágata abrió la boca y se quedó impertérrita unos segundos. Gustaf sintió su corazón pararse en ese momento.

Ágata lo miró con el rostro desencajado unos segundos y luego se dirigió al médico, negando con la cabeza.

—No, yo...

—Ágata, por favor. Le ruego que sea sincera. Las recaídas son muy frecuentes, no sería la primera paciente a quien le sucede —respondió el médico tomándola de la mano. Ágata lo miró sin responder, con el rostro blanco. Al ver que no reaccionaba, el médico continuó—: He repetido las pruebas tres veces, pero ha dado positivo en todas. Me temo que, siguiendo las instrucciones del doctor Dawson, debe volver hoy mismo a Estocolmo.

En ese momento, para Gustaf, el mundo dejó de girar, el suelo se hundió bajo sus pies y su corazón estalló en mil pedazos. El carpintero dirigió la mirada hacia los ojos avellana de Ágata, la mujer lo miraba asustada, sus lágrimas rodaban por sus mejillas. En ese momento, Gustaf se dio cuenta de las mentiras que le había contado la noche anterior. Negó con la cabeza, alejándose de la mano que Ágata le tendía.

—Gustaf, por favor —gimoteó. Ágata tomó sus manos con las de ella y le besó en el dorso—. No, por favor. Escúchame, hay una explicación para esto. No he tomado nada. Lo juro, Gustaf. Te amo.

Al oír aquellas dos palabras, aquel sentimiento mancillado con el veneno de la mentira, el cuerpo de Gustaf reaccionó. Se soltó del agarre de la cantante y salió en busca de la revista que había tirado en la papelería del taller, mostrándosela a su vuelta. Gustaf gruñó enfadado, al saberse engañado. Aquellas imágenes desmoronaban la historia que Ágata le había contado y explicaban que las pruebas antidrogas dieran positivo. La cantante miró las fotos y tras eso, a él.

—Esto no es cierto, Gustaf, por favor —dijo con agonía y desesperación en la voz—. Te amo, por favor, escúchame.

Gustaf sentía la sangre de su cuerpo hervir. Se movía por el salón enfadado, como si de un león enjaulado se tratara. Deseaba poder hablar, poder gritar y pedirle explicaciones. Se llevó las manos a la cabeza frustrado por no poder expresar todo lo que sentía en ese momento. La cantante tiró la revista sobre el sofá del salón y se acercó, tratando de calmarlo.

—Gustaf, no sé qué ha pasado, pero esto no es cierto. No me he drogado, no te he engañado. La prensa siempre miente. Por favor, escúchame.

En ese momento, el doctor Strike se puso de pie y miró serio a la cantante, con la revista entre las manos.

—Ágata, tal vez las imágenes de esta revista mientan, pero las pruebas médicas no lo hacen

nunca. —Comenzó a decir serio, zanjando así la discusión de la pareja—. Por favor, recoja sus cosas, el enfermero Parlsön le acompañará hasta Estocolmo. Podrá viajar en su coche, en tren o en ambulancia, como prefiera, pero se marchará hoy mismo. El doctor Dawson la está esperando en el centro de rehabilitación.

Gustaf sentía como una garra de oscuridad, tristeza y sobre todo de decepción le arrancaba el corazón, dejando un enorme vacío en su alma. Miró a Ágata por última vez, antes de sentir cómo el llanto se apoderaba de su cuerpo. Sin esperar reacción alguna por parte de la cantante, el médico o el enfermero, Gustaf salió de su casa, roto por el dolor que le causaba el engaño de la única mujer que había llegado a amar.

CAPÍTULO 57

Tras una semana desde la marcha de Ágata, Gustaf seguía encerrado en su casa. Apenas comía, y mucho menos tenía ganas de trabajar. Lo único que el carpintero hacía era pasearse como alma en pena por la buhardilla, mirando la nada mientras sostenía entre sus manos la camisa del pijama de Ágata. La añoraba y la detestaba a partes iguales, sentía que aquella mujer se había reído de él, pero, por otro lado, al recordar sus ojos húmedos por las lágrimas y su rostro desesperado, su corazón le decía que había sinceridad en sus palabras, en su mirada.

Gustaf volvió a caer preso del llanto una vez más. Estaba sentado en la orilla de la cama, con el pijama de la cantante entre sus grandes manos cuando alguien llamó al timbre. Trató de ignorar al visitante, dando por hecho que sería Eric, Igor o su madre, para tratar de animarlo. Pero, tras diez minutos de insistencia, terminó por ceder. Se secó las lágrimas y bajó las escaleras con lentitud. Al abrir, sus ojos grises tropezaron con los de un hombre que no estaba seguro de haber visto antes. Frunció el ceño y se recostó sobre el quicio de la puerta.

—Soy Raymond, el representante de Ágata —dijo serio el hombre rechoncho y bajito que se presentaba ante él, enchaquetado y alargando una mano. Gustaf no se inmutó y Ray, al percatarse de que no aceptaría su mano, carraspeó y se removió en su lugar—. Está bien. Iré al grano. He venido a por las cosas de Ágata. ¿Puedo pasar?

Gustaf resopló y abrió la puerta para dejarlo entrar. Al verlo cruzar el umbral, pensó que cuanto antes hiciera desaparecer las cosas de la cantante, antes podría tratar de recuperar su vida. Pero, tan rápido como ese pensamiento entró en su mente, desapareció, sustituyéndose por un miedo irracional a perder todos los recuerdos que le ataban a Ágata. Sus instrumentos, su ropa, su olor, sus recuerdos, sus sonrisas, sus lágrimas, su calor. Todo aquello desaparecería con Ray; Gustaf sintió un vacío enorme en su pecho.

Cuando el carpintero quiso cerrar la puerta, una mano grande se lo impidió. Se encontró entonces con la mirada marrón de Billy, y todo el amasijo de tristeza y anhelo se transformó en rabia. Sentía la ira subirle y teñirle el rostro. Billy se presentó ante él, con una sonrisa cínica, casi de satisfacción en los labios. Gustaf gruñó enfado.

—Billy, te he dicho que te quedes fuera —lo reprendió Ray. Éste se encogió de hombros y se

acercó a su lado.

—¿Y vas a poder tú sólo con todos los trastos? —preguntó con chulería. Raymond negó poniendo los ojos en blanco—. Ya me parecía a mí.

—Muchacho, ¿nos podrías decir dónde están los instrumentos de Ágata? —preguntó Ray con un tono más suave y amable. Gustaf suspiró ignorando las miradas de Billy. Asintió y con un ademán de su mano le pidió que lo siguiera escaleras arriba.

En silencio y durante más de media hora, Billy y Raymond fueron sacando, junto con un ayudante, todos los instrumentos musicales de Ágata, su ordenador, sus amplificadores, sus auriculares, sus cuadernos y el resto de las prendas de ropa que quedaban en su armario. Gustaf se apoyó en la pared cercana a la puerta, a la espera de que Raymond terminara de arrebatarse sus recuerdos.

—¿Está todo, Ray? —preguntó Bill tras bajar la última caja con ropa de la cantante.

—Sí.

—Te espero en el coche —dijo acercándose a la puerta. Al pasar por delante del carpintero le regaló una sonrisa torcida. Gustaf sentía cómo lo llevaban los demonios. Deseaba golpearlo hasta borrarle aquella mueca cínica y chulesca. Sentía que aquel hombre había roto su relación, había entrado en su vida irrumpiendo y arrebatándole lo único que le daba sentido. Negó con la cabeza, sabiendo que dos no juegan si uno no quiere; y Ágata había entrado en el juego de Bill, pisoteando así su corazón. Aunque no lo soportaba, sentía que aquel hombre no era el culpable de su ruptura, estaba enamorado de Ágata igual que él, y ella había elegido. La mano de Raymond sobre su codo lo sacó de sus pensamientos.

—Muchacho, aún falta algo. Ágata tiene un joyero de plata que le regaló Marco, ¿podrías dármelo?

Gustaf tragó saliva. Resignado, subió hasta el dormitorio, cogió la caja de plata y la miró con detenimiento. Sabía que dentro estaban los recuerdos más hermosos y dolorosos de la cantante, recuerdos que él aún no conocía. Se preguntó si él estaría entre aquellos recuerdos, y si era así, deseaba saber si era un recuerdo feliz o uno doloroso. Cerró los ojos con fuerza unos segundos, tratando de tragar las lágrimas que volvían a luchar por salir. Bajó rápido y le entregó el joyero a aquel hombre.

—Gracias —masculló con un asentimiento. Tras eso, Ray se acercó a la puerta con la intención de marcharse, pero, se paró unos segundos, y sin mirar a Gustaf, habló—: Lamento mucho que vuestra relación se haya roto. —Se giró y clavó sus ojos en los del carpintero—. Te lo digo de verdad. Lo siento.

Gustaf asintió y esperó a que Raymond desapareciera.

Dos semanas más tuvieron que pasar para que Gustaf volviera a su taller. Aunque seguía sin salir de su casa salvo para hacer la compra. Al menos había vuelto a una rutina donde su trabajo suponía la única desconexión con la tristeza y la ira que lo invadía cada vez que sus pensamientos volvían al día de la marcha de Ágata.

Fue a las diez de la mañana cuando el sonido de su teléfono lo sacó de su trabajo. Extrañado por recibir una llamada, sacó el teléfono del bolsillo trasero de su pantalón y miró la pantalla; no reconocía aquel número, de manera que lo ignoró hasta que el teléfono dejó de sonar. Pero, segundos más tardes, volvía a sonar. Gustaf gruñó molesto, de manera que descolgó la llamada.

—¿Gustaf? —La voz triste de Ágata hizo que se le cortara la respiración—. Gustaf, te quiero.

Al oír aquellas palabras, la ira se apoderó de su cuerpo, haciendo que colgara la llamada y tirase con rabia el teléfono contra el suelo. Ágata le había mentido y se había reído de él, y, aunque la extrañaba, su orgullo no le permitía perdonarla.

Ágata se secó una lágrima en cuanto terminó de tocar las últimas notas. Había pasado más de un mes desde que llamara a Gustaf y éste le colgara tras oírla hablar. Suspiró, cerró la tapa del piano y se encaminó de vuelta a su habitación.

Desde que había llegado al centro de rehabilitación, se había sumido en una rutina que consistía en comer, hacer una hora de terapia diaria y tocar el piano un par de horas en la capilla. El resto del día, la cantante la pasaba sola en su dormitorio, aislada del mundo. Una vez a la semana llamaba a Artur e Ingrid, y al menos dos veces hablaba con Eric. Ray pasaba a verla unos minutos todos los miércoles y Billy una hora todos los días.

Ágata se sentó en su escritorio, con una hoja de papel en blanco y un bolígrafo azul en la mano. Miró una de las fotos que tenía sobre su joyero y sonrió con nostalgia al verse rodeada por los brazos y el amor de Gustaf. Suspiró y comenzó a escribir otra carta que nunca llegaría a enviar, pues sabía que Gustaf nunca la leería. Cuando terminó, su mirada se perdió en la oscuridad de la noche que asomaba por la ventana.

A la tarde siguiente, el teléfono que tenía en su mesita de noche la sobresaltó.

—*Señorita Smochllend, tiene una llamada* —dijo la telefonista. Sin esperar su respuesta,

Ágata oyó unos pitidos que la conectarían con su interlocutor.

—*¿Ágata? Soy yo, cariño, Ingrid.* —La voz suave de aquella mujer la sobrecogió y la acunó, calmando un poco su corazón—. *¿Cómo estás hoy?*

—Estoy bien —respondió mientras se sentaba en el suelo con la espalda sobre la pared—. ¿Y usted?

—*Estoy muy bien. Elías te manda saludos y dice que te recuperes pronto. Estamos deseando volver a verte, niña.*

—Y yo a vosotros —respondió con un amago de sonrisa. Hablar con Ingrid la entristecía más que alegrarle, pues siempre le recordaba que ya no tenía a su lado a Gustaf. Tragó saliva y, tras unos instantes de silencio, Ágata le preguntó, por primera vez, por el carpintero a su madre.

—*Está destrozado, hija. Te echa de menos, apenas come, y tampoco sale de casa, por eso*

debes recuperarte y volver. Debes hacer las paces con mi hijo de nuevo.

Ágata se llevó una mano hasta los labios, tratando de ahogar el llanto. Aquel hombre estaba sufriendo tanto como ella y eso le destrozaba el corazón.

—Yo también lo extraño, Ingrid.

—*¿Y por qué no lo llamas? Envíale un mensaje, una carta... ¡haz algo!*

—¡No puedo! —Ágata dejó que el llanto saliera, no podía más con aquella presión, con aquella desesperación que le quemaba el alma—. Gustaf no quiere saber nada de mí, Ingrid. He tratado de llamarlo, de hablar con él, pero...

Las palabras de Ágata se apagaron poco a poco. Sentía un vacío enorme donde antes tenía el corazón. Desde que había salido de Långträsk, de su hogar, Ágata había perdido todo lo que le daba sentido a su vida, abandonando junto a Gustaf, su corazón y su alma.

—*Tienes que seguir intentándolo, pequeña.* —La interrumpió Ingrid—. *Mi hijo es un cabezota orgulloso, como su padre, pero te quiere con toda su alma. Sé que no es fácil, pero debes intentarlo. No desespere.*

Ágata negó con la cabeza y sollozó.

—He metido la pata —dijo entrecortada—. Si no hubiera vuelto a los escenarios, si no hubiera salido de allí, nada de esto habría pasado. Lo siento.

Ágata colgó el teléfono y lloró durante horas, sentada frente a la ventana de su dormitorio. Cuando secó sus lágrimas, sus ojos se clavaron en el pequeño corral que había al otro lado del patio trasero del centro de rehabilitación. Recordó entonces que no había visto a Frida en dos días, de manera que se calzó y salió a buscarla.

En cuanto abrió la puerta del corral, aquella gallina destartada se acercó a sus pies, acurrucándose entre ellos. Ágata sonrió y la cogió con ternura, la abrazó contra su pecho y se marchó con ella hasta la capilla. Aquel animal era lo único que la unía a Långträsk. Acariciarla mientras se dormía en su regazo la calmaba y, aunque sabía que, si el doctor Dawson o cualquier enfermero del centro la veía la regañarían, poco le importaba a la cantante. Tener a su mascota con ella hacía que, durante unos minutos, volviera a sentirse feliz. Entró con cuidado en el edificio central y se dirigió a la capilla. Sabía que a aquella hora, no habría allí nadie que la pudiera molestar.

Entró con cuidado y cerró la puerta, tras eso, soltó a Frida en el suelo. La observó dirigirse veloz hasta la pila bautismal que había escondida en un rincón. Ágata frunció el ceño, no entendía la razón de aquella pila, pues era la capilla de un centro de rehabilitación, pero, sin pensarlo mucho, se encogió de hombros y se dirigió al piano.

Abrió la tapa y acarició las teclas. Miró de nuevo hacia la pila bautismal, pero desde dónde ella estaba, no alcanzaba a ver a la gallina. Un chapoteo le indicaba que Frida estaba allí dentro. Tras suspirar, la cantante cerró los ojos y se perdió de nuevo en aquella melodía que había compuesto para el hombre que le había devuelto la felicidad. Tocó durante dos horas sin interrupción, sumida en la tristeza, la añoranza y el desconsuelo. Tocó recordando lo feliz que había sido entre los brazos de Gustaf, rememorando cada beso, cada suspiro, cada sonrisa y cada caricia. Deseaba poder volver a su lado, pero sentía que aquello era imposible. Ágata sabía que

no era más que una drogadicta, una mujer que lo había perdido todo, alguien que siempre defraudaba a todos los que quería. Pero ella no quería a Gustaf, lo amaba con todas sus fuerzas; y, por esa misma razón, por ese amor que le tenía, Ágata sabía que debía alejarse de él.

—Él no se merece que yo le haga daño, Frida —dijo en un susurro triste. Tras eso, llevó las manos hasta las teclas del piano, dibujando de nuevo melodías al aire. Pero, cuando llegó a la mitad de la canción, la puerta de la capilla se abrió, dando paso a un hombre alto y pelirrojo. Ágata se levantó y lo miró con el ceño fruncido, en cuanto sus ojos conectaron, la cantante se dio cuenta de que aquel muchacho andaba algo perdido.

—Hola, eh... Buscaba al doctor Dawson —dijo acercándose a ella y observando todo a su alrededor. Ágata inclinó la cabeza, tanto su aspecto como su acento lo delataba como extranjero.

—No está aquí —respondió la cantante extendiendo los brazos—. Esto es la capilla, seguramente está en su despacho. —El hombre asintió y metió las manos en los bolsillos de su pantalón—. No sabes dónde está, ¿verdad?

—No. Bueno sí, es que —tartamudeó desviando la mirada al suelo—. Oí el piano. Toca muy bien. —Sonrió.

—Gracias —respondió Ágata acercándose y tendiéndole una mano—. Soy Ágata Schmollend.

—Encantado, soy el doctor Caws. —Se presentó estrechando su mano y sonriéndole.

—¿Es nuevo, doctor? —preguntó Ágata mirándolo a los ojos.

—No, no —respondió azorado—. El doctor Dawson es un viejo amigo, sólo he venido de visita.

Ágata asintió y se acercó hasta la pila bautismal para recoger a Frida. Pero, en cuanto se acercó a Elliot, se percató de su mirada incrédula.

—Ésta es Frida —dijo levantando al ave para que el doctor Caws pudiera verla—. Es mi gallina.

—¿La ha sacado de la pila bautismal? —preguntó con una ceja en alto.

—Sí, le encanta bañarse en ella —respondió. El doctor Caws se quedó unos instantes mirando a Frida, tras eso, zarandeó la cabeza y sonrió. Ágata frunció el ceño, aquel hombre era muy extraño—. ¿Está bien, doctor?

—Sí, sí, es sólo que, pensaba en lo maravillosas que son las casualidades.

Ágata se quedó mirándolo en silencio unos instantes.

—Nada sucede por casualidad —respondió pensativa la cantante, tras eso parpadeó dos veces y desechó el pensamiento que revoloteaba sobre su cabeza—. Vamos, le llevaré con el doctor Dawson.

CAPÍTULO 58

Ágata abrió los ojos de par en par en cuanto vio a Eric correr hacia ella con los brazos abiertos. De todas las visitas que había tenido en los últimos dos meses, aquella era la que más feliz le hacía. Sonrió, y en cuanto Eric llegó a su altura, se perdió en su abrazo, disfrutando de su olor y del calor de su cuerpo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó sin poder borrar la sonrisa cuando se separó de él y se sentaron en uno de los bancos del patio. Eric le tomó las manos y le regaló un beso en el dorso.

—El instituto programó una excursión y necesitaban profesores voluntarios. Ahora mismo debería estar en el *Museo Nobel*, pero me he escapado para verte —respondió orgulloso. Con mimo le retiró uno de los mechones de la frente a la cantante—. ¿Cómo estás, bella Julieta? Te extraño mucho.

—Y yo a ti, Eric —dijo con un suspiro. Tras eso, Ágata desvió la mirada a su regazo y tomó aire, no pudo evitar preguntarle por Gustaf.

—Está muerto en vida, Ágata. Lo vuestro lo ha destrozado. Ni Igor, que lo conoce de siempre, recuerda haberlo visto tan deprimido. No sale de casa. —Eric frunció el ceño y la miró unos segundos—. Tú no estás mejor que él, ¿me equivoco?

—No. Estos meses han sido un tormento sin Gustaf, pero... —Ágata cerró los ojos y se secó una lágrima rebelde—. Tengo que aprender a vivir sin él.

—Tienes que volver, ¿cuándo saldrás?

—En unos días me darán el alta y oficialmente habré terminado la rehabilitación.

—Entonces, cuando salgas, vuelve a casa, habla con él —le rogó acariciándole el mentón. Ágata sentía una presión en el pecho, negó—. Ágata, escúchame. —Eric la miraba serio y con el ceño fruncido—. Por favor, sé sincera conmigo, ¿las revistas están diciendo la verdad? ¿Te drogaste y engañaste a Gustaf?

Ágata sintió la ira recorrerle el cuerpo, sin poder evitarlo se soltó del agarre del muchacho y se levantó, alejándose de él.

—¡No! —gritó enfadada, luego se giró y miró con rabia contenida a Eric—. No me he drogado, no he engañado a Gustaf, lo único que he hecho es quererlo. ¡Joder! ¿Por qué todo se vuelve en mi contra?! Es la primera vez que deseaba hacer las cosas bien, Eric, la primera vez desde que Marco se fue que deseaba olvidarlo y ser feliz.

Eric se levantó y la agarró por los brazos, obligándola a refugiarse en un abrazo consolador. Siseó, acunándola mientras le acariciaba la cabeza, tratando de consolarla.

—Lo siento, Ágata. Perdóname, pero —Eric se separó y la miró a los ojos con tristeza—, aún no me lo explico. Si no te drogaste, ¿cómo dieron positivo los análisis?

Ágata se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¿Te hicieron más pruebas? —preguntó el muchacho sentándose de nuevo a su lado. Ágata negó con la cabeza—. ¿Le has preguntado al médico?

—¿Y de qué me va a servir, Eric? Gustaf cree que lo he engañado. —Ágata se dejó caer en el regazo de su amigo—. Sin él, ¿qué importa si me hacen más pruebas o no?

Ágata se dejó llevar por el llanto, abrazándose a su amigo. Pero, tras unos minutos de silencio por parte de Eric, éste, sin darle tiempo a reaccionar, se levantó haciendo que Ágata perdiera el equilibrio y se cayera de bruces al suelo.

—¡Auch! —gritó al caer y golpearse. Eric se agachó y la asió por la cintura.

—Perdona. Lo siento —se disculpó para ayudarla a ponerse en pie y limpiarle la suciedad de las rodillas—. Vamos.

Tras eso, Eric la agarró de la mano y tiró de ella para salir corriendo por el centro de rehabilitación. Ágata comenzó a reír mientras el muchacho la guiaba. Aunque no entendía la razón que motivaba a Eric a salir corriendo de aquella manera, no le importaba; era la primera vez en dos meses que volvía a sentirse viva. Pasaban a toda velocidad por los pasillos del centro de rehabilitación, recibiendo miradas reprobatorias de las enfermeras. Cuando pasó unos diez minutos, Eric se paró y se agarró a sus rodillas tratando de recuperar el resuello. Ágata hizo lo mismo.

—Te has perdido, ¿verdad? —preguntó jadeante a la par que miraba divertida cómo Eric se rascaba la cabeza tratando de ubicarse. Este asintió avergonzado—. ¿Dónde querías ir?

—A ver a tu médico. Quiero hacerle un par de preguntas.

Ágata asintió con el ceño fruncido, y, aunque temía las preguntas indiscretas que Eric le pudiera hacer al doctor Dawson, sentía curiosidad. Con tranquilidad, guio a su amigo entre los pasillos hasta llegar al despacho de Robert, esperaron en la puerta unos quince minutos y, en cuanto salió la paciente que estaba atendiendo, Eric se coló sin siquiera llamar.

—Buenas tardes —saludó alargando una mano al doctor. Ágata puso los ojos en blanco y entró también.

—Doctor Dawson, éste es Eric, un amigo.

—Encantado Eric, por favor, tomen asiento —respondió. Ágata y Eric se sentaron y se miraron unos segundos—. ¿En qué puedo ayudarle?

Ágata quiso despegar los labios, pero Eric se le adelantó.

—Verá, doctor, hay algo que no comprendo. —Comenzó a decir ajustándose las gafas—. Ágata dice no haber tomado drogas, sin embargo, las pruebas dan positivo, ¿cómo es eso posible?

Ágata se mordisqueó la uña del pulgar. Aunque esa pregunta le había rondado por la cabeza desde que llegara a Estocolmo, no se había atrevido a hacerla, dando por hecho que todos la tomaban por una mentirosa. El doctor Robert se quedó en silencio unos segundos, luego carraspeó.

—Bueno, las pruebas médicas no mienten.

—¿No es posible que haya habido un error? —preguntó ceñudo el muchacho acercándose hasta la mesa. El doctor Dawson frunció el ceño y se deshizo de sus gafas, se levantó y buscó en su archivador, sacando una carpetilla verde con el nombre de Ágata Schmollend mecanografiado

en una pegatina blanca. Lo abrió y comenzó a leer.

—Por lo que aquí leo, el doctor Praymore informa que le repitió tres veces las pruebas y las tres dan positivo en drogas. No hay ningún error.

Eric dejó caer los brazos y se hundió en su sillón. Pero, en ese momento, Ágata reaccionó.

—Praymore no me hizo ninguna prueba —dijo mirando a los ojos a Robert—. Estaba de vacaciones, me atendió el doctor Strike y sólo me hizo una prueba.

El doctor Dawson elevó una ceja, volvió a mirar los papeles unos segundos antes de acodarse en la mesa.

—¿Qué prueba te hizo el doctor Strike? —preguntó serio.

—La de la saliva —respondió Ágata.

—¿Sólo te extrajo una muestra de saliva? —La cantante asintió—. ¿No te extrajo sangre tras dar positivo?

—No. Cuando le entregué la muestra de saliva, me trató el tobillo, me recetó una pomada y luego me marché. Al día siguiente se presentó en casa diciendo que había dado positivo y que usted me esperaba.

El doctor Dawson gruñó mesándose el mentón. Luego, llamó al doctor Praymore desde la sala de la enfermera, volviendo unos minutos después. Se sentó en su sillón, tras la mesa y chasqueó la lengua.

—Ágata, he hablado con el doctor y... No sé muy bien cómo decir esto. —Robert hizo presión en el arco de su nariz unos segundos—. Ante todo, quiero pedirte disculpas. Si quieres demandar al doctor Strike o a esta institución estás en todo tu derecho, pero...

—¿Qué sucede, doctor? —Ágata sintió un pellizco en el estómago desde el momento en que el médico se había levantado con el rostro preocupado para hablar con Stellan Praymore. Algo no iba bien.

—Antes de comentarte nada, necesito saber una cosa, ¿tomaste algún medicamento antes de hacerte la prueba con el doctor Strike?

—Sí —asintió extrañada—. Un antiinflamatorio para el dolor. Me caí y me dolía mucho el tobillo.

—Ya, ese es el problema. Algunos medicamentos pueden hacer que las pruebas antidrogas den un falso positivo. El doctor Strike cometió dos fallos con tus pruebas, el primero no preguntarte si habías tomado algún medicamento, seguramente al ver en tu historial que no te medicabas, dio por hecho que no tomaste nada.

—El doctor Stellan siempre me lo preguntaba —lo interrumpió incrédula ante lo que estaba escuchando.

—El segundo fallo, es que el doctor Strike no estaba al tanto de tu caso, lo único que sabía era que si tus pruebas daban positivo debías volver al centro, por lo que, al repetir la prueba rutinaria, no se molestó en comprobarlo con una analítica de sangre.

—¿Está diciendo que todo ha sido un error? —preguntó Eric asombrado. Una sonrisa

comenzaba a dibujarse en sus labios.

—Eso parece. —El doctor Robert se levantó y se acercó a Ágata tomándola de las manos—. Lo lamento mucho, Ágata. Sé que este error ha tirado por tierra algo más que tu reputación como cantante. No sé qué decir.

Ágata miró a Robert como si fuera la primera vez que lo viera en su vida. Todo lo que acababa de oír trastocaba su mundo. Todo había sido un error, un enorme error que le había destrozado la vida. Se levantó de la silla sintiéndose más liviana, como si flotara. Los pensamientos, los recuerdos y sus sentimientos se entremezclaban en su cabeza, haciendo que no pudiera capturar ninguno, pero atrapándolos todos a la vez.

—Yo... Necesito pensar —murmuró para luego salir del despacho en completo silencio.

Tan perdida iba en sus pensamientos, que no se percató del momento en que se sentó en mitad de la cafetería del centro hasta que Eric no colocó frente a ella una taza de café humeante.

—¿Estás bien? —le preguntó en apenas un hilo de voz. Ágata se encogió de hombros acercando la taza a sus labios—. Ágata, ¿has oído al doctor? Todo ha sido un error, tienes que hablar con Gustaf, explicarle...

En aquel momento, al oír el nombre del carpintero, la sangre de la cantante comenzó a hervir. Levantó la mirada y la fijó en los ojos de Eric, sólo aquel muchacho la había creído, sólo él había ido hasta allí y había hablado con su médico. Gustaf no había hecho nada, ni siquiera se había molestado en enviarle un mensaje. Dejó con violencia la taza sobre la mesa, dando un golpe que derramó el café por todo el mantel.

—¡No! —respondió enfadada interrumpiendo a Eric—. No voy a decirle nada y tú tampoco lo vas a hacer.

—Pero... —balbuceó sorprendido el muchacho. La miraba con los ojos abiertos, moviendo la cabeza.

—Además, Gustaf no me creyó, ¿qué te hace pensar que lo hará ahora? —Ágata sentía la ira recorrer cada centímetro de su cuerpo—. No confía en mí, Eric. Y no lo hará, así que... —Ágata se derrumbó sobre el respaldo de su silla—. Es mejor así.

Eric la agarró por los brazos y la zarandeó con violencia, en sus ojos, tras los cristales de unas gafas que se le caían hasta la punta de la nariz, Ágata podía ver pánico y sorpresa.

—¿Qué tonterías dices?! ¡No podéis estar separados! ¿Es que no lo ves?

Ágata se revolvió separándose de Eric y dejándose arrastrar por el llanto. Las lágrimas recorrían sus mejillas como cascadas saladas de tristeza y desolación.

—¿Qué quieres que vea?! Desde que estoy con él, lo único que hago es mentirle y defraudarle. —La voz de Ágata se fue apagando a medida que las palabras salían de sus labios. Eric se encogió sobre sí mismo.

—Pero lo quieres —dijo en un murmullo.

La cantante asintió, secándose los ojos y sentándose de nuevo junto a su amigo. Tomó su mano y clavó sus ojos avellana en los negros de Eric.

—Por eso, Eric, porque lo amo, es mejor que estemos separados. Ni él podrá confiar en mí, ni yo puedo soportar saber que no lo hace.

En ese momento, una enfermera se acercó a la pareja, mirando seria a Eric.

—Disculpe, la hora de visita se ha terminado. Tiene que abandonar el centro.

Eric asintió y se levantó. Le dio un beso a Ágata en la frente, la muchacha se abrazó a él unos segundos. Cuando Eric avanzó unos pasos en dirección a la puerta, se giró y la miró con tristeza.

—Al menos piénsatelo, ¿vale?

Ágata suspiró y asintió. Pero en su interior sabía que no había mucho más que pensar. La decisión ya estaba tomada.

CAPÍTULO 59

Ágata se tumbó en el sofá con *“El barón rampante”* entre sus manos, una de sus novelas favoritas, y la mente perdida en sus pensamientos. Hacía tres meses que había salido del centro de rehabilitación con el alta médica, las disculpas de Robert Dawson por el error cometido y un vacío en su corazón. Además, había sacado a la venta su nuevo sencillo, *“Semplicemente, Io”* anunciando con él una gira por toda Escandinavia que se demoraría seis meses.

Ágata abrió el libro por una página al azar —se sabía de memoria la historia de Cosimo Piovasco— mientras se dejaba caer sobre el sofá. Comenzó a leer y se detuvo varias líneas antes de llegar al final de la página:

“Si levantas un muro, piensa en lo que queda fuera.”

Ágata se quedó pensativa ante aquella enseñanza. Suspiró, pues en los últimos meses había tratado de levantar un muro que la separara de su corazón, dejando al otro lado sus sentimientos por Gustaf. Pero, al recordar los ojos grises del carpintero y el calor del amor que le regalaba a diario, aquel muro se resquebrajaba y se hundía, exponiéndola al dolor de la pérdida.

Una vez más, el llanto llamó a la puerta de Ágata, abriéndose paso por sus mejillas. Se limpió con el dorso de la mano y cerró el libro, dejándolo a un lado para quedarse abrazada a uno de los cojines del sofá. La pena comenzó a hacer mella en su cuerpo pero, cuando sucumbió al primer sollozo, el timbre de su casa la asustó.

Ágata se levantó a regañadientes, limpiándose los restos de lágrimas y tomando aire para serenarse. Abrió la puerta con sigilo, sólo para encontrarse con los ojos marrones y la sonrisa perfecta de Billy. Dejó caer sus hombros y se apartó de la puerta para dejarlo pasar, acercándose cabizbaja hasta el sofá. Éste entró en silencio, cerrando la puerta tras de sí y sentándose cerca de ella; tomó una de sus manos y le regaló un beso en el dorso.

—¿Cómo estás, nena? —preguntó serio. Ágata se encogió de hombros—. Vi tu actuación del sábado, estuviste fantástica.

—Gracias —respondió escueta y sin mirarlo. Billy no paraba de visitarla cada vez que tenía ocasión. Y con cada visita, Ágata estaba más cansada de su compañía y su cercanía, pero sabía que aquel hombre sólo deseaba volver a verla feliz. Bill chasqueó la lengua y le pasó un brazo por los hombros, acercándola hasta él. El olor a colonia y cuero de su chaqueta la envolvió, haciendo que arrugara la nariz—. Vamos, nena, tienes que superarlo de una vez. ¿Qué te parece si salimos a dar un paseo? ¿Quieres que vayamos a tomar un café?

Ágata negó con la cabeza y se zafó de su abrazo, levantándose del sofá y poniendo un poco de distancia.

—Billy, ¿qué quieres? —preguntó cansada girándose para mirarlo. El cantante se pasó una mano por el pelo, revolviéndolo, se quitó la chaqueta y se levantó, acercándose de nuevo. Se encogió de hombros y clavó sus ojos marrones en los avellana de Ágata, observándola en silencio unos segundos. Ágata chasqueó la lengua—. ¿Qué?

El hombre se acercó más y le acarició la mejilla derecha. Por puro instinto, Ágata cerró los ojos y se dejó acunar por la suavidad de la caricia de Billy, deseando que fuera Gustaf quien se la regalara. Ágata tragó saliva y suspiró, pero, antes de poder soltar todo el aire, los labios de Billy interceptaron los suyos. Sus manos grandes la agarraron por la cintura, acercándola a su cuerpo. Su lengua cálida trató de invadir sin permiso la boca de Ágata con un beso robado.

Ágata gruñó y, empujando con sus manos en el pecho de Billy, se separó de sus labios.

—¿Qué haces?! —gritó. El muchacho la miraba con los ojos abiertos y una mueca de incredulidad—. ¡Suéltame!

Se separó de él con violencia, abrazándose a sí misma. Sentía que sus rodillas comenzaban a temblar, y la ira la invadía de pies a cabeza.

—Ágata yo... —dijo casi en un susurro—. Lo siento, pensé que... estabas tan... creía que lo deseabas.

—¿Qué te hace pensar que deseo que me beses, Bill?

—Pues... —El cantante balbuceaba y la miraba confundido—. Has reaccionado a mi caricia, has cerrado los ojos y he pensado que...

Ágata se llevó las manos a la cabeza y comenzó a dar vueltas por el salón.

—Has creído, has pensado... ¿pero qué narices te pasa? ¿Es que no te he dejado suficientemente claro que no te quiero? —Ágata lo miraba y le gritaba soltando en cada palabra la rabia y la frustración que llevaba guardando desde que su relación con Gustaf acabara cinco meses atrás. Tras un incómodo silencio, trató de serenarse—. ¿Por qué insistes, Bill? —masculló.

—Porque te quiero y sé que tú me quieres a mí —respondió señalándose el pecho.

—No te quiero —sollozó Ágata dejando que las lágrimas aflorasen—. Sólo amo a Gustaf.

—¿Por qué te empeñas en amar a alguien que no siente lo mismo?

—Gustaf me quiere —susurró la cantante escondiendo el rostro entre sus manos.

La mano de Billy la asió fuerte por la muñeca, tirando de ella y obligándola a mirarlo. En sus ojos ya no había ternura, ni cariño. En aquellos ojos marrones, Ágata sólo podía ver rabia y frustración. La boca de Billy mostraba una mueca desagradable que hizo que ella diera un paso atrás, soltándose de su agarre.

—Si tanto te quiere tu carpintero mudo, ¿dónde coño está? —dijo rabioso. Luego extendió las manos en cruz—. ¡Vamos! ¡Dime! ¿Dónde está Gustaf y todo ese amor que te había prometido? —Billy se acercó a ella y le señaló en el pecho con el índice—. Te lo voy a decir, Ágata. Ese amor no existe. Ese tío no te quiere. Si te quisiera, no habría dudado de tu palabra, habría estado aquí, a tu lado. ¿O es que vas a negarme lo evidente?

Ágata negó con la cabeza a la vez que se hundía en su propia tristeza.

—¿Por qué me haces esto? —gimoteó dejándose caer de rodillas. Acto seguido, Billy se agachó y la agarró por los brazos.

—Porque te quiero, nena —susurró apoyando su frente en la de Ágata—. Te quiero y estoy cansado de verte sufrir por hombres que no te merecen. Primero fue Marco y ahora es Gustaf, y sigues sin ver que yo estoy aquí. ¿Sabes lo que me duele?

En ese momento, algo en el pecho de Ágata se movió. Un remolino de recuerdos y sensaciones se agarraron a su corazón, impidiendo que pudiera pensar con claridad. Cerró los ojos unos segundos, tratando de poner en orden sus sentimientos. Las palabras de Billy le habían hecho mella en lo poco que quedaba de su corazón, pero, aún sabiendo que Gustaf, no la quería a su lado, lo amaba con todo su ser. Y, un amor tan grande como el que ella sentía no podía desaparecer de la noche a la mañana, por muchas veces que ella tratara de construir un muro que la separase de aquel sentimiento. Negó en silencio, sintiendo cómo las lágrimas caían por su rostro.

—Lo siento —susurró, después levantó la vista y miró a los ojos a Bill—. Tal vez Gustaf no me quiera y sé que estoy sufriendo por ello, pero no puedo olvidar lo que siento por él—. Ágata se encogió de hombros, resignada—. No te quiero, y no creo que pueda amarte nunca, Billy. En mi vida sólo hay dos hombres: Marco y Gustaf.

El cantante se separó de ella sin prisas. Se levantó y la miró con tristeza, haciendo que el corazón de Ágata se encogiera. Billy asintió, resignándose a la realidad.

—No puedo ver cómo te sigues haciendo daño de esta manera, Ágata. Si lo que quieres es seguir sufriendo por un tío que no te ama, entonces no puedo hacer más de lo que ya he hecho.

Sin una sola palabra, ni una mirada más, Billy salió del apartamento de Ágata, dejándola sola con su tristeza en mitad del salón. En cuanto la puerta se cerró, la cantante comenzó a llorar desconsolada, sola y vacía como una muñeca rota y abandonada. Al cabo de unos minutos, se puso en pie, impulsada por la necesidad de salir de aquella casa. Se colocó su chaqueta y salió en silencio, a paso lento.

Durante tres horas estuvo vagando por las calles de Estocolmo, en silencio, sumida en el mar revuelto que era su alma. Los sentimientos le golpeaban y acariciaban, algunos recuerdos se enredaban en su mente apretándola hasta asfixiarla; otros, llenaban sus pulmones de aire y alegría. Ágata estaba hecha un lío y no sabía cómo salir adelante.

Sin saber muy bien cómo, sus pasos la habían llevado hasta *Skogskyrkogården*. Lugar donde

descansaba Marco desde hacía casi seis años. Ágata suspiró, se cerró la chaqueta, metió las manos en los bolsillos y entró, paseando en silencio. Era la primera vez que pisaba aquel lugar desde la muerte de su marido. Se paseó por la tumba conmemorativa que habían erigido en honor a Marco, la miró unos instantes y pasó de largo.

Siguió caminando unos minutos más, adentrándose entre la arboleda. Las pequeñas y sencillas tumbas salpicaban el paisaje, algunas muy antiguas, otras, más reciente. Ágata tragó saliva cuando sentía que se acercaba al lugar que ella misma había elegido para dejar las cenizas de su difunto marido. La lápida era de mármol blanco, y en ella no había más que un nombre y una inscripción.

Marco Cirillo. Siempre en tu mirada.

Ágata se limpió una lágrima y suspiró.

—¿Sabes cuánto te extraño? —murmuró encogiéndose de hombros. Un espasmo apenas perceptible dio paso a un llanto que deseaba salir desde hacía unas horas. Ágata escondió el rostro entre las manos y se dejó caer hasta sentarse frente a la lápida de mármol. El suave viento que anunciaba la llegada del invierno le acariciaba las manos ahora húmedas por las lágrimas.

—Tanto como lo hago yo. Pero mi momento ha llegado, nuestros caminos deben separarse de una vez por todas.

Aquella voz susurrada a través de la brisa, llegó a sus oídos y a su corazón, lamiendo sus heridas y borrando parte de aquella tristeza. Ágata sentía el cariño de Marco, casi podía percibir el calor de su cuerpo arropándola. Sin pensar, se dejó acunar por los recuerdos, por el alma de aquel hombre que una vez amó.

—¿Vas a marcharte? —preguntó con apenas un hilo de voz, temerosa de abrir los ojos y hacer desaparecer aquella sensación.

—Te amaré eternamente, ¿recuerdas? Ni la muerte podrá separarnos. Pero es hora de que otro hombre ocupe tu corazón, Ágata. Déjale entrar, no le niegues su lugar —dijo suspirando cada palabra a su oído, a su alma. La voz cadente y rasgada de Marco siempre le hacía sentir protegida.

—No me cree. Piensa que le he mentado —sollozó abrazándose a sí misma mientras, con los ojos apretados, sucumbía al llanto.

—Date la oportunidad de amar, de sentirte amada de nuevo. Lucha, Ágata. —El viento arreciaba por momentos, llevándose poco a poco las palabras de Marco—. Vuelve a ser la Valkiria que nunca se rendía. La guerrera que todo lo entregaba por amor.

Ágata abrió los ojos de golpe en cuanto la última palabra desapareció en el confín de su corazón. Tragó saliva y miró a los lados, estaba sola en mitad de la arboleda. El frío de Estocolmo helaba poco a poco la piel de sus mejillas húmedas. Fijó su mirada en el viejo valknut que, sin entender cómo, prendía de una esquina de la lápida. Sonrió al tomarlo con las manos y descubrir la extraña calidez que desprendía el colgante de metal.

CAPÍTULO 60

Gustaf miró con el corazón encogido, una vez más, tanto el joyero de Ágata como la carta que reposaba aún sin abrir sobre él. Hacía un mes que había recibido un paquete con aquellos dos objetos, y, aunque parte de él deseaba descubrir lo que aquella mujer deseaba contarle, otra parte de él, aquella que estaba dominada por el orgullo y el dolor por sentirse traicionado, se lo impedían. Negó con la cabeza y suspiró, soltando en esa bocanada de aire su frustración.

Hacía seis meses que no sabía nada de Ágata, salvo por vagos comentarios que su madre, Eric, el reverendo o algún que otro vecino hacía de ella. Aunque trataba de ignorarlos, siempre terminaba, para su sorpresa, prestando atención.

Sin muchos ánimos, se sentó en el sofá con un libro en el regazo y una taza de café en las manos. De fondo sonaba *No hope for let me* de *Blues Pills*. La noche cayó mientras él seguía leyendo en soledad. Le dio un sorbo largo a su café y lo dejó en la mesa auxiliar, al lado del joyero de Ágata. No comprendía la macabra razón que lo obligaba a mover aquellos objetos por la casa, allá donde fuera.

Tras media hora de lectura más, unos golpes fuertes lo sacaron de sus pensamientos. Se levantó con pesadez y abrió la puerta, encontrándose con la mirada furiosa de Eric.

—Tenemos que hablar —dijo. Tras eso entró y se quitó la ropa de abrigo que llevaba. Gustaf cerró la puerta y puso las manos en jarra, a la espera de que su amigo comenzara. Levantó una ceja y asintió—. De Ágata.

Al oír el nombre de la cantante, Gustaf resopló mirando al techo. Trató de darse media vuelta, pues no le apetecía retomar el mismo tema que le sacaba su madre día sí y día también. La mano de Eric lo asió por el codo y lo obligó a mirarlo.

—No vas a escaparte, Gustaf. Tú con tu orgullo y Ágata con sus miedos, ¡me tenéis hartos! —Gustaf lo miró con el ceño fruncido, aunque sabía que Eric mantenía contacto con ella, no creía que tuviera tanta confianza como para conocer los sentimientos de la cantante. Parecía que se había equivocado—. ¿Qué narices te pasa? ¿Es que acaso no la quieres?

Gustaf se zafó de su agarre y se cruzó de brazos. Durante unos segundos se quedó inmóvil, mirando a los ojos a su amigo. Tragó saliva. Sabía que negarlo era imposible, estaba enamorado de ella desde que entrase en su taller y le dijera que estaba tan rota como él. Al ver que no había reacción, Eric lo miró con desprecio y negó llevándose las manos a la cabeza.

—Pero, ¿qué cojones te pasa? ¿Es que te has quedado tonto? —le gritó mientras recorría el salón mirando a todas partes. Gustaf parpadeó unos segundos, pues no esperaba el arranque violento de Eric, pero, tras eso, se recompuso y le señaló la puerta—. Si crees que me voy a ir de aquí sin que recapacites la llevas clara, Gustaf —respondió irónico.

Eric se sentó en el sofá y tomó la carta que había cerrada sobre la caja de plata. Miró a Gustaf y le hizo un ademán con la cabeza, invitándolo a sentarse. El carpintero hizo lo que le pidió y

cogió el sobre que le tendía. Eric resopló, se colocó las gafas y se restregó las manos.

—¿Cuánto hace que te envió esta carta? —Gustaf miró a su alrededor y dio con un pequeño bloc de notas que había en la mesa auxiliar. Escribió la respuesta en ella y se la tendió a Eric—. Entiendo, ¿sabes que está de gira por Suecia? —Gustaf asintió, aunque no se lo había dicho a nadie, siempre buscaba en el periódico alguna noticia sobre Ágata, tratando de convencerse que lo hacía para asegurarse que estaba bien—. ¿Sabes que hace un mes anunció un cambio en sus conciertos?

Gustaf frunció el ceño y negó con la cabeza. Desvió la mirada hasta la caja de plata, Eric le hablaba pero no dejaba de acariciar las alas talladas de la tapadera del joyero.

—El último concierto lo dará aquí en Långstråk esta noche. Comenzará en un rato. —Un pellizco nervioso se coló en el pecho de Gustaf, dejándolo sin respiración. Eric se removió y lo miró a los ojos—. Tienes que ir, Gustaf. Por favor, tienes que hablar con ella y escucharla.

Gustaf gruñó y se recostó contra el respaldo del sofá, mirando ausente el sobre que tenía entre los dedos. No quería oír lo que la cantante tenía que decirle, no deseaba más mentiras de las que ya había oído. Las pruebas médicas unidas a las imágenes de aquella revista hablaban por sí solas. Negó con la cabeza.

—¿Por qué narices eres tan cabezota? —dijo completamente frustrado—. Ágata te quiere y tú la quieres a ella, ¿por qué os negáis la felicidad de esta manera? ¿Es que no ves que os hacéis daño?

El carpintero cogió de nuevo el cuaderno de notas y escribió en él. Eric, tras leer lo que había escrito, tiró el cuaderno con desagrado sobre la mesa y puso los ojos en blanco.

—No me vengas con gilipolleces. —El muchacho se levantó, se quitó las gafas e hizo presión en el arco de la nariz mientras se movía por el salón—. Ágata nunca te ha mentado. ¡Todo fue una equivocación del médico!

Gustaf levantó una ceja y miró extrañado a Eric. Éste chasqueó la lengua y volvió a sentarse a su lado.

—Escúchame —dijo colocándose las gafas de nuevo. Tomó aire y esperó unos segundos—. Ágata no quería que te lo dijera. Pero tampoco me hizo prometer que no lo haría. Y aunque lo hubiera prometido, me importa un comino: te lo voy a decir. El médico de Ágata se equivocó en las pruebas. Sólo salieron positivas por culpa del medicamento que se tomó para el dolor—. Gustaf parpadeó sin dar crédito a lo que estaba oyendo. Un rayo de luz se abrió paso en su corazón, comenzando a derretir la capa de orgullo que lo cubría. No fue capaz de reaccionar, miró a su alrededor algo perdido y luego se fijó en el sobre cerrado que seguía sosteniendo entre sus manos. Tragó saliva y miró a Eric de nuevo, sin poder asimilar nada. Su amigo, esperó unos instantes antes de contarle la conversación que él mismo había mantenido con el doctor Dawson y, más tarde, con Ágata.

Gustaf resopló, tratando de asimilar el cambio de situación. Aunque lo que Eric le decía tenía sentido, no comprendía por qué Ágata no había tratado de contárselo, por qué aquella mujer no había vuelto y lo había obligado a escucharle. Eric suspiró mirando la lejanía.

—Ágata cree que no la perdonarás, siente que te ha defraudado y no soporta vivir sabiendo que no confías en ella. —Gustaf asintió, sumido en sus pensamientos, pero, la mano de Eric

sobre su rodilla lo sacó de su ensimismamiento—. Por favor, Gustaf. No seas imbécil, no pierdas a Ágata por tu orgullo.

Dicho eso, Eric se levantó del sofá y salió arrastrando los pies, dejándolo sólo con sus pensamientos. Tras oír la puerta cerrarse, Gustaf suspiró y se recostó de nuevo sobre el respaldo del sofá, mirando el joyero de plata. Negó con la cabeza, se levantó y dio una vuelta por la casa, sin poder quitarse de la cabeza lo que Eric le había contado. No creía que su amigo le fuera a mentir, y entendía las razones de Ágata para alejarse; su comportamiento infantil y cabezota había dado pie a que ella se asustara. Subió hasta su dormitorio y se dio una ducha caliente, tratando de asimilar y aclarar la situación.

Al salir, se vistió y volvió a bajar, sentándose frente a la carta y el joyero cerrado. Tomó el sobre y lo abrió, de él sacó una hoja doblada con esmero y una entrada. La examinó bien y se percató de que era un pase especial para asistir a cualquier concierto de la cantante durante la gira de Suecia. Por puro instinto miró el reloj, hacía más de media hora que la actuación había empezado. Tras eso, miró el interior del sobre, pues pesaba más de lo normal para contener tan solo papel, descubriendo el *valknut* que siempre llevaba Ágata colgado al cuello. Lo observó unos segundos, enredando la cadena a su mano izquierda, luego desplegó la hoja de papel y la leyó.

No estoy muy segura de cómo comenzar esta carta, pues tengo tantas cosas en la cabeza, tantos sentimientos agolpados en mi corazón, que temo entregártelos.

La idea de que ya no me amas me aterra, porque yo no puedo dejar de amarte. No concibo una vida sin ti a mi lado. Tú eres el silencio que necesito para poder oír la melodía de nuestro amor, porque sin ti, sólo oigo voces que me gritan y me ensordecen.

Me he dado cuenta que, ahora, en mi corazón, sólo estás tú. Porque tú me completas, tú me haces mejor de lo que soy. Contigo puedo cantar y gritarle al mundo que nada puede dañarme, que soy fuerte si tu me sonríes.

*Lo que trato con esta carta, es desnudarme una vez más ante ti. Con el *valknut* podrás abrir mi joyero, en él guardo todos los momentos más importantes de mi vida. Desde que salí de Italia hasta el día de hoy en que te envío esta carta. Ahora, todos estos recuerdos, todos estos momentos, sin ti, ya no tienen sentido, por eso te pido que, si ya no me amas, te deshagas de ellos. Pero, si me amas, si entre nosotros aún puedes oír la melodía de nuestro amor, te pido que vuelvas a mi lado.*

Si no lo haces, si no vuelves a mi lado antes de que la última nota del último acorde de mi chelo se apague, comprenderé que la melodía de nuestro amor se ha apagado.

Tuya desde el amanecer, ahora y siempre.

CAPÍTULO 61

Gustaf abrió la tapa del joyero con lentitud. Lo primero que encontró fue un montón de folios pequeños, doblados y ordenados. Sonrió al recordar cuán meticulosa era Ágata. Dejó el montoncito de cartas a un lado y siguió mirando. Unas viejas llaves oxidadas que debían contar con al menos veinte años, de ellas colgaban un llavero con forma de A; tras eso, un descolorido billete de tren donde se podía distinguir que el destino era Múnich.

Siguió mirando, sacando recortes de revistas y periódicos donde se anunciaban: el ascenso de K.A.M., la muerte de Marco, la vuelta de Valkiria y su caída en las drogas; también había algunas entradas a conciertos, tanto del grupo como de la cantante en solitario. Una caja negra con un ribete dorado llamó la atención de Gustaf; la abrió encontrando dentro dos alianzas, una más grande y otra más pequeña; supuso que debían ser las alianzas de boda de Ágata y Marco.

Apartó la cajita a un lado y sacó un montoncito de fotos que estaban atados por un lazo celeste. Las miró una por una. Recuerdos de la vida anterior de Ágata: junto a Marco y varios amigos que Gustaf no había visto nunca, otras junto a la que parecía ser su familia y un par más recientes con Billy, del tiempo en que fueron pareja. Por último, el carpintero encontró una imagen en blanco y negro borrosa, la observó bien, aquello era una ecografía donde podía verse la silueta de un bebé. Grapada por una esquina había un trozo de papel descolorido y manchado.

Forse i tuoi occhi non vedranno mai,

ma illuminerai sempre la nostra vita.

Un amore come il tuo, anche se è saltata solo una scintilla,

una fiamma eterna nei nostri cuori ha creato.

Una lágrima atravesó rebelde la mejilla derecha de Gustaf, muriendo en su barba. Dejó la ecografía a un lado, y sacó entonces un pequeño ramillete de lavanda seco, atado a tres cartas ajadas y algo estropeadas por la humedad. Gustaf sonrió al darse cuenta que eran las que él le había escrito al poco de conocerla. Siguió buscando y dio entonces con todas las fotos de sus amigos y uno de los anzuelos que habían usado para ir a pescar en el velero, entre otros recuerdos.

Con un nudo en la garganta, y las manos temblorosas, Gustaf abrió y leyó una a una las hojas que había dejado al lado del joyero. Todas y cada una de ellas eran cartas que Ágata le había escrito y que nunca le había enviado.

Un revoltijo de sensaciones, de emociones y de miedos se instaló en su pecho. Ágata lo amaba y él no podía seguir negándose lo que sentía. Aunque su orgullo había intentado pisotear aquel amor y acallar aquella melodía que en su corazón sonaba cuando pensaba en ella, no podía lograrlo. Ágata estaba tallada en cada uno de sus pensamientos, se había metido en su piel y anudado a su corazón de tal manera, que era imposible distinguir dónde terminaba el alma de Gustaf y empezaba la de ella.

Miró su reloj, aquel que la cantante le había regalado, y se dio cuenta de que apenas quedaba un rato para que finalizara el concierto. Dudó unos segundos más, pero un sentimiento de urgencia comenzó a ahondar en su corazón, miró y repasó de nuevo todos los recuerdos que tenía

delante de él, rememoró la soledad y la desesperación que lo asaltaba desde que Ágata se marchara, se llevó una mano a la sien e hizo presión, el orgullo que endurecía su corazón se había derretido poco a poco. Sintió entonces la urgencia por volver a abrazarla, por volver a tenerla a su lado. La amaba, no podía seguir cerrándose a esos sentimientos, sabía que se había comportado como un niño enrabiado, y era el momento de volver a ser valiente, de volver a exponer su corazón a un amor que sólo le había dado felicidad, una felicidad que él se había empeñado en frustrar desde hacía meses. Sin apenas poder pensar, tomó su abrigo, la entrada que Ágata le había enviado y las llaves de su coche.

Pisó el acelerador hasta el fondo, sintiendo cómo el tiempo parecía cambiar. Poco a poco, con cada metro que su coche avanzaba por la oscuridad de la carretera, el miedo a no llegar a tiempo, a ser rechazado por la cantante lo comenzó a invadir. Sin embargo, la alegría de saber que volvería a tenerla entre sus brazos, que el amor que sentían era auténtico, acallaba los gritos de su pesimismo.

Agarró fuerte el volante, tanto que los nudillos se quedaron blancos, y miró el cuentakilómetros para percatarse de que iba a más de ciento veinte kilómetros a la hora en una carretera sin apenas visibilidad, llena de curvas y que permitía una velocidad máxima de ochenta. Gustaf tenía la mandíbula apretada y la respiración entrecortada cuando las luces de un enorme trailer aparecieron en la distancia, cegándolo momentáneamente.

—Bueno, tus últimos meses han sido todo un ir y venir de trabajo —dijo la presentadora con una sonrisa ancha—. Y ahora, por fin, tras varios meses de conciertos por Finlandia y Noruega, comienzas la gira por Suecia, el país que te ha visto nacer como estrella. Dinos, ¿estás contenta con la acogida de tu nuevo sencillo?

Ágata forzó una sonrisa, y tomó aire.

—Estoy muy contenta, no pensaba que fuera a tener tan buena acogida, después de todos mis problemas con las drogas —respondió.

—Bueno, has salido de todos esos baches que te ha puesto la vida. Nos has demostrado que con una voluntad de hierro se puede hacer frente a los problemas —respondió la presentadora—. Por cierto, ¿es verdad que has cambiado el orden de la gira? Dicen las malas lenguas que no terminarás en Malmö como estaba planeado.

Ágata asintió. Miró unos instantes a Ray y luego respondió:

—Sí, he cambiado un poco el orden, me ha costado convencer a Ray, mi representante, pero al final, lo haremos al revés, comenzaremos en Malmö e iremos subiendo hasta terminar en Långstråk.

—Tengo entendido que esa es la ciudad donde has pasado el último año recuperándote. —Ágata asintió—. Y que es allí donde has encontrado el de nuevo pero que no ha salido bien. ¿Es cierto que todas tus canciones están dedicadas a ese amor? —preguntó la chica con una sonrisa.

Ágata se quedó en silencio unos segundos.

—Sí. Todas mis canciones son para él. Gustaf es silencio y melodía en mi corazón. Sin él mi música no tiene sentido —respondió sincera.

La presentadora la miró fascinada. Tras unos segundos de silencio, carraspeó y se removió en su lugar.

—Me has dejado sin palabras, Ágata. Dinos, ¿crees que algún día vuestra situación podrá arreglarse?

Ágata se encogió de hombros, su mirada se ensombreció y su corazón se resquebrajó. Anhelaba que aquello sucediera, que Gustaf irrumpiera en su vida de nuevo, la abrazara y volviera a amarla como el primer día, sin embargo, había pasado un tiempo desde que le enviara el joyero y aquella carta, y el carpintero aún no había vuelto a su lado. Se limpió una lágrima con la palma de la mano.

—Lo siento. —Trató de sonreír al darse cuenta que la presentadora la miraba curiosa—. Siempre lloro al recordarlo. Pero, he tomado una decisión con respecto a nuestro amor y él debe tomar la suya.

—En ese caso —respondió la presentadora—. Sólo queda esperar a que él se decida, ¿no?

Ágata asintió forzando una mueca rota que pretendía ser una sonrisa.

Ágata suspiró con el recuerdo de aquella entrevista en su mente. Se miró en el espejo y en el reflejo observó cómo Ray se llevaba las manos a la cabeza una vez más.

—Ágata, por favor —le rogaba el hombre, tomándola de las manos y a punto de echarse a llorar. Ágata acababa de contarle la decisión que había tomado, tiempo atrás, y que explicaba los cambios en la gira—. No puedes hacerme esto.

La cantante le sonrió y tomó aire, tratando de ahogar las lágrimas ante la certeza de que esa noche, tras las dos horas que duraba el concierto, anunciaría su retirada de los escenarios.

—Lo siento. No puedo cantar ni componer cuando mi corazón está roto.

—Pero... —Trató de replicar el representante haciendo un puchero con el labio inferior.

—Ray, la decisión es mía y ya está tomada —respondió Ágata antes de abrazarse con fuerza al hombre que la llevó al estrellato junto a Marco hacía ya tantos años—. Gracias por estar a mi lado todos estos años —susurró a su oído. Ray la apretó fuerte contra su pecho y un espasmo le indicó a la cantante que aquel hombre rechoncho había comenzado a llorar.

—Ha sido un placer viajar al Valhala con mis guerreros —respondió Ray apartándose para mirarla a los ojos. Le acarició el mentón con suavidad—. ¡Skål! Mi Valkiria.

—¡Skål! —respondió con una lágrima atravesándole el rostro. Tras unos instantes en que cantante y representante se observaron en silencio, Ray le acarició el brazo y la empujó con ternura hasta la puerta del camerino.

—Vamos, no hagas esperar al público.

—*The show must go on!* —cantó Ágata, pero antes de salir por la puerta, por puro instinto, volvió a lanzarse a los brazos de Ray—. Gracias —susurró.

Los focos del escenario se iluminaron enfocando al público, mostrando ante Ágata una marabunta de gente apretujada que gritaba y vitoreaba sin parar. Su mirada se dirigió a la parte baja del escenario, justo bajo las escaleras, donde Eric la miraba con tristeza. Tragó saliva cuando éste negó y se encogió de hombros. A su lado estaban Ingrid, Elias, Artur, Igor y su esposa. La única que faltaba era Adda, que se había negado a hablar con Ágata a pesar de su insistencia. Aquello apenaba a la cantante, pero no carcomía su corazón de la misma manera que lo hacía la ausencia y el silencio de Gustaf.

Ágata miró al horizonte, el gentío se calló tras unos minutos, y un piano comenzó a sonar, dando comienzo a la primera canción. Un enorme nudo se agarró en la garganta de Ágata. El público la miraba expectante, a la espera de que ella comenzara; un golpecito en el codo de uno de los guitarristas la sacó de su trance, haciendo que diera comienzo el concierto.

Los minutos y las canciones avanzaban, Ágata alternaba los solos de guitarra con los del chelo, un par de canciones las cantó *a capella*, y otras acompañada de un par de cantantes, amigas de ella. A sólo tres canciones para el final, Ágata se fijó que una de las ambulancias que había custodiando la entrada del recinto cerrado encendía las luces y las alarmas, saliendo a toda velocidad de allí. Ignorando aquello continuó con la canción, pues siempre había alguien sufría un coma etílico o se sobrepasaba con las drogas en los conciertos.

Ágata se retiró unos minutos mientras los tramoyistas preparaban el escenario. Entró en el camerino, bebió un largo sorbo de su botella de agua, se lavó la cara y se miró en el espejo unos segundos. Había llegado el momento, un momento que deseaba y a la vez temía. Tomó aire y salió, esperó a que su estilista le retocara el maquillaje y volvió al escenario.

Se sentó en la silla que le habían preparado y tomó su violonchelo, colocándolo entre las piernas. Esperó hasta que uno de los asistentes le colocó un micrófono vocal, de manera que pudiera tocar y cantar con libertad. En cuanto el muchacho se retiró y Ray le dio la señal que activaba el micrófono, Ágata tomó aire y miró al público.

—La vida es un camino; un camino que recorreremos tomando decisiones. Hace más de un año, yo tomé una serie de decisiones que me llevaron por un infierno del que, gracias a varias personas maravillosas, he podido salir —Ágata miró a Artur, Ingrid y Eric, sonriéndole con tristeza—. Pero, todo en la vida tiene un principio y un final. Y esta noche, mi camino termina aquí. Cuando ésta canción se termine, lo hará con ella mi deseo de seguir cantando —Ágata se secó las lágrimas. El público la observaba en silencio, serio y extrañado—. Esta noche, *Semplicemente* será la última canción que interprete, pues ante todos vosotros anuncio mi retirada de los escenarios.

El gentío irrumpió en gritos rebeldes y quejas, algunas fans más cercanas al escenario rompieron a llorar; los músicos se miraban unos a otros incrédulos ante lo que oían. Artur la miraba con los ojos abiertos y la mandíbula desencajada, Ágata cerró los ojos y se agarró fuerte a su violonchelo, aspirando su olor a madera y barniz. Tras varios espasmos, las lágrimas empañaban parte de la madera del instrumento. Sus sollozos podían escucharse a través de los altavoces, haciendo que poco a poco el gentío se callara.

Sus manos se pasearon por las cuerdas del instrumento, y el arco comenzó a sacarle un sonido suave. Las notas comenzaron a dibujar melodías de amor roto en el aire, y su voz suave y triste entonaron los versos que componían la canción que había compuesto para Gustaf. Para el hombre que le había devuelto la vida con una sonrisa traviesa y un ramillete de lavanda.

Un silencio sepulcral inundaba el lugar, nadie se movía, nadie parecía respirar. Ágata sentía que podía oír su corazón por encima de la melodía, por encima de su voz. Aquel era el final de su carrera como cantante, pero no le importaba, pues en su mente sólo estaba el pensamiento de que su amor había desaparecido. Nota a nota, silencio a silencio, la canción se terminaba, perdiéndose en la noche.

Suspiró y abrió los ojos. En ese momento, los ojos avellanas de Ágata se cruzaron con unos grises que se acercaban abriéndose paso entre la multitud. Tragó saliva sin poder creer lo que estaba viendo, su corazón se paró casi en el acto. Soltó el violonchelo antes de levantarse y salir corriendo en busca de aquellos labios que la llamaban en silencio. Bajó del escenario, saltó la valla de seguridad y se abrazó a Gustaf.

Los ojos grises del carpintero la miraban con adoración, con ternura y un amor que no podía apagarse. Ágata sonrió tímida al principio, sentía el frío de la noche sueca clavarse en su piel, los vítores de los fans a su alrededor la ensordecían. Pero lo único que importaba a la cantante era que sentía de nuevo aquel amor que le daba la vida, sentir el calor del cuerpo de Gustaf rodeándole, su aliento cálidos sobre su rostro.

El corazón de Ágata volvió a latir fuerte y henchido de amor cuando los labios de Gustaf gesticularon un “te quiero” mudo antes de fundirse en un beso con los de ella. Ágata rodeó su cuello con aprehensión, deseando que aquel beso no se terminara nunca, sentía cómo todo su mundo volvía a cubrirse de color, como su alma volvía a tocar aquella melodía que no había dejado de oír desde que se enamorara de él.

Gustaf había vuelto a su lado, calmando su alma atormentada. Sus lenguas bailaban y se reconocían después de muchos meses de anhelarse y extrañarse. Sus almas se fundieron en una sola.

—Te amo —susurró a sus labios antes de volver a capturarlos y besarlos con pasión.

EPÍLOGO

Después de retractarse aquella misma noche de su retirada, volviendo así a los escenarios, Ágata había podido encontrar un hueco libre entre el final de la grabación de su segundo sencillo y el inicio de su nueva gira por Estados Unidos, para volver de nuevo al hogar del que había partido hacía tanto tiempo.

La canción *Semplicemente*, junto a su nuevo y renovado estilo de música había conseguido su

salto a la fama internacional. Aunque, al principio se había mostrado reticente ante el nuevo contrato que le habían ofrecido, Gustaf la había animado a seguir, acompañándola siempre a todas partes.

Ágata desembarcó del avión seguida por Gustaf, tomó su mano y tiró de él hasta enroscarse en su cuello, lo besó y le sonrió.

—Gracias por acompañarme —susurró en sus labios.

Tras eso, recogieron las maletas y salieron del *Aeroporto di Bolzano Tolomiti*. El carpintero paró a un taxista y éste le preguntó con una ceja en alto:

—*Buon giorno, dove ti prendo, signore?* —Gustaf miró a Ágata con las cejas levantadas.

—*Per favore, portami nel quartiere di Gabbio, a Trento* —respondió Ágata con una sonrisa abriendo la puerta de la parte trasera del *Fiat* blanco.

—*Andiamo, bella* —respondió el taxista para luego poner en marcha el motor del viejo automóvil.

Durante los más de cuarenta minutos que había de camino entre el aeropuerto y Trento, Ágata se perdió en sus pensamientos al observar el pasar de las nubes. Hacía casi veinte años desde la última vez que el sol italiano acariciara su piel.

El traqueteo del coche la ayudaba a sumirse en sus cavilaciones con más facilidad, la carretera era estrecha, apenas dos coches podía transitar bien por la zona, a los lados, enormes campos de cereal bañaban el paisaje. Ágata abrió la ventanilla y dejó que el olor a tierra y semilla invadiera el interior del coche.

Su mente voló en ese momento hasta Adda, aunque le había costado unos meses, al final pudo hacer las paces con su amiga, pero sintiendo que su relación con aquella dulce muchacha de ojos azules y sonrisa vespertina, no volvería a ser la misma. A pesar de todo, esperaba que, cuando la muchacha madurase un poco más, todo volviera a ser como siempre entre ellas.

Igor y Chrystal la habían ayudado a reconciliarse con Adda, y por ello estaba profundamente agradecida. En silencio, rezó para que el deseo de Chrystal de ser madre pronto se cumpliera. Aunque a Igor le había costado, una noche en la que ambas parejas habían quedado para cenar, el muchacho le reconoció a Gustaf que estaba deseando ser padre, y que desde que se habían casado estaban esperando aquella ansiada noticia. Aunque aquel bebé tan deseado se hacía de rogar, algo en el pecho de la cantante le decía que pronto llegaría la felicidad para aquella preciosa pareja.

Miró de reojo a Gustaf, sólo para descubrir que la observaba con curiosidad.

«¿*En qué piensas?*» preguntó en lengua de signos. Ágata sonrió.

—En lo feliz que soy a tu lado —respondió recostándose en su hombro. Gustaf posó un beso en su cabeza y cerró la mano que tomaba la de ella.

En mitad del silencio del camino, sólo roto por el motor del viejo *Fiat* al avanzar por la carretera, el teléfono de Ágata sonó.

—¿Diga? —preguntó sin siquiera mirar quien la llamaba.

—*¡Me ha dicho que sí!* —gritó Eric contento al otro lado del teléfono—. *Kamilla me ha dicho que sí, ¡va a salir conmigo!*

—Te dije que lo conseguirías. Esa chica está loca por ti, Eric, no entiendo por qué te ha costado tanto declararte —respondió la cantante sonriendo a Gustaf.

—*Supongo que me daba miedo que me rechazara* —murmuró en respuesta.

—¿Miedo? ¿Tú? ¿Cómo puede tener miedo el más grande de mis guerreros? Tú que has tocado en varios de mis conciertos y que me has ayudado tanto a ser feliz.

—*Vas a hacer que me sonroje* —respondió Eric.

—Nunca tengas miedo a la felicidad, Eric. Mi Eric —dijo Ágata con ternura. Sentía la alegría inundar su pecho. Eric se había enamorado de una de las organizadoras de sus conciertos, pero siempre temía hablarle. Por fin, y tras mucho insistir, había conseguido convencerlo para que la llamara, consiguiendo así una oportunidad con aquella chica.

—*Gracias, mi bella Julieta.*

Tras un rato de charla en la que Eric le había pedido unos consejos para su primera cita, la cantante se despidió y colgó.

—*Siamo arrivati, signorina* —dijo el taxista parando el coche frente a una verja de metal.

Ágata pagó al hombre y salió seguida por Gustaf. Sus ojos se pasearon por la pequeña villa que tenía frente a ella. Apenas había cambiado desde que ella se marchara. La valla de piedra seguía decorada con varias hiedras que caían en cascada por las esquinas, llegando hasta el suelo de la calle. En la entrada, la verja de metal negra seguía tan destartalada como antaño.

Sonrió al sentir la calidez de los dedos de Gustaf enredarse con los suyos. Sin mirarlo, tiró con suavidad, de él y abrió la cancela; el jardín delantero estaba lleno de rosas y flores de colores, el césped cuidado y cortado a la altura de siempre. Unos muebles blancos de jardín un lado dibujaban recuerdos en su mente.

—¿Ágata? —Aquella voz ronca la hizo girarse. Su padre la observaba con las bolsas de la compra en las manos, al lado, su madre se llevaba las suyas a los labios. Ágata tragó saliva sintiendo que su corazón se paraba en ese momento.

Había dudado muchas veces si volver o no a su hogar, si llamar o no a su familia antes de hacerlo. Pues, a medida que los años pasaban tras su marcha, Ágata se sentía más avergonzada por fugarse con un muchacho al que poco conocía y sin ninguna explicación. Tras mucho tiempo, el miedo a volver, a ser rechazada por su familia se coló en su interior, impidiendo su vuelta, pero, desde que su corazón se había calmado con el amor y la ternura de Gustaf, la valentía había vuelto a correr por sus venas. Y, aunque estaba asustada, necesitaba volver al hogar, ver a sus padres y decirles cuánto lo sentía, cuánto los extrañaba. Necesitaba volver a tener la familia que una vez perdió. Finalmente, decidió no llamar y presentarse sin avisar, deseando sentir de nuevo el cálido abrazo de su padre y los besos balsámicos de su madre.

—*Mama, Papa, ich...* —masculló dejando que una lágrima brotara rebelde. Su cuerpo no reaccionaba, y el miedo se había transformado en terror al sentir que sus padres tampoco lo hacían—. *Es tut mir leid, es tut mir leid, dass ich gegangen bin, wie ich es getan habe... Es ist mir so peinlich...* —susurró encogiéndose de hombros y desviando la mirada al suelo.

Su madre se acercó hasta ella, acunando su rostro con sus manos. Ágata clavó la vista en la mirada ambarina de su madre. En aquellos ojos húmedos y vidriosos, encontró ternura, anhelo y amor. Sin poder evitarlo, Ágata se abrazó a su madre, sintiendo cómo el cuerpo de ésta la envolvía de nuevo.

—*Wichtig ist nur, dass sie zu hause sind...* —susurró su padre a su oído mientras se sumaba al abrazo. Ágata sintió la mano de Edmund acariciarle el pelo y regalarle un beso en la cabeza. Tras unos minutos en que, por fin, el corazón de Ágata volvía a estar en paz, se separó de ellos y sonrió a Gustaf.

—*Mama, papa* —dijo secándose las lágrimas y acercándose al carpintero. Éste la abrazó y sonrió—. *Ich möchte dich Gustaf vorstellen.* —Ágata levantó la mirada y le sonrió enamorada—. *Er hat mir wieder mein Leben zurückgegeben.*

Tras saludarlo, la familia entró en la casa. Ágata deseaba darle mil explicaciones a sus padres, volver a ser la familia feliz y unida que eran antes de su marcha. Aquella noche, la cena se alargó hasta altas horas de la madrugada, pues ninguno deseaba separarse del resto. Pero el sueño se apoderó de todos, obligándolos a descansar.

Ágata entró en su antigua habitación, se puso el pijama y se quedó mirando por la ventana, a la espera de que Gustaf volviera del baño para dormir a su lado. La oscuridad caía sobre Trento, pero una vieja farola iluminaba parte de la calle. Ágata descorrió la cortina, abrió la hoja de cristal y observó, en silencio, cómo unos ojos verdes y una sonrisa torcida la observaban desde la oscuridad, al otro lado del patio, en el rincón donde su amor por Marco y la música había comenzado.

Las manos del carpintero se ciñeron a su cintura y sus labios rozaron la piel de su cuello.

Ágata suspiró, sacando de su corazón el último recuerdo de Marco, y dejando entrar así por completo a Gustaf.